

ALEJANDRO MAGNO

Rey de Macedonia y de Asia

Adolfo J. Domínguez Monedero

Biografías

S


Alejandro Magno

Alejandro Magno
Rey de Macedonia y de Asia

Adolfo J. Domínguez Monedero



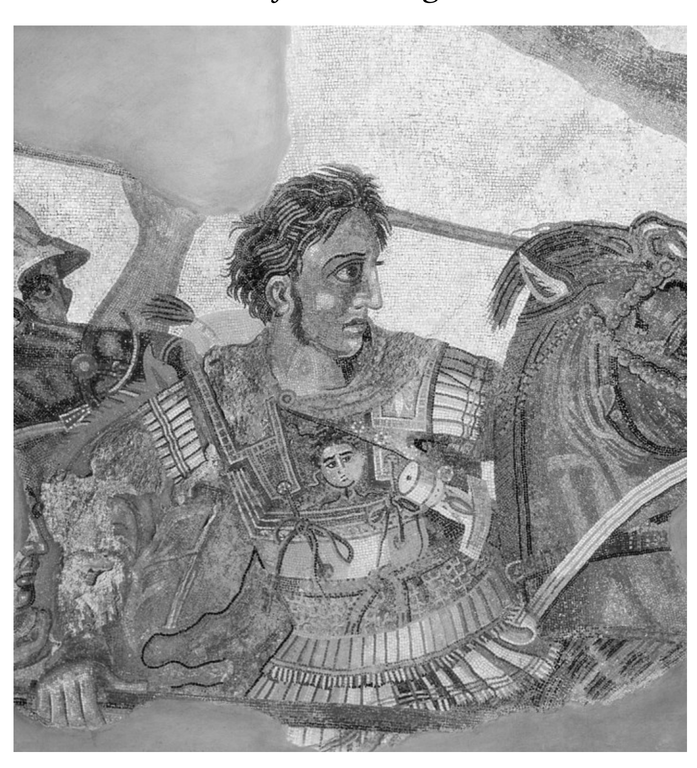
Editor: Ramiro Domínguez Hernanz

c/ Alcalá, n.º 202. 1º C. 28028 Madrid
www.silexediciones.com
silex@silexediciones.com
ISBN: 978-84-7737-795-5
Depósito Legal: M-9510-2013

Colección: Serie Historia
Dirección editorial: Cristina Pineda i Torra
Coordinación editorial: Joana Carro
Fotomecánica: Preyfot S.L.
Impreso en España por: SCLAY PRINT, Artes Gráficas, S.L.
(Printed in Spain)

Contenido

Alejandro Magno



Introducción

En la primavera de 2011, y mientras me documentaba para escribir este libro, decidí hacer un viaje hasta Macedonia para ver con mis propios ojos algunos de los lugares y paisajes que marcaron la primera parte de la biografía de Alejandro. Pela, Mieza, Dío, Egas… Uno de los puntos fuertes era, naturalmente, este último sitio: Egas, la actual Vergina, donde se encuentra la necrópolis real de los Argeadas –la familia de Alejandro– y donde se exhiben, en un magnífico montaje, algunas de esas tumbas; entre ellas la que se tiene por la del padre de Alejandro, el poderoso rey Filipo II, hijo de Amintas III y hermano y sucesor de otros dos reyes: Alejandro II, asesinado en el tercer año de su reinado, y Perdicas III, que halló la muerte junto con 4.000 macedonios defendiendo su país frente a los ilirios.

La tumba principal (la número II) de las que forman el actual conjunto musealizado, descubierta por Manolis Andronikos en 1977, fue enseguida identificada como la tumba de Filipo II y la noticia de su hallazgo dio la vuelta al mundo; desde entonces se abrió una polémica que aún sigue, acerca de si en realidad era la tumba del gran rey o la de otro miembro de su familia menos glorioso, en concreto Filipo Arrideo, hijo también de Filipo II y hermanastro de Alejandro, apartado pronto de la línea sucesoria por su propio padre debido a sus problemas mentales pero nombrado rey a la muerte de Alejandro. El interés que en todo helenista suscita la figura de Alejandro, y en mi caso no es una excepción, me llevaba a ir siguiendo este debate en el que los argumentos a favor se iban contrastando con los que estaban en contra, en una espiral que es de difícil resolución cuando a los datos desnudos se les añaden otras consideraciones. En mi visita al conjunto arqueológico pesaban los argumentos de ambas partes, pero yo deseaba ver con mis propios ojos los objetos allí expuestos y la fachada de la imponente tumba (el interior no se muestra al público) para ver si podía hacerme mi propia

idea, por supuesto sin pretender que la misma fuera más válida que las de los demás. Allí se confirmaron algunas de mis dudas sobre la identidad del titular de la tumba al ver algunos de los objetos expuestos; por ejemplo, el lecho fúnebre, con las bellas cabecitas de marfil atribuidas, con gran probabilidad, a Filipo II y al propio Alejandro. Se me hacía extraño, no ya que hubiese dado tiempo en los pocos días que pasaron desde el asesinato de Filipo por Pausanias hasta su entierro, a construir ese espléndido lecho –magníficamente restaurado a partir de miles de fragmentos–, sino, sobre todo, que en el mismo ya figurasen las propias imágenes del rey y de su hijo. Este último, incluso, con la mirada perdida hacia el cielo como será frecuente en la iconografía que el propio rey, ya dueño de Asia, favorecerá. Me resultaba difícil creer que en esos pocos días, Alejandro, el nuevo rey, hubiese tenido tiempo de decidir cómo quería ser representado cuando aún su trono estaba en peligro y cuando había cosas mucho más urgentes que resolver.

Me resultaba asimismo difícil entender la pintura que decoraba el friso de la tumba, una escena de caza (osos, leones, jabalíes, ciervos) entre cuyos participantes se ha identificado también a Filipo y a Alejandro; no se trataría, en mi opinión, de una escena que pretende describir una caza cualquiera, sino una que tiene lugar en el más allá, en esas praderas de los bienaventurados en las que los héroes divinizados gozaban para siempre de la felicidad, quizá a imitación de Heracles, tal vez evocado en la propia escena de cacería, y antepasado de Filipo y, por lo tanto, de sus hijos. Todos los personajes representados y sobre todos los principales, estarían ya muertos, lo que sería difícil si la tumba la hubiese hecho construir Alejandro para su padre. Las escenas de caza, en especial la del león, forman parte de la iconografía regia de Oriente Próximo y con Alejandro, además de eso, parecen evocar el mundo del más allá, como se ve en la pira de Hefestión en Babilonia y en el vehículo que trasladó los restos de Alejandro desde esta ciudad hasta Egipto.

Por fin, la panoplia. El casco y la coraza con apliques de oro, ambos de hierro y hoy oxidados pero que cuando fueron construidos debían de resplandecer con su brillo azulado. No es a Filipo a quien se le atribuye un casco de hierro sino a Alejandro que, en la batalla de Gaugamela y según palabras de Plutarco (*Alejandro*, 32, 9) llevaba un "casco de hierro,

obra de Teófilo, que refulgía como la plata pura"; algunos intentos de poner este casco de hierro en la cabeza de Filipo no cuentan con el respaldo de las fuentes. Sin embargo, de toda la panoplia aparecida en la tumba II, la pieza más extraña, la que menos encaja en manos de Filipo, es el escudo. Se trata de un escudo de tipo hoplítico cuyo exterior –decorado con estuco sobredorado, oro, marfil y vidrio– presenta como emblema, en el centro, una escena realizada en marfil –dañada por el fuego que lo quemó en la pira funeraria de su dueño–, que representa, sin duda, la mirada fatal de Aquiles que, al dar muerte a Pentesilea, se prendó de ella en un amor ya sin futuro. Si hay una pieza que tiene poco sentido entre las armas de Filipo es esta que, sin embargo, es muy apropiada para Alejandro, que era, como todo el mundo sabía y él se encargaba de proclamar, descendiente del propio Aquiles a través de su madre, Olimpíade pues la familia real de los Molosos, los Eácidas, a la que ella pertenecía remontaba sus orígenes a Neoptólemo, el hijo de Aquiles.

Sin entrar en los detalles sobre los análisis a que han sido sometidos los huesos del varón incinerado en la tumba II, que han sido objeto también de interpretaciones divergentes, los datos que aquí he recogido y que iba analizando según los iba viendo en el museo de Vergina, me convencieron de que esa tumba no podía corresponder a Filipo II sino a su malhadado hijo Filipo III; sin embargo, algunos de los objetos que he mencionado sí podían haber pertenecido a Alejandro, sobre todo su casco, su coraza y su escudo, que quizá habían pasado a su hermanastro y uno de sus sucesores en la realeza macedonia y que alguien (Casandro) acabaría enterrando en su tumba, que era la tumba de un rey. A la entrada de la misma, el friso de la caza acompañaría a Filipo III a las praderas de los bienaventurados donde ya se encontraban, cazando eternamente, su padre Filipo II y su hermano Alejandro III, los dos mayores reyes que había tenido Macedonia hasta entonces.

Pocas dudas hay, por último, de que la otra gran tumba que se halló intacta y que contenía los huesos quemados de un joven de entre trece y quince años, corresponda a Alejandro IV –el hijo póstumo de Alejandro y de la princesa Roxana–, también rey de Macedonia y que murió, como su tío Filipo III unos años antes, víctima de las intrigas y de las ambiciones de quienes debían de haber salvaguardado la herencia del gran Alejandro.

En aquel día de primavera, y después de haber tenido ante mí algunos de los objetos que habían sido de Alejandro –o al menos así lo creo– y descender hasta la fachada de las tumbas de sus sucesores, su hermanastro y su hijo, algunas de las prevenciones que hasta entonces me habían asaltado acerca de la necesidad de escribir otro libro sobre Alejandro se disiparon. Otras, sin embargo, subsisten.

Alejandro no ha dejado de ser nunca un personaje de actualidad, incluso en vida. Su visión del mundo, de Grecia y de Oriente, no se limitó a la teoría sino que intervino de manera decisiva para que la misma se adaptara a sus propias ideas, costase lo que costase. Quizá él, a pesar de ser descendiente de Aquiles, no tuviese previsto morir tan joven aunque también en esto siguió a su ilustre antepasado, el mejor de los aqueos, que prefirió una vida breve pero gloriosa a una larga existencia pero privada de brillo (*Ilíada*, IX, 410-416). Y es eso lo que justifica otra historia de Alejandro Magno, el nuevo derrotero que impuso a la historia fruto de su propia voluntad y de las decisiones que tomó. Es cierto que las tendencias historiográficas modernas tienden a ver la historia como resultado de procesos en los que intervienen fuerzas no siempre personificables: la sociedad, la economía, las tensiones dentro de aquella y las leyes que dominan esta. También, en una época iconoclasta, se desconfía del peso que las grandes personalidades han tenido en el desarrollo histórico y se prefiere ver en la historia una labor coral en la que cada uno de los sectores ha aportado su contribución a algo que se percibe como una tarea colectiva; ello tiende a minimizar la acción individual de aquellas personas que, si las situamos en su contexto histórico, sí fueron decisivas porque tuvieron el poder para tomar decisiones y la autoridad para hacer que las mismas se cumplieran. Sin ninguna duda la acción de Alejandro no puede entenderse sin la labor de su padre; sin las ideas que el mundo griego había ido desarrollando hacia el panhelenismo –que significaban combatir al bárbaro que amenazaba a la Hélade–; sin la situación en Grecia, donde la lucha por la hegemonía había desangrado a las *poleis* griegas en conflictos cada vez más estériles; sin la situación interna del Imperio aqueménida, mucho más frágil de lo que los propios griegos pensaban o conocían, etc. Y detrás (y al lado, y enfrente) de Alejandro había decenas o centenares de personas también con capacidad de

decidir, en sus ámbitos concretos, que facilitaron o dificultaron su tarea. Todo eso es cierto y el historiador tiene que contar con ello, pero no es menos cierto que, sin Alejandro, sin su visión de Grecia y de Oriente y de cómo resolver el conflicto entre ellas surgido siglos atrás, la historia hubiese seguido otros derroteros. Por consiguiente, si este libro puede aportar algo acerca de cómo el rey macedonio trató de resolver ese dilema y crear un nuevo mundo, algo que Alejandro estaba convencido de haber hecho, mi tarea no habrá sido en balde.

Además de innumerables trabajos de detalle publicados en revistas científicas, congresos y libros, hay también un buen número de monografías que tratan sobre Alejandro. Nombres como Tarn, Bosworth, Lane Fox, Hammond, Heckel, Gómez Espelosín, Nawotka, Barceló y tantos otros han escrito "sus" Alejandros; esto es, sus historias o biografías de Alejandro vistas desde sus propias perspectivas e intereses. Todas ellas se complementan aun cuando no coincidan en su apreciación de las fuentes o en la valoración global que hacen del hijo de Filipo. Sin embargo, cada una de ellas nos aporta un Alejandro diferente porque algo que caracteriza a la escritura de la historia es que cada historiador establece prioridades al seleccionar aquellos aspectos sobre los que aplicar su análisis histórico, lo que obedece tanto a su propia formación como a sus preocupaciones metodológicas e, incluso, intelectuales. Esto justifica también la presente obra, en la que pretendo abordar los hechos que considero más relevantes de la trayectoria del macedonio junto con la interpretación que los mismos me suscitan con la intención de que, al final del libro, el lector pueda hacerse una idea de qué representó Alejandro en el mundo que le tocó vivir y al que contribuyó a cambiar.

Para finalizar esta introducción, querría hacer alguna observación de carácter metodológico. La cantidad tan desaforada de bibliografía sobre cualquier aspecto de la vida de Alejandro y de la época en la que vivió hace inviable recoger en notas a pie de página ni tan siquiera una mínima parte de la misma a menos que queramos hacer un libro ilegible, lo que no es mi intención. Por ello, he decidido citar tan solo las fuentes en aquellos aspectos que resultan más relevantes presentando, en mi traducción, aquellos pasajes que aclaran o aportan más luz a los sucesos y a las intenciones de quienes los llevaron a cabo. Añado al final una bibliografía, que no

pretende ser exhaustiva, centrada en monografías dedicadas a Alejandro o a su periodo puesto que la cita de trabajos menores, artículos en revistas o en actas de congresos, aunque se han tenido en cuenta en gran cantidad de casos a la hora de redactar este libro, haría también de esa bibliografía algo prácticamente inabarcable.

Es una tarea difícil intentar tan solo presentar una introducción a lo que supuso Alejandro y su época, pero espero haber encontrado un equilibrio razonable para que el lector pueda acompañarme en la línea de pensamiento que he pretendido seguir al presentarle "mi" Alejandro.

Capítulo primero
Los precedentes

Es conocida la creencia que desarrolló la Antigüedad de que el nacimiento de los individuos ilustres debía ir acompañado de acontecimientos destacables y sorprendentes que, de algún modo, daban ya pistas acerca de los futuros hechos del personaje. Así, el nacimiento de Alejandro, hijo del rey Filipo II de Macedonia y de Olimpíade, princesa epirota de la familia real de los molosos, en el palacio real de Pela a finales del julio del año 356 a.C. (quizá el día 20), se vio iluminado por el incendio que un tal Heróstrato provocó en uno de los principales santuarios de toda Grecia, el templo de Ártemis en Éfeso. Muchos vieron en ese hecho un presagio del futuro destino del joven príncipe aunque, a decir verdad, nada estaba decidido aún y todavía faltaban años para que Alejandro reinase sobre Macedonia. El nuevo hijo de Filipo era ya el tercero de sus descendientes conocidos, después de Cinane y Arrideo, sus hermanos mayores, hijos de otras esposas del rey, aunque no hay seguridad de que no hubiese tenido entre medias otros hijos además de ellos, los cuales tal vez hubiesen muerto como sugiere algún autor (por ejemplo, Justino, IX, 8, 3). El nuevo hijo recibió un nombre que sin duda agradaba a sus padres; se llamaba como el hermano y predecesor en el trono de Filipo, el malhadado Alejandro II, y como el hermano de Olimpíade, que llegaría a reinar sobre el Epiro aunque, intentando emular (o superar) a su sobrino, moriría antes que él tras lograr brillantes éxitos en el sur de Italia. En su persona confluían dos linajes ilustres; por parte de padre, el de los Teménidas, procedentes de Temeno, descendiente de Heracles; por parte materna, el de los Eácidas, uno de cuyos miembros más ilustres había sido nada menos que Aquiles, cuyo hijo Neoptólemo sería el antepasado de la familia real molosa a la que pertenecía su madre.

Macedonia era, en ese momento, un estado que había jugado hasta entonces un papel marginal en la historia de Grecia; situado al norte del Monte Olimpo, la legendaria sede de los dioses griegos, se hallaba gobernado

por una dinastía que remontaba sus orígenes al propio Heracles, hijo de Zeus. Aunque sus reyes, en especial desde el reinado de Alejandro I, el Filoheleno (498-454 a.C.), habían intentado ir acercando Macedonia al mundo griego, apenas habían tenido éxito. A este relativo fracaso no había dejado de contribuir la colaboración que Macedonia prestó en esos años iniciales del siglo v a.C. a la política expansionista persa contra Grecia, fruto de la sumisión del territorio al Gran Rey desde las campañas de Darío I en 512-511 a.C. La política de este antepasado y tocayo de Alejandro fue muy inteligente puesto que, al tiempo que como súbdito del rey persa le debía obediencia y apoyo militar, intentó salvar de una destrucción –que todos daban por sentada– a Grecia durante la gran campaña que Jerjes, el hijo y sucesor de Darío, había acometido contra la Hélade en el año 480 a.C.; eso, al menos, es lo que con el tiempo se acabó aceptando. No es improbable que Alejandro I pretendiese mostrar a los estados que lideraban la guerra contra Persia, Esparta y Atenas, que se podía seguir siendo griego y súbdito del Gran Rey, si bien la derrota persa modificaría la posición macedonia. El problema principal que planteaba la postura de Alejandro I era que, para muchos griegos, ni tan siquiera el rey macedonio era griego y, aun cuando otros sí aceptaban la helenidad del rey, les costaba trabajo aceptar esta identidad helénica para sus súbditos.

Este punto nos lleva a un debate acerca de la helenidad de los macedonios que fue largo y arduo a lo largo de toda la Antigüedad. Heródoto reafirma en varias ocasiones el carácter griego de la familia real macedonia y narra, incluso, una anécdota según la cual el rey Alejandro I quiso participar en los Juegos Olímpicos y, aunque en un primer momento fue rechazado por estar la competición vetada a los bárbaros, el rey consiguió convencer a los Helanódicas de su ascendencia griega y argiva como descendiente que era del heráclida Temeno (Heródoto, V, 22). No cabe duda de que es Alejandro I el primer rey macedonio que, de forma consciente, intenta demostrar al resto de los griegos su helenidad tanto durante las Guerras Médicas como después de ellas, no siempre con éxito perdurable, como demostraría la actitud de muchos griegos todavía en el siglo IV, coincidiendo con el auge de Filipo II y el de su hijo Alejandro III. Aunque las acusaciones de bárbaros que autores como Demóstenes hacen de estos reyes hay que entenderlas dentro del conflicto que los mismos mantienen con los

partidarios del orador ateniense, era algo que muchos griegos, opuestos a la política del padre y de su hijo, estaban dispuestos a creer.

Podemos aceptar que el habla macedonia no era comprensible para la mayor parte de los griegos, pero ello no se debía a que no fuera una lengua griega sino, sobre todo, a que los hablantes del macedonio habían permanecido largo tiempo al margen de lo que habían sido las líneas comunes de la evolución de la lengua que hablaban los griegos situados más al sur del Olimpo; del mismo modo, en la lengua macedonia debían de haber penetrado rasgos lingüísticos propios de las poblaciones con las que se hallaron en contacto –tanto tracios como ilirios– lo que sin duda también contribuiría a hacer su forma de hablar difícilmente entendible por otros griegos. No obstante, los escasos testimonios lingüísticos conservados de la lengua macedonia, así como buena parte de la toponimia y de la antroponimia, se pueden explicar a través del griego, lo que mostraría que podemos considerar también a la población macedonia como hablante de una lengua, en lo esencial, griega.

El problema, pues, no es tanto si los griegos percibían a los macedonios como integrantes de su propio mundo, pues es sabido que los criterios de pertenencia son a veces demasiado sesgados y exigentes, como muestra un conocido pasaje de Tucídides (III, 94, 5) referido a poblaciones de la Grecia central de cuya helenicidad no cabría dudar pero que el autor ático llega a discutir; la cuestión es saber si los macedonios se sentían griegos. Aun cuando responder a esta pregunta es difícil sí podemos decir, al menos, que desde la época de Alejandro I (si no desde antes) los reyes macedonios se consideran a sí mismos y, posiblemente, a sus súbditos, parte integrante de ese mundo griego con el que las interacciones son cada vez más intensas. Puesto que las identidades étnicas son una construcción social, podemos asegurar que la monarquía de los Teménidas quiso que el resto de los griegos les reconocieran a ellos a y su país como parte integrante de la Hélade en la que estaban dispuestos a influir cada vez con mayor intensidad aunque no siempre las circunstancias históricas se lo permitieran.

Si damos un salto en el tiempo desde el reinado de Alejandro I, que quizá muere hacia el 454 a.C., hasta el final del reinado de Amintas III (muerto en 370 a.C.), la historia de Macedonia se integra cada vez más

en la historia general de Grecia siquiera porque sobre todo la Atenas imperial muestra intereses cada vez más claros en esos territorios de la Grecia del norte que son fundamentales tanto por las materias primas que contiene (oro, plata, metales) como por ser claves en el control de los accesos al mar Negro de donde Atenas obtiene importante recursos económicos, sobre todo cereales con los que alimentar a su numerosa población. Los territorios costeros de Macedonia se convertirán en escenario de conflictos que se agudizarán con la entrada en guerra de Atenas y sus aliados con Esparta y los suyos; los macedonios apoyaron a una Esparta que combatía contra la Atenas que estaba poniendo en riesgo la estabilidad del reino y su propia integridad territorial. No obstante, la capacidad de influencia de la monarquía macedonia se veía limitada por la propia debilidad interna de la misma; la Alta Macedonia, montañosa y atrasada, gozaba de gran autonomía frente al rey al tiempo que estaba sistemáticamente acosada por sus vecinos bárbaros, mientras que la Baja Macedonia, algo más urbanizada, se encontraba en ocasiones amenazada por las políticas expansionistas de los estados griegos meridionales; el cambio de alianzas y una política fluctuante eran los medios que los reyes macedonios empleaban según sus intereses de cada momento. A fines del siglo v a.C., durante el reinado del rey Arquelao, se produjo un hecho relevante que iba en la línea de aproximar a Macedonia a una Grecia que se disputaba el control de las tierras bañadas por el Egeo. El traslado de la capital desde la sede ancestral de la monarquía, Egas (actual Vergina) hasta Pela –que, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad, tenía acceso directo al mar a través de un lago hoy en día desecado– era sin duda un aliciente para convertir a la ciudad en un centro económico de primer orden. Aunque no todos los autores están de acuerdo en que Pela fue en ese momento la nueva capital del reino, Arquelao la convirtió, en todo caso, en una gran ciudad, con un trazado regular siguiendo las normas más avanzadas de la urbanística griega pero dominada, en su parte septentrional, no por una acrópolis con los santuarios de las divinidades tutelares como era frecuente en las *poleis* griegas, sino por el inmenso palacio en el que residía el rey, su familia y su corte y en el que, con el tiempo, nacería Alejandro Magno. Arquelao habría gastado grandes sumas de dinero en su construcción y habría

hecho llamar a uno de los artistas más afamados del momento, Zeuxis de Heraclea, para su decoración (Eliano, *Varia Historia*, XIV, 17); pronto acudirían a la corte macedonia personajes de renombre como el propio poeta trágico Eurípides, iniciando así una larga relación de los monarcas macedonios con los principales exponentes de las letras y las artes griegas, de la que se beneficiará, como veremos, Alejandro Magno. En Pela, Eurípides escribiría una tragedia en honor al rey, *Arquelao*, y seguramente compuso allí una de sus obras maestras, *Las Bacantes*, lo cual sería estrenada póstumamente en Atenas por iniciativa de su hijo, y que daba cuenta de la intensidad de los cultos dionisiacos en la corte macedonia.



Figura 1. Territorios y regiones de Macedonia

A pesar, pues, de algunos episodios relevantes, Macedonia entre el 454 y el 370 a.C. era un Estado débil aunque con un potencial económico destacable; Amintas III, el padre de Filipo II, había reinado durante 23 años pero su gobierno se vio marcado por intensos conflictos con los ilirios y con los griegos de la Calcídica. Como sus predecesores, había mantenido contactos tanto con Esparta como con Atenas y en su corte pasó largos años el general ateniense Ifícrates, uno de los principales innovadores de las tácticas militares griegas; no es improbable que Macedonia empezara a adoptar o, al menos conociera de primera mano, algunas de las innovaciones en la técnica militar que el general ateniense introduciría, en especial

una mayor importancia de las tropas ligeras, más móviles y versátiles en un tipo de guerra que, poco a poco, iba modificándose hacia formas menos estáticas que las que imponía la tradicional falange hoplítica griega; con el tiempo, el propio Ifícrates ayudaría a alcanzar el trono a los dos hijos menores de Amintas tras la muerte de Alejandro II (Esquines, 2, 28-29) a petición de la propia madre de estos, la reina Eurídice, cuya figura sirve de precedente a la más conocida de las esposas de Filipo II, Olimpíade, madre de Alejandro.

Amintas III, como haría luego su hijo Filipo, concibió los matrimonios con varias mujeres como un medio de establecer y fortalecer alianzas con aliados y vecinos; así, se casaría con Eurídice, hija de Sirra (probablemente un ilirio), y nieta de Arrabeo de Lincestide y con Gigea, quizá miembro de la propia familia Argeada. Serán los hijos de la primera los que, uno después de otro, alcanzarán el trono macedonio: Alejandro II, Perdicas III y Filipo II.

A la muerte de Amintas III en 370 a.C., le sucedió su hijo mayor Alejandro II que hizo la paz con los cada vez más amenazantes ilirios pagándoles tributo y entregándoles a su hermano Filipo como rehén. No obstante su reinado duró solo dos años pues fue asesinado en 368 a.C. por Tolomeo de Aloro, miembro colateral de la familia Argeada y quizá cuñado suyo si es que estaba casado con su hermana Eurinoe como sugieren algunos autores (Diodoro, XV, 71, 1; 77, 5), manteniéndose en el trono durante tres años (368-365 a.C.) formalmente como regente de Perdicas. Este, al final, se impuso a Tolomeo y accedió al trono de su padre, en el que se mantendría durante cinco años, hasta su muerte (365-360 a.C.). Perdicas III mantuvo vínculos con filósofos como Platón y Eufreo de Oreo; este último, incluso, pasó un tiempo en la corte del rey. Los problemas externos del reino, sin embargo, no acabaron y Macedonia seguía presionada en sus frentes tradicionales; la costa egea, en la que seguían las disputas con los atenienses y las fronteras occidentales, donde los ilirios habían renovado sus agresiones contra Macedonia. El rey Bardilis había invadido el Epiro y se dirigía hacia Macedonia. Perdicas III le salió al encuentro siendo derrotado y muerto junto con 4.000 de sus soldados (Polieno, IV, 10, 1; Diod., XVI, 2, 5). Se trató de una terrible derrota que ponía al reino al borde de la desaparición pero ahora le llegó el turno al

menor de los hijos de Amintas III, Filipo II. Perdicas, sin embargo, había dejado un hijo varón, Amintas (IV), heredero legítimo al trono. Si Filipo actuó primero como tutor y regente del joven, siendo luego aclamado rey (Justino, VII, 5, 9-10) o, ante la juventud del hijo de Amintas (cinco años) y vista la grave crisis que se cernía sobre Macedonia fue nombrado rey directamente (Diodoro, XVI, 2, 1), es algo que no podemos determinar. En todo caso, el príncipe Amintas permaneció al lado de su tío durante todo su reinado, recibiendo honores y alcanzando importantes posiciones. Alejandro, sin embargo, le hizo ejecutar en el 335 para evitar un eventual competidor al trono.



Figura 2. Tetradracma de Anfípolis representando a Filipo II (359-336 a.C.)

El largo reinado de Filipo II (359-336 a.C.) marca, sin duda ninguna, la madurez del reino de Macedonia y su conversión en una potencia de ámbito panhelénico. Prácticamente todos los autores coinciden en atribuirle a este enérgico rey una parte importante del mérito en la organización

del Estado; en la creación de un nuevo tipo de ejército, y en el establecimiento de un nuevo marco de relaciones en la Hélade, que permitirían que Alejandro diese un paso más y que, apoyándose en el nuevo Estado reorganizado por su padre, pudiese conquistar el inmenso Imperio aqueménida en unos pocos años. Puesto que el objetivo de este libro es su hijo Alejandro no me detendré en exceso en la labor de su padre, pero sí es necesario dar siquiera un breve resumen de lo que caracterizó su labor como rey en la que pronto se integró su segundo hijo varón Alejandro.

Como vimos antes, puede que Filipo hubiese estado un tiempo como rehén entre los ilirios antes de ser enviado a Tebas, también en esa condición para asegurar la lealtad macedonia a cambio del apoyo tebano a su hermano Alejandro II; en Tebas fue confiado al padre de Epaminondas y se educó junto al vencedor de Esparta en la filosofía pitagórica (Diodoro, XVI, 2, 3); todos los autores están de acuerdo en que Filipo aprovechó su estancia en la ciudad beocia para aprender las bases de las nuevas concepciones tácticas que la misma estaba desarrollando y que le habían dado la hegemonía sobre Grecia. La formación oblicua, el enfrentar a las mejores tropas propias con las mejores enemigas para forzar un rápido desenlace del combate o el uso de unidades permanentes de tipo profesional (como el Batallón Sagrado tebano) fueron principios que, en cuanto pudo, adaptó a las características del ejército macedonio. A su regreso, su hermano Perdicas III le había concedido un mando militar pero su muerte hizo que los macedonios le nombraran rey (Diodoro, XVI, 1, 3) cuando contaba con veinticuatro años (había nacido en 383 o 382).

La situación del reino era desastrosa porque, a las amenazas habituales, se le unía la pérdida de los 4.000 valiosos soldados que habían perecido con su hermano, así como las amenazas a su poder que procedían de sus hermanastros (los hijos de la otra mujer de su padre), así como de otros pretendientes apoyados por Atenas y los tracios. Además de otras medidas de índole política, Filipo emprende (o continúa) una profunda reforma del ejército macedonio como medio de hacer frente a las amenazas existentes; aunque más adelante nos detendremos en la composición y organización del ejército de Alejandro, sí diremos aquí que la principal medida parece haber sido favorecer un reclutamiento generalizado,

no limitado a aquellos que dispusieran de los medios propios suficientes como para costearse el armamento hoplítico, como habría sido usual hasta entonces. Se trataba de tropas, a priori, de escasa calidad; pero esa menor calidad se supliría con un entrenamiento más eficaz, con una nueva disposición de la formación y con un armamento novedoso. Al tiempo, reforzó su caballería, lo que daba movilidad a su ejército y le proporcionaba una importante capacidad ofensiva. Sobre el desempeño en combate de estas unidades volveremos más adelante cuando tratemos de las batallas en las que lucharon.

Hábil negociador, Filipo consigue comprar la paz a peonios y tracios e intenta evitar la hostilidad ateniense al tiempo que derrota a Bardilis en una importante batalla y consigue expulsar a los ilirios de Macedonia (358 a.C.) tras dar muerte a 7.000 de sus soldados y quizá al propio rey (Diodoro, XVI, 4, 6-7). Para evitar ulteriores conflictos con los ilirios, parece haberse casado con Audata, quizá nieta del propio Bardilis (o hija según otros autores); pronto esta reina sería conocida como Eurídice, como la propia madre del rey. Iniciaría así una larga serie de matrimonios (hasta siete), hecho que hizo decir a uno de sus biógrafos, Sátiro, que "Filipo se casaba siempre cada vez que hacía una guerra" (Ateneo, *Deipnosofistas*, XIII, 557 b-e).

El respiro que los éxitos logrados en sus dos primeros años de reinado le dieron, le permitió solucionar otra de las asignaturas pendientes de Macedonia: la autonomía (a veces casi independencia) de la Alta Macedonia; la sumisión de los nobles y príncipes macedonios la logró, aparte de por la fuerza, mediante una política de rehenes. Los hijos de las élites macedonias fueron llevados a la corte donde fueron instruidos, junto con los hijos del rey, en la cultura griega así como en el resto de las actividades propias de la nobleza (la caza y la guerra sobre todo) y donde se les inculcaba la lealtad al rey. Fueron conocidos como los pajes reales.

Tras restaurar las fronteras del reino y garantizarse la lealtad de la levantisca nobleza macedonia, Filipo interviene en Tesalia; allí se casa (358 a.C.) con Filina de Larisa, con quien tuvo a Arrideo (futuro Filipo III), cuya salud (física y mental) parece haber sido siempre precaria, aunque algunos autores aseguraban que de pequeño estaba sano pero que fue Olimpíade, con unas drogas, quien lo malogró. Al año siguiente estableció una alianza

con el rey Aribas del Epiro, casándose con su sobrina Olimpíade, quien también utilizó, en distintas etapas de su vida, los nombres de Polixena, Mirtale y Estratonice (Plutarco, *Obras Morales*, 401 A-B). Es con el primero de los nombres con el que es más conocida y quizá se le otorgó para conmemorar la victoria olímpica que Filipo II obtuvo en el 356, casi a la vez que de la unión de ambos nacería Alejandro.

En el mismo 357, Filipo tomó Anfípolis, ciudad fundada por Atenas para controlar el rico distrito minero del monte Pangeo y los recursos madereros de la región así como Potidea, también vinculada a Atenas, como un paso más para dominar el territorio costero macedonio, lo que haría tras conquistar Metone (354 a.C.), en cuyo sitio perdió su ojo derecho. Al hacerse con las minas de oro y plata, Filipo dispuso de recursos suficientes para financiar sus políticas, incluyendo la militar, y los enemigos del rey en Atenas no perdieron la ocasión de señalar cómo Filipo hacía uso de ese dinero para sobornar a sus oponentes y recompensar a sus amigos. Sus monedas de plata, de una calidad extraordinaria, fueron acuñadas a un ritmo desconocido antes en Macedonia y en buena parte de Grecia e introdujo, además, monedas de oro que tuvieron una amplia circulación en todo el ámbito egeo y balcánico hasta el punto de que el nombre que se les dio, "filipeos", acabó siendo utilizado para cualquier moneda de oro de alta denominación, incluyendo las que acuñaría con el tiempo Alejandro. No cabe duda de que buena parte del éxito de Filipo se debió a la disponibilidad de metales preciosos que le permitieron dotar de armamento eficaz al ejército macedonio, contratar numerosas tropas mercenarias y atraerse voluntades en distintas partes de Grecia. En sus monedas de oro colocó como reverso la biga que conmemoraba su victoria en los Juegos Olímpicos, de la que había tenido noticia a la vez que del nacimiento de Alejandro (Plutarco, *Alejandro*, 3, 8-9), como medio de resaltar su vinculación al mundo helénico de la que muchos, interesadamente, dudaban.

Tras el estallido de la Tercera Guerra Sagrada (355 a.C.), en la que los focidios se hicieron con el control del santuario de Apolo en Delfos y utilizaron sus riquezas para reclutar un poderoso ejército, Filipo se puso del lado de la Anfictionía que hasta el estallido de la guerra había controlado dicho santuario. Tras expulsar a los focidios de Tesalia, Filipo consiguió, en agradecimiento, ser nombrado arconte de la confederación tesalia; para

reforzar la alianza, quizá se casó ahora (¿352 a.C.?) con Nicesípolis, sobrina del antiguo tirano de Feras, Jasón, con la que tendría a Tesalónica.

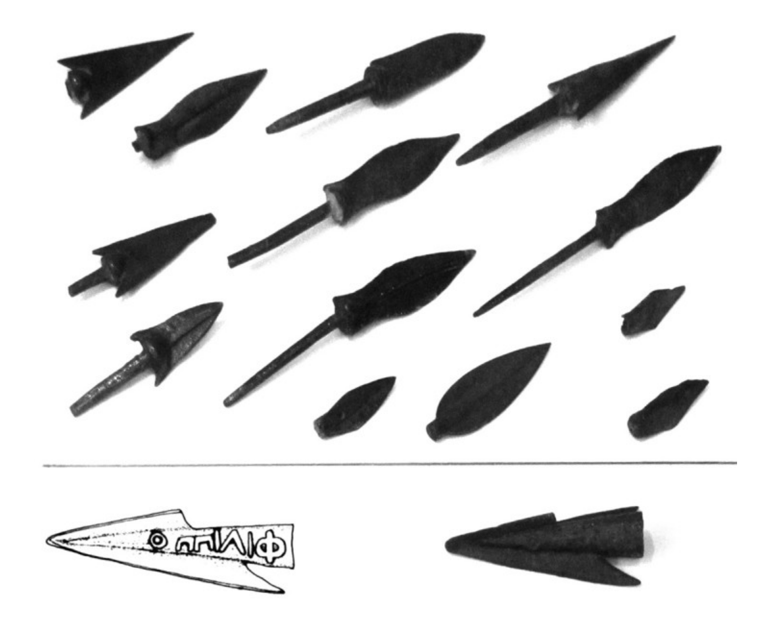


Figura 3. Diversos proyectiles disparados por el ejército de Filipo II durante la toma de Olinto (348 a.C.)

En el 348 capturó Olinto, la principal ciudad de la Liga Calcídica, lo que provocó que Demóstenes pronunciara sus tres discursos conocidos como Olínticas para incitar a los atenienses a la guerra contra el macedonio, lo que no consiguió. La destrucción de Olinto y la venta de sus ciudadanos como esclavos acabó con la Liga Calcídica y aseguró el control por parte de Filipo de toda la costa macedonia. La Paz de Filócrates (346 a.C.) supuso el reconocimiento de las conquistas de Filipo con apenas algunas compensaciones para Atenas; el final de la Guerra Sagrada consagró el dominio de Filipo sobre buena parte de la Grecia Central. Por su parte, sus campañas en el norte, que llevaron a reforzar su posición en el Epiro tras la deposición de Aribas y el paso del trono a su cuñado Alejandro el Moloso (343 a.C.) y la anexión de Tracia (342 a.C.), no podían dejar de preocupar a Atenas, que veía en peligro su suministro de trigo procedente del Ponto

Euxino, lo que ocurrió en el 340 cuando los macedonios se hicieron con la flota que transportaba el trigo a Atenas; el reforzamiento de sus vínculos con Tracia se saldaría con la boda de Filipo (en 339 a.C.) con Meda, la hija del rey Cotelas. La intervención macedonia en el suministro de trigo significaba la guerra, en la que Atenas se vio acompañada por Tebas, tradicional enemiga suya pero también amenazada por la política expansionista macedonia, así como por otras ciudades. Los aliados fueron derrotados en Queronea en el verano del 338 a.C., batalla en la que intervino de modo decisivo el joven Alejandro, como luego veremos.

La victoria de Filipo introdujo un nuevo orden en Grecia bajo el liderazgo macedonio que tuvo repercusiones inmediatas en las relaciones del rey con Grecia y de los griegos entre sí. La sucesión de acontecimientos en los meses siguientes no es del todo segura porque los distintos autores los tratan de forma distinta, como tampoco lo es el número de reuniones que tuvieron lugar a lo largo de los años 338 y 337 y lo qué se acordó en cada una aunque las líneas generales sí quedan claras. De este modo, parece que en el invierno de ese mismo año 338, Filipo convocó a representantes de toda Grecia en Corinto con el objetivo de establecer una paz común (*koine eirene*) entre todos ellos así como un consejo encargado de su mantenimiento; meses después, los representantes reunidos en Corinto, con excepción de Esparta que no acudió, juraron lealtad a Filipo y sus sucesores. Macedonia no era miembro de esa alianza, a la que solemos conocer como "Liga de Corinto", pero su rey, Filipo, era quien tenía el poder sobre ella. En la primera reunión regular, celebrada en la primavera del 337, Filipo presentó sus planes de invadir Persia. Como asegura Diodoro (XVI, 89, 4):

> "[...] haciendo correr la voz de que quería declarar la guerra a los persas para vengar las profanaciones cometidas por los bárbaros contra los santuarios de Grecia, se ganó la aprobación de todos los griegos".

Los griegos le nombran líder de la Liga (*hegemon*) y general con plenos poderes (*strategos autokrator*) y con esa autoridad inicia los preparativos y determina los contingentes que cada ciudad tendría que aportar al ejército

común. Parece que, en general, muchos griegos aceptaron esa guerra con una mezcla de satisfacción y esperanza porque, a pesar de que la propaganda de Filipo había triunfado, había un sentimiento generalizado entre los griegos de desconfianza hacia los persas, cuyo dinero, pensaban, había contribuido durante los decenios anteriores a impedir la unidad de los griegos para lograr ese objetivo común que era vengarse de los persas y lograr la liberación de las ciudades griegas que ocupaban.

Por supuesto, no todos creían en los motivos altruistas de Filipo pero, por el momento, poco tenían que hacer; la amenaza del poder macedonio, pero también la política de conciliación del rey tras la derrota de los aliados griegos en Queronea, excepción hecha de Tebas, consiguió la adhesión, al menos formal, de los aliados a los planes de Filipo. Para garantizar esa "paz común" se creó un consejo (*synedrion*) compuesto por representantes de todas las *poleis* aliadas cuyo número sería proporcional a la fuerza que estaban dispuestas a poner al servicio de los planes comunes. Ese consejo también decidiría sobre los asuntos militares, financieros y de política interna y exterior y resolvería los conflictos entre las *poleis* siendo sus resoluciones tomadas por mayoría y vinculantes para todas ellas. El que Macedonia no participara en el sinedrio a pesar del papel que desempeñaba su rey como general con plenos poderes era una maniobra más de Filipo, que quería dar la impresión de que eran los propios griegos los dueños de su destino. La cifra de soldados de los que podía disponer la Liga, según el cómputo de Justino (IX, 5, 6-7), era de 200.000 infantes y 15.000 jinetes, además del ejército macedonio y diversos aliados bárbaros. A ello habría que sumar las fuerzas navales, a las que contribuiría Atenas y otras *poleis*. Una inscripción hallada en la Acrópolis de Atenas (*IG* II^2 236), aunque fragmentaria, muestra el juramento que la *polis* hizo en esta ocasión enumerando y comprometiéndose a respetar todas las cláusulas de los tratados establecidos con Filipo.

Es difícil saber con certeza si Filipo había abrigado ya antes la idea de lanzar una campaña contra Persia o si, por el contrario, esta empresa fue diseñada para justificar el dominio recién adquirido sobre Grecia y redirigir el gran poder que el rey macedonio acababa de alcanzar hacia un objetivo que gozaba de un amplio atractivo para muchos griegos. Es cierto

que las campañas macedonias en el Egeo septentrional y la anexión de Tracia parecen haber creado inquietud entre los sátrapas que controlaban los territorios persas próximos y fronterizos a esas regiones pero sin duda tensiones ocasionales habían existido con anterioridad y nada presagiaba que Macedonia tuviese especial interés en reiniciar una guerra con los persas. Es cierto también que muchos intelectuales griegos denunciaban con cierta frecuencia los peligros a los que estaba sometida la Hélade, imaginando conspiraciones de los bárbaros a Oriente y Occidente (persas y cartagineses) para acabar con el mundo griego; autores como Platón o el propio Aristóteles alentaban estas teorías y los oradores daban rienda suelta a las mismas. Muchos años antes, incluso, del ascenso de Filipo un orador como Isócrates ya hablaba de la necesidad de la unión de todos los griegos para, en lugar de luchar entre sí, dirigir los esfuerzos comunes a la lucha contra el bárbaro; así, en su discurso llamado "Panegírico", compuesto en el 380, Isócrates resume en estas palabras parte de lo que con el tiempo ejecutará Filipo:

> " [...] no será posible que exista una paz duradera entre los griegos a no ser que decidamos luchar todos juntos contra los bárbaros". (Isócrates, *Panegírico*, 173)

Isócrates escribe este discurso pocos años después de que, con la paz de Antálcidas (387 a.C.), Esparta devolviese a los persas el control de las ciudades griegas de Asia Menor y les otorgase la capacidad de intervención en los asuntos griegos para hacer respetar el acuerdo (Jenofonte, *Helénicas,* V, 1, 31), que incluía la capacidad persa de sancionar a quienes quebrantasen la Paz Común (*koine eirene*) que también incluía el acuerdo. Aun cuando la situación persa no fuese comparable en el 338 a la existente cincuenta años atrás, la Grecia del este seguía estando sometida a los persas y eso era algo que no podía dejar de percibirse como un agravio por un mundo griego que, al menos en un plano intelectual (más que político), iba avanzando hacia la idea panhelénica. La liberación de sus ciudades, pues, del dominio persa, era una idea que a pocos griegos disgustaba aun cuando no parece que nadie estuviera dispuesto en serio a embarcarse en una guerra contra el Imperio persa.

Es bastante posible, por consiguiente, que Filipo, excelente conocedor de las actitudes griegas al respecto, tuviese la idea de convertir su dominio sobre Grecia, que obedeció a una política expansionista sin más, en un instrumento ideológico para hacer más tolerable su dominio sobre los griegos con el pretexto de la guerra contra los que, prácticamente todos ellos consideraban sus enemigos ancestrales, los persas. Es también notable que los acuerdos implicasen el establecimiento de la paz común, aunque en esta ocasión respaldada por los propios griegos frente a lo que había supuesto la paz de Antálcidas, en la que no eran otros que los persas quienes se arrogaban la capacidad de imponerla entre los griegos. La astucia política de Filipo es, en este aspecto, evidente porque devuelve a los griegos la capacidad de supervisar esta paz retirándosela a los persas a los que, de garantes, convierte en enemigos a los que los griegos unidos, y en paz entre sí, debían aprestarse a combatir.

Los rivales de Filipo, sin embargo, no se dejaron engañar con facilidad y, tres años antes de Queronea, Demóstenes advertía a sus conciudadanos cómo el creciente poder del rey macedonio era ya una amenaza no solo para los griegos sino también para los persas (Demóstenes, *Sobre el Quersoneso*, 6; 67); en la tercera Filípica, pronunciada también en 341, Demóstenes propone incluso enviar embajadores al Gran Rey para que esté al tanto de los avances de Filipo, que también serían perjudiciales para él. Sorprende esta actitud de Demóstenes de aproximación hacia quien había personificado el paradigma del enemigo bárbaro al tiempo que, en el mismo discurso, el rey macedonio recibe una de las más fuertes descalificaciones que encontramos en la literatura griega ya que:

> " [...] no solo no es griego ni tiene nada que ver con lo que se refiera a Grecia sino que por si fuera poco no es ni tan siquiera un bárbaro de un lugar del que pueda decirse algo bueno, sino un pestilente macedonio que viene de un país del que no se podía ni comprar un esclavo que mereciese la pena". (Demóstenes, *III Filípica*, 31)

En la cuarta Filípica, también de ese mismo año, el Gran Rey es visto por Demóstenes como un eventual aliado contra Filipo y, en todo caso,

este es considerado un enemigo más peligroso que aquel. Las ideas de Demóstenes, sin embargo, si no arrinconadas, perdieron fuerza después de la estrepitosa derrota de la alianza que él mismo había propiciado en Queronea; la fuerza del nuevo dueño de Grecia era casi irresistible y los griegos aceptaron, unos más a regañadientes que otros, el nuevo proyecto que les presentaba Filipo.

En los últimos años de su reinado, pues, Filipo ya había iniciado los preparativos para esta campaña que se convertiría en el principal objetivo a cumplir por su hijo Alejandro y lo que, a la postre, acabaría catapultándole a la fama universal. Sin embargo, sobre estos asuntos discutiremos en otro capítulo porque ya para esos años, y sobre todo después de su intervención en Queronea, Alejandro se había convertido en un personaje dentro de la corte macedonia con el que había que contar, por más que las frecuentes desavenencias con su padre hicieran a muchos soñar con un heredero alternativo (y más manejable) al trono paterno.

Capítulo segundo
Los inicios

Cuando Alejandro nació, su padre acababa de capturar Potidea; los autores antiguos adornan la noticia de su concepción y su nacimiento con toda una serie de prodigios –sin duda en su mayor parte elaborados a posteriori– que justificarían el destino posterior del personaje. En su mayor parte tienden a resaltar su naturaleza sobrehumana, lo que llega en ocasiones a poner en cuestión la propia paternidad de Filipo para darle a Alejandro una filiación divina. Una parte importante de esas historias recalcan también el carácter ambiguo de su madre Olimpíade, a quien hacen yacer con una serpiente o, en el colmo de la fantasía, engendrar a Alejandro con el último faraón egipcio, Nectanebo II, transformado en diversas figuras divinas. Aunque los antiguos daban a estas historias gran importancia, al tiempo que poco a poco las iban amplificando para adaptarlas a las distintas situaciones de la vida de Alejandro, las mismas tienen escaso o nulo valor histórico; sirven solo para comprobar hasta qué punto los autores antiguos buscaban en el plano sobrenatural explicaciones a los comportamientos humanos. Naturalmente, no todos los autores se dejaban seducir por estos relatos pero lo cierto es que hemos perdido a todos aquellos que vivieron y escribieron en la misma época de Alejandro y que le conocieron en persona y lo que nos queda no son más que textos muy posteriores en el tiempo a Alejandro y elaborados cuando ya resultaba difícil separar la realidad de la ficción.

Frente a lo que parte de la tradición más amante del escándalo y el cotilleo cortesano sugería, no parece haber motivos para pensar que Filipo dudase de su paternidad de Alejandro; del mismo modo, tampoco parece que durante la niñez y primera juventud de Alejandro, Olimpíade despertase los recelos que, ante un cambio evidente de la situación en la corte, acabaron provocando entre los compañeros de Filipo y entre el propio rey, las actitudes de la, hasta ese momento, su esposa principal.

La corte macedonia no era bien entendida por los griegos no macedonios; mientras que en la *polis* griega el matrimonio era por lo general monógamo (aunque había excepciones), en Macedonia, al menos desde el reinado de Amintas III, se había ido instalando la idea de la poligamia dentro de la familia real. Eso provocaba tensiones entre las diversas esposas reales y sus partidarios que tenían como objetivo fundamental aumentar las posibilidades de acceder el trono de los hijos habidos en esa unión. El propio Filipo tuvo que deshacerse, y no con facilidad, de sus hermanastros, de los hijos que su padre tuvo con su esposa Gigea. La tradición de reina fuerte que su madre Eurídice ganó sin duda tuvo que ver con las intrigas, no exentas de ambigüedades, que protagonizó para asegurarle el trono a su hijo Alejandro II y, cuando este murió, a Perdicas III y por fin a Filipo II.

Podemos decir, pues, a este respecto, que durante la infancia y juventud de Alejandro ni este tuvo competidor directo como posible heredero ni, por consiguiente, su madre Olimpíade debió de percibir demasiados riesgos ni a su posición ni a la de su hijo. Es cierto que Filipo contrajo matrimonio en siete ocasiones; a algunos de los matrimonios ya hemos aludido en el capítulo anterior. Sin embargo, y puesto que el éxito de un matrimonio se medía por la capacidad de generar herederos varones, lo cierto es que los mismos no pusieron en cuestión la primacía de la princesa epirota ni de su hijo. En efecto, aunque Alejandro no era el primer hijo varón de Filipo, sí que debió de verse pronto claro que su hermano mayor, Arrideo –nacido en 358 o 357 de Filina de Larisa– tenía una enfermedad mental no bien precisada lo que le descartaba para ejercer el poder. Después del nacimiento de Alejandro, Filipo tuvo otros hijos, entre ellos Cleopatra, hija también de Olimpíade, y aunque autores como Justino (IX, 8, 3) dicen que tuvo muchos hijos, no conocemos, salvo a los mencionados, ninguno otro varón y sí, en cambio, mujeres. Cárano, un individuo algo menor que Alejandro y eventual rival suyo, que algunos autores consideran como hijo de Filipo, ha sido desestimado por la mayoría de los investigadores como una invención de Trogo Pompeyo. Haya existido o no este (presunto) hijo de Filipo, salvo ese autor, ningún otro lo menciona.

Después del matrimonio con Olimpíade, y dependiendo de la fecha de su boda con Nicesípolis, pasaron entre trece y dieciocho años hasta

el siguiente matrimonio de Filipo con la tracia Meda (aunque quizá estuviera unido con ella desde el 342); sin embargo, no conocemos si tuvo descendencia con esta mujer. Por consiguiente, y aunque este posterior matrimonio de Filipo pudiera haber causado cierta intranquilidad en Olimpíade, lo cierto es que la ausencia de más hijos varones, mientras Alejandro iba creciendo, fue reforzando su posición dentro de la corte como madre del más que probable heredero al trono. Solo en los últimos años de la vida de Filipo pudieron surgir algunas sombras, que provocaron, por ende, el alejamiento temporal de Filipo y Alejandro. De este modo, y aunque es difícil conocer con detalle las intimidades de la corte macedonia, podemos estar bastante seguros de que la mala imagen que la mayor parte de nuestras fuentes transmite de Olimpíade puede reflejar la pugna de intereses que se desarrolló en los últimos años del reinado de Filipo y, sobre todo, tras la temprana muerte de Alejandro Magno. Todas ellas tenían que desacreditar la línea sucesoria de Alejandro, representada por su hijo póstumo Alejandro IV, poniendo en cuestión la propia legitimidad de Alejandro mediante el recurso de atacar a su madre. La presencia de reinas fuertes en Macedonia, como Eurídice u Olimpíade, por otro lado, no era bien vista, o bien entendida, por los autores griegos más acostumbrados a un papel pasivo de las mujeres y que no acababan de entender bien las peculiaridades de la corte de Pela.

Alejandro fue educado como correspondía a un príncipe real macedonio, como lo habían sido su padre y sus tíos los difuntos reyes Alejandro II y Perdicas III y posiblemente su abuelo Amintas III, es decir, en las disciplinas tradicionales (gramática, retórica, aritmética, geometría, etc.), además de en actividades físicas, como la caza. Dentro de esa educación se incluía el conocimiento y estudio de los poemas homéricos, sobre todo de la *Ilíada*, algo habitual para cualquier griego pero que en el caso de Alejandro tenía especial relevancia porque desde muy pequeño el joven príncipe fue consciente de que era descendiente del héroe del poema, Aquiles; como cuenta Plutarco (*Alejandro*, 5, 8), uno de sus preceptores, Lisímaco de Acarnania, solía llamar Aquiles a Alejandro y a Filipo, Peleo, para subrayar este hecho. Otro de sus preceptores fue Leónidas, pariente de la reina, que parece haber actuado como supervisor del resto de los ayos y pedagogos que se encargaban de la educación del joven Alejandro. A

estos quizá se les sumase Filisco de Egina como maestro de gramática; este individuo sería el padre de Onesícrito, que con el tiempo sería el piloto de Alejandro. Además, otras fuentes, aunque son menos fiables, indican que habrían intervenido en su educación Menecmo –experto en matemáticas y discípulo de Platón– el escritor Polínice y el músico Alcipo.

En estos primeros años, y antes de que Aristóteles se hiciese cargo de su educación, habría tenido lugar la anécdota de Bucéfalo, el caballo indomable al que solo pudo domeñar Alejandro, convirtiéndose en su montura más emblemática hasta su muerte en 326 a.C. Los autores antiguos utilizaban esta anécdota, que no tiene por qué haber sido falsa, para resaltar la fortaleza de Alejandro y su determinación ya desde una temprana edad.

Sus dotes como recitador de poemas y tañedor de cítara, todavía muy niño, quedan atestiguadas por Esquines (*Contra Timarco*, 168-169) que cuenta que, cuando estaba en Macedonia la embajada de la que él formaba parte (y Demóstenes) para tratar de la paz con Filipo, el joven príncipe entretuvo a los huéspedes de su padre, lo que aprovechó Demóstenes para realizar algunas observaciones irónicas sobre la posible homosexualidad de Alejandro.

En el año 343, cuando Alejandro contaba ya con trece años, Filipo hizo llamar a Aristóteles de Estagira, aunque tradiciones posteriores mencionaban que en el momento de su nacimiento el rey habría escrito al filósofo anunciándole el hecho y regocijándose porque el mismo se había producido en su época, por lo que esperaba que, en su momento, velase por su educación (Aulo Gelio, *Noches Áticas*, IX, 3, 4-6); quizá la carta sea apócrifa pero el deseo de Filipo tal vez no. En efecto, en el momento de llegar a Macedonia, el filósofo tenía ya unos cuarenta años y no era un desconocido en la corte de Pela. Su padre Nicómaco había sido médico y consejero de Amintas III y en esos momentos, aunque todavía le quedaba una larga trayectoria intelectual, había ya pasado veinte años en la Academia platónica en la que, sin embargo, no sucedió a su maestro Platón, recayendo esta tarea en Espeusipo; además es probable que antes de recibir la misión de dirigir la educación del hijo del rey hubiese realizado ya algunas misiones de tipo político y diplomático para el rey macedonio.

A su llegada a Pela para hacerse cargo de la educación de Alejandro, el rey Filipo les buscó un retiro en un santuario dedicado a las ninfas en Mieza, cuyos restos aún se conservan en las proximidades de la actual localidad de Naousa. Allí, junto con una serie de hijos escogidos de la nobleza macedonia Alejandro iba a recibir las enseñanzas de Aristóteles durante tres años; sus compañeros de entonces serían, con el tiempo, sus principales amigos, colaboradores y generales. Allí estaba, entre otros, Hefestión, hijo de Amíntor. Las enseñanzas de Aristóteles abarcaban diversos temas y favorecían que los discípulos hablaran sobre temas predefinidos, practicando las habilidades retóricas. El carácter polifacético de Aristóteles, como queda demostrado en su obra casi enciclopédica, sin duda abriría las mentes de los jóvenes macedonios hacia todas las novedades científicas antiguas y recientes que el mundo griego iba desarrollando y es tentador pensar que la gran curiosidad de Alejandro por el mundo que acabó conquistando le fue también transmitida por su maestro.

El conocimiento de la geografía jugó un papel importante en la formación del príncipe y son conocidos los intereses geográficos de Aristóteles, expresados en varias de sus obras y en las de algunos de sus discípulos. No cabe duda de que, en el futuro, Alejandro echaría mano con frecuencia de los conocimientos geográficos que le había transmitido su maestro aunque fuese para rectificarlos a la luz de la experiencia directa. La idea general sobre la configuración del mundo y, dentro de él, del mundo habitado u *oikoumene*, la recibió de Aristóteles, así como algunos datos sobre su extensión y su tamaño; problemas como los del nacimiento del Nilo y su eventual relación con el Indo, la indeterminación de los límites del mar Rojo y su confusión con el golfo Pérsico, la extensión del Cáucaso, la relación entre el mar Negro y el Caspio, etc., fueron lecciones aprendidas que, ante la evidencia ganada con sus campañas, Alejandro se vio obligado a rectificar. Los datos que aportaron los eruditos que le acompañarían años después en su expedición contribuirían, con el tiempo, a sentar las bases de la obra del que quizá haya sido el mayor geógrafo que existió en Grecia, Eratóstenes. El propio hecho de que Alejandro se hiciera acompañar de expertos como los bematistas, encargados de medir las distancias, es prueba del interés del rey por disponer de datos objetivos sobre los tamaños reales de sus dominios en Asia. El que muchos de los datos que le enseñó

Aristóteles a Alejandro se acabaran demostrando erróneos al contrastarlos con la realidad no disminuye el mérito de las enseñanzas que recibió; pues fue, en buena parte gracias a ellas, que el rey se forjó una imagen del mundo que le acabaría ayudando en sus conquistas futuras.

La propia tradición familiar de Aristóteles, hijo de un médico, inculcaría en Alejandro también un interés por la medicina y las técnicas curativas así como por la filosofía; a lo largo de su vida Alejandro demostró en varias ocasiones su preocupación por las diferentes corrientes de pensamiento, griegas y no griegas, con las que se topó. Por ende, parece que el estagirita le preparó a su discípulo una edición de la *Ilíada*, anotada por él mismo, que le acompañó a lo largo de toda su vida y de la que nunca se separaba. Como buen lector que era (Plutarco, *Alejandro*, 8, 2) parece que entre sus lecturas estuvo también –tal y como considera la mayor parte de los estudiosos contemporáneos– Jenofonte, sobre todo la *Anábasis* y la *Ciropedia* pero sin descartar tampoco las *Helénicas* y, cómo no, el *Agesilao*; da la impresión de que la obra del escritor ateniense ejerció una importante influencia sobre el rey a lo largo de su vida.

Algunos autores modernos discuten acerca del peso de Aristóteles en la formación de Alejandro y sus opiniones varían desde los que la consideran fundamental hasta los que no creen que hiciera demasiada mella en el joven príncipe. Es difícil saberlo con certeza aun cuando los autores antiguos sí dan gran peso a la formación que se ofrecía en el ninfeo de Mieza. Estaba también en la tradición de la Academia, y el propio Platón lo había puesto en práctica, la idea de que el filósofo debía educar al gobernante y guiarle por el camino adecuado; el que Platón fracasase estrepitosamente con los dinastas sicilianos Dionisio I y su hijo Dionisio II no implicaba que el razonamiento de Platón fuese erróneo sino que las circunstancias con las que se encontró en Sicilia no eran las más idóneas. No es improbable, pues, que Aristóteles viese en el nombramiento del rey Filipo una oportunidad para poner en práctica las máximas que había aprendido en Atenas de la mano de Platón sobre la educación de los príncipes y que ambicionase, incluso, culminar su empresa con el éxito que se le había negado a su maestro.

Aunque aún faltaban años para que Aristóteles escribiese su *Política* (tradicionalmente se sitúa su composición entre 335 y el momento de su

muerte en el año 322 a.C.), es más que probable que muchas de las ideas que expresó en esa y otras obras ya estuviesen en su mente y las diera a conocer a sus discípulos. De especial interés son las referidas a las relaciones entre griegos y bárbaros; en su Política Aristóteles asegura que "bárbaro y esclavo son lo mismo por naturaleza" (1252b 9). Añade también en otro momento, refiriéndose a algunos sistemas monárquicos bárbaros (pensando seguramente en el persa), que:

> "[...] puesto que los bárbaros son más propicios por naturaleza a la esclavitud que los griegos, y los que viven en Asia más que los que viven en Europa, se someten al poder despótico con menor desagrado". (*Política*, 1285a 20-22)

Del mismo modo, no tiene inconveniente en calificar el sistema político persa de tiránico y bárbaro, términos equivalentes (*Política*, 1313b 10) o considerar que el carácter bestial es más propio de bárbaros (*Ética a Nicómaco,* 1145a 31). Las enseñanzas de Aristóteles no se separaban demasiado de lo que buena parte de los intelectuales griegos opinaba sobre los bárbaros en general y sobre sus principales representantes, los persas, en particular; el filósofo, por lo demás, no tiene a los bárbaros como tema principal de sus obras. Sin embargo, ideas como la de considerar al bárbaro esclavo por naturaleza representan un avance en esta línea de pensamiento que gozó de amplia aceptación, sobre todo entre los que defendían la acción de Grecia contra el Imperio aqueménida.

Si Alejandro aceptó estas teorías sin cuestionarlas o las mismas calaron en un primer momento en el propio Filipo, es algo que no estamos en condiciones de asegurar, pero tampoco habría sido extraño. Tanto el tardío interés del rey Filipo por la guerra contra Persia como el fervor con el que el joven Alejandro acogió esa guerra heredada de su padre se entienden bien con estas ideas de trasfondo; que en la actitud de Filipo haya habido un oportunismo político, como sugeríamos en el capítulo previo, para justificar el gran poder que adquirió como resultado de sus guerras contra Grecia, no impide admitir que la idea de tomarse la revancha de los persas tenía muchos partidarios en Grecia y un sustento de tipo filosófico que, en cierto modo, despersonalizase al enemigo no

podía dejar de tener su utilidad en esta coyuntura. Creo, pues, que tanto para Filipo como para Alejandro, un refuerzo intelectual que cargase de argumentos a los macedonios y a los griegos para la guerra que iban a emprender sería bienvenido y, en este contexto, las ideas de Aristóteles no podían dejar de ser bien recibidas. Cosa diferente, como veremos más adelante, sería la realidad con la que se encontraría Alejandro en Asia y los más que evidentes cambios en su actitud personal hacia los territorios que iba conquistando.

El peso de la formación que Alejandro recibió de Aristóteles, pues, debió de ser importante en la maduración de su personalidad. El discípulo mantuvo buenas relaciones con el maestro durante bastantes años después de haber finalizado su educación; se llevó, incluso, a un pariente de Aristóteles –el historiador Calístenes de Olinto, hijo de una prima del filósofo– por recomendación suya, junto con otros intelectuales a su campaña asiática. La tradición literaria conserva, incluso, varias cartas intercambiadas entre Aristóteles y Alejandro, aunque da la impresión de que una parte de ellas son falsificaciones posteriores que, en todo caso, subrayan las progresivas diferencias de criterio entre ambas figuras. Las relaciones entre los dos (siempre en la distancia de los miles de kilómetros que los separaban) debieron de verse afectadas por el encarcelamiento y posterior muerte de Calístenes, acusado de conspiración, en el año 327 a.C.; pero lo cierto es que Aristóteles pudo permanecer en Atenas desde el 335 a.C., una vez controlada por Alejandro tras las revueltas que siguieron a la muerte de Filipo, hasta el 323, cuando la muerte de Alejandro le aconsejaría abandonar la ciudad. Ello sugeriría que, a pesar de la tradición de distanciamiento entre Alejandro y Aristóteles, este pudo vivir en Atenas y colaborar en el mantenimiento del dominio macedonio sobre Grecia mientras Alejandro viviese y que solo su muerte haría su presencia en Atenas peligrosa para su integridad; de haber sido así, los lazos entre el antiguo maestro y su discípulo no habrían acabado de romperse nunca y Aristóteles se habría beneficiado de la protección que le habría seguido brindando Alejandro.

El periodo de la educación de Alejandro parece haber acabado en el año 340, cuando el príncipe cumplía los dieciséis años. En ese momento, y aunque Filipo había partido en otras ocasiones a guerras en territorios lejanos, adoptó una decisión importante. Como asegura Plutarco:

> “como el rey Filipo decidió hacer una campaña contra Bizancio y Alejandro había cumplido los dieciséis años, decidió confiarle el mando sobre los asuntos de Macedonia y el sello real”. (Alejandro, 9, 1)

Por primera vez el príncipe recibía un cargo concreto, como representante de su padre, y dentro del aprendizaje de lo que, todo el mundo suponía entonces, sería su futuro reino. No cabía ninguna duda de que Alejandro era en ese momento el heredero natural de su padre sobre todo porque, como ya habíamos apuntado antes, no había ningún otro descendiente varón de Filipo capacitado para ello. Era también un cargo a la medida de alguien que había recibido su educación de un tan buen conocedor de la teoría y la práctica de la política como Aristóteles y era el momento de ver si el alumno había aprendido bien sus lecciones; pero también, y como se demostraría enseguida, también se podría valorar si la otra faceta que caracterizaba a los reyes macedonios, la dirección de tropas, la había aprendido también Alejandro.

En efecto, los autores antiguos no dan detalles sobre cómo gobernó el reino durante la ausencia de su padre pero sí mencionan la campaña que llevó a cabo contra la tribu tracia de los madios que vivía a orillas del Estrimón a los que derrotó, procediendo entonces a fundar la que sería su primera ciudad, Alejandrópolis. Algunos autores sugieren, con buen criterio, que es difícil pensar que en esos momentos Alejandro se hubiese atrevido a fundar una ciudad y, además, darle su nombre. Es posible que se tratase tan solo de un establecimiento militar para reforzar la seguridad de la zona en la que acababa de guerrear; cosa distinta es que, con el tiempo, y una vez que Alejandro se convirtió en rey, ese establecimiento, cuya ubicación concreta se desconoce, reivindicase su origen como un acto del propio Alejandro y recibiese ese nombre de “ciudad de Alejandro” o Alejandrópolis.

No tenemos más datos de la experiencia de Alejandro como gobernante y como general en ese breve periodo de tiempo en el que asumió las funciones de su padre, asesorado por alguno de los hombres de confianza del rey (Antípatro con gran probabilidad), pero cabe pensar que debió de ser satisfactoria a tenor de la responsabilidad que un par de años después

se le confiaría en la batalla que resultó decisiva para el destino de Grecia y que marcó el cénit de las aspiraciones de Filipo: Queronea.

El avance de la política de conquistas y anexiones de Filipo ponía cada vez más en riesgo la independencia de las *poleis* de Grecia aún no sometidas a Macedonia, sobre todo de Atenas; la campaña de Filipo recién mencionada contra Bizancio había golpeado el talón de Aquiles de Atenas: el Bósforo y el trigo que, a través de él, llegaba a Atenas desde el mar Negro. El propio Filipo había capturado la flota que transportaba ese trigo a Atenas (Demóstenes, *Sobre la corona*, 87-88) lo que provocó la reacción ateniense:

> "[...] como Filipo había puesto sitio a Bizancio, los atenienses decidieron que Filipo había roto los acuerdos de paz que había establecido con ellos. Inmediatamente enviaron una gran fuerza naval para ayudar a los bizantinos". (Diodoro, XVI, 77, 2)

Demóstenes había, por fin, conseguido movilizar a Atenas contra Filipo; en los meses siguientes tuvieron lugar diversas negociaciones que, como ya vimos, unieron en una alianza anti-macedonia a las viejas rivales Atenas y Tebas; el propio Demóstenes se lo atribuye como un éxito personal, así como la adición a la alianza de eubeos, aqueos, corintios, megarenses, leucadios y corcirios (Demóstenes, *Sobre la corona*, 237).

En el verano del 338, Filipo reunió un ejército compuesto por 30.000 infantes y 2.000 jinetes y se encaminó en dirección a Beocia. En Queronea le esperaba el ejército aliado compuesto de unos 35.000 hombres, de los que al menos 30.000 eran hoplitas. Filipo ocupó el lugar que, como rey y general en jefe le correspondía, el ala derecha, pero le otorgó a su hijo Alejandro el honor de comandar el ala izquierda. La tarea de Alejandro iba a ser especialmente ardua porque enfrente de él, ocupando el lugar de honor del ejército aliado, se hallaba el Batallón Sagrado tebano, una fuerza de élite compuesta de 300 soldados escogidos, unidos entre sí en parejas con fuertes lazos homosexuales. Enfrente de Filipo se hallaban los hoplitas atenienses. Los relatos de los autores antiguos sobre la batalla no son demasiado claros y hay disputas aún pendientes de resolución entre los investigadores actuales, lo que es casi una constante en todos los relatos

de las batallas de Alejandro. En todo caso, y a partir de los magros datos de la tradición literaria, parece que Filipo avanzó sus tropas a velocidad desigual, de modo que no toda su línea entrase en contacto con el enemigo a la vez; al tiempo, y en un momento dado, la formación macedonia inició un retroceso ordenado hasta alcanzar una ligera elevación del terreno lo que hizo que los atenienses avanzaran tras ellos, pensando que se retiraban. Eso iba a debilitar la línea de la formación aliada y el flanco derecho corría peligro de quedar desprotegido. Fue en ese momento cuando Alejandro cargó al frente de la caballería sobre una línea debilitada y, por lo tanto, presa fácil para unos jinetes bien adiestrados; los tebanos se vieron rodeados y el propio Alejandro dirigió el ataque contra el Batallón Sagrado, cuyos miembros perecieron en su mayoría. Si en esta última fase del combate Alejandro cargó al frente de su infantería o lo hizo con la caballería, es algo sujeto a disputa puesto que parece difícil que una formación de caballería pudiese haber quebrado la cohesión de una formación hoplítica como la tebana, muy motivada y adiestrada en el combate; por lo tanto, es posible que aun cuando en la primera fase del combate, Alejandro combatiese a caballo al frente de la caballería, en la última lo hiciese a pie comandando a la falange macedonia. No obstante, los detalles concretos de muchos aspectos de esta batalla siguen eludiendo a los investigadores, a pesar del gran número de análisis publicados sobre la misma.

Después de la batalla, Filipo aún pudo contemplar a los 300 tebanos del Batallón Sagrado, todos juntos, atravesados por las sarisas de sus soldados (Plutarco, *Pelópidas*, 18). Atenas perdió 1.000 soldados y otros 2.000 fueron hechos prisioneros. Aunque, como vimos, este no era el primer mando de tropas que desempeñó Alejandro, sí fue el primero ante un ejército de gran calidad táctica como el beocio y que contaba con esos 300 soldados de élite. La acción de Queronea también debió de mostrarle a Alejandro cómo el éxito en el combate era el resultado de la ejecución de diferentes movimientos y maniobras de sus tropas tendentes a confundir al enemigo, darles confianza y, en el momento preciso, golpear allí donde más mortífera podía resultar la acción. La maniobra de Queronea, espléndidamente ejecutada por el ejército macedonio, demostraba la coordinación entre las distintas unidades del mismo y cómo sus generales y, en esta ocasión, Alejandro en primer término, ejecutaban con precisión milimétrica los planes

trazados con anterioridad. En buena parte de las batallas que en el futuro dirigiría Alejandro se observa también esta coordinación y no es, por ello, aventurado pensar que la lección práctica que Alejandro aprendió en Queronea de la mano de su padre le sería de gran utilidad en su momento cuando fuese él quien condujera a su ejército.

Los macedonios muertos fueron cremados y enterrados bajo un túmulo que los autores antiguos recordaron (Plutarco, *Alejandro*, 9, 3) y que todavía es visible (aunque en muy mal estado) junto al río Cefiso y los muertos del Batallón Sagrado fueron inhumados al pie de la acrópolis de Queronea, bajo un león monumental cuyos restos permanecieron in situ sufriendo diversas vicisitudes hasta que fue restaurado entre 1902 y 1904. Ambas tumbas fueron excavadas, en 1879 la de los tebanos y en 1902-1903 la de los macedonios; buena parte de las informaciones de índole antropológica y demás que las nuevas técnicas de investigación proporcionan, se han perdido para siempre debido a lo antiguo de su descubrimiento. Sin embargo, algunos datos surgen de esos restos; en primer lugar, el carácter monumental de la tumba macedonia, situada en el mismo lugar de la batalla y sin duda ordenada por el rey y costeada por el tesoro real. El túmulo todavía medía, en 1902, 70 m de diámetro y se elevaba 7 m sobre el terreno circundante, siendo su altura original mayor. Su presencia allí, y su recuerdo que perduró durante toda la Antigüedad, eran una señal inequívoca de una victoria que los griegos percibieron como decisiva y el propio Filipo también; el significado que Filipo quiso dar al enterramiento, en medio de ceremonias sin duda de gran suntuosidad y dispendio, era el de tumbas de verdaderos héroes, quizá reminiscente, incluso, del enterramiento que los atenienses dieron en la llanura de Maratón a sus conciudadanos caídos en la batalla contra los persas. Era, sin duda, lo máximo que los macedonios podían hacer para marcar su victoria puesto que, a diferencia de los otros griegos, los macedonios no tenían costumbre de construir trofeos y ni Filipo ni Alejandro construyeron ninguno después de sus victorias (Pausanias, IX, 40, 7-9).

Por otro lado, el león y la tumba colectiva junto al mismo correspondían a una parte de los perdedores. Ya Pausanias (IX, 40, 9) la describió señalando que se trataba de "una tumba colectiva (*polyandrion*) de los tebanos que murieron en la lucha contra Filipo". En las excavaciones

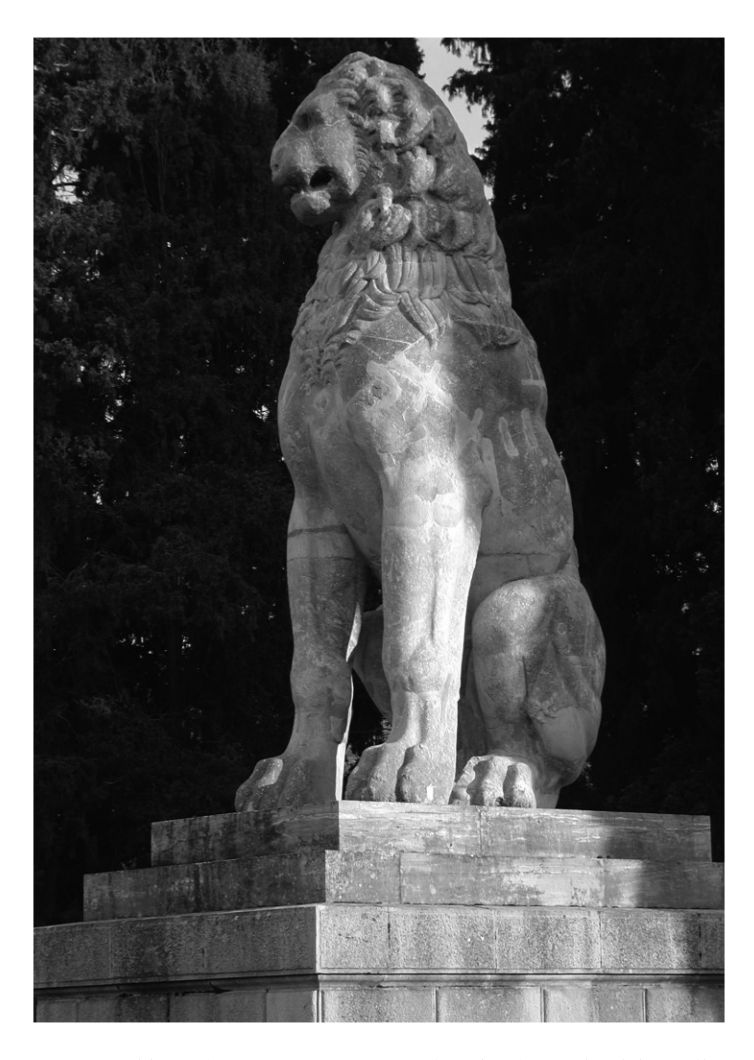


Figura 4. El león de Queronea, construido sobre la tumba del Batallón Sagrado tebano, que pereció en la batalla del 338 a.C.

se halló un basamento de piedra en el que se habían depositado los esqueletos, algunos con evidentes marcas de golpes con filos cortantes, de 254 individuos ordenados en siete filas lo que sugiere que, más que la tumba de los tebanos en general, nos hallamos ante la de los miembros del Batallón Sagrado. El león construido a su lado no hacía sino recordar su proverbial valor. En todo caso, es difícil que esta monumentalización

haya tenido lugar inmediatamente después de la batalla e, incluso, en vida de Alejandro que, como veremos, reservó en su momento un durísimo tratamiento hacia Tebas. Sin duda, fue una construcción posterior (que algunos autores sitúan entre la época de Casandro y el 285 a.C.) que sirvió de glorioso recordatorio de los que se habían opuesto a la política de Filipo y habían sucumbido bajo la carga de Alejandro.

Esto por lo que se refiere a las huellas de esta batalla sobre el terreno. Además de ello, los autores antiguos nos dan otras informaciones de gran interés. La principal se refiere al hecho de que Filipo ordenó trasladar a Atenas las cenizas de los atenienses muertos en Queronea (1.000, como veíamos antes) y devolver a la ciudad a los prisioneros (2.000) sin rescate. El encargado de ejecutar esa misión sería Alejandro, acompañado de Antípatro. Aunque ahora volveremos sobre ello, hay que notar que llevar a cabo la incineración de 1.000 cadáveres era una tarea de gran relevancia, quizá equiparable a las ceremonias fúnebres que los propios caídos macedonios habían recibido aunque estos iban a ser enterrados en el propio escenario de la batalla. Hay que pensar que Filipo realizaría esta acción con el respeto debido y con un más que evidente interés propagandístico, puesto que le interesaba contar con el apoyo de Atenas para llevar a cabo su objetivo de crear lo que conoceremos como Liga de Corinto.

Así pues, Alejandro y Antípatro parten hacia Atenas acompañando los restos de los caídos y a los prisioneros liberados con el encargo de entablar negociaciones para firmar la paz con los atenienses. Sin duda, los atenienses no esperaban esta actitud por parte de Filipo –teniendo en cuenta sobre todo el duro tratamiento que había infligido a Tebas– y se esperaban terribles represalias por parte del rey. Por ello, y porque la política de Demóstenes había sido derrotada en Queronea, Atenas aceptó las condiciones que les hizo llegar Alejandro en nombre de su padre: la pérdida del Quersoneso tracio –aunque no de las islas de Lemnos, Imbros, Esciros o Samos– y la disolución de la alianza naval ateniense. La embajada tuvo un cuidado exquisito en no humillar a los atenienses tratándolos como población conquistada sino que, por el contrario, el acuerdo se firmó como si los dos estados lo hiciesen en pie de igualdad. Era evidente que esto ya no era así pero Filipo y Alejandro se

comportaron (y eso fue ya muy alabado en la Antigüedad) con magnanimidad; aunque sería a no mucho tardar desmentido por la revuelta antimacedonia producida tras la muerte de Filipo. Polibio (V, 10, 5) puede decir, refiriéndose a este año 338, que:

> "[...] el espíritu de los atenienses se vio tan sorprendido por la magnanimidad (de Filipo) que al punto los convirtió de enemigos que eran en aliados para todo".

Los atenienses se apresuraron a concederle la ciudadanía ateniense a Filipo, a Alejandro y a los miembros más prominentes de la legación macedonia como señal de agradecimiento y como medio de reforzar los lazos que los promacedonios de Atenas querían mantener con el rey.

La victoria sobre los griegos, la brillante actuación de Alejandro en la batalla y el éxito de su embajada representan, sin duda, la consagración del príncipe como indiscutible sucesor, en su momento, de Filipo. Y el rey quiso hacer patente esto a todo el mundo griego mediante la construcción de un monumento en uno de los puntos de mayor visibilidad de toda la Hélade, el santuario de Zeus en Olimpia; se trata del Filipeo, del que Pausanias (V, 20, 9-10) da su descripción. Un edificio circular, con un crepidoma de tres niveles sobre el que se alzaba una perístasis externa de dieciocho columnas jónicas y una interna de entre 9 y 14 columnas (o semicolumnas) corintias, cuyos restos fueron hallados en las excavaciones del santuario. Se ubica en el Altis, la parte más sagrada del recinto olímpico, a escasos metros del templo de Hera. Dentro de él, Pausanias menciona la existencia de cinco estatuas de oro y marfil: Filipo, Alejandro, Amintas III, Olimpíade y Eurídice, obras todas ellas del escultor ateniense Leocares. Si este fue el proyecto inicial que Filipo había ideado es algo que no sabemos con certeza; pocos meses después Filipo se casaría con la jovencísima Cleopatra, sobrina de Átalo, y ello provocaría la mayor crisis de la corte macedonia y el alejamiento de Olimpíade y de Alejandro. No obstante, cualquier cambio de planes en la concepción del monumento que Filipo hubiese introducido habría durado poco, habida cuenta de su muerte poco después, por lo que Alejandro, que en todo caso habría sido quien concluyese el

edificio, habría restituido a su madre o, si es que no figuraba en el plan original, la habría incluido al mismo nivel que a su abuela Eurídice. Estudios recientes sobre los restos del pedestal sugieren que el mismo se diseñó desde el principio para cinco estatuas y que estas eran además de mármol, no de marfil y oro como decía Pausanias, aunque seguramente sobredorado y pulido para aparentar estatuas crisoelefantinas; del mismo modo, hay quien ha sugerido que ya se había finalizado antes de la muerte de Filipo aunque es difícil poder demostrarlo así como que la Eurídice que figuraba en el monumento no era la madre de Filipo sino su última esposa, Cleopatra, a la que Arriano (*Anábasis*, III, 6, 5) llama también Eurídice.



Figura 5. El Filipeo, construido por Filipo II en Olimpia para conmemorar la victoria en Queronea

En nuestra opinión, sin embargo, y aunque no puedan rechazarse por completo estas teorías, el Filipeo iba a ser la plasmación de la gloria de la dinastía Argeada en el lugar más visible de Grecia y en él se plantearía un cuadro dinástico claro, no exento de propaganda: Amintas y su esposa Eurídice, su hijo Filipo y su esposa Olimpíade y el hijo de ambos y futuro

heredero, Alejandro; las connotaciones religiosas eran claras y Filipo aparecería en este edificio como una figura divina encabezando su propia dinastía. Si el diseño del monumento lo esbozó Filipo inmediatamente después de Queronea, durante su estancia en Olimpia, no cabe otra interpretación. Como apuntábamos antes, puede que hubiese algún intento de cambio después de la última boda de Filipo en el verano del 337, pero si el mismo empezó o no a ejecutarse, su muerte y el ascenso de Alejandro haría volver el diseño a su fase inicial. Me interesa hacer hincapié en esto para que nos sirva de introducción al próximo punto que abordaremos, el del distanciamiento entre Filipo y Alejandro.

Antes de entrar en él, y para concluir el asunto del Filipeo, insistiré de nuevo en que las excavaciones alemanas en Olimpia localizaron la base del edificio ya durante el siglo XIX, así como diversos restos de su alzado tanto en torno a la misma como reutilizados en otras estructuras; se localizó también, en bastante buen estado, la basa sobre la que se ubicaban las estatuas. En el verano del 2005, el Servicio Arqueológico Griego finalizó la anastilosis parcial del edificio, reconstruyendo hasta su altura original tres columnas y su correspondiente entablamento, elevando parcialmente otras tres y restituyendo parte del crepidoma y de la *cella* de esta original ofrenda dedicada a mayor gloria de Filipo y de su hijo Alejandro; con esta obra el visitante puede hacerse una idea aproximada de este monumento y percibir la visibilidad que su dedicante quiso darle, muy próxima al acceso noroccidental al Altis.

Pasamos, pues, ahora a un punto crucial en la vida de Alejandro, la ruptura con su padre. Si en el verano del 338 Alejandro gozaba de la plena confianza de su padre y en otoño del mismo año Filipo encargaba un monumento en Olimpia en el que el príncipe figuraba en un lugar prominente y quizá su propia madre, ¿qué ocurrió entre ese momento y el verano del 337 cuando Filipo decide casarse con Cleopatra, sobrina de Átalo? y, sobre todo, ¿por qué este último y sus partidarios deciden ofender a Alejandro?

Dado el funcionamiento de la corte macedonia y el propio sistema político macedonio, en el que el principal foco de autoridad y de derecho, era el mismo rey y en el que apenas puede hablarse de instituciones políticas consolidadas, cualquier decisión que adoptase el monarca podía

modificar radicalmente la situación establecida. Que, por primera vez a lo largo de sus matrimonios, Filipo decidiese casarse con una mujer de origen macedonio parece estar hablando del deseo de contentar a la élite del reino en un momento que podía ser decisivo, como era el inminente inicio de la expedición asiática en la que el rey estaba implicando a los griegos pero que requeriría importantes esfuerzos de los macedonios. Aunque más adelante volveremos sobre los preparativos que ya había iniciado Filipo antes de su asesinato para esta campaña, parece fuera de dudas que la empresa, aunque seguramente más limitada en objetivos que la que, al final, llevó a cabo Alejandro, no era baladí. Su ausencia de Macedonia sería, previsiblemente, más larga que lo que hasta entonces había sido habitual y sería necesario que la estabilidad en el territorio estuviera garantizada. Creo que hay pocas dudas de que, en un primer momento, el destinado a gobernar el país en ausencia del rey habría sido el propio Alejandro y tal vez el rey quisiera facilitar su labor granjeándose el apoyo de los notables macedonios que deberían colaborar con el regente para mantener el orden en Macedonia y en Grecia.

No me parece creíble que Filipo, en vísperas de su expedición, hubiese intentado abrir un nuevo frente de conflicto dentro de su propio palacio; la política de alianzas que había establecido a lo largo de su carrera, sellada con diversos matrimonios, estaba dando buenos resultados y no era el momento de dar al traste con ella. Algunos autores antiguos aseguran que Filipo deseaba apasionadamente a la joven Cleopatra (Ateneo, *Deipnosofistas*, XIII, 557 d-e) y quizá no debamos rechazar tampoco este hecho para explicar este último matrimonio de un Filipo que, para los niveles de la época, y con 46 años, ya se estaba haciendo mayor. Haya sido, pues, la pasión o el cálculo político, o ambos, Filipo decidió casarse con la joven sobrina de Átalo y no cabe duda de que ese gesto debió de gustar mucho entre los nobles macedonios que veían cómo uno de los suyos emparentaba con la familia real.

Lo que ocurrió en la boda es narrado por varios autores antiguos y, aunque en un primer momento quizá pudiese haber resultado un simple exceso verbal atribuible al vino, pronto se convirtió en algo más serio porque ya había detrás un trasfondo del que, por desgracia, apenas tenemos noticias. Durante los banquetes de celebración de la boda, según parece,

Átalo declaró que, por fin, el rey podría engendrar hijos legítimos y no bastardos. Por supuesto, Alejandro, que estaba presente, se tomó la frase como lo que era, un ataque a su propia legitimidad como heredero y le lanzó una copa; Filipo intervino, en apariencia en defensa de Átalo y se produjo una discusión entre el rey y su hijo en la que este le ridiculizaría y humillaría. Puede que esto haya sucedido tal y como nos lo relatan Plutarco (*Alejandro*, 9, 7) y Ateneo (*Deipnosofistas*, XIII, 557 d-e) aunque hay datos algo sospechosos. No es difícil admitir que los macedonios pudiesen preferir que su rey les diese un heredero nacido de una mujer macedonia pero hasta ese momento, y después de seis matrimonios, nadie parece habérselo hecho saber a Filipo; por otro lado, no puede decirse que la propia madre del rey, Eurídice, fuese macedonia de pura cepa y, sin embargo, nadie parece haber cuestionado el derecho al trono de Filipo o, por lo menos, el de sus dos hermanos mayores que reinaron antes que él. Así pues, o la nobleza macedonia descubría de repente que su rey solo había procreado bastardos, o todo el relato del incidente está teñido de connotaciones que parecen haber encajado más en modelos griegos que macedonios, donde los criterios de legitimidad eran más estrictos y donde, por otro lado, la poligamia no era normal. Como sugeríamos antes, en Macedonia, donde la fuente del derecho y el paradigma de los comportamientos parece haber sido el propio rey, quizá esté fuera de lugar ese concepto de bastardía y más aún aplicado a alguien que, como Alejandro, había sido elevado ya por su padre a altísimas responsabilidades.

Pero, en todo caso, lo que este incidente, más o menos alterado o exagerado por la tradición historiográfica griega, muestra es que habían surgido fricciones entre los distintos grupos que rodeaban al rey. Se tiende a atribuir también en este conflicto un papel decisivo a Olimpíade a cuenta de su (presunto) difícil carácter; sin embargo, no podemos perder de vista que Filipo había contraído, después de casarse con ella, otros dos matrimonios que no parecen haber alterado el statu quo en la corte de Pela, aunque solo fuera porque los mismos no produjeron hijos varones. Si el nuevo matrimonio de Filipo producía un hijo varón puede que parte del entorno del rey (y de Átalo) le hubiesen apoyado frente a Alejandro, pero este tendría siempre la ventaja de su mayor edad, de haber desempeñado ya cargos relevantes, etc. Lo que hacía diferente, pues, el nuevo

matrimonio de los anteriores era el origen macedonio de la novia, algo que no había ocurrido en los enlaces previos y que hacía que los apoyos de las esposas del rey, extranjeras en Macedonia, fuesen relevantes. En el caso de Cleopatra, la situación era por completo distinta porque al ser macedonia podría disponer de muchos partidarios, lo que además se unía a la importancia del papel que pronto asumiría Átalo al ser nombrado comandante, junto con Parmenión, del cuerpo de ejército que iba a iniciar las hostilidades contra los persas; eso sí que debió de producir preocupación en Olimpíade y en su hijo, máxime cuando ambos generales se hallaban unidos por vínculos familiares (la hija de Parmenión estaba casada con Átalo).

El incidente de la boda, aunque se nos haya transmitido tal vez exagerado y distorsionado por la tradición historiográfica, debió de provocar las iras de Filipo, incrementadas por las muestras de solidaridad de sus compañeros que no perderían la ocasión de resaltar todos los vicios de Olimpíade, eco de los cuales encontramos en los autores antiguos. Alejandro podía haber buscado una reconciliación con su padre pero, según parece, decidió exiliarse; eso, al menos, es lo que nos dicen los autores antiguos que atribuyen la iniciativa de la marcha a Alejandro y no a Filipo. Olimpíade regresa a la corte de su hermano, Alejandro el Moloso, habiendo dudas acerca de si, como sugiere parte de la historiografía, llegó a ser repudiada por Filipo; Alejandro se traslada desde allí a Iliria sin que las fuentes precisen más su destino aunque algunos autores han sugerido, con buenos argumentos, que pudo haberse exiliado en la corte de Langaro, rey de los agrianes. Sobre si en esta ocasión le acompañaron al exilio sus compañeros (entre ellos Harpalo, Nearco, Erigio y Tolomeo) no hay acuerdo en la tradición antigua puesto que autores como Arriano (*Anábasis*, III, 6, 5-6) lo dan por hecho, mientras que otros como Plutarco (*Alejandro*, 10, 4) mencionan el exilio de estos jóvenes pero a propósito de otro episodio, el "asunto de Pixodaro" al que luego me referiré.

La situación no era, en absoluto, buena. No sabemos qué hacía o tramaba Alejandro en Iliria; tampoco sabemos –aunque aquí tenemos algunos indicios más– qué opinaba el rey de los molosos del alejamiento de su hermana de la corte de Pela puesto que eso suponía, de hecho, la ruptura de las alianzas establecidas desde hacía tiempo y, según Justino

(IX, 7, 7) la propia Olimpíade empujaba a su hermano a declarar la guerra a Macedonia. Filipo no podía permitir que esas regiones fronterizas, tan sensibles, pudiesen levantarse en armas mientras él estaba en Asia por lo que acabó aceptando el regreso de Alejandro según se nos dice por intercesión de un tal Demarato de Corinto, persona que contaba con la confianza del rey (Plutarco, *Alejandro*, 9, 14). El otro fleco pendiente era Alejandro el Moloso a quien, para congraciarse con él, le ofreció casarse con su hija Cleopatra, hija de Olimpíade y, por lo tanto, sobrina suya, lo que el rey epirota aceptó (Justino, IX, 6, 1; Diodoro, XVI, 91, 4). Sería durante las celebraciones de este matrimonio, al que Filipo quiso dar un especial relieve para reafirmar su recuperada alianza con el Epiro justo antes de iniciar la campaña asiática, cuando fue asesinado. Volveremos sobre ello.

El regreso de Alejandro después de unos meses de ausencia no parece haber disminuido la desconfianza latente entre el príncipe y su padre; el proyecto de matrimonio entre la hermana de Alejandro y su tío, incluso, podía interpretarse como un intento de Filipo de reforzar los lazos directos con el rey del Epiro y no mediatizarlos a través de Olimpíade, de lo que seguramente la reina y su hijo eran también conscientes. Esta situación de desconfianza latente se ejemplificó en el asunto de Pixodaro, que era el hermano menor del famoso Mausolo de Caria, que había muerto unos años atrás. Este individuo se había hecho con el poder en Caria, que era una satrapía persa y, para evitar las represalias del Gran Rey, buscó una alianza con Filipo enviándole embajadores en la primavera del 336. Para el rey macedonio, cuyas tropas acababan de desembarcar en Asia Menor, era una buena noticia y le ofreció casar a su hijo Arrideo con la hija de Pixodaro, Ada. Plutarco relata muy bien el ambiente que se había creado en torno al príncipe cuando asegura que:

> "[...] le llegaron a Alejandro rumores y acusaciones procedentes de sus amigos y de su madre en el sentido de que Filipo tenía la intención de promover a la realeza a Arrideo mediante una boda brillante y otros hechos de importancia". (Plutarco, *Alejandro*, 10, 1)

Alejandro reacciona ofreciéndose él mismo como futuro yerno de Pixodaro lo que desata las iras de Filipo que le acusa de bajeza moral aunque tampoco sabemos si Filipo era ya sincero o quería ganar tiempo. La alianza al final no puede celebrarse y los compañeros de Alejandro son enviados al exilio, quizá por segunda vez en pocos meses.

El episodio, de cuya veracidad dudan algunos autores modernos, muestra la intranquilidad de Alejandro y, sobre todo, de sus partidarios, ante cualquier movimiento que pudiese modificar el statu quo; incluso el hasta entonces descartado Arrideo podía ser promocionado por delante de Alejandro, en previsión sobre todo de que el hijo que esperaba Cleopatra pudiese ser varón. La campaña asiática, ya iniciada por sus generales Átalo y Parmenión y a la que el rey pensaba sumarse en unos meses, significaba un riesgo. Si Cleopatra daba a luz a un hijo varón no era improbable que fuese inmediatamente promovido a heredero; si Filipo vivía lo suficiente este podría heredar el trono a una edad suficiente como para no necesitar que nadie ejerciera la regencia pero si eso no era así, tener como tutor a Alejandro podía representar un peligro como muy bien sabía el propio Filipo, que accedió al trono en detrimento del joven Amintas (IV), hijo de su hermano Perdicas III y, en principio, legítimo heredero al trono. Quizá una solución pudiese ser promover al hasta entonces relegado Arrideo, hijo legítimo de Filipo, como eventual tutor de su eventual hermano lo que, en la práctica, significaría la tutela efectiva de Átalo, bien considerado por el ejército; ello, en definitiva, garantizaría que el hijo de Filipo y Cleopatra podría acabar reinando en lugar de Alejandro. También algunos autores han sugerido que Filipo podía haber vuelto la vista a su sobrino Amintas (IV), al que podría haber también nombrado tutor de su futuro hijo. Prueba de la sintonía del tío con el sobrino es que Filipo casó a su hija Cinane con Amintas; quizá por ello, a pesar de que Filipo le había permitido vivir, cuando era una amenaza para su trono mucho más real al ser el hijo de Perdicas III y heredero legítimo del trono de su padre, Alejandro le dio muerte tras asumir el trono.

Como es sabido, las cosas no sucedieron según ninguna de esas posibilidades: Filipo fue asesinado, Cleopatra dio a luz al poco a una niña llamada Europa, Alejandro acabó reinando y Átalo fue ejecutado. Pero antes de que todo eso ocurriera no podemos descartar que Filipo y sus

partidarios estuviesen dando pasos en la dirección aquí apuntada y que la madre y los amigos de Alejandro, que parece que veían conspiraciones por todas partes, no estuviesen tan desencaminados.

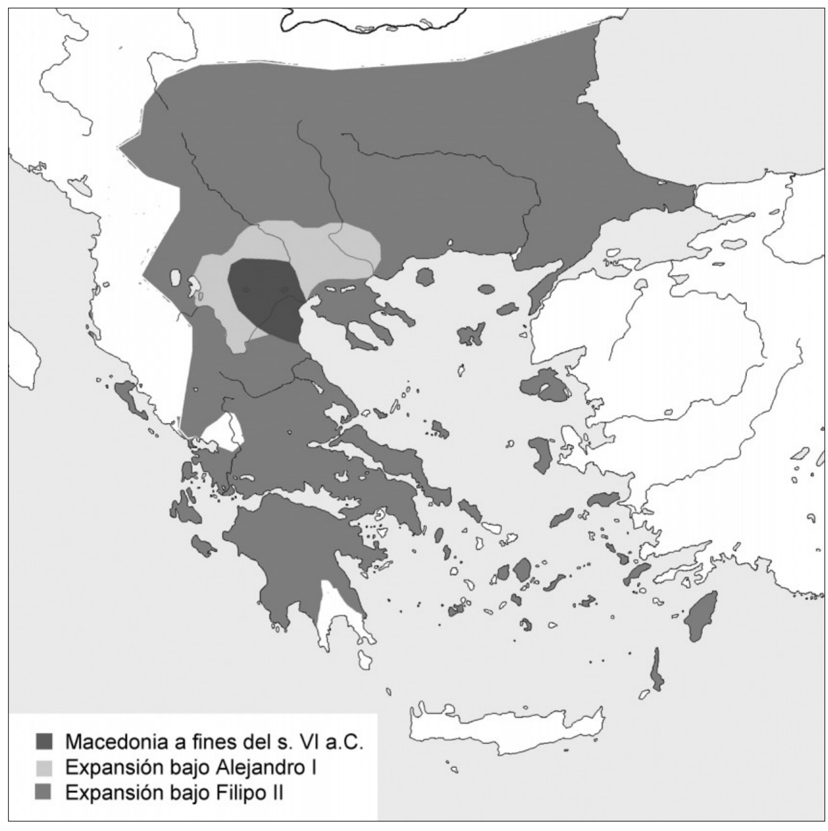


Figura 6. La expansión territorial de Macedonia desde fines del siglo VI a.C. hasta la época de Filipo II

Otro motivo de incomodidad para Alejandro era el haber quedado totalmente marginado de la campaña de Asia y, tal vez, de cualquier otro puesto en ausencia de su padre; a pesar de que algunos autores modernos lo dan como algo seguro, no está claro que Filipo pensase llevarse a su hijo a Asia. Ciertamente, en la primavera del 336, un ejército de unos 10.000 hombres, comandado por Átalo y Parmenión había desembarcado en Asia Menor y, aunque sufrió algunos reveses, había conseguido algunos éxitos notables como la liberación de Éfeso;

el inicio de la campaña había aprovechado la situación de inestabilidad que se produjo en el Imperio persa tras el asesinato de Artajerjes III y su heredero y el ascenso al trono de Darío III. Antes de partir para unirse a la campaña, posiblemente en otoño, Filipo debía celebrar la boda de su hija Cleopatra con Alejandro el Moloso.

Esta boda tenía que ser la expresión del poder de Filipo y la plasmación simbólica de su dominio sobre el mundo griego que, como *hegemon autokrator* de la Liga de Corinto ejercía. A tal fin, concentró en Egas, la vieja capital del reino, y no en Pela, a invitados procedentes de toda la Hélade, representantes oficiales y amigos particulares; pretendía agasajarlos por los grandes honores que las ciudades griegas le habían conferido por ser quien dirigiría la campaña contra los persas. Parece que, incluso, uno de los puntos fuertes de la celebración religiosa era una procesión en la que desfilarían las estatuas de los doce dioses y una decimotercera que le representaba a él; sin duda esto era algo que chocaba no solo con las costumbres griegas sino, muy en especial, con las macedonias. Al hacer su entrada en el teatro donde iban a celebrarse los juegos decidió hacerlo sin escolta, un claro gesto propagandístico destinado a los griegos allí presentes, momento que aprovechó un tal Pausanias, guardia personal del rey (*somatophylax*) para atacarle y darle muerte con una espada celta. Aunque salió huyendo para coger unos caballos que tenía preparados, otros guardias le alcanzaron y le dieron muerte (Diodoro, XVI, 91, 5-94, 4).

Inmediatamente, y con el soporte de Antípatro y de Alejandro el Lincesta, Alejandro obtuvo el apoyo de la asamblea macedonia y, a la edad de 20 años, inició su reinado.

Capítulo tercero
Alejandro rey

Como siempre que se produce un magnicidio, todo el mundo supone, frecuentemente con razón, que detrás de la mano ejecutora puede haber alguien más; el caso del asesinato de Filipo II no es, en este aspecto, una excepción. Pausanias, el asesino material, gozaba de la plena confianza del rey, como muestra la facilidad con la que se aproximó a él para asestarle el golpe definitivo, pero los autores antiguos destacan los agravios (presuntos o reales) que este personaje había sufrido a manos de Átalo, ante la pasividad de Filipo, todo ello salpicado de detalles más o menos escabrosos acerca de relaciones sexuales, celos y desplantes que el futuro asesino habría recibido del rey, lo que habría provocado su reacción. Por supuesto, buena parte de los autores antiguos se resiste a aceptar que un desplante, por humillante que pudiera ser, pudiese justificar el asesinato del rey y, en línea con una tradición hostil a Alejandro que muy pronto surgirá, no dudan en señalar al propio sucesor o a su madre Olimpíade como los auténticos instigadores del crimen. Es también bastante probable que, antes incluso de la elaboración de esta imagen contraria a Alejandro, en los días o semanas posteriores al atentado muchos pudieron haber pensado que la mano de la madre o del hijo estaban detrás del mismo, máxime teniendo en cuenta la dura represión que ambos realizaron contra sus enemigos y adversarios, potenciales o reales, como luego veremos. Otros (quizá más favorables a Alejandro) debieron de hacer correr la voz de que quien estaba detrás del asesinato era el Gran Rey.

Como ocurre también en otros magnicidios, la oportuna muerte del asesino, antes de que pudiera haber revelado los detalles del eventual complot, facilitó la tarea del o de los instigadores, quienesquiera que hubiesen sido.

Nada más morir Filipo, Antípatro presentó al príncipe ante el ejército que le aclamó como su nuevo rey. Antípatro era uno de los generales de

mayor prestigio de Macedonia y ya Filipo le había encomendado importantes tareas, como por lo demás haría Alejandro. Se conoce tan mal la estructura del poder en Macedonia en la época de Filipo y de Alejandro, que se ha supuesto que este era el procedimiento habitual de nombramiento del rey, puesto que el ejército representaba al pueblo macedonio en armas y no tenemos demasiados datos para pensar que no haya sido así. Uno de los primeros que aclaman a Alejandro como rey es Alejandro el Lincesta, yerno de Antípatro, sin duda a instigación de este, para alejar de su persona cualquier sospecha. Era un claro refuerzo a la autoridad del nuevo rey que su tocayo, miembro de la antigua casa real de Lincéstide y primo lejano suyo, reconociese la autoridad del *basileus* de Macedonia; sus hermanos Heromenes y Arrabeo tuvieron menos suerte, puesto que fueron acusados y ejecutados por conspiración para dar muerte a Filipo. No obstante, Alejandro el Lincesta también acabaría siendo eliminado años después.



Figura 7. El santuario de las Ninfas en Mieza, donde Alejandro recibió instrucción de Aristóteles

En las primeras semanas de su reinado, Alejandro tuvo dos preocupaciones principales: dirigir las honras fúnebres en honor a su padre y perseguir a sus asesinos. Ambas ocupaciones confluirían en la ejecución, junto al túmulo bajo el que quedaron enterrados los restos del rey Filipo, de los (presuntos) conspiradores o, al menos, de algunos ya que otros fueron cayendo a lo largo de los meses siguientes. Además de los otros dos hermanos lincestas, se deshizo de su primo Amintas, el hijo de Perdicas III y, cómo no, de Átalo, el tío de Cleopatra, la última esposa de su padre; tanto este como Parmenión se hallaban en Asia al frente del ejército. En la muerte de Átalo intervino Parmenión, su viejo aliado, que no parece haber dudado en cambiar de bando; años después el propio Alejandro se deshará de él ante el temor de que la muerte de su hijo Filotas le hiciese cambiar de parecer. En cuanto a la desafortunada sobrina de Átalo, y a la última de las hijas de Filipo, Europa, fue Olimpíade quien se ocupó de darle muerte nada más regresar a Macedonia, aunque parece que ese acto provocó el enfado de Alejandro. Por el contrario, Alejandro no actuó contra su hermanastro Arrideo tal vez porque no vio en él un peligro directo a su posición ya que no debía de tener demasiados partidarios en la corte.

Alejandro sube al trono, pues, en medio de un baño de sangre; además de dar muerte al asesino material y quizá consciente de que tanto él como su madre estaban en entredicho, Alejandro descabeza a los que veía como principales rivales (con razón o sin ella) a su poder. Esta rápida actuación, su determinación y su crueldad –de la que dará buena muestra en los años sucesivos– contribuyeron, y no poco, a engrosar la leyenda negra que acompañó desde entonces al rey, y a la que se sumarán otros actos de aparente violencia gratuita.

En cuanto a los preparativos para el entierro y los funerales de Filipo, quienes consideran que la tumba II del Gran Túmulo de Vergina corresponde a este rey, reconstruyen las ceremonias a partir de los restos aparecidos en ella. Sin embargo, y como ya se dijo más atrás, nosotros somos bastante escépticos a la hora de aceptar esta identificación; no descartamos que alguna otra de las tumbas que se hallaron en ese Gran Túmulo pueda corresponder al padre de Alejandro; algunos autores han sugerido la número I, de un carácter menos monumental que la II, pero decorada con unas pinturas de una calidad excepcional, cuya escena principal muestra un

rapto de Perséfone. En ella, se hallaron los restos de tres personas, un varón joven, una mujer joven y un bebé recién nacido; el tipo de tumba, una gran cista, parecería encajar mejor con lo que era la tipología de las tumbas macedonias de esos momentos; sin embargo, ninguno de los restos ha sufrido un proceso de cremación, sino que fueron simplemente inhumados. La introducción de las tumbas de bóveda parece ser una de las consecuencias de la conquista de Asia, aunque como en tantos otros temas, no todos los especialistas están de acuerdo. En esa tumba no se hallaron restos de ajuar que pudieran ayudar a su identificación porque apareció saqueada, ya por un ladrón cualquiera, ya durante las violentas acciones llevadas a cabo contra la necrópolis real por los mercenarios galos de Pirro en el año 274 a.C. Como asegura Diodoro (XXII, 12, 1), los galos se enteraron de que los enterramientos reales iban acompañados de grandes riquezas, por lo que se dedicaron a abrir y romper las tumbas, llevarse los tesoros y dispersar los huesos. Si la tumba I fue o no la de Filipo II posiblemente nunca lo sepamos y lo que sorprende, tras esta orgía de destrucción, es que la tumba II y la III sobreviviesen, tal vez porque sus entradas ya no eran visibles.

Sea como fuere, los funerales de Filipo no parecen haberle ocupado mucho tiempo a Alejandro, puesto que había asuntos mucho más urgentes que atender.

Filipo, combinando la fuerza con la diplomacia, había creado una importante estructura sumando, casi por vez primera desde la (mítica) Guerra de Troya, a una gran parte del mundo griego; el mismo día de su asesinato quiso exhibir, ante sus aliados, la fortaleza de esa estructura antes de lanzarla a la guerra contra los persas. Su muerte demostró que los logros de Filipo no eran tan sólidos como el propio rey había pensado y su hijo tuvo que emplearse a fondo para restaurar su autoridad antes de poder retomar la empresa asiática. Sin duda la personalidad de Filipo, su tenacidad y sus éxitos militares, habían acabado por convencer a los griegos, en especial después de Queronea, de que el rey no dudaría en aplastar cualquier intento de oponerse a su poder. Alejandro, sin embargo, era una incógnita; había demostrado su capacidad y su valor, pero la sombra de su padre y su juventud no le ayudaban demasiado. Al tiempo, y dada la propia estructura del poder macedonio, las alianzas, los pactos y los acuerdos habían sido realizados a nombre del rey y solo en un segundo

plano de Macedonia por lo que no sorprende que, muerto Filipo, muchos se considerasen desvinculados de los mismos pensando, además, que el joven Alejandro, aún preocupado por mantenerse en un trono amenazado por tantos conspiradores, tal y como podía percibirse por la serie de ejecuciones que estaban teniendo lugar, no tendría capacidad de reacción. Y si esto era así de cara a los griegos, con respecto a los súbditos bárbaros ello era mucho más evidente puesto que, entre ellos, los acuerdos tenían un componente personal mucho mayor.



Figura 8. Mosaico de guijarros de Pela (finales del siglo IV a.C.) representando quizá a Alejandro cazando un león

Así pues, la muerte de Filipo fue vista por muchos griegos como la oportunidad para liberarse de los compromisos que habían llevado a la creación de Liga de Corinto. Atenienses (incitados por Demóstenes),

etolios, ambraciotas, tebanos, argivos, eleos y lacedemonios expulsaron a las guarniciones macedonias y a sus partidarios. Alejandro marchó hacia el sur con su ejército, algo que quizá no esperaban sus rivales, y pudo restaurar pronto la alianza que tan trabajosamente había creado su padre así como el objetivo principal que había animado a la misma, la lucha contra el persa. Antes, sin embargo, se había asegurado la adhesión de los tesalios, que le renuevan los cargos y honores otorgados a su padre, así como la aprobación del consejo anfictiónico. También las poblaciones bárbaras limítrofes con Macedonia se sublevaron, entre ellos los tracios, los tríbalos y los ilirios, así como otros pueblos. En sus campañas, Alejandro llegó hasta la desembocadura del Danubio obteniendo diversos éxitos. Más que su breve conflicto con los griegos, estas campañas sobre los territorios septentrionales le iban a servir a Alejandro para, al frente de su ejército, evaluar de primera mano sus capacidades y proseguir con el programa de instrucción que ya Filipo había diseñado.

En esta expedición tuvo que enfrentarse con tropas habituadas a terrenos escarpados, con unas tácticas a veces irregulares, que no se adaptaban a las habituales entre los griegos y los macedonios; tuvo que llevar a cabo cruce de cordilleras y de ríos caudalosos, utilizar distintos tipos de tropas según la ocasión (arqueros y honderos, caballería, la falange) o realizar desembarcos y labores de asedio. Aunque no podemos rechazar la posibilidad de que estos territorios se hubiesen mostrado levantiscos a la muerte de Filipo y que tampoco era una buena decisión iniciar la campaña asiática dejando una retaguardia poco segura, no podemos dejar de ver en estos meses de campaña en la primavera del 335, un ensayo de lo que sería la expedición que iba a emprender. Es razonable pensar que Alejandro quisiese poner a prueba la eficacia del ejército en condiciones adversas y, sobre todo, experimentar la dirección del mismo, algo que era muy necesario en un tipo de realeza como la macedonia en la que el rey era, a la vez, el general en jefe del ejército. Por consiguiente, esta campaña, aunque no del todo gratuita, fue necesaria para reafirmar su posición no solo como rey sino, sobre todo, como jefe supremo del ejército, además de por herencia, por méritos propios.

Fue durante su estancia en el norte cuando llegaron rumores a Grecia de que Alejandro había muerto en combate; sin tiempo para comprobar

si eso era cierto o no, los tebanos antimacedonios, que habían sido expulsados por Filipo tras Queronea, regresaron a la ciudad, se hicieron con el poder y pusieron sitio a la guarnición macedonia acantonada en la Cadmea, la acrópolis tebana. De nuevo se ponía en peligro la precaria unidad de los griegos que representaba la Liga de Corinto y se corría el riesgo de que la rebelión se extendiera a otras ciudades, entre ellas Atenas, donde Demóstenes, a quien con el tiempo se le acusaría de haber recibido dinero de los persas para apoyar a Tebas, logró convencer a sus conciudadanos para que votaran una alianza a favor de la ciudad beocia. Alejandro bajó hacia al sur a marchas forzadas con tal rapidez que los tebanos se percataron de su llegada cuando estaba tan solo a 10 km de la ciudad. Tras el rechazo al ofrecimiento de rendición por parte de los tebanos, Alejandro ataca la ciudad y la conquista con gran rapidez. Lo que ocurrió después es uno de los episodios que más ha contribuido a ensombrecer la figura de Alejandro para sus contemporáneos y para buena parte de la posteridad.

Aparte de los que habían muerto en el asalto, tanto combatientes como mujeres y niños, muchos de ellos incluso refugiados en santuarios que no fueron respetados (eso es al menos lo que aseguran los autores antiguos), Alejandro decidió arrasar la ciudad, repartir su territorio entre sus aliados y vender como esclavos a los supervivientes, con excepción de los promacedonios. El resultado de esta terrible acción fue inmediato: todos los que habían iniciado preparativos contra los macedonios los abandonaron al momento y la propia Atenas se apresuró a enviar una embajada, encabezada por los promacedonios, encargada de felicitarle por haber regresado con bien de las campañas contra ilirios y tríbalos y de haber acabado con la sublevación de los tebanos.

Alejandro, haciendo gala de su sagacidad, hace que sean los aliados, esto es, los representantes de la Liga de Corinto los que tomen las decisiones con respecto a Tebas; sin duda, los focidios, viejos enemigos de los tebanos, y los beocios, que en general se habían visto en muchos periodos de su historia dominados por los tebanos, no debieron de oponerse demasiado a la destrucción de Tebas. Nadie, sin embargo, se engañaba; era la decisión del rey la que finalmente se adoptó por más que apoyada por otros griegos y, de este modo, la imagen de Alejandro pasó a ser, casi del mismo modo, temida

y odiada. El castigo a Tebas fue ejemplar y su objetivo, como a nadie se le escapa, fue dar un escarmiento a los griegos para que abandonaran cualquier nuevo intento de sublevación. Era también verdad que en tres años (entre el 338 y el 335) los tebanos habían protagonizado tres actos violentos contra Macedonia: la guerra que acabó en Queronea, el conato de sublevación a la muerte de Filipo y la sublevación del 335. Si en el primero de los casos Tebas, *polis* autónoma, defendía su independencia, en los otros dos había quebrantado los juramentos prestados al rey y aunque la primera vez no le acarreó consecuencias si lo hizo en la segunda.



Figura 9. Alejandro Magno y su madre Olimpíade,
representados en sendas medallas del tesoro de Abukir (211-235 d.C.)

El castigo fue considerado de forma unánime como terrible e, incluso, desproporcionado y muchos podían verlo como algo propio de un bárbaro. Sin embargo, y aun reconociendo que fue un acto de una crueldad extrema, ese comportamiento (potencial o real) tampoco era algo que quedara al margen de las formas de actuación griega. Recordaré aquí solo los hechos que se produjeron tras la derrota ateniense en Egospótamos en el año 405 y la capitulación final en el 404 que pone fin a la Guerra del Peloponeso; en ese momento, según asegura Jenofonte (*Helénicas*, II, 2, 19-20), los corintios y los tebanos, junto con muchos de los aliados, proponían que no se hiciese ningún acuerdo con los atenienses sino que se los aniquilase a todos, aunque la ciudad se salvó porque los espartanos se opusieron. Así pues, aunque en este caso no se consumó

la destrucción de una ciudad tras perder una guerra, buena parte de sus enemigos lo hubieran hecho de buen grado. Los ejemplos podrían multiplicarse; por consiguiente, el castigo de Tebas por parte de Alejandro tampoco era algo extraordinario y no se alejaba demasiado de lo que podía llegar a ser el comportamiento de los griegos con las ciudades vencidas tras oponer fuerte resistencia. Pero, de cualquier manera, para los que eran hostiles a Alejandro, el comportamiento con Tebas proporcionó siempre un espléndido argumento para demostrar la crueldad del rey y su carácter implacable, del mismo modo que ya su padre había sido caracterizado de este modo tras la destrucción de muchas ciudades, en especial de Olinto.

La caída de Tebas, pues, significó, de momento, que los griegos le iban a dar a Alejandro un respiro que le permitiría abordar con ciertas garantías de seguridad en su retaguardia la campaña asiática. Solo quedaba un foco de inestabilidad en el Peloponeso, donde Esparta no se había unido a la Liga de Corinto y contra la que ya Filipo había emprendido acciones para intentar debilitarla, apoyando a los enemigos de la ciudad lacedemonia. Esparta encabezaría una coalición antimacedonia algunos años después, cuando ya Alejandro se encontraba en Asia, pero Antípatro se encargaría de ponerle fin derrotando contundentemente a los espartanos y sus aliados en la batalla de Megalópolis en el invierno del 331.

Solucionados los asuntos en Grecia, Alejandro regresa a Macedonia y en Dío, donde se hallaba un santuario consagrado a Zeus, a los pies mismos del Olimpo, la tradicional residencia de los dioses griegos, celebró unos imponentes festivales acompañados de competiciones dramáticas que había instituido su lejano predecesor Arquelao y que el propio Filipo había celebrado también tras la destrucción de Olinto. Allí parece que trazó con sus compañeros más directos, sus *hetairoi*, y sus generales, los planes de la que iba a ser la campaña asiática; recibió también a numerosos embajadores griegos y, sin duda, entre interminables banquetes, terminó de reforzar los vínculos con sus partidarios en Grecia y planificando todos los detalles de su próxima expedición y del gobierno de Grecia. En este marco, Parmenión y Antípatro le sugieren al rey que se case y que engendre un heredero, a lo que el rey se niega pretextando que no podía perder tiempo en bodas y en esperar el nacimiento de hijos. No será la

primera vez que sus consejeros le animen a que tome esposa y no será tampoco la primera vez que Alejandro lo rechace.

Es curioso este comportamiento del rey que se aleja por completo del que había tenido su padre a este respecto y que provocará que, en el momento de su muerte, aunque inesperada por la edad que aún tenía Alejandro, no hubiese nacido aún el que, al final, será su heredero, Alejandro IV. Aunque Filipo, a pesar de sus siete matrimonios, solo engendró, que sepamos, dos hijos varones –Arrideo y el propio Alejandro– nadie en Macedonia podía olvidar cómo la estirpe de Amintas III había sobrevivido en Filipo II y en Alejandro gracias a que había tenido tres hijos varones con Eurídice, sin contar a los otros tres que tuvo con Gigea. Esos eran los ejemplos que los fieles a Alejandro esperaban que siguiera el rey. No sabemos los motivos por los que Alejandro no siguió la recomendación de sus consejeros, personas de probada lealtad como Parmenión, que había ayudado a Alejandro a desembarazarse de Átalo o, sobre todo, como Antípatro que sin duda fue su principal mentor en el terreno político. Las interpretaciones han sido múltiples y abarcan muchas posibilidades –incluyendo las relativas a las posibles inclinaciones sexuales de Alejandro–, pero ninguna de ellas es del todo convincente. Lo más que, creo, podemos decir es que Alejandro no parece haber tenido la intención de demorarse mucho en Asia puesto que parece fuera de duda que los objetivos de su campaña no eran, en un primer momento, la conquista total del Imperio persa (luego volveremos sobre ello); a su vuelta podría ocuparse de ese asunto así como de mantener bajo control no tanto a su eventual esposa sino, sobre todo, a sus familiares.

Hacía poco que Alejandro había sufrido en sus propias carnes los desprecios que Átalo le había hecho, con la aprobación de Filipo, durante su boda con Cleopatra, porque emparentar con la familia real significaba alcanzar una preeminencia evidente sobre el resto de la aristocracia. Si atendía a las peticiones de sus dos generales, que posiblemente tenían candidatas propias para ocupar el puesto de esposa del rey, tendría que abrir un nuevo frente de preocupación en casa cuando se enfrentaba a una tarea difícil. En ese sentido, su padre había sido más sagaz puesto que, al casarse con mujeres no macedonias, había limitado la influencia de sus respectivas familias en el interior del reino; solo al final cayó ante las presiones de la

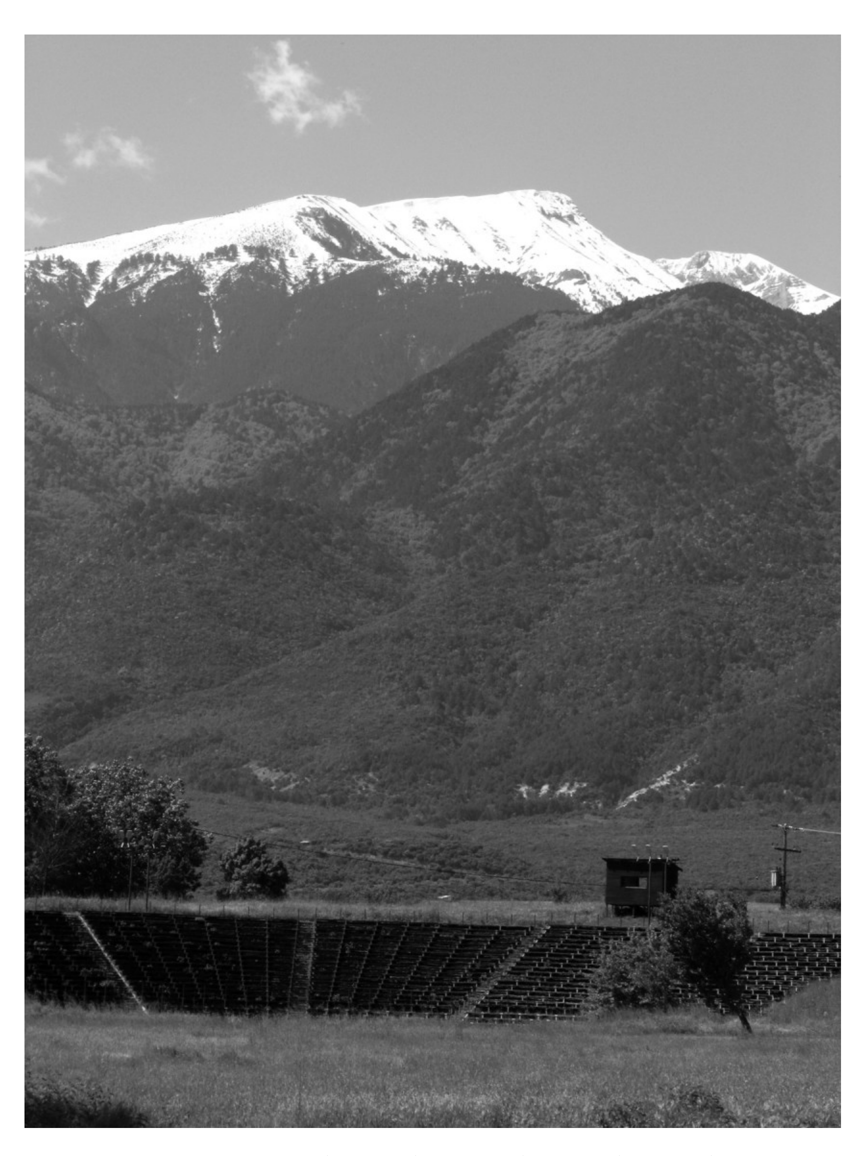


Figura 10. Dío (Macedonia). El monte Olimpo y el área en la que Alejandro celebró festivales en honor a Zeus en 334 a.C. poco antes de su partida hacia Asia

nobleza macedonia, representada por la facción de Átalo, con resultados desastrosos. Alejandro pensaba regresar pronto y, para entonces, con un prestigio propio ganado tras derrotar, como esperaba, a Darío, su posición

sería aún más fuerte y podría mantener a raya a los familiares de la que eligiese como esposa. Como ahora sabemos, nunca volvió y, al final, tuvo que celebrar sus bodas fuera de Macedonia, aunque incluso en este caso tardó bastante en hacerlo.

Es casi seguro que, en esos años iniciales de su reinado y antes de pisar suelo asiático, Alejandro no veía las ventajas de mantener lo más parecido que había en Grecia a una corte oriental, con varias esposas, cada una con sus partidarios, que rivalizaban entre sí para hacer valer los derechos al trono de sus respectivos hijos. Esa era, en parte, la vida que había vivido Alejandro aunque con la suerte para él de que su padre no había tenido hijos varones después de su nacimiento; las tensiones, no obstante, y como ya habíamos visto, debían de surgir cada vez que Filipo desposaba a una nueva esposa y estallaron de forma evidente durante las propias celebraciones de la boda con la última de ellas, Cleopatra. Como Alejandro pudo comprobar, ello era un factor de desunión terrible puesto que la sociedad macedonia se podía polarizar (y de hecho lo hacía) en su apoyo a unos o a otros; sin duda, esos riesgos los percibió Alejandro en el momento de acceder al trono como muestra el que mandara ejecutar a todos sus familiares, incluso lejanos, como los hermanos lincestas o más próximos como su primo Amintas para impedir cualquier real o imaginaria pretensión al trono por parte de ellos y sus respectivos partidarios.

Resuelto el problema de la boda con la negativa del rey, ya solo quedaba ultimar los preparativos para la campaña asiática de Alejandro. Antes de entrar en ella, ya en el próximo capítulo, nos quedan dos temas, no menores, que tratar en este. Por una parte, los objetivos reales de la campaña tal y como la había pensado Filipo y como, seguramente, la diseñó Alejandro; por otra, diremos unas palabras sobre la composición del ejército de Alejandro en el momento de iniciar la guerra contra los persas.

Sobre el primero de los puntos, hemos de decir antes que nada que los resultados finales de la expedición de Alejandro, esto es, la destrucción y conquista del Imperio aqueménida y su llegada hasta los confines orientales del mismo y su penetración hasta la India, ni estaban en la mente de Alejandro y sus asesores ni nadie los hubiera considerado realizables en el año 334. Es más, si alguien hubiera pronosticado a los griegos y a

los macedonios que iban a seguir a Alejandro a más de 5.000 km desde sus casas, es posible que nadie le hubiese acompañado. Esas eran una distancias que resultaban difíciles de asimilar para un griego y la sola enumeración de los pueblos que habitaban esos inmensos territorios era suficiente para desanimar a cualquiera.

Como iremos viendo más adelante, los fines de la expedición de Alejandro fueron replanteándose según se iban consiguiendo objetivos y, podríamos añadir, sin excesivas dificultades. Según Alejandro va modificando su percepción de sí mismo y va aceptando (posiblemente de forma sincera) su carácter sobrehumano, los límites dejan de existir. Es otro asunto peliagudo, sobre el que también volveremos, saber si Alejandro acabó por verse a sí mismo como hijo de un dios más que de un mortal; pero solo admitiendo que, al menos en parte, Alejandro alcanzó una percepción de sí mismo y de su destino, que lo elevaban sobre el resto de sus hombres, tienen sentido buena parte de sus acciones.

Pero, en el año 334, todo ello estaba aún muy lejos. El objetivo declarado de la acción, tal y como ya lo había formulado Filipo en las primeras reuniones de la Liga de Corinto, era la venganza por las acciones persas contra Grecia y la liberación de las ciudades griegas que estaban bajo la autoridad del Gran Rey. A tal fin, y como vimos, Filipo había despachado a Asia en el 336, poco antes de su muerte, una fuerza considerable, al mando de Parmenión y Átalo, para preparar la gran expedición que él iba a llevar a cabo; tras la muerte de Átalo, Parmenión quedó al mando de la fuerza y, mientras Alejandro resolvía los problemas en las fronteras septentrionales de Macedonia y en Grecia, el general llevaba a cabo toda una serie de acciones militares, unas más exitosas que otras. No conocemos demasiado bien las actividades de este ejército en Asia entre su llegada y el desembarco de Alejandro pero no cabe duda de que su presencia allí fomentó reacciones antipersas en algunas ciudades, como en Éfeso, que parece haberse deshecho de los gobernantes filopersas e, incluso, haber erigido una estatua en honor a Filipo en el templo de Ártemis (Arriano, *Anábasis*, I, 17, 11). Sin embargo, todo esto parece haber sido bastante efímero y lo cierto es que, después de una serie de campañas en Eólide, Parmenión había terminado por perder la iniciativa y solo retenía la ciudad de Abido, fundamental para poder cruzar desde Europa a Asia.

Filipo no vivió lo suficiente como para completar la liberación de las ciudades griegas de Asia pero no parece que su objetivo fuese equipararlas a las de la Grecia europea, es decir, integrarlas en la Liga de Corinto. Da la impresión de que su actitud hacia ellas era más o menos semejante a la que había mantenido con respecto a las ciudades griegas de Tracia, que habían sido objeto de su política expansionista años atrás y que consistía, básicamente, en anexionárselas manteniendo el tributo que habían pagado a los persas; eso al menos a las que no le habían abierto las puertas, reservando quizá un tratamiento más benévolo a las que se le entregaban, aunque manteniendo su autoridad sobre ellas. No parece que Alejandro haya tenido planes diferentes en un primer momento, aunque con el tiempo los modificaría, al menos en el aspecto formal.

Aunque es difícil saberlo con certeza, es posible que los planes de Filipo y los iniciales de Alejandro, consistiesen en "liberar" las ciudades griegas de Asia Menor, para situarlas, de una forma u otra, bajo la autoridad macedonia. Sus planes tendrían previsto entablar alguna batalla decisiva, que obligase a los persas a firmar la paz y volver a la situación previa a la paz de Antálcidas. Quizá pretendían también que los persas aceptasen algunas condiciones sobre las eventuales amenazas que las flotas de las ciudades fenicias, fundamentales en la política mediterránea del Imperio aqueménida, pudiesen ejercer sobre los territorios liberados y sobre las rutas comerciales. De algún modo, en alguna de las cartas –no necesariamente apócrifas en su totalidad– que recogen los autores antiguos como enviadas por el rey Darío III a Alejandro, se recogen algunos de estos principios. Así, en la que le envía inmediatamente después de la batalla de Iso, Darío le pide a Alejandro, además de que no cause daño a su madre, a su mujer y a sus hijos, firmar la paz y convertirse en aliados como lo habían sido, según dicha carta, Filipo y Artajerjes III (Arriano, *Anábasis*, II, 14, 3). Nótese que Iso permitió el acceso de Alejandro a los territorios sirio-palestinos, fuera ya de la región ocupada por ciudades griegas y, por lo tanto, más allá de los objetivos iniciales de la campaña. La derrota persa en esa batalla podía haber sido considerada como el momento decisivo que seguramente había imaginado Filipo y la petición persa encajaría bien al ofrecer un acuerdo honorable para las dos partes: los griegos recuperarían su libertad y los

persas mantendrían su dominio en territorios que los griegos nunca habían controlado. Como es bien sabido, Alejandro rechaza las peticiones de Darío y en respuesta (también recogida por Arriano, *Anábasis*, II, 14, 4-9) le indica que a partir de ahora debería considerarle como "señor de toda Asia" y "rey de Asia".

Aunque, en efecto, las cartas puedan ser consideradas apócrifas, las ideas contenidas en ellas no tienen por qué ser falsas. Da la impresión, por lo tanto, de que en los meses que transcurren desde la entrada de Alejandro en Asia y la batalla de Iso, el rey cambia o, quizá mejor, amplía sus pretensiones; completada la liberación de las ciudades griegas, su siguiente objetivo es ya la capitulación de Darío y la ocupación de su imperio, lo cual entraría ya de lleno en la otra finalidad de la campaña: la venganza por la invasión persa de Macedonia y Grecia. Los éxitos sucesivos, antes incluso de la derrota definitiva de Darío en Gaugamela, así como el importante respaldo ideológico que recibirá en Egipto, debieron de acabar de convencer a Alejandro de lo justo de sus metas y del respaldo divino que tenía para conseguirlas, algo que no debemos despreciar cuando tratamos sobre el mundo antiguo, donde las personas tenían siempre presentes a los dioses y a sus designios. Esto, además, es mucho más claro en Alejandro, a quien su madre, a la que se le atribuye un tipo de religiosidad muy intenso vinculado a los cultos mistéricos de Samotracia, le debió de inculcar profundas ideas religiosas; por ende, la propia genealogía de Alejandro, en la que confluían Heracles y Aquiles, a los que el rey consideraba no de forma metafórica sino real como sus antepasados, debieron de impulsarle a ampliar el radio de acción de una campaña que su padre, casi con seguridad, no hubiese prolongado en el tiempo más que lo estrictamente necesario para conseguir los objetivos prefijados.

Aclarado este punto, pasamos al otro que queríamos abordar para finalizar este capítulo, el ejército macedonio. Nadie duda hoy día de que el verdadero creador del ejército macedonio que conquistaría Grecia y el Imperio persa fue Filipo; además, tuvo que actuar deprisa porque su subida al trono se produce después de la terrible derrota y muerte de su hermano Perdicas III, junto con 4.000 soldados, en una batalla contra los ilirios. Pocos años después, Filipo ha restaurado las fronteras macedonias e inicia su progresivo dominio sobre Grecia. Además de sus innegables

dotes diplomáticas, Filipo se apoyaba sobre un ejército que unía a su elevado número (las cifras son enormes en comparación con el que una simple *polis* podía poner en el campo de batalla) una instrucción cada vez más eficaz, junto con unas tácticas que el propio Filipo se encargó de poner a punto y que, como ya vimos, también Alejandro cuidó durante sus primeras acciones contra tracios, tríbalos e ilirios nada más acceder a la realeza.

Es bastante probable que el ejército que, con fuertes pérdidas, heredó Filipo no fuese de una excesiva calidad; puede haber estado formado por una infantería en la que no parece haber habido demasiadas unidades del tipo de la pesada falange hoplítica típica de las *poleis* griegas y donde predominaría la infantería ligera, más propia de sus vecinos bárbaros. Junto a ella, la caballería, en la que combatían los nobles macedonios que formaban el séquito de compañeros (*hetairoi*) del rey y que parece haber actuado sin demasiada coordinación con la infantería. El ejército reflejaba las profundas diferencias entre los territorios macedonios, con una Alta Macedonia poco o nada urbanizada y, por lo tanto, incapaz de proporcionar infantes pesados y la Baja Macedonia, en la que la urbanización era ya incipiente pero, por ello mismo, con el germen de una infantería pesada que no parece haber sido demasiado eficiente. Es también bastante probable que las múltiples rivalidades entre los territorios macedonios, incluyendo los más periféricos que no tenían inconveniente en aliarse con los vecinos para oponerse a las tendencias centralizadores de los reyes minaran su eficiencia. Aunque no era la primera derrota de los macedonios ante sus vecinos, la del año 360 fue de una gravedad extraordinaria.

Si Filipo quería mantenerse en el trono necesitaba, pues, un ejército que tenía, además, que organizarse según algunos principios nuevos puesto que el modelo vigente se había demostrado inviable ante los nuevos retos que amenazaban a Macedonia. La clave del nuevo ejército iba a ser un nuevo tipo de infantería, compuesta por soldados equipados con un armamento menos pesado que el hoplita griego tradicional, pero dotado de una nueva arma que, en principio, iba a suplir la falta de preparación para el combate que el infante macedonio tenía por lo general. Lo que, en nuestra opinión, fue un experimento tendente a conseguir un ejército numeroso compuesto de una masa de ciudadanos poco habituados a

combatir en formación, en poco tiempo resultó un éxito, lo que hizo que Filipo acabara apostando claramente por el mismo y ello, a no mucho tardar, se reveló como una decisión revolucionaria a la par que exitosa.

No son demasiados los datos que los autores antiguos han transmitido acerca del proceso de formación de este tipo de ejército ni tampoco conocemos con detalle cómo fue evolucionando el mismo y qué innovaciones pudo introducir Alejandro al ejército heredado de su padre a lo largo de los años que estuvo a su frente; del mismo modo, tampoco sabemos si rasgos que aparecen en momentos posteriores (por ejemplo, cuando los reinos helenísticos tuvieron que hacer frente a Roma) pueden corresponder al diseño inicial del ejército o forman parte de modificaciones introducidas por los reyes helenísticos; esta escasez de datos complica la tarea del historiador pero, aun así, intentaremos dar una serie de rasgos que pueden haber formado parte del diseño original.

Como decíamos, Filipo debió de hacer un reclutamiento en masa de sus súbditos para hacer frente al peligro ilirio y las amenazas procedentes de las ciudades griegas. En las *poleis* griegas, el ciudadano asumía, en caso de necesidad, la defensa de la misma luchando en el ejército cívico según su nivel económico; si disponía de los recursos suficientes, luchaba como hoplita, el tipo de soldado más valorado y prestigioso; el equipo, bastante costoso, a pesar de que en el siglo IV se había ido aligerando el mismo, con respecto a lo que era frecuente en siglos anteriores, se lo tenía que sufragar cada ciudadano, que era también responsable de mantener una forma física aceptable. Esto último no era difícil habida cuenta de la dureza de la vida y la práctica de actividades gimnásticas, que eran un elemento importante de la educación del ciudadano y de su forma de vida.

En Macedonia, sin embargo, donde el cuerpo más prestigioso era la caballería, de la que formaban parte los nobles, la infantería no tenía una preparación adecuada, al tratarse de unidades armadas a la ligera que, por lo general, no solían combatir en formación cerrada y preferían un tipo de combate más irregular. Filipo debió de darse cuenta pronto de que Macedonia tenía un potencial demográfico muy superior al de otros territorios griegos, que no había sido aprovechado al máximo; de ahí el que reclutase a gran cantidad de individuos. Sin embargo, se encontraba con una dificultad puesto que, a diferencia del ciudadano de la *polis* griega,

los macedonios no habían sido educados en los mismos valores y, por lo tanto, no estaban acostumbrados al tipo de combate usual en la misma. Quizá teniendo en cuenta algunas innovaciones militares que se habían ido produciendo a lo largo del siglo IV, entre ellas la de Ifícrates –general ateniense que dio un peso relevante a las unidades ligeras, mucho más móviles y, si habían sido adiestradas convenientemente, bastante eficaces incluso contra tropas pesadas– y alguna novedad en el armamento, Filipo diseñó la que pasaría a conocerse como "falange macedonia".

La idea principal era crear una unidad masiva, compuesta por soldados agrupados en filas muy cerradas y con una gran profundidad, quizá de 10 en fondo en época de Filipo, aunque con el tiempo llegaría a tener, por lo general, 16 hombres –el doble que la falange hoplítica–; con esto daría confianza a unos soldados que, en principio, eran de poca calidad como combatientes. Además, y para reforzar esa sensación de seguridad, evitando en lo posible el acercamiento del enemigo, les dotó de un nuevo tipo de arma, una pica de en torno a los cinco metros o algo más, que, con el tiempo, y con los sucesores de Alejandro, alcanzaría incluso los siete; se llamaba sarisa. Llevaba una punta metálica (hierro) así como un regatón (bronce) también finalizado en punta. Para ser eficaz, esta sarisa debía de ser cogida con las dos manos, lo que impedía que el soldado embrazara el escudo con el brazo izquierdo y sujetara la pica con la mano derecha, como hacía el falangita griego. Por ello, el escudo macedonio era más pequeño y liviano que el escudo hoplítico (entre 60 y 70 cm de diámetro) y el soldado lo llevaba colgado del hombro mediante una correa. A ello se añadía un casco de bronce, con frecuencia de tipo frigio, llevando los soldados de las primeras filas también una coraza de lino y sendas grebas en las espinillas; los de las filas traseras llevaban un equipamiento menor. El armamento se podía completar con una espada. En principio, el funcionamiento de esa formación no planteaba demasiadas complicaciones si cada uno permanecía en su puesto y, a la orden correspondiente, bajaba las lanzas y avanzaba, puesto que pocos movimientos más podía hacer esa falange. Con el tiempo, sin embargo, se fueron introduciendo programas de instrucción mucho más complejos que mejoraron extraordinariamente las capacidades tácticas de la falange macedonia. El propio Filipo aparece en nuestras fuentes dirigiendo el entrenamiento de sus hombres, a

veces en condiciones muy duras y, como vimos, Alejandro hizo lo propio, en campaña, cuando se hizo cargo del reino.

En el momento del combate, las tres o cuatro primeras filas apuntaban sus sarisas hacia el enemigo de tal manera que este, en su ataque, se encontraba con una formación compacta de la que sobresalía una serie tupidísima de puntas que, y era una comparación que se utilizaba, asemejaban a un erizo. Era difícil enfrentarse a esta formación porque, antes de llegar al contacto con los falangitas, el enemigo tenía que hacer frente a esa amenazadora masa de metal y madera que obstaculizaba su aproximación. Como apuntábamos antes, este tipo de falange, surgida de un momento de necesidad, resultó tan eficaz que Filipo se ocupó de desarrollarla de modo que, cuando Alejandro recibe ese ejército, los principales rasgos del mismo ya estaban definidos.

Otra innovación importante que introdujo Filipo, y que resaltaba el carácter de ejército nacional, comandado por el rey, fue la relativa al armamento. Frente al hoplita griego, que se costeaba su caro armamento, Filipo fue el responsable de armar a los falangitas, haciéndoles entrega, sobre todo, de las sarisas y de los escudos. Es frecuente que estos últimos, tal y como aparecen sobre todo en la iconografía, lleven, en la chapa de bronce que los recubría, la estrella de ocho puntas, el emblema de la casa real de los Argeadas o, lo que era prácticamente lo mismo, el emblema del Estado.

Aunque parece que estas unidades (*taxeis*) eran reclutadas en los diferentes territorios macedonios y dirigidas por miembros de las aristocracias locales (taxiarcos), en algún momento entre los reinados de Filipo y Alejandro se los empezó a llamar con el término de *pezhetairoi* –"compañeros de a pie"– en un intento de elevar, siquiera de modo simbólico, su estatus al equipararlos a la caballería, desde siempre un arma de extracción aristocrática, cuyos miembros eran considerados *hetairoi* –"compañeros del rey"–. Dentro de la infantería, gozaban de un peso y consideración especiales los *hypaspistai*, elegidos por su fortaleza y valor y debían de ser unos 3.000. De ellos, la vanguardia o *agema*, era considerada como la "guardia real". Esta fuerza parece haber sido más versátil y haber dispuesto de un armamento más acorde con las misiones que en cada momento debían desempeñar, lo que implicaba que a veces no

luchasen con la sarisa sino tal vez con una lanza más corta (unos 2,5 m), del tipo de la que llevaban los hoplitas griegos y con un escudo mayor que el que portaban los falangitas, pero para algunas misiones tal vez se equipaban solo con armamento ligero. Los hipaspistas solían estar en el punto más arriesgado del combate, lo más cerca posible del rey, en la vanguardia en el asalto a ciudades y enfrentándose cuerpo a cuerpo con las formaciones enemigas.

Se conocen también los nombres de las unidades menores del ejército: la *dekas*, compuesta primero por 10 hombres y luego por dieciséis, que formaban para el combate en una fila. Un grupo de dieciséis filas formaba un *lochos*, conocido después como *syntagma* y, a su frente, se hallaba un *lochagos*. Su fuerza era, obviamente, de 256 soldados (16x16). Seis *lochoi* componían una *taxis* (1.536 soldados), mientras que una quiliarquía, que tenía 1.024 hombres, se componía de cuatro *lochoi*. Al mando de la *taxis* estaba el taxiarco, que se situaba detrás de la formación en cuadrado y, sobre su caballo, daba las órdenes correspondientes por medio de una serie de heraldos, trompetistas y señaleros.

Por lo que se refiere a la caballería, que había sido la fuerza principal macedonia antes de Filipo, siguió estando reservada a los nobles, que eran considerados los compañeros (*hetairoi*) del rey y que continuaron gozando de la mayor consideración dentro del ejército. Filipo también intervino en su modernización, aumentando la base de reclutamiento entregando tierras confiscadas a sus partidarios; también había introducido nuevas tácticas de combate inspiradas en las que habían desarrollado los tesalios, que eran los mejores jinetes de toda Grecia y dotó a sus jinetes de armaduras, cascos beocios y lanzas algo más largas que las que utilizaban otras formaciones de caballería. No obstante, la fuerza de élite de la caballería seguía siendo la caballería de los compañeros, cuyo primer escuadrón era llamado el "escuadrón real" (*ile basilike*) y constituía la vanguardia (*agema*) de la caballería; su fuerza era superior que la del resto de los otros siete escuadrones que componían la unidad y puede haber contado con 300 jinetes.

La formación principal de la caballería era la *ile* o escuadrón, compuesta de unos 200 jinetes al mando de un ilarco, subdividida en cuatro tetrarquías de 49 hombres, al mando de un tetrarca. Cada tetrarquía

adoptaba para cargar una formación en cuña aunque la *ile* también podía actuar en bloque, pero manteniendo la autonomía de cada tetrarquía para garantizar su efectividad.

Además de esas fuerzas macedonias, el ejército integraba también diversos contingentes, como tropas mercenarias de diversos tipos, desde hoplitas a arqueros y honderos, así como contingentes de aliados o súbditos bárbaros (agrianes, tríbalos, ilirios, odrisios, etc.). En la campaña asiática, el ejército de Alejandro englobaba además las unidades aportadas por los aliados de la Liga de Corinto, así como soldados tesalios aunque, en este caso, debido a que el rey, igual que su padre, había sido nombrado *archon* de la Confederación tesalia.

A lo largo de su estancia en Asia, Alejandro introduciría algunos cambios e, incluso, reclutaría tropas asiáticas para integrarlas, en pie de igualdad con las grecomacedonias, dándoles una instrucción y un armamento equiparables. Esto provocaría importantes problemas entre el núcleo del ejército que no llegó a entender, como muchas otras acciones de Alejandro, los verdaderos objetivos del rey. La relación de Alejandro con su ejército fue, en líneas generales, satisfactoria, porque de lo contrario no habría podido conseguir los objetivos que se fue proponiendo según iban avanzando sus ambiciones; no obstante, y como veremos, tuvo que hacer frente también a algunos motines que pusieron de manifiesto el alto nivel de tolerancia del ejército a las exigencias cada vez mayores de su rey, hasta que las mismas acabaron por ser consideradas excesivas o irrealizables. En un discurso que Arriano atribuye a Alejandro en el momento en el que estalló uno de estos motines –en Opis, en el año 324– el rey, airado, se dirige a sus soldados echándoles en cara su actitud y recordándoles los beneficios que, en su opinión, su padre Filipo y él mismo, habían otorgado a Macedonia y que habían sido logrados gracias al ejército. Merece la pena que acabemos este capítulo con un fragmento del pasaje en cuestión:

> “Mi padre Filipo os halló errantes y sin recursos, la mayoría de vosotros vistiendo solo con pieles y dedicados a ver pastar a vuestras pocas ovejas en las montañas y luchando con dificultades con los ilirios, los tríbalos y los tracios vecinos; él os dio clámides para que os vistierais en lugar de pieles, os hizo bajar de las

> montañas a las llanuras y os hizo superar en fuerza a los bárbaros que os rodeaban, no porque siguierais confiando ya en la fortaleza de vuestros refugios sino en vuestro propio valor. Os convirtió en habitantes de ciudades y os dotó de buenas leyes y costumbres. Os convirtió en amos de aquellos bárbaros que anteriormente os atacaban y saqueaban, en lugar de que vosotros fuerais sus súbditos y esclavos". (Arriano, *Anábasis*, VII, 9, 2-3)

En este cruce de reproches, del que solo hemos recogido parte de los que achaca Alejandro a sus soldados, encontramos parte de las claves que regían las relaciones entre Alejandro y sus soldados. Filipo y él habían convertido a Macedonia en el estado más poderoso de Grecia y de Asia, habían enriquecido a los macedonios hasta límites insospechados y, por lo tanto, el ejército debía lealtad ciega a su rey. Pero Alejandro tampoco podía ignorar que esa empresa no la hubiera podido conseguir con otro tipo de ejército. A pesar de esta y otras disputas, el rey y su ejército habían conseguido juntos objetivos que, a cada uno según su medida, resultaban provechosos. Aquí radica una de las causas principales de los éxitos militares de Alejandro.

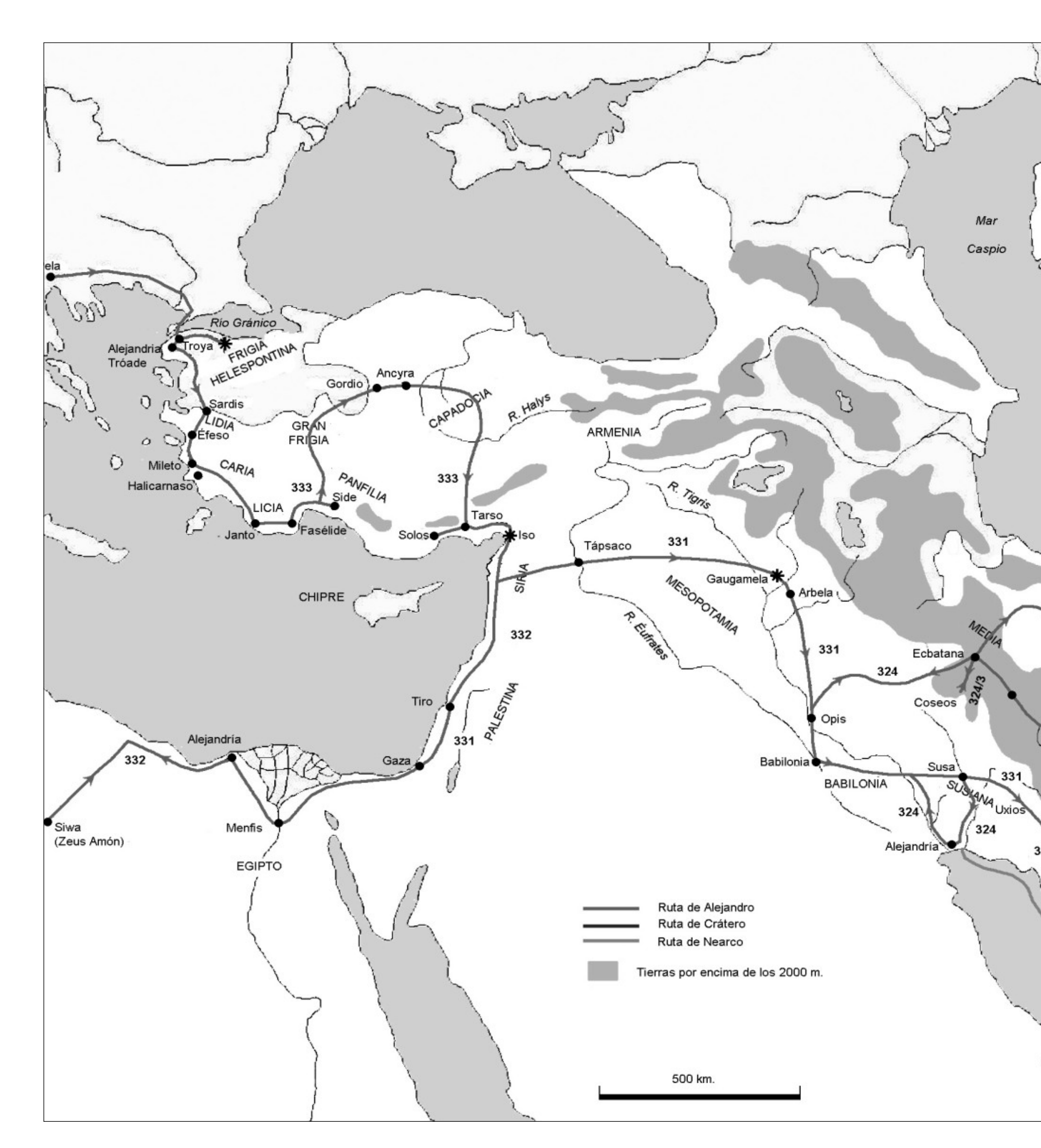
Capítulo cuarto
El inicio de la campaña asiática

Al comienzo de la primavera del año 334, Alejandro inició su expedición cruzando a Asia. Le acompañaba un ejército de más de 30.000 infantes que se agrupaban, más o menos del siguiente modo: 9.000 falangitas macedonios agrupados en seis unidades (*taxeis*) de 1.500 soldados cada una y 3.000 hipaspistas, agrupados en tres unidades de 1.000 soldados cada una. En ese momento no sabemos si ya recibía cada unidad el nombre de quiliarquía, el cual se atestigua solo a partir del 331. La Liga de Corinto había proporcionado 7.000 soldados y Alejandro había reclutado a otros 5.000 mercenarios griegos. Los odrisios, tríbalos e ilirios aportaban otros 7.000 soldados y la infantería se completaba con 1.000 agrianes y arqueros.

Por su parte, la caballería estaba encabezada por 8 *ilai* de compañeros (1.800 jinetes), otros 1.800 tesalios, 600 griegos aportados por la Liga de Corinto y otros 900 jinetes reclutados entre tracios y peonios. A ello se le añadían 160 naves de guerra y un número indeterminado de naves de transporte.

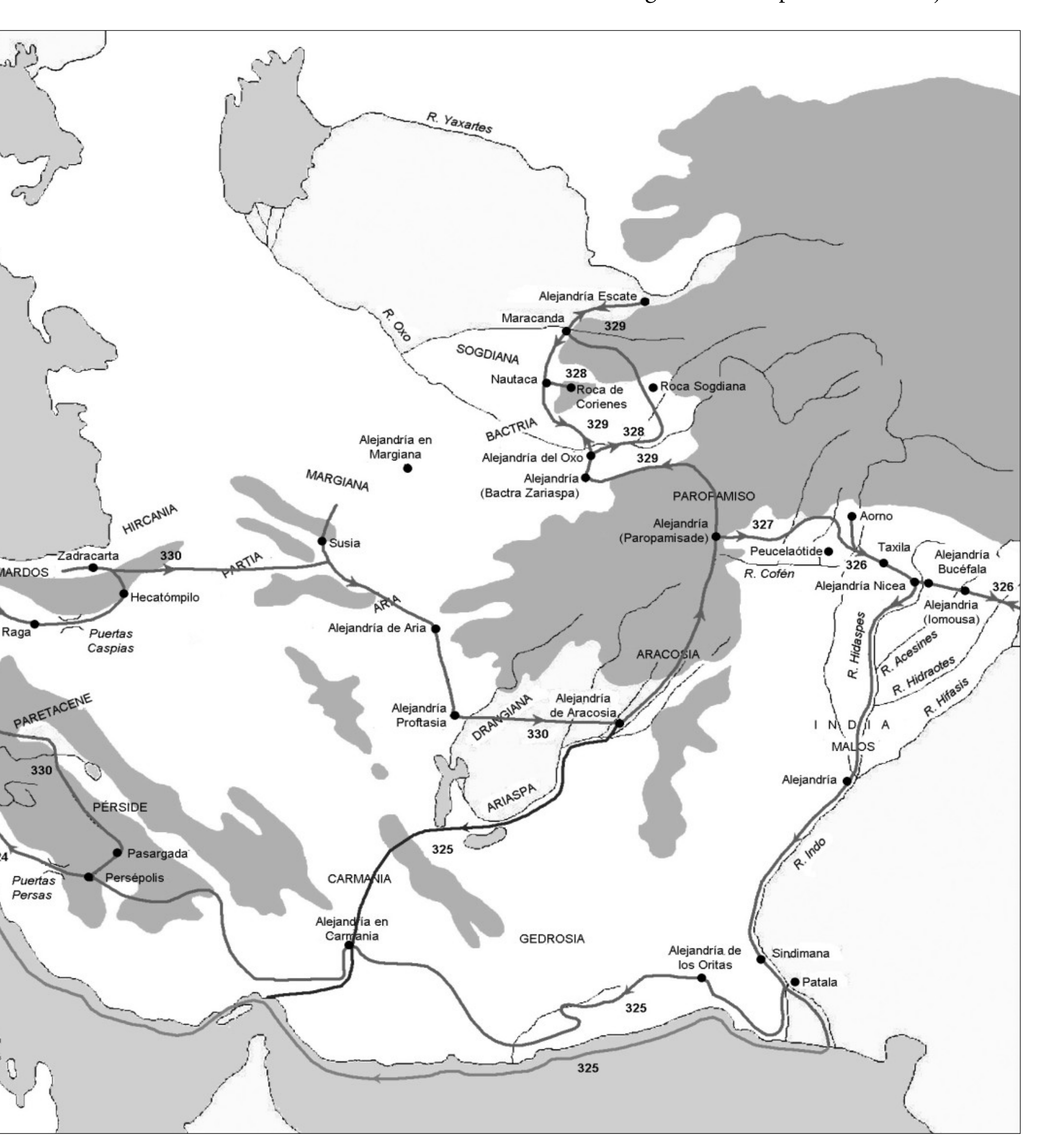
Antípatro se quedó en Macedonia como protector (*epitropos*) del reino con 12.000 infantes, parte de los cuales debían de ser hipaspistas, y 1.500 jinetes. Sus funciones eran, sobre todo, mantener el orden y procurar que los refuerzos que fuese necesitando Alejandro le fuesen remitidos.

Sorprende sobremanera el hecho de que una campaña destinada a ejecutar la venganza griega contra los persas, objetivo que había sido definido como prioritario por la Liga de Corinto, contase con tan pequeña presencia de tropas aportadas por dicha Liga. Esto es tanto más sorprendente cuanto que, como habíamos visto antes, la capacidad militar teórica de la Liga se situaba en 200.000 infantes y 15.000 jinetes. Aunque esta cifra pueda haber sido exagerada, algunos cuantos miles de soldados sí que podrían haber sido reclutados de entre todas las *poleis* que configuraban la alianza y de hecho, el Gran Rey disponía al inicio de la guerra, si podemos creer las cifras que da Curcio (V, 11, 5), lo que no todo el mundo acepta, de 50.000 mercenarios



griegos. El hecho de que Alejandro no cuente con ellos puede deberse a que el objetivo que les había impuesto Filipo a los griegos era un simple pretexto o a que Alejandro había cambiado de postura con respecto a su padre. Por supuesto, la muerte de Filipo impide saber si este tenía pensada una participación mayor de tropas griegas, aunque es bastante posible que así fuese. En el fervor panhelénico que desarrolla Filipo tras Queronea y que justifica,

Figura 11. La expedición de Alejandro



junto con el establecimiento de la paz común, la creación de la Liga, es bastante probable que el rey pretendiese hacer un uso mayor del ejército aliado, para el que había sido nombrado general con plenos poderes. No obstante, entre ese momento y el inicio de la campaña han sucedido varias cosas en Grecia, entre ellas la sublevación de los aliados y la destrucción de Tebas. Es más que probable que la desconfianza de Alejandro hacia los aliados fuese

mayor que la que pudo haber tenido su padre y, quizá también, minimizando esa presencia griega y asumiendo con sus propias tropas el mayor esfuerzo de guerra, Alejandro quisiese demostrar al resto de los griegos que los macedonios eran más que suficientes para defender los intereses de toda Grecia. Tampoco puede descartarse que Alejandro haya impuesto, y los aliados lo hayan aprobado, el pago en metálico a cambio de no enviar las tropas que cada ciudad hubiese tenido que aportar, quizá de modo parecido a como había hecho Atenas durante el siglo v con respecto a los miembros de la Liga de Delos. Sea como fuere, la presencia de tropas de la Liga va a ser casi simbólica y en las acciones que tendrán lugar en los años siguientes su peso va a ser casi anecdótico. Por ello, cuando esas tropas sean licenciadas una vez derrotado Darío, su hueco en el ejército va a ser cubierto sin demasiadas dificultades.

Junto con el ejército, sin duda fundamental para conseguir sus objetivos, Alejandro se hizo acompañar también por otra serie de personas, muchos de ellos de poca utilidad en el combate, aunque de gran valor para propagar las que habrían de ser, al menos eso se esperaba, sus hazañas; me refiero a los que podríamos llamar los "intelectuales". No todos los que escribieron sobre Alejandro, sin embargo, entrarían dentro de esta denominación, aunque otros sin duda sí. Entre estos últimos destacaba Calístenes de Olinto, sobrino segundo de Aristóteles, el cual parece haber dirigido los intereses de su pariente hacia la historia, aunque también le preocupaban los fenómenos naturales y la astronomía, además de ser un excelente conocedor de Homero; es considerado por muchos como el "historiador oficial" de la campaña, lo que no le impidió irse alejando con el tiempo de Alejandro, sobre todo a causa de la introducción de costumbres orientales en la corte, y acabó siendo acusado de conspiración y muriendo, aunque no hay certeza absoluta de cómo. También fue con la expedición Aristobulo, que tuvo más suerte que Calístenes, puesto que sobrevivió incluso al rey; puede haber sido un entusiasta incondicional de Alejandro porque sus informaciones están siempre llenas de adulación hacia el rey. Además de escritor, quizá tuviese otras habilidades, puesto que Alejandro le encargó restaurar la tumba de Ciro el Grande en Pasargada. Cares de Mitilene también participó desde el principio en la expedición y, además de sus obras, desempeñó el cargo de introductor de

invitados ante Alejandro cuando este orientalizó el ritual cortesano. Efipo también acompañó a Alejandro y escribió sobre sus acciones y puede que sea el mismo que fue nombrado *episkopos* o supervisor de los mercenarios en Egipto. Medio de Larisa, también amigo y compañero de Alejandro, estuvo con él durante toda la campaña y parece haber escrito panfletos propagandísticos, además de haber sido trierarco en la flota del Hidaspes en el 326; sobrevivió bastantes años a Alejandro. Policlito, también de Larisa, además de participante en la campaña, parece haber descrito la misma en ocho libros y puede haber desempeñado también algún cargo militar, aunque no es seguro. Onesícrito de Astipalea, discípulo de Diógenes el Cínico y él mismo filósofo, que participó en la campaña seguramente desde el principio, aunque alcanzará mayor relevancia durante la expedición a la India, momento en el que fue nombrado piloto de la nave de Alejandro y escribió varias obras, entre ellas una referida a su educación. Rivalizó con Nearco, el navarco de la flota de Alejandro en su regreso desde la India hasta Mesopotamia. Este último, natural de Creta desempeñó varios cargos de confianza en Asia, siendo el más relevante, como vimos, el de navarco (almirante) de la flota que Alejandro mandó construir en el Hidaspes en el 326, aunque quien disponía de más conocimientos náuticos era su rival Onesícrito. Nearco escribió un interesante relato de la expedición naval, y Alejandro acabó concediendo a los dos sendas coronas de oro por sus acciones. Por último, cabría mencionar a Tolomeo hijo de Lago, amigo y compañero de Alejandro, exiliado junto con él por su padre en el 336; desempeñó funciones militares importantes, sobre todo en los últimos años de Alejandro y, con el tiempo, llegaría a ser rey de Egipto e iniciador de una dinastía que duraría hasta Cleopatra VII y autor de una Historia de Alejandro de gran relevancia. Además, hay indicios de que muchos otros participantes en la campaña, poetas y prosistas, quizá escribieran obras u opúsculos relatando todo tipo de hechos, reales o inventados, sobre Alejandro.

Todos estos autores propagaron, aun en vida del rey, una cantidad ingente de informaciones, de valor desigual, pero que permitía que fuesen conocidas, casi en tiempo real (para los condicionamientos de la época) las distintas guerras que Alejandro iba desarrollando. Es una triste paradoja que ninguna de esas obras se nos haya conservado y

que las fuentes conservadas que tratan de Alejandro, como veremos en el apéndice I, no sea ninguna de ellas directa sino que se inspiren en ellas, de formas que aún siguen siendo discutidas entre los historiadores contemporáneos.

Antes de narrar los primeros movimientos de tropas en el escenario asiático, es el momento de decir algunas palabras acerca de Persia, de su rey Darío III y del ejército persa al que se enfrentará Alejandro.

Sobre Persia diré que desde la formación del Imperio aqueménida por la acción de Ciro II el Grande el mundo griego se vio de lleno implicado en su política expansiva. En torno al 540, el Gran Rey decidió integrar la costa occidental de la península de Anatolia, ocupada por ciudades griegas, en su imperio, lo que parece haber conseguido sin demasiadas dificultades. Durante su reinado y el de su hijo y sucesor, Cambises, se diseñaron para esas ciudades unos mecanismos de control que implicaban la participación de notables locales apoyados por los persas, llamados tiranos por los griegos opuestos al imperio, que se encargaban de la recaudación de impuestos y de llevar a cabo el reclutamiento de las tropas de tierra y de la flota que exigía el rey persa. Tanto estos tiranos griegos como, en general, los gobernantes locales de cualquier parte del imperio, estaban controlados por los sátrapas, altos funcionarios en muchos casos emparentados con el rey, que se encargaban en su nombre, de administrar los amplios territorios en los que, para facilitar las tareas de control, se había dividido el cada vez más amplio Imperio persa.

Entre el 512 y 511, Darío I se hace con el poder aqueménida tras un periodo de convulsiones que suceden a la muerte de Cambises, y garantiza su legitimidad desposando a la hija de Ciro, Atosa. Avanza sus conquistas hacia Europa afectando a las ciudades griegas del norte del Egeo y a Macedonia, como ya vimos en su momento. En el 499, se produce un levantamiento de buena parte de estas ciudades contra la autoridad del Gran Rey, en el que intervienen, en ayuda de los griegos, las ciudades de Atenas y de Eretria. Durante una incursión de los griegos hacia Sardes, capital de una de las satrapías persas, se produjo el incendio del templo principal de la ciudad, consagrado a Cibeles. Sofocada la rebelión en el 494, y en parte utilizando la intervención ateniense y eretria como pretexto, pero también siguiendo la dinámica expansiva que el propio Darío I

había iniciado, los persas inician la conquista de las islas del Egeo hasta llegar a Eubea. La ciudad de Eretria es arrasada y sus santuarios destruidos como represalia por el incendio del templo de Sardes. El siguiente objetivo persa es la ciudad de Atenas. En septiembre del año 490 el ejército aqueménida desembarca en la bahía de Maratón, en la costa nororiental del Ática, donde el ejército ateniense, acompañado solo por el de sus aliados plateos derrota a la fuerza expedicionaria persa, que se ve obligada a embarcar en sus naves. Esta es la llamada Primera Guerra Médica, que consagra a Milciades como vencedor y que supone una enorme dosis de autoconfianza para la ciudad de Atenas y para muchos griegos que veían que era posible derrotar a los persas.

No es seguro que Darío intentase de nuevo volver a atacar a los griegos europeos, aunque sí lo hizo su hijo Jerjes, que subió al trono en el año 486. Este preparó una campaña que pretendía evitar cualquier posibilidad de resistencia griega, utilizando de forma combinada al ejército de tierra, numerosísimo aunque sin llegar a las cifras de varios millones de combatientes que dan los autores griegos, y a la flota, compuesta en gran medida por naves fenicias y de las ciudades griegas de Anatolia, dominadas por Persia. Esta Segunda Guerra Médica, dirigida en su primera fase por el propio Jerjes, conoce algunas batallas que han pasado a la tradición europea, como la de las Termópilas y Artemisio que, sin embargo, no consiguen impedir el avance persa. Llegados hasta Atenas, los persas incendian la ciudad y la acrópolis con todos sus templos, en represalia, como habían hecho 10 años atrás en Eretria, por el incendio de Sardes. Los griegos acaban derrotando al ejército persa en la batalla naval de Salamina (año 480) y, al año siguiente, en una gran batalla terrestre en Platea, no sin que antes Atenas hubiese sido tomada y destruida una segunda vez. La flota ateniense toma la iniciativa y, tras derrotar a los persas en la batalla de Micale, se inicia un proceso que, al final, acabará por liberar a las ciudades griegas de Anatolia que controlaban los persas. Por supuesto, los territorios europeos dominados por los persas también quedaron fuera de su control. Los atenienses organizan en el 478, con el fin de defender los territorios liberados de eventuales ataques persas, la llamada Liga de Delos que pronto se convertirá en una herramienta imperial al servicio de Atenas. Un momento importante en esta política antipersa es la batalla de

Eurimedonte (466), que parece haber parado los intentos persas de recuperar el territorio perdido. Si como consecuencia de esta batalla se firmó una paz o no (la llamada Paz de Calias) es algo que sigue enfrentando a los investigadores.

Sea como fuere, parece que la situación de guerra abierta entre los griegos y los persas acaba aunque pueda haber seguido habiendo algún roce ocasional intentando aprovechar las debilidades de los rivales (por ejemplo, la intervención ateniense en Egipto en 464, que resultó un fracaso). Persia siguió siendo un agente muy influyente en el mundo griego, en especial por sus riquezas, empleadas con asiduidad para favorecer políticas propicias a sus intereses y la corte aqueménida fue el punto de destino de gran cantidad de griegos que buscaban trabajo en ella, así como ofrecer sus servicios como agentes activos en beneficio de los intereses persas en el Mediterráneo, que seguían siendo muy importantes. La Guerra del Peloponeso brindó una nueva oportunidad para que los persas intentaran debilitar a sus enemigos atenienses y sus aliados, apostando claramente a favor de Esparta, que tras la expedición y el desastre ateniense en Sicilia (415-413) decide aceptar la ayuda persa a cambio de reconocer los derechos del Gran Rey sobre todos los territorios que en algún momento hubiera controlado. Buena parte del esfuerzo de guerra espartano en la última etapa de la Guerra del Peloponeso fue financiado por los persas, lo que hay que ver como causa última de que, cuando los espartanos lograron la hegemonía, cumplieran con su parte retornando al rey, mediante la Paz de Antálcidas (387) a la que ya hemos aludido, esos territorios.

Un momento de gran interés en las relaciones entre griegos y persas viene dado por la guerra civil entre los dos hijos de Darío II, Ciro el Joven y el futuro Artajerjes II (404-401), que conocemos extraordinariamente bien gracias a la *Anábasis* del ateniense Jenofonte, que participó en la expedición. El príncipe Ciro, aspirante al trono, reclutó un ejército compuesto de más de 10.000 mercenarios griegos para intentar hacerse con el trono, aunque acabó siendo derrotado y muerto en la batalla de Cunaxa. Los mercenarios griegos fueron usados por los persas por vez primera de forma masiva en esta guerra, abriendo así el camino a su utilización en guerras futuras; de hecho, Alejandro tendrá que enfrentarse desde sus

primeras campañas a fuerzas mercenarias griegas de gran capacidad combativa. Tras la derrota en Cunaxa, y tras haber perdido a sus generales de forma traicionera, los mercenarios se organizaron y, nombrando nuevos generales, entre ellos a Jenofonte, fueron capaces de salvarse a pesar del acoso al que los sometieron los persas a través de todo el trayecto desde el lugar de la batalla, a unos 70 km al norte de Babilonia, hasta la costa del mar Negro. La *Anábasis* de Jenofonte –que mostraba cómo un ejército griego bien organizado aunque en situación precaria, pudo recorrer 1.000 km dentro del Imperio persa– tuvo un eco enorme entre aquellos que creían en la posibilidad de que los griegos combatieran a los persas en su propio territorio; no cabe duda de que Alejandro no solo conocía la empresa sino que había estudiado con detalle las informaciones de tipo topográfico y militar que contenía la obra del general y escritor ateniense y parece haberlas utilizado en algunas ocasiones.

Pocos años después del regreso de Jenofonte, un amigo suyo, el rey Agesilao de Esparta, inició una ofensiva en Anatolia (396-394) para parar el creciente expansionismo de Artajerjes II; en su expedición llegó hasta Gordio, en el interior de Frigia, aunque no consiguió entrar en la ciudad (cosa que Alejandro si hará). Aunque la campaña duró poco y tuvo que ser interrumpida porque el rey tuvo que hacer frente a nuevos problemas en Grecia (el estallido de la Guerra de Corinto), fue otra ocasión que sirvió para dar fuerza a quienes, dentro del mundo griego, acariciaban la posibilidad de derrotar a los persas; el rey espartano había conseguido liberar varias ciudades griegas y fue capaz de llevar a sus tropas por Anatolia hasta regiones muy al interior, antes de que el oro persa, repartido entre sus adversarios, le obligase a regresar. Todo esto jugó un papel bastante importante en la construcción de las teorías panhelénicas, que tenían como factor de unidad común la lucha contra los persas. Como vimos páginas atrás, Filipo supo capitalizar estas aspiraciones como medio de darle una finalidad al dominio que había adquirido sobre los griegos. La campaña de Agesilao –que se había limitado en sus objetivos a Asia Menor, tanto a la costa en la que se hallaban las ciudades griegas, como al interior, como medio de evitar que desde él los persas pudieran presionar sobre las mismas– pudo haber sido el ejemplo que Filipo tuviera en mente a la hora de planificar su campaña puesto que, como ya hemos dicho,

no parece que la intención inicial del padre de Alejandro, ni de él mismo, hubiese sido conquistar la totalidad del imperio, sino tan solo liberar a las ciudades griegas del dominio persa. Como ya dijimos, y como veremos, los objetivos finales superaron con mucho estos planes iniciales mucho más modestos.

A pesar de esta rivalidad entre Esparta y Persia a inicios del siglo IV, en el año 387 y con la firma de la Paz de Antálcidas, Esparta se garantizaba el apoyo persa para su política básicamente antiateniense y antitebana, la cual reforzaría su hegemonía. Para Artajerjes II suponía recuperar el control sobre los territorios que sus antepasados habían conquistado y un incremento de su influencia en Grecia, donde el oro persa circulaba con gran fluidez o, al menos, así lo aseguraban quienes se oponían a los intereses persas. Al tiempo, arreciaban las opiniones de quienes animaban a la unión de los griegos para combatir a los persas, aunque con poco éxito. Eso no impedía, no obstante, que muchos griegos encontraran trabajo como mercenarios en los ejércitos del Gran Rey, que hizo uso de ellos en numerosas campañas al ser una fuerza de choque apenas igualable, aunque también sus enemigos enrolaban en sus ejércitos a mercenarios griegos; como era de esperar entre estas tropas, no solían tener inconveniente en cambiar de amos, como le ocurrió al rodio Mentor, un importante general al servicio del faraón de Egipto, Nectanebo II, que intervino a favor de Sidón durante su revuelta (346), pero que, tras su final, pasó con sus 4.000 soldados al servicio de Artajerjes III; su hermano Memnón fue también un importante general al servicio persa que desempeñó un importante papel en las primeras etapas de la guerra contra Alejandro. Barsine, una sobrina de ambos y esposa por turno de los dos hermanos, se convertiría con el tiempo en concubina de Alejandro y de esta unión nacería un hijo al que su padre llamaría Heracles.

Más o menos en la época en la que tuvo lugar la batalla de Queronea, Artajerjes III murió asesinado por el eunuco Bagoas y fue sucedido por su hijo Arses (Artajerjes IV), según algunas fuentes implicado en el asesinato de su padre, y asesinado él mismo a los tres años de reinado por el mismo individuo, el cual después puso en el trono a Darío III. Esta forma de acceder al trono fue utilizada por la propaganda macedonia para resaltar la ilegitimidad del rey y justificar la apropiación de su trono

por Alejandro. No es improbable que los autores promacedonios hayan amplificado el papel de Bagoas y de sus asesinatos para conseguir una imagen negativa del adversario de Alejandro que, en todo caso, formaba parte de la casa real, puesto que era primo segundo de Artajerjes III. Según un texto babilonio, sin embargo, Artajerjes III habría fallecido de muerte natural, lo cual replantearía el papel desempeñado por Arses en todo el asunto; el nuevo rey habría heredado de forma legítima el trono de su padre y los problemas vendrían por su muerte y el acceso al trono de Darío III. El asunto debía de ser o parecer lo suficientemente confuso para los griegos como para reconstruir todo el proceso en clave de intrigas palaciegas, asesinatos, intervención de eunucos, etc., dentro de una visión bastante tópica entre esos autores del funcionamiento de la corte aqueménida.

Por lo que se refiere al ejército persa en época de Darío III, el mismo se caracterizaba, como el de sus antecesores, por la gran cantidad de contingentes que, procedentes de casi todos los rincones del imperio, se integraban en él; del mismo modo, por la gran cantidad de familiares directos y lejanos del rey que tenían cargos de responsabilidad al frente de las satrapías y ejercían el mando de diferentes unidades militares. La impresión que tenían los griegos del ejército persa estaba muy mediatizada por sus propios intereses y deseos; los habían derrotado en las Guerras Médicas, Jenofonte pudo resistir, en inferioridad de condiciones, los ataques persas y Agesilao había podido penetrar hasta el corazón de Anatolia. De este modo, y a pesar de que el Imperio aqueménida constituía una potencia extraordinaria, los propagandistas griegos, en especial los que promovían la unidad de los griegos para combatir a los persas, gustaban de minimizar las capacidades de sus enemigos. Los únicos que, siempre en la visión griega, se salvaban de esa imagen negativa eran, precisamente, los mercenarios griegos que, a millares, servían bajo las órdenes del Gran Rey y de sus sátrapas, en un fenómeno que, como vimos, fue adquiriendo importancia a lo largo del siglo IV y que, consideraban los griegos, eran las únicas tropas de calidad de ese ejército; ello acentuaba, para muchos intelectuales, la idea de la decadencia persa y, por lo tanto, la posibilidad de darles el golpe definitivo. Filipo supo aprovechar ese estado de opinión, como ya vimos, en su propio beneficio.

Es cierto que, en los últimos tiempos, visiones revisionistas intentan minimizar el enfoque tan claramente etnocéntrico de los griegos resaltando otros aspectos positivos del ejército persa, como su carácter multinacional. Pero lo cierto es que, más allá de la perspectiva parcial de las fuentes griegas, ya fuese por la calidad de las tropas, ya por las tácticas empleadas, Alejandro derrotó en apenas tres años a tres ejércitos persas seguidos, dos de ellos comandados por el propio Gran Rey Darío III. Lo mismo sirve para quienes dudan de las capacidades de Alejandro como general. Al final se da la doble paradoja de que el que para unos es un mal general consigue vencer a un ejército muy superior al suyo y que el ejército persa, espléndidamente organizado y comandado por generales de valía, es derrotado, de forma sorprendente, por unos cuantos miles de griegos fanfarrones. Esto no es más que una muestra de las aberraciones en las que se puede incurrir cuando el análisis de los hechos históricos se mezcla con las simpatías personales de cada uno.

El ejército persa sobre todo el que combatió en Iso y Gaugamela, donde el mando lo ejercía Darío III, compuesto de tropas reclutadas en los diversos territorios del imperio, armados y equipados según sus propias costumbres y tradiciones y hablando cada uno sus propias lenguas, podía haber tenido, desde el punto de vista teórico, una gran fortaleza si cada unidad hubiese combatido según sus tácticas ancestrales. Sin embargo, es dudoso que, integrados en la gran línea que Darío oponía a Alejandro, tuviesen en muchas ocasiones más función que la de formar ese gran frente en el que el mayor número de tropas obligaba a los macedonios a extender al máximo su propia línea para no verse desbordados por los flancos. Pero, aparte de eso, tenemos pocos datos de cómo se desenvolvían muchos de estos contingentes y qué aportaban al combate y a la estructura general del ejército. A esas tropas se le unían unidades que podríamos considerar de élite; por una parte, los mercenarios griegos, cuyo papel resaltaron los autores helénicos y es aceptado por muchos autores contemporáneos mientras que otros consideran que su importancia no fue tan destacada y cuestionan, incluso, las cifras que dan algunos autores antiguos. Así, por ejemplo, Curcio (V, 11, 5) sitúa el número total de mercenarios griegos que habían servido a las órdenes de Darío en 50.000 de los que 30.000 habían combatido en Iso (III, 2, 9); puede que sean cifras

exageradas como suelen serlo, en general, en las fuentes griegas, las que se refieren a los enemigos; pero la estimación muestra, en todo caso, y a la vista de las cifras globales, una importancia destacada en la composición del ejército.

El otro contingente que gozaba de una elevada consideración en el ejército persa era el formado por la tropas de origen iranio, con una motivación y una instrucción muy superiores a las tropas levadas, a veces sin demasiado criterio en los diversos territorios del imperio y, de entre ellas, sobresalían los conocidos como los "Inmortales", con un número total de 10.000 efectivos y que formaban una Guardia Real. El ejército persa sobresalía en caballería pesada, reclutada entre los nobles; además, los persas emplearon batallones de carros falcados que, sin duda, podían impresionar y aterrorizar a sus enemigos, aunque Alejandro supo cómo evitar que sus efectos fuesen letales para su ejército.

Una vez presentado este brevísimo recorrido por las relaciones previas entre los griegos y los persas así como por las características del ejército que se enfrentará a Alejandro, pasemos a considerar algunos datos sobre el inicio de la campaña asiática.

Los autores antiguos nos transmiten algunas informaciones que pueden ser anecdóticas, pero que tampoco hay que descartar que correspondan a acciones que el propio Alejandro llevó a cabo. Así, por ejemplo, se nos dice que, tras cruzar el Helesponto y antes de desembarcar, Alejandro arrojó su lanza a tierra y, tras haber clavado la misma, declaró que Asia le pertenecía como tierra conquistada con la lanza (*ge doriktetos*). Aunque esto pueda parecer una anécdota, tenía un profundo sentido en el "derecho" macedonio puesto que ello implicaba que ese territorio se consideraba propiedad exclusiva del rey, que podía decidir lo que quisiese con respecto al mismo y a su administración, incluyendo movimientos de población, cesiones o donaciones de tierras, confiscaciones de las mismas, etc., tal y como algunos ejemplos previos, en territorio griego, muestran durante los reinados anteriores (desde Arquelao a Filipo II) e incluso los primeros años de su reinado (disposiciones en torno a las tierras en Filipos).

Del mismo modo, y puesto que había desembarcado en la Tróade, visitó la ciudad de Troya con la intención de rendir culto a los griegos

que cayeron en la mítica guerra y, en especial, a su antepasado Aquiles. También rindió culto a Atenea y depositó allí su coraza, tomando otra de las que se encontraban en el santuario junto con el escudo; este escudo, empuñado por él o por alguno de sus guardias de corps, le acompañó siempre en las batallas. También hizo un sacrificio propiciatorio a Príamo para evitar su ira, ya que Neoptólemo, el que dio muerte al rey de Troya, era hijo de Aquiles y tuvo con Andrómaca, viuda de Héctor, a Moloso, antepasado de su madre Olimpíade y suyo propio. Estos gestos simbólicos tenían un especial significado puesto que, con ellos, Alejandro no solo ponía en marcha el plan que, como general en jefe de la Liga de Corinto, había diseñado su padre y proseguido él sino que, además, hacía remontar más aún en el tiempo la vieja enemistad entre Europa y Asia que para muchos griegos había tenido un momento decisivo en la Guerra de Troya. Sin duda hay que considerar como propagandísticos estos gestos, tanto de cara a los griegos de Europa, en cuyo nombre, teóricamente, había emprendido la campaña como de cara a los griegos de Asia a los que iba a "liberar".

Tras este desvío hacia Troya, lleno de simbolismo, Alejandro se reunió con el grueso de su ejército, que había desembarcado en Abidos, punto habitual de tránsito desde la costa europea, para desde allí dirigirse al encuentro de los persas. El que Alejandro pudiese llevar a cabo su desembarco sin ser molestado por la flota persa y que pudiese reforzar la cabeza de puente que Parmenión había conseguido mantener los años previos en Abido, así como la escasa reacción persa, es uno de los muchos problemas que ha suscitado la campaña de Alejandro, sobre todo porque nos faltan datos directos sobre cómo se percibió esta incursión por parte de los persas. No podemos perder de vista que no era la primera vez que un ejército griego realizaba correrías por Anatolia pero al final, como mostró el caso de Agesilao, tanto el oro persa distribuido con profusión entre los griegos partidarios del Gran Rey como la acción de la flota, obligaron al rey espartano a regresar al continente europeo. Agesilao no tenía la más mínima intención de conquistar el Imperio persa y, como ya vimos, posiblemente tampoco Alejandro en estos momentos, y los persas lo sabían. Por lo tanto, su reacción fue adecuada, a tenor de las circunstancias; en lugar de que el rey interviniese en persona, la tarea quedó encomendada, como

había ocurrido cuando el rey espartano invadió Asia Menor, a los sátrapas y a sus ejércitos; además, Alejandro era aun joven y, aunque apuntaba maneras, parece haber habido un cierto desdén hacia un muchacho de veintidós años que se atrevía a atacar a un imperio como el persa. A la vista de lo que entonces se conocía, parece haber sido una medida adecuada.

En lugar de dirigirse hacia el sur, donde se encontraban las ciudades griegas que pretendía liberar, Alejandro optó, sabiamente, por atacar a los sátrapas, evitando así que sus ejércitos pudiesen acabar lanzándose sobre su retaguardia y provocándole ulteriores problemas. De tal modo, se dirigió hacia el este, hacia Dascilio, que era la capital de la satrapía de la Frigia Helespontina, donde los persas habían concentrando sus tropas y desde donde ya habían partido antes de que cruzase a Asia para cortarle el paso. La intersección entre ambos ejércitos se produjo en el río Gránico y, al inicio de la batalla, los persas ocupaban la orilla derecha y Alejandro, la izquierda.

Para parar la invasión, se habían reunido los sátrapas de Frigia Helespontina (Arsites), Cilicia (Arsames), Gran Frigia (Aticies), Capadocia meridional (Mitrobuzanes) y Lidia y Jonia (Espitridates); igualmente, participaba el general Memnón de Rodas, a la cabeza de los mercenarios griegos –en torno a 5.000–. Es difícil conocer con certeza el número de los contingentes persas reclutados porque las fuentes griegas, o no dan cifras o las que dan son contradictorias, yendo desde los 100.000 infantes que menciona Diodoro (XVII, 19, 5) hasta los algo menos de 20.000 de Arriano (*Anábasis*, I, 14, 4). Lo mismo ocurre con la caballería, 10.000 jinetes para Diodoro y unos 20.000 para Arriano. Este va a ser un problema que vamos a encontrarnos a lo largo de toda la historia de Alejandro, puesto que la gran cantidad de obras que se escribieron sobre él, tanto por testigos presenciales como por autores posteriores, tienden a dar informaciones a veces contradictorias así como cifras de tropas hasta cierto punto arbitrarias. En cualquiera de los casos, parece que la caballería tenía un peso muy relevante en el ejército persa que se concentró en el río Gránico y que los mercenarios griegos parecen haber constituido el núcleo de la infantería. En Celia, a unos 30 km al este del río Gránico, los persas supieron del desembarco de Alejandro y celebraron un consejo de guerra en el que se opusieron las ideas de Memnón,

por un lado, y de los sátrapas por otro. El griego era partidario de no enfrentarse a Alejandro y llevar a cabo una política de tierra quemada que dejase sin abastecimientos a los macedonios, que solo llevaban provisiones para 30 días; eso le habría obligado a retirarse. Para los persas eso hubiera supuesto una gran deshonra, por lo que decidieron no hacer caso del consejo de Memnón y hacer frente a Alejandro. Memnón, sin embargo, tenía ya experiencia en los enfrentamientos contra los macedonios, y había sido el responsable de que la avanzadilla enviada por Filipo al mando de Átalo y Parmenión no hubiese conseguido mayores éxitos y en los próximos meses sería un rival digno de Alejandro. De cualquier modo, y teniendo en cuenta el sistema político persa, es casi seguro que los sátrapas tenían instrucciones claras de Darío de enfrentarse a Alejandro y derrotarle.

Al aproximarse al Gránico, Alejandro se encontró formado al enemigo en la orilla opuesta, con la caballería al frente y los mercenarios griegos detrás. Él dispuso su línea con la falange en el centro, con la caballería aliada en el ala izquierda bajo el mando de Parmenión y él mismo al frente de la caballería de los compañeros en el ala derecha. Tras alguna escaramuza inicial, que hace que las líneas persas se desplacen hacia el ala derecha macedonia y se desordenen, Alejandro inicia el cruce del río con su caballería y ataca en formación oblicua a la caballería persa. La larga lanza de los jinetes macedonios empieza a hacer sentir sus efectos sobre los enemigos y sobre sus caballos; al tiempo, varios sátrapas se dirigen en persona contra Alejandro, bien visible por sus armas y su escolta y los penachos de plumas blancas que llevaba en su casco, lo que desorganiza aún más la línea persa. La acción se concentra en torno a Alejandro, mientras que la falange inicia el cruce del río. Mitrídates, yerno de Darío acomete con sus jinetes a Alejandro, pero este le derriba con la lanza mientras que Resaces le golpea en la cabeza con la espada, parando el golpe el casco, lo que aprovecha Alejandro para atravesarle el pecho con su lanza aunque sin apercibirse de que Espitrídates estaba a punto de golpearle en la cabeza. Fue Clito el Negro quien paró el golpe cortándole el brazo al persa. Los detalles varían algo según los autores –como por ejemplo los persas intervinientes en la acción– pero no parece que el episodio haya sido una invención.

El avance de la falange macedonia a través del río determinó que la caballería persa del centro acabase retirándose, seguida por la del ala derecha persa; mientras que la falange de mercenarios griegos que había permanecido sin combatir, detrás del centro de la caballería, se mantenía en su posición. El ala izquierda persa, enfrentada con la caballería dirigida por el propio Alejandro, y tras perder a varios de sus generales, también inició la retirada. Quedaban aún los 5.000 mercenarios griegos; Memnón, que había combatido en el ala izquierda de la caballería persa, había huido junto con el resto de su formación. Los mercenarios ofrecieron rendirse a Alejandro pero este, movido más "por la pasión que por la razón" (Plutarco, *Alejandro*, 16, 14), decidió acabar con ellos, aunque ello supuso la mayor parte de sus pérdidas durante la batalla. Parece que murieron 3.000 de estos mercenarios y los supervivientes fueron enviados encadenados a Macedonia para trabajar como esclavos a fin de transmitir una clara lección a Grecia porque, como asegura Arriano, "en contra de la decisión común de los griegos, combatieron junto a los bárbaros contra Grecia, a pesar de ser griegos" (*Anábasis*, I, 16, 6). Entre esos griegos había también atenienses, cuya liberación intentó Atenas en dos ocasiones, la primera de las veces sin éxito.

Una vez acabada la batalla y evaluadas las pérdidas, envió a Atenas 300 armaduras persas como ofrenda con la siguiente inscripción: "Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los lacedemonios, de los bárbaros que viven en Asia"; del mismo modo, hizo levantar en Dío, el lugar en el que se había concentrado el ejército antes de la partida para Asia, un monumento con estatuas de bronce hechas por Lisipo para conmemorar a los compañeros muertos durante la batalla, representándose él también en ese monumento. Como es también frecuente, las cifras de las bajas de ambas partes son otro de los problemas a los que nos enfrentamos porque tienden a ser exageradas las del enemigo mientras que las propias suelen minimizarse. De cualquier modo, la batalla del Gránico no provocó excesivas bajas ni entre los macedonios ni entre los persas, quizá con la excepción de los mercenarios griegos. Sin embargo, sí parecen haber muerto muchos de los generales persas y el derrumbe total de su línea y su huida tendría un gran eco propagandístico para Alejandro, como muestra la ofrenda de 300 panoplias recién mencionada.

La victoria de Alejandro debió de provocar la desbandada de buena parte de las fuerzas persas en la zona, puesto que cuando Parmenión fue enviado a ocupar Dascilio, se encontró la ciudad indefensa porque las tropas persas se habían retirado. Él se dirigió a Sardes, la capital de la satrapía de Lidia, que le fue entregada junto con los tesoros custodiados en su acrópolis, por el comandante militar persa, preludiando así un comportamiento que se repetirá en ocasiones posteriores. El sátrapa había perecido en el Gránico gracias al certero golpe de Clito que le cercenó el brazo cuando estaba a punto de herir a Alejandro. El control de Sardes era vital porque desde allí partía el camino real que conducía hasta Susa; su entrega por el gobernador persa significaba que Alejandro no tendría que asediar su inexpugnable acrópolis, con el consiguiente retraso de sus planes, el esfuerzo económico y la pérdida de vidas que ello significaría; no es improbable que esa rendición haya sido el resultado de negociaciones –de las que no tenemos datos– entre Alejandro y Mitrenes, el gobernador de la plaza, a cambio de mantener sus honores y entrar a formar parte del entorno de Alejandro; una política que, como veremos, el rey no dejará de fomentar en los años sucesivos. Años después (en el 331), este Mitrenes sería nombrado sátrapa de Armenia.

Desde Sardes se dirigió a Éfeso, donde la guarnición puesta por los persas había huido; al tiempo fue organizando los territorios que iba conquistando, estableciendo a sus seguidores en las satrapías abandonadas y manteniendo el sistema impositivo persa. Como Éfeso había abrazado la causa macedonia ya en época de su padre y los efesios le habían dedicado una estatua, Alejandro restauró la democracia e hizo regresar a los exiliados, aunque tuvo que evitar las represalias de estos contra los partidarios de los persas después de algunos incidentes. Alejandro pretendía que Éfeso jugase un papel importante en su propaganda a favor de la liberación de los griegos, y realizó allí un sacrificio a Ártemis y una gran parada solemne de su ejército pero no sabemos muy bien los motivos por los que parece haber tenido algunos roces con sus habitantes. Como dijimos en su momento, se decía que el nacimiento de Alejandro había coincidido con el incendio provocado en el templo de Ártemis, la divinidad principal de la ciudad. Alejandro parece que quiso ocuparse del santuario y ordenó que el impuesto que antes se había entregado a

los persas se le diese al Artemisio; por otro lado, quiso participar en su reconstrucción tras el incendio aportando una cuantiosa suma de dinero por lo ya gastado y por los gastos futuros a cambio de poner su nombre en la inscripción honorífica. Según parece, algún efesio le contestaría al rey que no sería conveniente que un dios realizara ofrendas a los dioses (Estrabón, XIV, 1, 22). No cabe duda de que la respuesta de los efesios es bastante sospechosa en este momento, puesto que estamos aún al inicio de la campaña. Alejandro había arañado solo la periferia del imperio y aún no había estado en Egipto ni había penetrado hasta el corazón del mismo donde sus ideas evolucionarían. Puesto que la noticia parece proceder de Artemidoro –que vivió entre los siglos II y I a.C., momento en el que ya se aceptaba por muchos el carácter divino de Alejandro– estamos aquí ante un claro anacronismo. Eso no impide pensar, sin embargo, que el fondo de la noticia sea cierto, esto es, que los efesios se negaron a aceptar el dinero de Alejandro porque preferían que su nombre no figurase en el templo, a pesar de que en el siglo VI sí habían aceptado el de Creso, de cuya época aún se conservan epígrafes que atestiguan sus generosas donaciones al santuario.

En todo caso, sigue sin saberse por qué las relaciones de Éfeso con Alejandro fueron tan frías a pesar de haber conseguido la liberación de la ciudad. Para entenderlo, no podemos dejar de pensar que la vieja ciudad jonia pudo sentirse ofendida porque Alejandro no suspendió la tributación que la ciudad había entregado a los persas aunque el destinatario de la misma fuese ahora el templo de Ártemis. Una ciudad griega era libre e independiente porque nadie, fuera de sus órganos de gobierno legítimos, tenía capacidad de imponerle nada. Alejandro demostró que no tenía ninguna intención de respetar, en el fondo, esos principios y que su objetivo, aunque envueltos en propaganda, era dominar ese territorio y los efesios fueron los primeros en comprobarlo; no es extraño que se mostraran recelosos de un rey macedonio que lo único que había hecho era sustituir el dominio persa por el suyo propio. El resto de las ciudades griegas de Asia no tardaría en comprobar cuál era la actitud de Alejandro.

Desde Éfeso, da órdenes de liberar a todas las ciudades de Eólide y de Jonia y de restaurar sus regímenes democráticos y devolverles sus libertades aunque seguirá percibiendo el mismo tributo que antes entregaban a

los persas. No obstante, sobre este último punto hay discrepancias entre los autores antiguos y también entre los modernos. Aun cuando Alejandro siguió percibiendo el tributo de estos territorios, parece haberlo llamado *syntaxis*, lo que daría a entender que se trataba de una contribución de guerra entregada libremente por una ciudad autónoma, en lugar de *phoros*, que era el término empleado en griego para referirse al tributo impuesto por un Estado hegemónico; de cualquier modo, y a pesar del cambio de nombre –y quizá en algunos casos de cuantía– las ciudades tenían que seguir pagando. Además, estas ciudades no formarían parte de la Liga de Corinto y su tratamiento sería, pues, distinto del que recibían las ciudades de Grecia. En el fondo, no habían podido mantenerse libres por sí mismas y había sido la acción de Alejandro (y de los griegos) quienes habían conseguido liberarlas, por lo que su estatus tenía que ser, por fuerza, distinto. Ello no impide que Alejandro realice actos a favor de algunas de estas ciudades y si los de Éfeso se habían negado a recibir ayuda de Alejandro para reconstruir su templo, los de Priene no parecen haber tenido estos problemas y, como atestigua una inscripción hallada allí, Alejandro consagró un templo a Atenea Polias en la ciudad (*IPriene*, 156).

Para asegurarse de que no quedan guarniciones persas en ellas, manda a algunos de sus generales con algunas unidades de infantería y caballería. La única que se resiste es Mileto. En esta ciudad –una de las más importantes de toda Asia Menor– había encontrado refugio Memnón con parte de los supervivientes de la batalla de Gránico y, además, tenía también a su disposición la flota persa, compuesta en su mayor parte por naves fenicias y chipriotas, aunque también las había griegas; con ella, podía hostigar a las ciudades costeras y apoyar a aquellas que no querían entregarse a Alejandro. No obstante, los macedonios habían tomado la iniciativa y, antes de que la flota persa pudiese llegar hasta Mileto, habían ocupado la isla de Lade, que controlaba el acceso al puerto de ciudad. Alejandro no quiso plantear una batalla naval, en parte porque su flota era menor que la persa (160 barcos frente a 400) y tal vez porque no se fiase demasiado de la lealtad de sus dotaciones, que eran todas griegas y, por consiguiente, sitió la ciudad. Con ayuda de sus máquinas y controlando el acceso a Mileto por mar consiguió penetrar en ella y ocuparla. A pesar de que tuvo que tomarla a la fuerza, perdonó a los milesios, les

permitió ser libres y enroló en su ejército a los mercenarios griegos que se habían acabado rindiendo; un comportamiento muy distinto al que tuvo con sus compañeros que combatieron en el Gránico. Las tropas persas se retiraron a Halicarnaso.

En este momento, Alejandro toma una decisión sorprendente, como fue la disolución de la flota; nuestras fuentes aducen varios motivos, tales como la falta de dinero o la imposibilidad de enfrentarse a los persas por mar así como la idea de que, una vez que dominara toda la costa, la flota enemiga carecería de bases y sería, por lo tanto, inoperante. Para otros, era un motivo más para reforzar el valor de su ejército puesto que, sin flota, no podrían huir y, por lo tanto, la única esperanza de salvación sería la victoria. Puede que estos motivos sean ciertos, todos ellos o alguno. También puede que prefiriese que los barcos regresasen a sus ciudades donde podrían ser mejor controlados por Antípatro y utilizados en el caso de que los persas, siguiendo las opiniones de Memnón, intentasen llevar la guerra hasta Grecia aprovechando su superioridad marítima. En cualquiera de los casos, al año siguiente tendría problemas por haber tomado esta decisión.

Tras asegurarse el control de Mileto y realizar una visita al antiguo santuario de Apolo en Dídima –inactivo desde el año 494– continuó por tierra hacia el sur, hasta Halicarnaso, que se había convertido en el nuevo foco de resistencia. En su marcha se hizo con el control de las ciudades que se hallaban a lo largo del camino aunque nuestras fuentes no se ponen de acuerdo en si las tomó al asalto (Arriano, *Anábasis*, I, 20, 2) o se las atrajo gracias a su benevolencia, en especial hacia las ciudades griegas a las que declaró autónomas y libres de impuestos insistiendo en que había hecho la guerra a los persas para liberar a los griegos (Diodoro, XVII, 24, 1).

A Halicarnaso había llegado Memnón que concentró en la ciudad a los mercenarios griegos que se hallaban guarneciendo otras plazas y disponía además de la flota que le permitía abastecerse con seguridad, a diferencia de lo que había ocurrido en Mileto. Además, el rodio fue nombrado por Darío III comandante supremo de todas fuerzas persas que operaban en la región y de la flota, por lo que tenía carta blanca para organizar del modo que considerase mejor la defensa de esa

estratégica plaza, que se hallaba protegida por su topografía natural y por compactas murallas reforzadas por un foso en las zonas más accesibles. Prueba de la dureza de la empresa fue que el sitio duró dos meses y al final se saldó con un resultado parcial, puesto que los persas abandonaron la ciudad baja pero se refugiaron en las dos acrópolis, lo que hizo que Alejandro estableciera una guarnición en Halicarnaso, bajo el mando de Tolomeo, pero desistiera de intentar tomar los puntos fuertes. Memnón, con la flota y buena parte del ejército, se retiró a Cos desde donde prepararía el contraataque.

El asedio de Halicarnaso, de gran dureza y duración, preludia también otras acciones futuras de Alejandro contra otras ciudades, entre ellas Tiro, como ya veremos. La determinación de conquistar la ciudad, independientemente del número de tropas y material necesarios o la utilización masiva de maquinaria de guerra y tácticas costosas –como el relleno del foso, los asaltos frecuentes, etc.– dejaban claro que cualquiera que se resistiese a Alejandro acabaría siendo destruido. Un primer ejemplo lo había dado con la toma de Tebas, donde, a pesar de que sus defensas no eran comparables a las de Halicarnaso, tuvo que abrirse paso casa por casa hasta acabar con la resistencia. Halicarnaso debía servir para convencer a todos de que Alejandro no dudaría en utilizar los medios que fuesen necesarios para conseguir sus objetivos. Como ya apuntábamos, esta idea quedaría aún mucho más clara en Tiro.

Por otro lado, la ausencia de flota había dificultado también el asedio puesto que, a diferencia de lo que había ocurrido en Mileto, no pudo establecer un cerco completo; es difícil que Alejandro no hubiese previsto esta eventualidad, lo que hace aún más problemático saber las causas reales del licenciamiento de la flota ganando peso la idea de que quizá desconfiase de sus tripulantes, ya que sobre ellos podía tener un control menor que sobre el ejército de tierra aportado por la Liga de Corinto, minoritario en el conjunto de su fuerza. En cualquier caso, la presión que ejerció con su asedio le permitió tomar la ciudad baja, pudiendo dejar para más adelante a las guarniciones que ocupaban las ciudadelas que, en cualquier caso, ya no eran un obstáculo para proseguir su marcha por tierra, aunque su posesión sí permitió a la flota persa una gran libertad de movimientos.

Pero Alejandro no podía esperar más tiempo en Halicarnaso puesto que tenía que consolidar su posición en Anatolia; ordenó a Parmenión que partiera hacia Sardes, y destacó otras unidades para que se encargaran de acabar con cualquier resto de tropas persas que quedasen en el territorio, mientras que él seguiría por la ruta costera hacia Licia y Panfilia. Estamos ya en el invierno del 334-333 a.C. y, aunque no era normal realizar campañas en esta estación, Alejandro tenía necesidad de evitar cualquier brote de insurrección o resistencia que aprovechase la pausa invernal para reorganizarse. Nuestras fuentes dan noticia de algunos asaltos a fortalezas y de otras ciudades que abren las puertas a Alejandro, entre ellas Fasélide, una de las más importantes de la costa licia. Allí, Alejandro recibe noticias de que Alejandro el Lincesta estaba tramando un complot contra él y da órdenes de arrestarlo. Algunos autores relacionan esta detención con una campaña que habría llevado a cabo Darío, con oro de por medio, para intentar sobornar a partidarios de Alejandro para que se sublevasen y así detener su marcha, aunque esto pudo haber formado parte de la acusación que se formalizó tiempo después contra este individuo. La amenaza, real o presunta, de un complot era un medio muy utilizado en la corte persa y, después, en la de Alejandro, para, aprovechando la ocasión, desembarazarse de individuos molestos. Aparte de las numerosas ejecuciones tras la muerte de Filipo, Alejandro aprovechará conjuras posteriores –como las de Filotas y la de los pajes, sobre las que volveremos en su momento– para quitarse de en medio a algunos miembros de su círculo en los que ya no confiaba, entre ellos el propio Filotas y su padre Parmenión en el primer caso, y Calístenes en el segundo.

En su marcha sigue recibiendo la rendición de importantes ciudades como Perge, Aspendos y Side. No obstante, alguna de ellas, como Aspendo, que habían aceptado las condiciones de paz de Alejandro, se negaron a cumplirlas cuando vieron al ejército alejarse de su territorio. En lugar de seguir su marcha, Alejandro retrocede y, en persona, se presenta ante Aspendos, lo que, por inesperado, obliga a sus habitantes a solicitar la paz, la cual Alejandro concede pero con unas condiciones mucho más gravosas que le hacen perder a la ciudad su independencia en la práctica. En el episodio de Aspendos, no de los más importantes

que tienen lugar en la campaña, se observa la contraposición de dos conceptos diversos. Por una parte, la aceptación, por parte de la ciudad amenazada, de las condiciones que un ejército en marcha impone, a sabiendas de que, una vez que el ejército prosigue su camino, sería difícil que el mismo pudiera reclamarlas y que los pocos que quedan detrás para observar ese cumplimiento serían fácilmente neutralizados. Por otro lado, la estrategia de Alejandro que, aunque le supusiese un retraso, no podía permitirse ningún acto de insurrección porque del cumplimiento de los pactos acordados dependía la seguridad de su ejército. Si las ciudades de Asia Menor pensaban que podían mantener su integridad contemporizando con el invasor a la espera de que este se alejase, las acciones de Alejandro pronto les convencerían, y a veces de forma dolorosa, de que el rey macedonio funcionaba según unos parámetros diferentes.

Resuelto el asunto de Aspendos, y asegurada la ruta costera, Alejandro inicia su penetración hacia el interior de Pisidia siguiendo el camino de Termeso –ciudad que no consigue tomar– y pasando por Sagalaso, que conquista por la fuerza. Toma algunas fortalezas y pacta acuerdos con otras. A la entrada de Frigia, sobrepasa Celenas y se dirige hacia Gordio, donde se reúne con Parmenión, con soldados a los que había dado permiso para que regresasen a Macedonia a pasar el invierno y con nuevos refuerzos compuestos de 3.000 infantes y 300 jinetes macedonios, así como 200 tesalios y 150 eleos.

Gordio era el punto clave de las comunicaciones en la Anatolia central y había sido la capital de la satrapía de la Gran Frigia por lo que su control era vital para Alejandro, además de la capital del rey Midas, que tenía un puesto importante en las tradiciones griegas. Allí, Alejandro pasó unos meses y pudo aprovechar para reorganizar su ejército, acoger a los nuevos reclutas y pacificar el territorio. De su estancia en Gordio destacó la tradición el episodio del "nudo gordiano" que unía el yugo con el carro de los míticos fundadores de la antigua dinastía real frigia, Gordio y su hijo Midas. Existía al parecer una profecía según la cual quien deshiciera ese nudo gobernaría toda Asia y Alejandro lo consiguió, bien cortándolo con su espada, bien desenganchando la clavija que mantenía unido yugo y lanza. La existencia de tradiciones contradictorias transmitidas por

autores diversos, sin duda, subrayaba los valores que, cada uno de ellos, apreciaba en el rey; para unos, la determinación que no se para ante nada (uso de la espada); para otros, la astucia y la reflexión. Que en un episodio como este, totalmente anecdótico, nos encontremos tradiciones tan distintas que hagan decir a Arriano que "no puedo asegurar cómo actuó Alejandro en este asunto del nudo" (*Anábasis*, II, 3, 8) es una de las constantes de la tradición sobre Alejandro, en las que hallamos con frecuencia historias contradictorias, lo que hace difícil en muchas ocasiones conocer no solo cómo ocurrieron los hechos sino, incluso, determinar si muchos de los acontecimientos que nos transmiten las fuentes son ciertos o, por el contrario, fruto de la imaginación de los autores que los introducen en sus relatos, ya sea para ensalzar la figura de Alejandro, ya para denigrarle.

Mientras Alejandro permanecía en Gordio, y puesto que ya había llegado la primavera del año 333, los persas toman la iniciativa. Memnón, que seguía al frente de la flota, inicia un contraataque que le permite hacerse con el control de islas como Quíos o Lesbos, en este caso con excepción de Mitilene, que tuvo que ser asediada. Su acción amenazaba el precario control macedonio sobre el Egeo y parece que muchas de sus ciudades enviaron embajadores a Memnón para formalizar su cambio de bando y en Grecia, los partidarios de los persas –también generosamente sobornados por Memnón– entre ellos los espartanos, empezaron a plantearse acciones contra los macedonios. No obstante, la repentina muerte de Memnón por enfermedad mientras sitiaba Mitilene, cambió todos los planes persas aunque, durante un primer momento, siguieron con la campaña, consiguiendo la captura de Mitilene y de otras islas como Ténedos. Alejandro había dado órdenes a Hegéloco de que reuniera una flota y tenemos noticias de algunas escaramuzas iniciales que llevaron en los próximos meses y, mientras, Alejandro avanzaba hacia Egipto, a la recuperación de Ténedos, Quíos, Lesbos y Cos. En cualquier caso, parece que Darío, que había decidido hacerse cargo personalmente de las operaciones, redujo los efectivos de la flota que operaba en el Egeo para que se aproximase a las costas sirio-palestinas que es donde parecía que tendría lugar el encuentro con Alejandro.

Mientras tanto, y todavía en el verano del 333, Alejandro inició su marcha hacia Ancira para, desde allí, dirigirse hacia el sur en dirección

a Cilicia. En su camino, sin demasiados problemas, reorganizó todos los territorios por los que pasaba, nombrando como sátrapas a personas de su confianza. Los persas fueron incapaces de detener a Alejandro en su paso por las Puertas Cilicias, un abrupto desfiladero que comunicaba Capadocia con Cilicia, bajando a la llanura y tomando Tarso antes de que los persas, en su retirada, la saquearan y la incendiaran. Desde allí se hizo con Solos y realizó algunas incursiones contra los cilicios y recibió la noticia de que la guarnición persa, que aun controlaba el puerto de Halicarnaso, había sido derrotada, por lo que la totalidad de esa importante ciudad estaba ya en sus manos.

Darío, como vimos, había decidido variar su estrategia y tomar en sus manos la dirección de la guerra contra Alejandro. El joven macedonio, que quizá en un primer momento había sido menospreciado por Darío, se había hecho, en unos pocos meses, con el control de Anatolia y ni tan siquiera el contraataque de Memnón le había hecho desistir de sus objetivos. Sus ejércitos habían sido desbandados, casi toda Asia Menor había pasado a manos de Alejandro y, aunque esta situación podía ser reversible si Darío afianzaba su poder, las acciones persas no estaban dando resultado. Aunque Memnón se hubiese hecho con algunas posiciones valiosas (Quíos, parte de Lesbos) y pudiese amenazar a las costas griegas y macedonias, Alejandro había ordenado reclutar una nueva flota por lo que esta ventaja inicial podría durar poco (como luego se demostró). Por último, la muerte de Memnón, sin duda el más capaz de sus generales en ese momento, ponía en cuestión toda la estrategia. Como asegura Diodoro (XVII, 29, 4), "con su muerte (la de Memnón) se deshicieron los planes de Darío".

Por mucho que algunos autores quieran minimizar el impacto del primer año de campaña de Alejandro en Asia, lo cierto es que había conseguido arrebatarles a los persas una parte vital de su imperio y ahora amenazaba con adentrarse en los territorios levantinos, que le podían dar acceso a la estratégica costa fenicia, a Egipto y a Mesopotamia. Por otro lado, la muerte de Memnón no había interrumpido las operaciones de la flota persa, tendentes a reconquistar los territorios costeros perdidos, aunque quizá sí la estrategia global, puesto que en varias ocasiones se nos hace saber que la intención de Memnón era llevar la guerra hasta Grecia,

lo que habría implicado una nueva invasión de Grecia por los persas, aunque en este caso con la ayuda de una parte importante de los griegos, empezando por los espartanos. Eso habría tenido que hacer regresar a Alejandro pero era claro que eso ya no iba a ocurrir porque esos objetivos, aunque contasen con el apoyo de Darío, no los prosiguieron Farnábazo y Autofradates, sus sucesores en el mando.

Era evidente, pues, que Darío tenía que intervenir en persona si no quería ver peligrar su imperio mediante una acción terrestre que, unida a la campaña naval, detuviese los avances macedonios. En consecuencia, el Gran Rey hizo que se concentrara en Babilonia un gran ejército y, al frente del mismo, partió hacia la costa a finales del verano del 333 con cierta prisa, puesto que no pudo esperar a que se reunieran con él los contingentes iranios y del Asia central ante las noticias que llegaban de que Alejandro había iniciado su marcha hacia el sur desde Gordio. Las cifras de este ejército son, como es habitual, desmesuradas y no coinciden entre las diversas fuentes: 310.000 en Curcio (III, 9, 1-6), 400.000 infantes y no menos de 100.000 jinetes para Diodoro (XVII, 31, 1) y Justino (XI, 9, 1) y 600.000 combatientes para Arriano (*Anábasis*, II, 8, 8). Los autores modernos suelen rebajar esas cifras a unos 60.000 hombres, a los que habría que añadir un cuerpo de 30.000 mercenarios griegos.

Parece que el plan inicial de Darío era aguardar a Alejandro en la llanura siria, donde podría hacer un uso más eficaz de su caballería, mucho más numerosa que la griega; aunque, como es habitual, los autores antiguos no nos dan una versión unánime. Algunos de ellos sugieren que el propio Darío, ante la tardanza de Alejandro en llegar, entretenido en sus luchas contra los cilicios y aquejado de una enfermedad de la que pronto sanó, llegó a pensar que, al final, Alejandro no se atrevería a enfrentarse con él sabedor de que el propio Gran Rey se había puesto al frente del ejército. Sea cierta o no esta idea de Darío lo que ocurrió es que el rey decidió avanzar hacia el norte, animado por los que le pronosticaban una fácil victoria. Como se demostraría pronto, esta fue una decisión errónea.

Mientras Alejandro dejó a los enfermos y a los heridos en Iso y avanzó hacia el sur por la ruta costera atravesando las Puertas Sirias y llegando hasta Miriandro, Darío se dirigió hacia el norte bordeando el monte Amano por el este a fin de cortarle la retirada. Los dos ejércitos se cruzaron, siguiendo




rutas distintas sin llegar a saber bien dónde se hallaba el enemigo. Al llegar a Iso, los persas torturaron y dieron muerte a los macedonios que había dejado allí Alejandro y prosiguieron el avance hacia el sur por la llanura costera para alcanzarle; por su parte, Alejandro, que dudaba de las noticias que le llegaban sobre la maniobra persa, volvió sobre sus pasos para hacer frente a los persas. Aunque de manera inconsciente, Darío había acabado cayendo en una trampa puesto que la estrecha llanura costera, flanqueada en un lado por el mar y en el otro por la montaña, le impediría desplegar a su ejército en toda su extensión y, mediante la acumulación de tropas, sobrepasar la línea de Alejandro. En esta situación, la topografía del entorno igualaba bastante a los dos ejércitos. El Gran Rey y sus consejeros parecen haber continuado menospreciando las capacidades de Alejandro y ellos mismos anularon la principal baza de su ejército, su superioridad numérica en infantería y, sobre todo, en caballería.

Las dos fuerzas se encontraron junto al río Pínaro, Darío avanzando desde el norte y Alejandro desde el sur. De nuevo un río separaba a los enemigos, aunque en este caso el Pínaro llevaba poca agua, a diferencia de lo que había ocurrido en el Gránico. Como era habitual, Alejandro dispuso a la infantería en el centro y en las alas, a la caballería, la izquierda,



Figura 12. El llamado "sarcófago de Alejandro" (finales del siglo IV a.C.). (reconstrucción), que puede representar la batalla de Iso. Fue hallado en la necrópolis real de Sidón

pegada al mar y dirigida por Parmenión y la derecha, junto a la montaña, comandada por él mismo aunque según iba aproximándose realizó algunos reajustes. Darío tomó una disposición semejante pero aunque sus fuerzas eran más numerosas la configuración del terreno, como dijimos antes, le impidió hacer un despliegue que mostrase esta superioridad. En el centro, situó la falange griega de los 30.000 mercenarios y, tras ellos, tropas también de infantería pesada de élite conocidas como "cardacos", así como unidades de infantería en su ala izquierda, dispuestos en el reborde montañoso. Al fondo, tropas del resto del imperio. En las alas, la caballería y el propio rey, en su carro, en el centro de la formación, detrás de los mercenarios.

Parece que Darío se mantenía a la expectativa para intentar ver cuáles eran los movimientos de Alejandro que, como dijimos, estaba haciendo reajustes de última hora, desplazando unidades de un flanco a otro, pero por detrás de su formación para que los persas no lo percibieran. Según parece, y al evaluar la topografía del lugar y la disposición de las tropas,

se percató de que el reborde montañoso que se situaba junto a su ala derecha, que él mismo comandaba, podía servirle para intentar desbordar por allí a los persas. Unas primeras escaramuzas parece que desalojaron con facilidad a las tropas que había situado allí Darío, precisamente para evitar esa posibilidad y es por ese punto por el que Alejandro inició su ataque con éxito. Mientras, las unidades de infantería se enfrentaban en el centro de la línea con ventaja para los mercenarios griegos de Darío ya que, al parecer, la falange macedonia no fue capaz de mantener el orden de forma adecuada. No obstante, la acción envolvente de Alejandro aflojó la presión de los mercenarios griegos, lo que permitió el avance de la falange macedonia mientras Alejandro se dirigía con su caballería, en sentido oblicuo, directo hacia la posición que ocupaba Darío. El rey, al ver que se le venía encima la caballería macedonia, dio la vuelta con su carro y se dio a la fuga primero en él y luego, cuando el terreno se complicó, a caballo. Alejandro, que había resultado herido levemente en un muslo, le persiguió hasta la caída de la noche. Junto al mar, ambas caballerías mantuvieron el combate durante bastante tiempo hasta que los persas comprobaron que Darío había huido, momento en el que también se dieron a la fuga aunque fueron perseguidos por la caballería de Alejandro, que les causó importantes bajas. Los autores antiguos, como suele ser habitual, además de la visión general, suelen luego entrar en detalles concretos de la batalla, subrayando la valentía o la cobardía de participantes concretos en la misma.

De nuevo, igual que en el Gránico, Alejandro se había dado cuenta del punto débil de la formación enemiga y fue ese el lugar que eligió para, al frente de su caballería, presionar sobre él; los persas no habían dispuesto en su flanco izquierdo (el que se hallaba junto a las montañas) unidades capaces de resistir el empuje de la caballería y por allí se desmoronó su formación. El centro, ocupado por los 30.000 mercenarios griegos, se había demostrado, en los primeros momentos de la batalla, muy superior a la falange macedonia, quizá por su mejor adiestramiento algo que, indirectamente, reconoce Arriano cuando, además de justificar su pobre desempeño inicial por las condiciones del terreno, asegura que "no se aplicaron a la acción con el mismo celo" (*Anábasis*, II, 10, 5). Solo la carga lateral de Alejandro, que era el principal talón de Aquiles de una

falange griega, les hizo aflojar la presión, lo que permitió el contraataque macedonio. En cuanto a la caballería de Darío, muy superior en número a la griega, parece haber dominado con claridad el flanco derecho persa hasta que el retroceso de su centro y la huida de Darío les hizo aflojar y retirarse. Fue la acción directa de Alejandro, buscando el cuerpo a cuerpo con el propio Darío, lo que precipitó el desenlace de la batalla, máxime cuando el Gran Rey emprendió la huida de forma alocada.

Además de los relatos de los autores antiguos disponemos, para esta batalla, de dos excepcionales documentos gráficos que, según la mayor parte de los autores, describen alguno de los momentos de esta batalla. Me refiero al llamado mosaico de Alejandro y al sarcófago también llamado de Alejandro.

El mosaico de Alejandro es en la actualidad una de las piezas más relevantes del, por otro lado extraordinario, Museo Arqueológico Nacional de Nápoles. Hallado en 1831 en la conocida como "Casa del Fauno" de Pompeya, donde formaba parte del pavimento de una exedra, fue trasladado al museo de Nápoles en 1843. Afortunadamente, y con buen criterio, en 2005 se instaló en su emplazamiento original una excelente copia de dicho mosaico. Obra de gran tamaño (5,82 x 3,13 m), su elaboración ha sido datada entre el 120 y el 100 a.C., pero todo el mundo está de acuerdo en considerarlo como una copia muy fiel de una pintura griega, quizá del mismo o parecido tamaño, datable entre el 330-310 a.C., esto es, contemporánea o casi del episodio que describe; se ha solido atribuir el cuadro original a Filoxeno de Eretria y se ha supuesto que el mismo se halló en el palacio de Casandro en Pela a partir de una noticia de Plinio el Viejo (*Historia Natural*, XXXV, 110), aunque no hay seguridad plena de ello.

No haremos una descripción pormenorizada del mosaico, bien conocido y ampliamente reproducido pero sí daremos algún dato. Describe una batalla en un entorno indeterminado del que solo aparece en el mosaico un árbol desnudo. El motivo principal de la escena se encuentra en el primer plano en el que vemos a Alejandro, sin casco para acentuar su rostro, atacando desde la izquierda en el momento de alancear a un guerrero persa; Darío le observa con rostro aterrorizado y dirige su mano posiblemente hacia la víctima de Alejandro mientras su cochero está iniciando la maniobra de huida del combate elevando su látigo y pisoteando





Figura 13. Parte central
del Mosaico de Alejandro (último tercio del siglo II a.C.).
Representa el momento decisivo de la batalla de Iso.
Procede de la "casa del Fauno" de Pompeya

con las ruedas a guerreros caídos. Si el guerrero que recibe el lanzazo de Alejandro es Oxatres, el hermano del rey, que acometió al macedonio para proteger al Gran Rey, es algo que no puede demostrarse. Caballos y soldados en el suelo o a punto de caer, restos de armas, fondo con lanzas, etc., contribuyen a crear un efecto tridimensional que sirve para enmarcar la escena principal; las expresiones de los rostros, y no solo de los actores principales, contribuyen a crear dramatismo en la escena, así como las imágenes de los caballos, algunos de ellos en unos escorzos sorprendentes; la impresión de desorden y tumulto se concentra en la parte derecha de la imagen, que es la que corresponde al lado de los persas. La vestimenta de los personajes, de acuerdo con su origen y nacionalidad ha aportado valiosísimos datos para reconstruir el equipamiento del ejército persa y del de Alejandro. En cuanto a la identidad del pintor de la obra original, aunque se han avanzado varias posibilidades (Apeles, Filoxeno de Eretria) no ha podido demostrarse ninguna. De cualquier modo, los restos de pintura que se conocen procedentes de las tumbas reales de Vergina indican el alto nivel a que habían llegado los artistas griegos que trabajaron para la corte macedonia y no es improbable que alguno de ellos haya podido ser el autor del original, que debió de exhibirse en la corte de alguno de los sucesores de Alejandro.

En cuanto al llamado sarcófago de Alejandro, fue descubierto en 1887 en la necrópolis real de Aya'a en Sidón y pronto trasladado al Museo Arqueológico de Estambul, donde en la actualidad es una de sus piezas principales. Realizado en mármol del Pentélico, tiene forma rectangular y está cubierto por un tejado a doble vertiente; conserva todavía restos de policromía que han permitido conocer su colorido original. Aunque sus figuras están talladas en relieve, el escultor las ha realizado de diferentes grosores, siendo algunas casi de bulto redondo, lo que aumenta la expresividad de la obra y la sensación de profundidad. En uno de sus lados largos muestra una escena de guerra, representada de un modo más clásico que lo que encontramos en el mosaico, puesto que en el sarcófago lo que aparecen son escenas de duelos que se desarrollan a modo de friso. En la escena aparece la figura de Alejandro, que es la que se encuentra más a la izquierda de la composición y que irrumpe a caballo y con una lanza en la mano, que sin duda era de metal y no se conserva. Lleva un

casco inspirado en la leonté de Heracles; en el sarcófago no aparece la figura de Darío sino distintos tipos de oponentes que combaten contra el rey y contra sus compañeros, presentados de forma idealizada, es decir, desnudos o, en el caso de Alejandro y otros de sus compañeros, con unas túnicas ligeras que no responden al equipamiento real de una batalla, aunque también los hay portando coraza. En uno de los lados cortos aparece otra escena de batalla entre griegos y persas, mientras que en el otro de los lados largos se representa una escena de caza de un león y de un ciervo en la que colaboran amigablemente griegos y persas estando representado tal vez Alejandro y otro individuo vestido al modo persa, que acometen al león desde la izquierda; por fin, en el otro lado corto también se representa otra escena de caza, en este caso de una pantera, en la que participan solo persas. Frente a lo que pudiera pensarse la escena principal es la de la caza en uno de los lados largos, y no la de la batalla, puesto que era la que primero se veía cuando se accedía a la cámara en la que se encontraba el sarcófago.

En cuanto a la escena de batalla, la mayor parte de los autores se inclina por considerar que se trata de la de Iso, que sería la que abriría el camino de Alejandro a Fenicia, aun cuando algunos postulan que pudiera ser la de Gaugamela. Del mismo modo, el destinatario del sarcófago, sería para la mayoría de los expertos el rey Abdalónimo de Sidón, puesto en el trono por Alejandro tras ocupar la ciudad, si bien otros sugieren que pudo haber sido el sátrapa Maceo, que participó en Gaugamela y rindió Babilonia a Alejandro, a tenor sobre todo de la escena de caza y del papel relevante que en la misma adquiere un jinete persa; también algunos autores han considerado que el mosaico pompeyano representaría esta misma batalla. El asunto dista de estar resuelto pero, de cualquier modo, el sarcófago muestra la estrecha relación que bien el rey Abdalónimo, nombrado por Alejandro para gobernar Sidón, a propuesta de Hefestión, bien el sátrapa Maceo, cuya actividad había estado muy vinculada, durante los reinados de Artajerjes III y Darío III a la región fenicia, quisieron mostrar con Alejandro en su última morada.

En cualquiera de los casos, tanto la pintura original que copia el mosaico como, sin duda, el sarcófago sidonio, que se data en el último tercio del siglo IV, son testimonios visuales contemporáneos de esta u otra de las

batallas de Alejandro, y son más antiguos que cualquiera de los autores cuyos relatos se han conservado al haberse perdido las obras de los escritores contemporáneos de Alejandro. Aunque estas dos obras muestran ya rasgos evidentes de heroización o divinización (en especial el sarcófago), sintetizan elementos de las guerras de Alejandro que no encuentran correlación directa en los textos literarios. Algunos elementos del mosaico pueden interpretarse (al menos de forma hipotética) a partir de datos que hallamos en algún autor antiguo, aunque la escena en sí presenta una visión personal de su autor sobre la batalla; teniendo en cuenta que, en los datos literarios que conservamos de la misma, hay tantas discrepancias, tampoco debe sorprendernos hallar otra versión, en este caso pictórica, algo diferente de la literaria. Por lo que se refiere al sarcófago, una obra de calidad excepcional, su destino es haber servido de tumba a un gobernante bárbaro, haya sido este Abdalónimo o Maceo. Puede que la batalla representada en uno de los lados largos y en otro de los cortos haya sido la de Iso a cuenta de la relevancia que tuvo para Fenicia y para Sidón la misma, pero daría lo mismo si hubiese sido la de Gaugamela o, incluso, si tan solo está representando una batalla genérica entre Alejandro y los persas. En la imagen no aparece Darío porque en quien se hace hincapié es en Alejandro, que irrumpe desde la izquierda aplastando a sus enemigos, mientras que otro jinete macedonio, desde la derecha, hace lo propio; lo que se quiere resaltar es el carácter heroico del rey macedonio, acentuado por la *leonté*, que subraya su descendencia heraclea y, por lo tanto, su identificación con el héroe, y la leve alusión a Zeus-Amón que, al menos para muchos, podía haber sido el propio padre de Alejandro, algo que quizá el rey no tuviese demasiado interés en desmentir, en especial de cara a sus súbditos orientales. Del mismo modo, las escenas de caza en las que puede estar representado el propio Alejandro, aunque sobre ello no hay unanimidad, pueden estar aludiendo a un hecho real o, por el contrario, y como ya habíamos sugerido para la pintura que decoraba la entrada a la tumba II del túmulo de Vergina, a una imagen ubicada en el Más Allá, en los Campos Elíseos, aunque con la particularidad de que Alejandro y los macedonios están acompañados por persas, subrayando una de las ideas que muchos propagandistas de Alejandro se encargaron de propagar, a saber, la unión de los dos mundos, de Grecia y de Oriente. No podemos

estar del todo seguros del sentido último de la iconografía sin conocer la identidad del destinatario del sarcófago; nuestra explicación sería válida si el sarcófago hubiese pertenecido a Abdalónimo, que parece haber muerto después de Alejandro (hacia el 312 a.C. al parecer), pero no si hubiese sido de Maceo, que murió por causas naturales antes que Alejandro (en 328).

Con estas reflexiones sobre estas extraordinarias obras de arte, damos por concluido este capítulo. En el próximo analizaremos las consecuencias de la batalla de Iso.

Capítulo quinto
Alejandro, entre una batalla crucial y otra decisiva

La batalla de Iso fue crucial; Alejandro había derrotado y desbandado a un ejército muy superior al suyo, a pesar de que las cifras de los autores antiguos sean tan irremediablemente exageradas. Por si fuera poco, había puesto en fuga al propio Gran Rey, que solo pudo salvarse con la ayuda de la noche. Tras regresar de la infructuosa persecución, le esperaba un enorme botín y alguna que otra sorpresa. Además, y aunque todavía la flota persa le podía dar algún sobresalto, la tarea principal que le había llevado a la guerra estaba casi finalizada puesto que las ciudades griegas habían sido liberadas. Aunque, como ya dijimos antes, no podemos tener demasiada confianza en la literalidad de las cartas que algunos autores antiguos recogen como cruzadas entre Darío y Alejandro, no cabe duda de que hubo contactos poco después de la batalla entre ambos. En una de ellas, que es recogida por Arriano, Darío dice "que quería hacer la paz con Alejandro y ser aliado de Alejandro" (*Anábasis*, II, 14, 3). En caso de que Alejandro hubiese aceptado, no cabe duda de que la amenaza de la flota persa sobre las costas egeas hubiese finalizado y puesto que había sido el vencedor, habría retenido la totalidad de Anatolia. Como sabemos, Alejandro rechazó las peticiones de Darío y decidió proseguir la guerra. Meses después, y cuando ya Alejandro se hallaba sitiando Tiro, Darío mejoró la oferta y se comprometió a entregarle todo el territorio al oeste del Éufrates, 1.000 talentos y a su propia hija como esposa (Arriano, *Anábasis*, II, 25, 1).

A partir de Iso pues, en nuestra opinión, Alejandro ya se había desviado de los objetivos principales de la guerra; es cierto que sus soldados, sobre todo los griegos y, en general, los propios macedonios y los aliados, le dieron un margen amplio, sobre todo cuando, antes de Gaugamela incluso, el Gran Rey había dado muestras de aceptar las conquistas conseguidas por Alejandro e, incluso, pagar una fuerte suma de dinero a cambio de recuperar a su familia. Que quizá la presión iba en aumento

lo mostraría la licencia de las tropas griegas aliadas en Ecbatana, antes de que Alejandro se lance a la última persecución de Darío. Es también muy probable que en estos momentos de finales del año 333 todos los griegos y los macedonios estuviesen de acuerdo en que había que asegurar la costa levantina, de donde procedía buena parte de la flota que amenazaba las costas egeas y evitar que, una vez que se hubiese retirado el ejército, pudiesen volver las hostilidades. En cierto modo, las acciones que se sucederían en los próximos meses habría que considerarlas operaciones de limpieza e, incluso, en parte, como "guerra preventiva" aun cuando la tarea tampoco fue del todo fácil. Pero volvamos ahora al epílogo de la batalla de Iso.

Era habitual que el Gran Rey y sus altos dignatarios viajasen acompañados de grandes séquitos en los que se incluían miembros de su familia como sus mujeres e hijos; en el caso del rey, grandes y suntuosas tiendas servían para que, incluso en el campo, pudiese llevar un estilo de vida lo más parecido posible al que llevaba en sus palacios. Aun cuando parte de los nobles persas habían hecho que sus familiares regresasen a un lugar seguro, a la sazón la ciudad de Damasco, y el propio Darío había remitido también allí buena parte de su tesoro, lo cierto es que su tienda, con todo lo que contenía, bienes y personas, había caído en manos del ejército de Alejandro, que se preocupó de no tocar nada hasta que el rey dispusiese. Lo que allí se encontró, y puede que ello haya contribuido también a que Darío entrase en negociaciones con Alejandro para recuperarlos, fue a la familia del Gran Rey, a su madre Sisigambis, a su hermana (o hermanastra) y esposa Estatira, a un hijo de corta edad, Oco, a dos hijas, Estatira y Dripetis, y a varias jóvenes de la nobleza persa. Los autores antiguos se recrean en narrar el sufrimiento de estas mujeres, desconocedoras de la suerte de Darío y de lo que les esperaba a ellas mismas, así como todos los temores que las afligieron hasta que Alejandro se acercó a verlas.

Antes, sin embargo, tenía que ocuparse de los funerales solemnes de los caídos, en presencia de todo el ejército, así como de atender y consolar a los heridos; también permitió que los más distinguidos entre los persas recibieran los honores fúnebres a que estaban acostumbrados. Tras ello, se ocupó de la familia de Darío. También los autores antiguos se solazan contando la confusión que sufrió la madre del rey, Sisigambis,

cuando entraron en sus aposentos Alejandro y Hefestión, "el más querido de sus amigos" y la reina, al ver que este era de mayor altura que el rey se arrodilló ante él pensando que era Alejandro. Advertidas del error se prosternaron ante el rey pidiendo excusas, y en esa ocasión Alejandro habría pronunciado una de esas frases que también la tradición se encargó de transmitir y amplificar:

> "No te has confundido, madre, puesto que este es también Alejandro". (Diodoro, XVII; 37, 6; Curcio, III, 12, 17; Arriano, *Anábasis*, II, 12, 6-7)

Alejandro les mantuvo todos sus privilegios y su modo de vida. También las fuentes resaltan la moderación y la contención de Alejandro a pesar de la belleza de las mujeres persas, en especial de la esposa de Darío. No obstante, andando los años, Alejandro se casaría con Estatira y Hefestión con Dripetis en una gran ceremonia que se organizaría en Susa en el año 324. De entre todos los objetos que fueron hallados en el tesoro de Darío se le hizo llegar un cofrecillo a Alejandro en el que, tras consultar a sus amigos sobre qué sería mejor guardar allí, decidió emplearlo para conservar en él el ejemplar de la *Ilíada* que siempre le acompañaba (Plutarco, *Alejandro*, 26, 1-3). La anécdota sirve, además de para resaltar el valor que él le daba al poema, también para mostrar la modestia del rey que no solo no se había aprovechado de su posición sobre las mujeres de Darío sino que tan solo se había contentado, de todo su tesoro, con usar esa cajita para guardar en ella algo de un gran valor, aunque el mismo fuese más espiritual que material.

En los días y semanas que siguieron a la batalla, mientras a Darío se le iban uniendo los restos de su ejército y emprendían la marcha hacia el Éufrates, para escapar lo más lejos posible de Alejandro, este envió a Parmenión al frente de un contingente para hacerse con el control de Damasco, del tesoro persa y de las mujeres de los nobles persas que habían sido dejadas allí antes de la batalla. En Damasco se encontraba Barsine, la sobrina y viuda, sucesivamente de Mentor y desde hacía pocos meses de Memnón, a la que quizá ya conocía Alejandro desde la estancia de su familia en Macedonia años atrás acompañando a su padre Artabazo, que

pasó allí parte de su exilio. De cualquier modo, tras su captura, Alejandro se prendó de ella por su belleza y aunque parece que Parmenión le aconsejó que la hiciese su esposa, fue solo su concubina. Con ella tuvo en 327 (o en 325) un hijo al que se le dio el nombre de Heracles.

Tras dejar tras de sí a varios de sus compañeros como sátrapas para acabar de pacificar Paflagonia y Capadocia, Alejandro prosiguió su avance hacia el sur. Como apuntábamos antes, uno de sus objetivos eran las ciudades fenicias de las que procedía buena parte de las naves que, todavía, y a pesar de la muerte de Memnón meses atrás, seguían representando una amenaza aunque algo mitigada por las acciones de la flota que él mismo había ordenado reunir y por los ecos de la victoria en Iso, que sin duda reforzarían la postura de sus partidarios en las ciudades liberadas e, incluso, en las ocupadas. En esos momentos el rey espartano Agis III se hallaba en negociaciones con los almirantes persas para intentar un levantamiento antimacedonio en Grecia y es posible que buena parte de los mercenarios que habían combatido en la batalla y que no se habían reunido con el Gran Rey, al quedar descolgados, acabasen acudiendo a Grecia para ponerse al servicio espartano; al menos 8.000 de ellos parecen haberlo conseguido, aunque acabaron siendo derrotados por Antípatro un par de años después, en la batalla de Megalópolis del 331.

Por de pronto, Alejandro tenía delante de sí a las ciudades fenicias que habían estado bajo el dominio persa desde hacía 200 años, cuando Cambises las integró en el Imperio aqueménida en unas excelentes condiciones para ellas. Desde aquella época, en el último tercio del siglo VI, los fenicios habían constituido el núcleo de la armada persa y, como tal, habían intervenido en las campañas que el Gran Rey había lanzado contra otras regiones del Mediterráneo oriental. Los griegos no podían olvidar que fue una flota compuesta en su mayoría por naves fenicias la que había derrotado a los jonios en la batalla de Lade del 494 a.C., poniendo así fin a la “Revuelta jonia” ni, sobre todo, que cuando el Gran Rey Jerjes lanzó su gran ofensiva contra Grecia en el año 480 a.C., fueron los fenicios unos de los que más habían contribuido al esfuerzo de guerra con 300 trirremes y con gran cantidad de barcos auxiliares. Del mismo modo, ingenieros fenicios se habían encargado de excavar un canal en la península del Monte Atos para facilitar el paso de la flota por esas peligrosas aguas

del Egeo septentrional. Y, en el momento presente, eran fenicias también buena parte de las naves que le disputaban el control del mar a Alejandro.

Como ya hemos dicho, si después de Iso Alejandro no iba a conformarse con el control de Anatolia y había decidido ir en persecución de Darío, era imprescindible neutralizar la flota persa mediante la ocupación de las bases de la misma y eso tenía que hacerse, sobre todo, desde tierra, porque el dominio del mar estaba todavía en manos enemigas. Por consiguiente, Alejandro procedió hacia el sur por la ruta costera. Lo que sucedió acto seguido es que las ciudades fenicias empezaron a enviar embajadores a Alejandro ofreciendo abrirle las puertas de sus ciudades. De este modo, se hizo con Marato (Amrit), Biblos y Sidón. En esta última, sustituyó al rey Estratón, en exceso filopersa, por un miembro secundario de la familia real, seleccionado por Hefestión, a quien Alejandro se lo había encomendado. Se trataba de Abdalónimo, a quien ya nos hemos referido a propósito del llamado sarcófago de Alejandro. De los tirios recibió también una embajada en la que sus habitantes esperaban instrucciones de Alejandro. Este les manifestó que su intención era entrar en la ciudad para hacer un sacrificio a Heracles, que en el caso de esta ciudad no era otro que el dios Melqart. Se le ofreció hacer el sacrificio en otro santuario a Melqart que había en la parte continental de la ciudad, en Paleotiro, pero era evidente que no era eso lo que quería Alejandro. Los tirios, cuyo rey Acemilco se encontraba con sus barcos formando parte de la flota persa, querían, sin ninguna duda, ganar tiempo e intentar esperar acontecimientos, pero eso era lo que Alejandro no podía aceptar.

Puede parecer sorprendente la rápida rendición de las ciudades fenicias, con excepción de Tiro, sobre todo teniendo en cuenta que sus barcos estaban también con la flota persa. Lo cierto, sin embargo, es que las relaciones entre persas y fenicios se habían deteriorado a partir de la sublevación de buena parte de esas ciudades, encabezada por el rey Tennes (Tabnit II) de Sidón, contra Artajerjes III hacía tan solo 17 años (en 350 a.C.), seguida de una brutal represión. La postura ambigua del rey sidonio, que en un primer momento encabeza la rebelión pero más adelante ayuda a los persas a recuperar Sidón, le valió en todo caso su ejecución, si bien, como habíamos visto, su hijo Estratón (Abdashtart) ocupó su trono. De cualquier modo, la actitud de Estratón debía de plantearle

desconfianza a Alejandro, y contaba además con la hostilidad de los propios sidonios, lo que aconsejó el cambio de rey. Del mismo modo, la sublevación y posterior destrucción de Sidón no podía dejar de beneficiar a su rival ancestral, Tiro, que durante la mayor parte del dominio aqueménida había permanecido en una posición secundaria con respecto a aquella, que había sido además, hasta la revuelta de Tennes, la capital de la satrapía persa. La pérdida de influencia de Sidón, pues, significó un mayor peso de Tiro y ello, unido al emplazamiento insular de una parte de la ciudad, debió de animar a los tirios a resistirse a Alejandro.

En este momento, sin embargo, Alejandro no tiene otra opción. No puede obviar Tiro, como había hecho con Halicarnaso, porque eso habría significado dejar el mar en manos persas; además, si Tiro no era conquistada, las otras ciudades fenicias podían intentar echarse atrás de sus acuerdos con Alejandro, animadas por los ciudadanos de las mismas que se hallaban embarcados en la flota. Como le había ocurrido en otras ocasiones –como por ejemplo ante Tebas– Alejandro tenía que darle un castigo ejemplar a Tiro para demostrar que nada podía interponerse entre él y sus objetivos.

El sitio de Tiro, que a Alejandro le ocuparía durante los siguientes siete u ocho meses (entre enero y julio o agosto del 332 a.C.), ha sido muy estudiado por los historiadores, antiguos y modernos, porque representó un ejemplo de la determinación del rey por conseguir sus objetivos incluso a costa de transformar la propia naturaleza. Puesto que la parte insular de Tiro se hallaba separada del continente por un estrecho brazo de mar, y puesto que su conquista por mar era imposible al no poseer Alejandro su dominio, la única posibilidad era unir la isla a tierra firme para poder aproximar hasta las murallas las máquinas de guerra y tomar la ciudad al asalto. Para ello, y empleando a miles de personas de la zona, demolió la parte continental de la ciudad y, con esos materiales, tierra y árboles traídos del Monte Líbano, construyó un terraplén de 740 m de longitud y 62 m de anchura. A lo largo de los siguientes meses, y tras diversos ataques y contraataques de tirios y griegos, el terraplén acabó completándose. Durante esos meses también, y una vez que se corrió la voz de que Alejandro estaba sitiando Tiro tras haberse hecho con el control de las ciudades fenicias, las naves de estas ciudades comenzaron a regresar y

ponerse bajo la autoridad de Alejandro. Arados, Biblos y Sidón pusieron sus barcos a las órdenes de Alejandro y lo mismo hicieron las ciudades de Chipre. Pudo reunir así una flota considerable de más de 200 trirremes, con la que consiguió neutralizar a los tirios, que optaron por proteger los puertos y no presentar combate por mar, lo que facilitó el avance en la construcción del terraplén resultando también fallido un último intento tirio por romper el bloqueo. Cuando ya el terraplén se había concluido, se inició un ataque por todos los flancos; por tierra y desde el mar, por los dos puertos de Tiro, con lo cual la ciudad acabó cayendo en manos de Alejandro.

Aunque las cifras de bajas difieren entre las distintas fuentes, se habla de 7.000 u 8.000 mil muertos en Tiro, de unos 2.000 ejecutados en la cruz tras la victoria y de unos 30.000 vendidos como esclavos. No obstante, el rey Acemilco (otros autores le dan otro nombre) y buena parte de la aristocracia tiria, que se habían refugiado en el templo de Melqart, fueron perdonados. Aunque nuestras fuentes no dan detalles, parece que el rey y su flota habían regresado a Tiro al poco de iniciarse el sitio de su ciudad y quizá antes de que se produjese la defección de los otros fenicios y los chipriotas lo que muestra, en todo caso, lo acertado que resultó, al final, el juicio de Alejandro. La amenaza contra Tiro y la ocupación de las ciudades fenicias fue el factor clave para que se produjese el desmoronamiento definitivo de la flota persa. Con la conquista de Tiro, las bases terrestres de la mermada flota persa se habían reducido de forma significativa y Alejandro podía proseguir su avance hacia el sur, no sin antes efectuar los sacrificios pendientes en honor a Heracles-Melqart y haber efectuado una gran parada militar y naval.

Como había ocurrido meses atrás, múltiples ciudades le habían enviado embajadores a Alejandro asegurándole su lealtad, aunque entre ellas no estaba Gaza, que ocupaba también un punto clave en las comunicaciones terrestres y marítimas con Egipto. Estaba ocupada por una fuerte guarnición persa, comandada por el eunuco Batis, y se había estado preparando para afrontar un largo sitio. Sin duda el Gran Rey, que había comprobado que todos los intentos realizados ante Alejandro para que se aviniese a términos habían resultado fallidos, necesitaba tiempo para disponer un ejército capaz de detener a los macedonios. La resistencia

de Tiro se enmarca, sin duda, también en esta política y, como apuntábamos antes, los tirios se habían prestado a ella porque habían recibido importantes beneficios tras la revuelta de Sidón y porque esperaban una recompensa adecuada de Darío si conseguían detener a Alejandro. Ante la caída de Tiro, Gaza representaba el último gran obstáculo para que los macedonios dominaran toda la costa sirio-palestina y controlaran el acceso a Egipto.

El asedio de Gaza duró otros dos meses y allí también Alejandro tuvo que emplearse a fondo, construyendo rampas de asalto para acceder a la colina en la que se hallaba la ciudad, así como realizando labores de zapa en la muralla. En uno de los asaltos a la ciudad, el propio Alejandro resultó herido en un hombro, siendo su recuperación de esta herida bastante lenta. Al final la ciudad fue ocupada pereciendo todos sus defensores. Alejandro repobló la ciudad con gentes del entorno para que siguiera desempeñando la estratégica función que hasta entonces había tenido, aunque en esta ocasión bajo su autoridad.

Alejandro había perdido casi todo el año en los dos largos asedios de Tiro y de Gaza pero, sin embargo, el balance no era negativo. Había conseguido el control de toda la costa sirio-palestina y la decisión con la que había llevado a cabo la conquista de las dos ciudades principales de la región debía convencer a los más remisos de que Alejandro tenía la determinación de acabar con cualquiera que le disputara su autoridad. Al tiempo, y puesto que los dos sitios le retenían sobre el terreno, tuvo tiempo de ir organizando la administración de los territorios ya conquistados y de recibir informaciones sobre los preparativos del Gran Rey y sobre las mejores disposiciones a tomar cuando pudiese reiniciar su marcha hacia el interior del imperio. Pero antes de ello se le abría un territorio, Egipto, que era de una importancia enorme dentro de un proyecto de conquista que había ido madurando en los largos meses en los que las labores de asedio le mantenían alejado, relativamente, de la primera línea de combate.

La entrada a Egipto por Pelusio, a los pocos días de haber capturado Gaza, se produjo de forma pacífica. Las autoridades persas, o no tuvieron la capacidad o los medios para oponerse a Alejandro, y la población egipcia no estaba, de ninguna manera, a favor de los persas puesto que se sentían agraviados por ellos, y no sin razón, desde la conquista del

país por Cambises en el ya lejano 525 a.C.; a pesar de que había habido varias sublevaciones durante el siglo IV, en las que habían intervenido los griegos, tanto a favor como en contra de los egipcios, Artajerjes III había derrotado al último faraón, Nectanebo II, en el año 343 a.C., retornando Egipto a su poder después de 37 años de independencia. Parecía claro que Alejandro, cuyas derrotas al Gran Rey debieron de levantar gran expectación entre los egipcios, iba a ser recibido, como al final lo fue, como libertador.

Tras dejar una guarnición en Pelusio, el rey se dirigió a la capital, a Menfis, donde rindió homenaje a todos los dioses, en especial a Apis, cuyo culto había recibido graves afrentas y desprecios por el conquistador Cambises, lo que contribuyó, junto con otros factores, a la impopularidad del dominio persa en Egipto. En Menfis celebró festivales gimnásticos y musicales haciendo venir de Grecia a los competidores más famosos. Después se dirigió hacia la costa donde, según parece, inspeccionó el terreno y eligió el sitio en el que quería fundar una ciudad. Él mismo se habría encargado de definir sus límites, la ubicación de sus principales espacios, sobre todo el ágora, así como el emplazamiento de los templos y a quiénes iban a estar dedicados, prestando atención no solo a los dioses griegos sino también a los egipcios, en especial a Isis. Esta ciudad se llamaría, como buena parte de las que fundaría a partir de ahora, Alejandría y acabaría convirtiéndose en una de las grandes ciudades del mundo antiguo.

Aunque los autores antiguos no dan demasiadas informaciones al respecto, creo que pueden caber pocas dudas de que, como hemos apuntado párrafos atrás, en los largos meses en los que Alejandro tuvo que estar pendiente de los dos asedios, debió de ir preparando sus siguientes pasos y, sin duda, entre ellos debió de estar la planificación de esa fundación. Los contactos de los griegos con Egipto se remontaban a muchos siglos atrás en el tiempo e, incluso, la isla de Faro, que se hallaba frente a lo que sería la ciudad, y en la que se alzaría el monumento que perpetuó su nombre, el faro de Alejandría, había sido mencionada en la *Odisea* y hasta ella habrían llegado Menelao y Helena a su regreso de Troya. Desde el siglo VII la presencia griega en Egipto aumenta y durante los primeros años del reinado del faraón Amasis (poco después del 570 a.C.), este les concedió a los griegos un *emporion* o lugar de comercio, Náucratis, en

el que gozaban de una serie de derechos y exenciones. Estos derechos les fueron reconocidos de nuevo durante el reinado de Nectanebo I, el fundador de la XXX dinastía, hacia el 380 a.C. Además, la presencia de mercenarios griegos en los ejércitos del Egipto independiente había sido muy intensa desde finales del siglo VII. En definitiva, y sin entrar en las largas relaciones entre los griegos y Egipto, podemos asegurar que el país del Nilo había sido conocido, visitado y admirado por muchos griegos desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, durante todo ese periodo, los griegos, aun a pesar de gozar de importantes ventajas, eran considerados y tratados como extranjeros; incluso bajo dominio persa, cuando parece que las condiciones en la que los griegos podían llevar a cabo transacciones comerciales en el país se habían relajado con respecto a las que existían en las fases de dominio faraónico, otros comerciantes, como los fenicios, parecen haber tenido mayores prerrogativas.

Frente a ello, los planes que Alejandro había ido diseñando para Egipto, partían de una situación nueva, como era la conquista militar y el dominio. Si la primera no fue necesaria, por desistimiento del sátrapa persa y por la buena acogida que los habitantes del país le dieron a Alejandro, este no iba a renunciar a lo segundo, al dominio. De hecho, y hubiese o no un acto formal de coronación en Menfis como algunos autores sugieren, lo cierto es que, en los monumentos egipcios, Alejandro aparece con la iconografía propia del arte egipcio, y asumiendo los títulos, símbolos y honores divinos propios de los faraones, lo que acredita su asunción de un poder considerado legítimo por sus súbditos egipcios, seguramente resultado de una ceremonia formal que le entronizaba con los cinco nombres usuales de los faraones egipcios:

> “ [...] el fuerte príncipe, que atacó las tierras extranjeras, protector de Egipto, amado de Amón y escogido por Ra, Alejandro”.

En su condición de faraón legítimo pudo ordenar la restauración y reparación de templos y dar normas para proteger la sacralidad de los recintos sacros, mostrándose así respetuoso con las tradiciones locales frente a lo que había sido el comportamiento de los reyes persas desde el mismo momento de la conquista del país.

Pero Alejandro era, sobre todo, rey de los macedonios y general en jefe de la Liga de Corinto y poco a poco se había ido formando un diseño estratégico del Mediterráneo oriental, que pronto extendería al interior del Imperio persa. En ese diseño mediterráneo hacía falta en la costa egipcia una ciudad de tipo griego. La costa egipcia, marcada sobre todo por el inmenso delta del Nilo, no era demasiado propicia para establecer ciudades pero, además, en los pocos sitios aptos, como en el que surgirá Alejandría, ni los egipcios (ni tampoco los persas) habían permitido un establecimiento griego. Es significativo que Náucratis, el espacio que Amasis les había concedido a los griegos en el siglo VI y que ya en esos momentos finales del siglo IV era una auténtica ciudad, se encontraba a más de 70 km de la costa, aunque bien comunicado con ella por el brazo canóbico del Nilo. La desconfianza, el recelo, necesidades de control y supervisión, temor a un crecimiento descontrolado, etc., fueron los factores que hicieron que los egipcios impidiesen la ocupación de la costa por una ciudad griega y los persas, aunque con una óptica distinta, tampoco parecen haber estado interesados en ello. Pero la llegada de Alejandro iba a suponer un cambio radical; ahora se sentaba en el trono de los faraones un soberano griego, que además había sido recibido y legitimado por los propios egipcios. Como nuevo dueño del país, Alejandro tenía autoridad para disponer de personas y territorios y, sin duda, una de sus prioridades era establecer una ciudad griega en la costa. Es posible que su primera finalidad fuera estratégica, puesto que la ciudad controlaría ese tramo de costa y, al tiempo, los accesos al interior del país a través del brazo canóbico y de los numerosos canales que confluían a ella. Del mismo modo, y para facilitar las comunicaciones con el Egeo e, incluso, garantizar la seguridad del mar ahora que Alejandro había comprendido su importancia, era también necesaria una base de operaciones. Alejandría satisfaría todas esas necesidades y, además, podría proporcionar residencia a aquellos griegos que no pudiesen seguir en el ejército o que, incluso, pudiesen acudir hasta allí desde otros puntos de Egipto en los que residían.

Al propio Alejandro se le hace partícipe directo de las tareas de delimitación del espacio de la ciudad y ello es pretexto, en muchas tradiciones, para dar a conocer presagios favorables que augurarían, ya desde esos momentos iniciales, una vida larga y próspera para la ciudad. El

haber sido, y seguir siendo, una ciudad viva y el haberse convertido en la capital del reino lágida, que crearía el general y amigo de Alejandro, Tolomeo, hacen que los datos correspondientes al momento fundacional de Alejandría sean muy escasos. Su gran auge se iniciaría tras la muerte de Alejandro, cuya tumba acabó instalándose en la ciudad. Aunque la planificación pueda corresponder a Alejandro, sin duda auxiliado por ingenieros varios, su monumentalización sería posterior a su reinado. En los últimos años, trabajos en tierra y subacuáticos, llevados a cabo por diversas instituciones (Centre d'Études Alexandrines, Institut Européen d'Archéologie Sous-Marine) están reconstruyendo la topografía antigua de la ciudad y documentando numerosos y ricos hallazgos que certifican el esplendor que alcanzó esta ciudad fundada por Alejandro en un momento indeterminado del año 332 a.C.

Alejandro parece haber dejado a cargo de todas las tareas constructivas a Cleómenes de Náucratis, quizá también con responsabilidades financieras para una parte, al menos, del territorio egipcio. Este individuo –del que no conocemos demasiado, más allá de haber sido, a la muerte de Alejandro, hiparco de Tolomeo– era buen conocedor del país, como naucratita que era y habría que pensar que sabría bien las necesidades de los griegos que acudían a Egipto y que residían en él. Su nombramiento por Alejandro confirmaría el interés del rey por favorecer los intereses griegos en el antaño hermético país del Nilo.

Mientras que estaba todavía encargándose de los detalles de la fundación de Alejandría, hasta allí llegó Hegéloco que, al mando de la flota, había restaurado la situación en el Egeo, bien sometiendo a las ciudades que se habían sublevado aprovechando la presencia de la flota persa o apoyando a los grupos antipersas de esas ciudades para que se librasen de las guarniciones enemigas. El propio almirante persa Farnábazo había sido capturado, aunque luego consiguiese escapar. La campaña de Hegéloco, unida a la campaña fenicia de Alejandro, había terminado por desbaratar la estrategia mediterránea de los persas; privados de sus bases y de sus principales contingentes navales, y acosados por la flota macedonia, todo el Mediterráneo oriental era ahora un mar controlado por Alejandro. Ya nada le impedía recuperar la iniciativa y adentrarse en el imperio para buscar el enfrentamiento definitivo con Darío.

Y, sin embargo, antes de emprender la marcha realizó un acto que es, sin duda, de los que más opiniones hicieron correr en la Antigüedad y cuyo significado último dista de ser aceptado de modo unánime entre los historiadores contemporáneos. Nos referimos a la expedición al oasis de Siwa, que se situaba a más de 500 km al suroeste de Alejandría. Sigue siendo objeto de debate si este viaje lo emprendió después de haber puesto en marcha la fundación de Alejandría, como asegura Arriano, o antes de la fundación, como aseguran el resto de los autores. Del mismo modo, la ruta que siguió Alejandro hasta allí tampoco queda del todo clara. En lo que sí insisten las fuentes es en que, una vez en el desierto, se produjeron diversos fenómenos más o menos sobrenaturales, como que cuando estaban a punto de morir de sed empezase a llover de manera casi milagrosa o que dos serpientes o dos cuervos guiasen a la expedición para evitar que se perdieran entre la arena. Todas estas anécdotas contribuyen a subrayar la protección sobrenatural que muchos consideraban que tenía Alejandro y, al tiempo, presentan este viaje casi como una peregrinación iniciática, al final de la cual Alejandro recibiría las respuestas que quería a sus preguntas.

El oráculo de Siwa, que los griegos consideraban dedicado a Zeus Amón, se convirtió en un destino frecuentado por los griegos, a pesar de la dureza del viaje hasta él, ya desde el siglo VI, quizá poco después de que los egipcios establecieran su control sobre el mismo. Fueron sobre todo los habitantes de Cirene los que contribuyeron a popularizar sus oráculos pero a su prestigio en el mundo helénico tampoco debieron de ser ajenos los griegos que, cada vez con más frecuencia a lo largo del siglo VI, residían, temporal o permanentemente en Egipto. En su camino hacia Siwa, según Arriano vía Paretonio (actual Marsa Matruh), se encontró allí con embajadores cireneos, que le ofrecieron carros y caballos de guerra; si también le sirvieron de guías es algo que no consta en nuestras fuentes, que prefieren los detalles fantásticos, como los que hemos mencionado.

El qué le dijo el oráculo de Siwa a Alejandro es otro de los asuntos más disputados de toda su carrera. Algunos autores, como Arriano, se limitan a asegurar que el rey oyó de la divinidad lo que deseaba (Arriano, *Anábasis*, III, 4, 5), pero otros dan infinidad de detalles que, en buena parte, parecen reelaboraciones posteriores que tratan de mostrar cómo el

futuro de Alejandro le fue ya predicho por este prestigioso oráculo. Ya el saludo inicial del sacerdote, que Alejandro entendió como certificando que el dios le consideraba hijo suyo y que es aceptado por varios autores (por ejemplo, Diodoro, XVII, 51, 1-2 y Curcio, IV, 7, 25), es explicado por Plutarco como un malentendido debido al deficiente conocimiento del griego del sacerdote que cambió la ni final de su saludo por una sigma, con lo que el sentido de la expresión cambiaba radicalmente. Así, en lugar de decirle "*o paidíon*" (¡oh, hijo!) le habría dicho "*o paidios*", que podía interpretarse como "*o pai Diós*" (¡oh, hijo de Zeus!). Plutarco asegura que esto le hizo gracia a Alejandro y que de ahí surgió la leyenda de que el dios le había saludado llamándole Hizo de Zeus (Plutarco, *Alejandro*, 27, 9). Otros autores, como Justino, aseguran que unos emisarios del rey habían instruido a los sacerdotes acerca de cómo saludar a Alejandro (Justino, XI, 11, 6-7). Es difícil saber hasta qué punto estos relatos obedecen a la realidad o son creaciones surgidas a posteriori; del mismo modo, tampoco es fácil saber si fue Alejandro quien propagó estas ideas o si fueron gentes de su círculo, aun cuando es probable que Alejandro para entonces ya se hubiese dado cuenta de que adoptar una personalidad divina podría ser de interés para hacerse respetar por sus nuevos súbditos. Lo cierto es que no muchos años después apareció en las monedas emitidas por Tolomeo la efigie de Alejandro representado con cuernos de carnero, atributos de Zeus-Amón, pero para entonces Alejandro ya había muerto y sus sucesores pudieron hacer libre uso de esa iconografía en sus monedas.

Las otras preguntas que según las fuentes principales (excepto Arriano) le formuló Alejandro al dios se referían a si conseguiría dominar el mundo y si había ya acabado con todos los asesinos de su padre, cuestión esta que de ser cierta no deja de ser contradictoria con el carácter divino que, en teoría, pretendía asumir; no obstante, los sacerdotes habrían reafirmado su carácter divino y habrían hecho que Alejandro reformulara su pregunta interrogando entonces por los asesinos de Filipo. A ambas respuestas respondió el oráculo de forma afirmativa. Ni que decir tiene que muchos autores consideran tanto las preguntas como las respuestas espurias y fruto de reelaboraciones posteriores. Arriano, más cauto, y derivando su relato en buena medida de

la obra que escribiría ya en su vejez Tolomeo, opta, como hemos visto, por no entrar en tales detalles.

No es difícil de aceptar que más allá de lo que Alejandro divulgase de su consulta al dios, que parece haber realizado en solitario acompañado solo por el sacerdote, sus acompañantes narrarían todo tipo de anécdotas, tanto las favorables a Alejandro (proclamación como dios), pero también las desfavorables a él, como la que mencionaba los consejos previos dados a los sacerdotes acerca de cómo dirigirse a Alejandro para insistir en su carácter divino. Sea como fuere, esas pretensiones de ser hijo de Zeus fueron criticadas por sus enemigos en varias ocasiones.

Tras dejar importantes ofrendas y donativos en el santuario, Alejandro regresa a Egipto. En Menfis recibe numerosas embajadas, así como tropas de refuerzo y celebra competiciones gimnásticas y desfiles, así como un gran sacrificio en honor de Zeus Rey. Del mismo modo, organiza la administración del territorio ubicando a varios altos cargos en puestos claves para evitar que todo el territorio estuviese bajo el mando de una sola persona. Una vez concluidos los preparativos, Alejandro reinicia la marcha que le conducirá hasta el enfrentamiento final con el Gran Rey.

Capítulo sexto
Alejandro, de enemigo del gran rey a vengador de su muerte

En la primavera del año 331, Alejandro parte desde Menfis en dirección a Fenicia. Su flota se hallaba ya en Tiro, una vez limpios los mares de enemigos, y allí procedió a devolver a Atenas a los prisioneros de esa ciudad que había capturado en la batalla del Gránico. Era esa una medida propagandística, tendente a congraciarse con los griegos, y en especial con los atenienses, máxime cuando en Grecia la revuelta de Agis III estaba en pleno auge, si bien en pocos meses los espartanos y sus aliados serían derrotados en Megalópolis y el rey espartano moriría. Lo cierto es que Atenas no se unió en esta ocasión a los sublevados.

En su camino en dirección a Tápsaco, que era el punto habitual para cruzar el Éufrates, Alejandro no parece haber tenido problemas y debió de aprovechar el recorrido para reestructurar el sistema administrativo de los territorios ya conquistados, con nombramientos y deposiciones de nuevos sátrapas y otros cargos civiles y militares. Llegó a orillas del río en pleno verano del 331 a.C. y allí Maceo impedía a las avanzadillas de Alejandro la conclusión de un puente para facilitar el paso de las tropas. No obstante, ante la llegada del grueso del ejército, Maceo se retiró lo que permitió la finalización del puente y el cruce seguro del mismo. Una vez cruzado el río e informándose a través de exploradores enemigos capturados del lugar donde se hallaba el ejército enemigo, se dirigió hacia el Tigris, cruzándolo no sin dificultad y acosado por Maceo; tras hacerlo, se dirige en dirección a Asiria hasta que ambos ejércitos se encuentran. En esta ocasión, y mediante el hábil movimiento de sus tropas, Darío había podido elegir un campo de batalla que, en principio, era perfecto para poder desplegar su ejército según sus propios intereses. Además, en los meses previos Darío había hecho incorporarse a su ejército a contingentes de los territorios orientales del imperio, a bactrianos y sogdianos, bajo el mando de Beso, el sátrapa de Bactria, a sacas, aracosios, arios, partos, hircanos, topirios e indios. Además de ellos, tropas que ya habían combatido

contra Alejandro, procedentes del núcleo del imperio, medos, cadusios, uxios, susianos, armenios, babilonios, etc. Las cifras que manejan nuestras fuentes son, por lo general, muy exageradas. Arriano habla de un millón de infantes, cuarenta mil jinetes, doscientos carros falcados, y unos quince elefantes (*Anábasis*, III, 8, 6); Diodoro (XVII, 53, 1-3) asegura que contaba con ochocientos mil infantes, doscientos mil jinetes y doscientos carros falcados y Plutarco (*Alejandro*, 31, 1) da el mismo número, un millón de hombres en total; Justino (XI, 12, 5) da la cifra de cuatrocientos mil infantes y cien mil jinetes y Curcio menciona doscientos mil infantes, cuarenta y cinco mil jinetes (IV, 12, 13) y doscientos carros falcados (IV, 9, 3). El lugar que ocupaba el ejército persa se llamaba Gaugamela y se hallaba a 600 estadios (unos 108 km) al oeste de la ciudad de Arbela (actual Erbil). Frente a ese gran ejército, cuyo número exacto es difícil de conocer dadas las distintas cifras que dan las fuentes, Alejandro oponía unos cuarenta mil infantes y siete mil jinetes.

Al haber podido elegir el campo de batalla, Darío había tenido tiempo de prepararlo; había ordenado que se hiciesen tareas de explanación para facilitar la evolución de la caballería e, incluso, allanar el suelo para favorecer la carrera de sus carros falcados. No obstante, parece que Alejandro, que se había aproximado a las posiciones persas durante la noche, pudo observar desde lo alto de una colina los preparativos persas antes de iniciar el combate, lo que determinó la estrategia que seguiría al día siguiente.

Los persas habían dispuesto en su ala izquierda, es decir, frente al ala derecha que normalmente comandaba Alejandro, a la caballería bactriana, escita y aracosia. Los persas se situaban en el centro y era allí también donde se situaba el Gran Rey y su cortejo; por delante se situaron los elefantes y una parte de los carros falcados, así como los mercenarios griegos. El ala derecha persa se componía de tropas de Siria, Mesopotamia y el golfo Pérsico.

Alejandro se situó él mismo al frente del ala derecha; el centro lo ocupaba la falange aunque dispuesta en una doble formación para evitar en lo posible que pudiese ser rodeada por el enemigo y colocó en sus flancos arqueros y tropas ligeras de agrianes. Puesto que los persas superaban a los griegos, aun cuando no sepamos en qué proporción y su línea debía

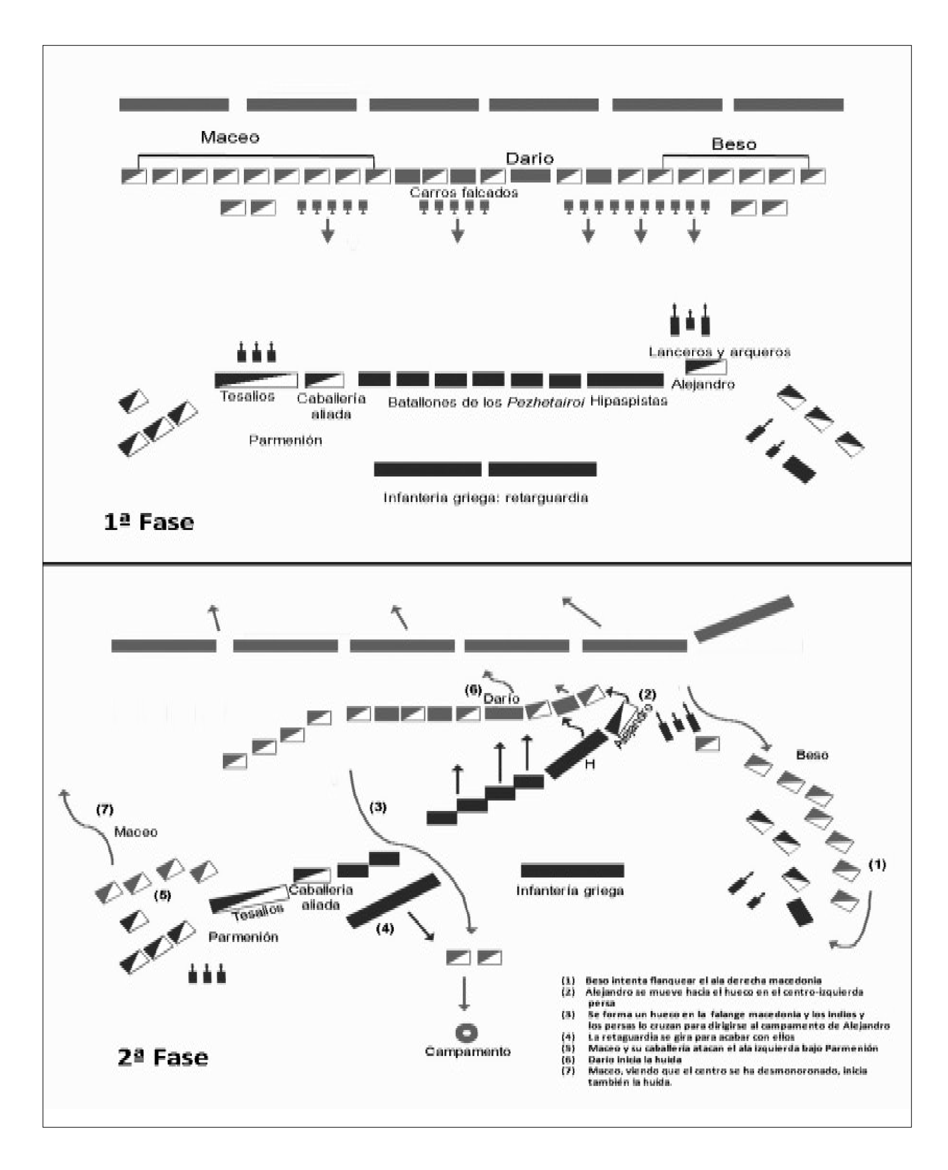


Figura 14. La batalla de Gaugamela (1 de octubre 331 a.C.) y sus fases principales

de ser mucho más larga que la que los macedonios pudieron componer, el principal peligro para estos era ser desbordados por el enemigo. Para intentar evitarlo, Alejandro pensaba hacer uso de su caballería y moverla continuamente hacia su derecha para intentar evitar que la caballería enemiga envolviera a su ejército; mientras, la falange debía sostener el ataque

enemigo, en el que además de infantes intervendrían carros falcados y elefantes. La táctica de Alejandro fue pronto percibida por los persas, que enviaron a su caballería a seguirle en sus movimientos y eso evitó que sus intentos de penetración en las líneas enemigas triunfasen en un primer momento, pero sus repetidos ataques quizá acabasen impidiendo que los enemigos se reagrupasen, lo que produjo su desorganización. Además, con su marcha hacia la derecha, Alejandro había conseguido que la caballería enemiga abandonase el terreno que había sido preparado para su acción, lo que le quitaba parte de su ventaja.

En el centro del combate, los carros falcados no consiguieron sus objetivos de desbaratar la formación griega porque estos abrieron sus líneas dejando pasar a los carros sin que ocasionaran graves daños y dando muerte a caballos y carristas a su paso.

Una vez Alejandro consiguió deshacerse de la caballería bactriana y sogdiana, Darío envió a la caballería persa que hasta entonces había estado dispuesta en el centro de la formación contra él, lo que abrió un hueco en la línea persa. Alejandro vio la oportunidad y cabalgó directamente hacia el mismo, ocasión que también vio el resto de la caballería macedonia, que seguía ocupando sus posiciones iniciales, así como la falange para incidir en ese punto débil que se había abierto. En ese lugar se encontraba Darío, que había cometido el error que le costó la derrota al desguarnecer ese flanco y que veía ahora cómo Alejandro cargaba contra él sin ningún obstáculo que se lo impidiese. Como había hecho en Iso, Darío optó por huir.

En el ala izquierda macedonia, sin embargo, las cosas no iban bien porque la acción de la parte derecha de la falange para acometer al centro persa había abierto un hueco que fue pronto aprovechado por los persas para dirigirse al campamento donde estaban los bagajes, los prisioneros y todo el personal civil que acompañaba al ejército, aunque la falange formada a retaguardia pronto se dirigió a hacerles frente. Otra parte presionaba sobre las tropas de Parmenión, que comandaba el ala izquierda y que estaba en riesgo de verse envuelto; el veterano general envió mensajes a Alejandro para que le ayudara, lo que este hizo. Su acción, aunque se vio retrasada por la caballería persa que se retiraba tras intentar saquear el campamento griego, acabó relajando la presión que Maceo, al frente de la

caballería persa del ala derecha, estaba dirigiendo sobre Parmenión. En algún momento de esa acción, Maceo debió de enterarse de que Darío había huido y que el centro persa se había desmoronado, lo que significaba que pronto los macedonios podrían envolverle. Ante estas circunstancias, Maceo abandonó también el campo de batalla.

Tras relajar la presión sobre Parmenión, Alejandro inició la persecución de Darío, mientras que su ejército se encargaba de hostigar y dar muerte o capturar a los derrotados persas. Como es sabido, Alejandro no pudo dar alcance al Gran Rey derrotado porque este se había anticipado en la huida y porque aquel, juiciosamente, no inició la persecución hasta que su centro y su flanco izquierdo empezaron a imponerse sobre el enemigo; se hizo, sin embargo, con todo su tesoro en Arbela, incluyendo el carro, el escudo y los arcos. Como con el número de combatientes, las cifras de bajas que dan los autores antiguos son también enormes, en especial en el ejército persa, para el que se habla de 300.000 muertos, frente a 100 hombres en el ejército de Alejandro (Arriano, *Anábasis*, III, 15, 6). Si bien Curcio, en atención a las cifras más modestas que manejaba, sitúa las bajas persas en 40.000 y menos de 300 en el ejército macedonio (IV, 16, 26-27).

Los detalles de la batalla como tal son confusos en la mayor parte de los autores aunque quedan algo mejor definidos en Arriano; en el resto, observaciones generales sobre el valor de los macedonios y discursos retóricos ocultan un análisis riguroso de la misma. El papel de Parmenión y de Alejandro aparece magnificado en varios relatos, con posturas diversas. Así, para unos, Parmenión, incapaz de sostener su propio flanco privaría a Alejandro de la captura de Darío; para otros, Alejandro habría preferido seguir su persecución antes que auxiliar a su general y a sus hombres en peligro y si al final hizo esto fue a regañadientes. Para algunos autores como Diodoro (XVII, 60, 6-8), Alejandro ni tan siquiera regresó y Parmenión consiguió rechazar a Maceo por sí mismo. A este respecto, no podemos perder de vista que al año siguiente (en el 330) Parmenión iba a ser ejecutado por orden de Alejandro, en buena parte para evitar su reacción cuando se enterase de la muerte de su hijo Filotas acusado de conspiración. Tanto los autores favorables a Alejandro como sus enemigos pudieron manipular lo sucedido en Gaugamela como medio de justificar

sus posturas ante lo que con el tiempo iba a suceder. En Plutarco vemos muy bien cómo la propaganda favorable a Alejandro acabó presentando el episodio:

> "Se acusa por lo general a Parmenión de que en aquella batalla se mostró torpe y lento, bien porque a causa de la edad había ido perdiendo coraje bien porque, como dice Calístenes, se viese abrumado y envidioso por el excesivo poder y el orgullo de Alejandro. En aquel momento, sin embargo, el rey aunque indignado por esa petición que se le hacía, no les dijo la verdad a los soldados sino que, pretextando que ya había habido suficiente matanza y se estaba ya haciendo de noche, dio señal de regresar". (Plutarco, *Alejandro*, 33, 10)

Es este un buen ejemplo para ver cómo la percepción de Alejandro depende de la postura que adopte el historiador, antiguo y moderno; quienes quieren ver en Alejandro a un mal general tienen aquí una ocasión espléndida, puesto que dan por sentado que su interés no era el bienestar de su ejército sino cumplir su propio objetivo, que era capturar al rey persa. Pierden de vista quienes así piensan que la captura de Darío habría resuelto antes una guerra que, por el contrario, podría haberse prolongado más tiempo como, de hecho, sucedería. Es fácil decir, a la vista de cómo se produjeron los acontecimientos, que el destino del Imperio aqueménida estaba ya decidido tras Gaugamela, pero eso era algo que en ese preciso instante todavía nadie podía decir y Alejandro ya había experimentado tras Iso cómo la fuga del Gran Rey significó la prolongación de la guerra.

Por el contrario, quienes quieran considerar a Alejandro como un buen general no se fijarán, posiblemente, en este episodio sino en cómo consiguió derrotar a un ejército muy superior al suyo en hombres mediante una táctica que, sin duda, reportaba sus riesgos pero que, en cualquier caso, había intentado prever la mayor parte de las eventualidades mediante la ubicación de sus contingentes en los lugares en los que podían ser más efectivos y aprovechando las lecciones aprendidas en los enfrentamientos previos algo que, por el contrario, los persas no parecen haber hecho. Da la impresión, a partir de los datos que tenemos, al menos

de la disposición de las tropas enfrentadas, que la base de la estrategia persa consistía en abrumar al enemigo presentándoles un ejército masivo en un terreno previamente seleccionado y preparado e, incluso, como algunas fuentes apuntan, lleno de trampas en las que se pensaba que caerían los macedonios. Frente a la innovación continua de Alejandro o, si se quiere, el perfeccionamiento de un mecanismo que se había mostrado exitoso, la persistencia en los mismos errores por parte de Darío. Daría la impresión de que, frente al fracaso en Iso, quizá interpretado por el Gran Rey y sus consejeros como debido al inadecuado escenario en el que se habían visto obligados a luchar, la solución era buscar un campo de batalla idóneo y que lo demás se daría por añadidura. La aplastante derrota persa demostró que esas apreciaciones eran erróneas.

Tras concluir la batalla, de nuevo se separaron los caminos de Darío y Alejandro; este se dirigió hacia el sur mientras que aquel se dirigía hacia el oriente. Seguiremos primero al macedonio y veremos después la actuación de Darío hasta que ambos vuelvan a encontrarse.

Como era de prever, Alejandro, una vez fracasado en su intento de apresar a Darío tras la batalla, tenía que tomar posesión de lo conquistado y, por lo tanto, inició su descenso hacia la ciudad más importante de la zona, Babilonia, la gran capital mesopotámica de la que los griegos habían oído hablar desde hacía siglos. Antes, sin embargo, y como asegura Plutarco (*Alejandro*, 34, 1), fue proclamado (probablemente por el ejército) "rey de Asia" y tomó acto seguido una serie de disposiciones, tendentes sobre todo a agradar a los griegos. En primer lugar, consideró abolidas todas las tiranías de modo tal que todas las ciudades griegas debían gobernarse de acuerdo con sus propias leyes (*autonomia*); en segundo lugar, prometió reconstruir Platea por haber sido el lugar en el que los persas fueron derrotados en el 479. Por último, envió a Crotona, en la Magna Grecia, una parte del botín porque uno de sus ciudadanos, Failo, había aportado su propia trirreme para combatir contra los persas en Salamina. Es interesante destacar cómo, tras esta victoria, que Alejandro juzgó decisiva, toma medidas encaminadas a agradar a todos los griegos, tanto los de Asia Menor como los del continente y como los que vivían en el Mediterráneo central y, en todos los casos, con una clara intención de cancelar los efectos del dominio persa o de compensar a los griegos

por el sufrimiento que los persas habían causado; no obstante, habría que aclarar que la abolición de las tiranías afectó solo a las ciudades de Asia Menor y esa proclamación tenía un claro carácter propagandístico puesto que la tiranía había sido el régimen elegido por los persas para el gobierno de esas ciudades griegas cuando conquistaron el territorio. Por otro lado, la destrucción de Platea había sido provocada años atrás por los tebanos y no tenía nada que ver con las Guerras Médicas, aunque Alejandro debió de pensar que esta era una buena ocasión para reconstruirla; en cuanto a Crotona, parece haber sido la única ciudad griega de Occidente que fue amenazada directamente por los persas, lo que explicaría, entre otras cosas, la participación de Failo en Salamina y, por fin las compensaciones de Alejandro.

El título de rey de Asia parece haber sido una creación propia de Alejandro como medio de alejarse de la tradición aqueménida, aún representada por Darío y, a la vez, dotar de un sentido nuevo al dominio que estaba consolidando. El reino de los persas aqueménidas quedaba cancelado, en opinión de Alejandro, tras Gaugamela y un nuevo reino surgía, representado por él y, aunque hubiera casi desde ese instante elementos que remarcaban la continuidad entre ambos, Alejandro quería resaltar que lo que vendría a continuación sería diferente de lo anterior, por lo que había que llamarlo de algún modo. Como vimos, ya en la correspondencia cruzada entre Alejandro y Darío tras Iso, aquel ya se consideraba rey de Asia por lo que no podía extrañar que este fuese el título que, a partir de ese momento, escogió; parece que ese nuevo título lo hizo visible utilizando a partir de ese momento la diadema, que no era un símbolo persa, puesto que el Gran Rey utilizaba la tiara.

Asumido, pues, su nuevo título y tomadas las medidas mencionadas, Alejandro inicia su descenso hacia Babilonia, una ciudad, que si hacemos caso a Heródoto (I, 191) cuando narra su conquista por Ciro el Grande (539 a.C.), era tan grande que cuando el fundador del Imperio aqueménida estaba ya tomando sus partes más externas, en el centro de la misma, aún no se habían enterado y seguían celebrando fiestas. Sin duda es una exageración pero nos muestra la imagen que los griegos se habían ido haciendo de ese mundo oriental al que hasta entonces habían acudido como simples visitantes y en donde ciudades como Babilonia habían

adquirido un aura legendaria. Ahora tenía Alejandro, como había ocurrido con Egipto, la oportunidad de incorporarla a su dominio y organizar sobre nuevas bases su gobierno. O, al menos, eso es lo que esperaban quienes le habían acompañado desde el Helesponto y le habían seguido en sus victorias.

Al aproximarse a Babilonia le salieron al encuentro sus habitantes, encabezados por sacerdotes y gobernantes, ofreciéndole regalos y haciéndole entrega de la ciudad. Allí se encontraba Maceo, que había desempeñado un papel importante en la campaña previa, custodiando el paso del Éufrates hasta que la llegada del grueso del ejército con Alejandro a la cabeza le obligó a abandonar su posición, dificultando según algunos autores el cruce del Tigris y comandando el ala derecha en Gaugamela que a punto estuvo de derrotar en ese flanco a los macedonios. Fue él quien rindió Babilonia a Alejandro y así lo narra Quinto Curcio:

> "Así pues, cuando se acercaba Alejandro a Babilonia, Maceo, que después de la batalla había tomado refugio en esa ciudad, fue a su encuentro como suplicante con sus hijos adultos y le hizo entrega de la ciudad. Para el rey eso fue un grato acontecimiento: en efecto, el asedio de una ciudad tan bien guarnecida habría sido una empresa enorme. Además, un hombre ilustre, preclaro por su valor y por su fama incluso en el reciente combate, parecería que podría incitar a los demás a la rendición siguiendo su ejemplo. Así pues, le acogió de buen grado junto con sus hijos". (Curcio, V, 1, 17-19)

Poco después, le acabaría nombrando sátrapa de Babilonia, siendo así el primer persa en recibir ese honor de Alejandro, lo que inauguraría una nueva política, como veremos en su momento.

La entrada triunfal en Babilonia es relatada por nuestras fuentes, aunque es Quinto Curcio quien da más detalles, que no tienen por qué ser del todo auténticos sino magnificados y amplificados por los propagandistas de Alejandro y por autores posteriores; sin embargo, algunos textos cuneiformes, elaborados en la propia Babilonia por escribas nativos, dan una imagen parecida e, incluso, parecen resaltar las semejanzas entre la

entrada de Alejandro y la de Ciro, del que había quedado buen recuerdo en Babilonia, frente, por ejemplo, al que habían dejado reyes como Darío I o como Jerjes, que no era positivo. Además, estas fuentes babilonias califican a Alejandro con el viejo título de "rey del Universo" (*shar kishati*) que antes que él se le había aplicado también a Ciro.

El guardián de la ciudadela y del tesoro real, Bagófanes, le haría entrega solemne del mismo y la entrada adoptó la forma de un desfile-procesión a la que se sumaría la población de Babilonia marchando al final de los soldados. Como signo premonitorio de lo que acabaría achacándosele a Alejandro, es decir, su orientalización, se nos dice que permaneció en la ciudad más tiempo que en ningún otro sitio y un autor tan interesado en las consecuencias morales de los actos del rey como Curcio apostilla afirmando que:

> "[...] nada más corrompido que las costumbres de esa ciudad, nada más dispuesto a incitar y a fomentar los deseos más desmedidos". (Curcio, V, 1, 36)

Según este mismo autor, el ejército estuvo durante 34 días disfrutando de orgías sin cuento y la cosa hubiese resultado fatal si hubiese habido un enemigo que batir y si la llegada de refuerzos no hubiese mitigado el penoso estado del ejército.

Más allá de esos detalles, es bastante probable que Alejandro se interesase por la ciencia babilónica, de la que su maestro Aristóteles le habría hablado; el propio sabio le pidió incluso informaciones directas a su pariente y discípulo Calístenes que también habría tenido ocasión de conocer las escuelas matemáticas, geométricas y astronómicas de la ciudad. De estos astrónomos, que también actuaban de astrólogos, ya habían oído hablar los griegos, que los conocían con el nombre algo engañoso de "caldeos" y formaban parte del sacerdocio de los templos babilonios por los que Alejandro mostró interés. Si el rey les pidió o recibió profecías de ellos en este momento no tenemos seguridad, aunque sí estuvieron presentes antes de su segunda llegada a Babilonia en el 323 a.C. avisándole de los peligros que correría si entraba en la ciudad.

En todo caso, no es improbable que se interesase por estos personajes habida cuenta de su curiosidad e interés por todos esos temas teniendo presente también la buena acogida que tuvo en Babilonia y la política de restauración de los templos y santuarios ancestrales que proclamó en ella y de la que parece haber quedado algún testimonio en documentos cuneiformes. Del mismo modo, buena parte de las teorías sobre el dominio del mundo por parte de un rey poderoso habían sido elaboradas en Mesopotamia y en Babilonia desde hacía milenios y a ellas habían recurrido todos los imperios universales que habían surgido en el Próximo Oriente, incluyendo, en el último término, a los propios persas. En este ambiente Alejandro pudo encontrar apoyo a sus propias pretensiones de dominio universal que poco a poco había ido elaborando pero que, apoyadas por el clero babilonio, depositario de tradiciones milenarias, podrían recibir un respaldo aún más eficaz, de cara sobre todo a los que, en los territorios asiáticos, estaban empezando a convertirse en súbditos suyos.

Es difícil saber con certeza cómo impactó Babilonia en Alejandro pero no podemos perder de vista que, no sabemos si ahora o más adelante, decidió convertirla en la nueva capital de su imperio no solo consciente de la resonancia que su nombre tenía en el mundo griego sino también en todo el Próximo Oriente que, a través de los diferentes imperios que se habían sucedido en su control, seguía bebiendo de las ideas del poder universal y absoluto que se habían ido generando en la ciudad mesopotámica. Babilonia significó, además, el primer contacto de Alejandro con lo que suponía la compleja realidad del Asia Anterior, puesto que hasta entonces solo había visitado y conquistado centros menores, naturalmente si se exceptúa Egipto que, en todo caso, representaba una realidad diferente. En Babilonia, Alejandro pudo ver, por primera vez, qué representaba ese mundo oriental al que se había enfrentado con gran éxito; su propia conquista pacífica no podía sino reafirmarle al rey en cómo hasta ese momento su empresa se había visto coronada por el éxito. Nunca hasta entonces Babilonia había estado dominada por un rey griego o macedonio pero ahora, esa casi legendaria capital, mitificada por la tradición helénica anterior, empezaba a revelar sus secretos a sus nuevos dueños, los griegos. Por otro lado, y a juzgar por la documentación cuneiforme nativa, la aceptación de Alejandro, que se había comprometido a respetar

a Marduk y a restaurar los templos, fue positiva durante todo su reinado. Pero, a pesar de esa influencia y esa atracción, en estos momentos Alejandro tenía tareas más urgentes puesto que aún vivía Darío y buena parte del sistema administrativo persa, al este de Babilonia, seguía activo y funcionando. De ahí la urgencia en hacerse con el control de las otras capitales imperiales.

Durante su estancia en Babilonia, la disponibilidad del tesoro real le permitió a Alejandro recompensar de forma adecuada a sus soldados con importantes sumas de dinero, lo que sin duda agradecieron y tomó también medidas para favorecer a sus hombres, incluyendo nuevos ascensos a los más meritorios; del mismo modo estableció nuevos procedimientos para agilizar la transmisión de órdenes y los movimientos de tropas. Una vez organizada la administración de los nuevos territorios, reinició su marcha hacia el Este, en esta ocasión en dirección a Susa.

Aunque Babilonia era una ciudad importantísima dentro del esquema imperial aqueménida, no dejaba de ser una ciudad conquistada por los persas y en la que, además, estos habían hecho sentir su autoridad destruyendo templos de las divinidades locales que Alejandro, cuando la conquistó, ordenó restaurar. Susa, sin embargo, era distinta porque era una de las auténticas capitales del imperio, elegida como tal por Darío I hacia el 521 a.C., el cual había intervenido también en su diseño. Esta ciudad, la antigua capital del Elam, estaba situada en una posición mucho más central en el conjunto del imperio. La ciudad hacia la que se dirigía Alejandro era también de tamaño enorme y había sido allí donde el Gran Rey solía recibir a los enviados extranjeros, entre ellos a los griegos, que habían desarrollado la expresión "subir a Susa" para aludir a comparecer ante el Gran Rey; se hallaba al final del gran camino real que se iniciaba en Sardis y que tardaba en recorrerse tres meses.

La parte más relevante de Susa era la llamada Ciudad Real, que ocupaba una plataforma elevada de 100 ha y que contenía el palacio o apadana, de 15 ha, la "villa real" o zona residencial de unas 50 ha y una fortaleza o acrópolis. Se ha calculado que la población que allí residía podría haber alcanzado los 100.000 habitantes, de los que 20 o 30.000 lo habrían hecho en la Ciudad Real, cifras en todo caso pequeñas teniendo en cuenta la gran extensión que ocupaba la ciudad. Buena parte de la población

seguiría siendo seminómada y sus viviendas no han dejado demasiadas huellas. Da la impresión de que solo cuando el rey estaba allí había auténtica actividad en la ciudad.

Nada más acabar la batalla de Gaugamela, Alejandro había enviado un contingente para asegurarse el control de Susa y, sobre todo, su tesoro. Al llegar, pues, a la ciudad pudo hacerse con el mismo, valorado en 50.000 talentos, lo que equivale a cerca de 1.300.000 kg de plata; igualmente, se encontró 9.000 talentos acuñados en los famosos dáricos de oro. Buena parte de este metal, así como el que requisaría más adelante en Persépolis, sería puesto en circulación en forma de moneda, lo que tendría enormes repercusiones en toda la economía del Egeo y de Asia, al dar salida a estas ingentes cantidades de riqueza que llevaban siglos inmovilizadas en los tesoros reales. Allí encontró también numerosos objetos que los persas habían obtenido como botín de sus campañas contra los griegos; de entre ellos, nuestras fuentes destacan sobre todo el grupo escultórico en bronce que los atenienses dedicaron a Harmodio y Aristogitón, los tiranicidas, y que era obra del escultor Anténor. Había sido tomado por Jerjes como botín de guerra tras conquistar Atenas en el 480 a.C. y Alejandro les devolvió el monumento a los atenienses, por lo que el mismo todavía se encontraba en Atenas en siglo II d.C., cuando lo vio allí Arriano.

En Susa, Alejandro se sentó en el trono de Darío y varios autores narran una anécdota según la cual, como era demasiado alto para su tamaño, a alguien se le ocurrió poner bajo sus pies la mesa en la que solía comer Darío. Tras el llanto de un eunuco, entristecido por el hecho y un primer amago de Alejandro de retirar esa mesa, al final aceptó el consejo de Filotas de mantenerla en esa posición como presagio del cambio de situación. Haya ocurrido o no el hecho de este modo, lo que interesa retener es que, como vencedor de Darío, aun cuando este aun siguiese vivo e intentando preparar una contraofensiva desde las satrapías superiores, Alejandro se había convertido en dueño no solo de sus propiedades sino de su trono y eso se ejemplificaba de forma espectacular en Susa, una de las capitales reales establecida ya por Darío I en la que, como habíamos visto, los reyes persas solían recibir a los embajadores extranjeros, en especial a los griegos. No cabe duda de que el que un griego, el rey de Macedonia, el general en jefe de la Liga de Corinto, ocupase ese trono

y pusiese sus pies sobre la mesa de Darío tenía un profundo simbolismo que, a priori, no podía sino satisfacer a los griegos. Eso, unido a la devolución de los objetos de botín conservados y exhibidos en Susa, era una manera de demostrar que estaba cumpliendo la venganza que había justificado la guerra.

En Susa instaló a los prisioneros reales –a la madre de Darío, Sisigambis, y a sus hijos– y les puso profesores para que les enseñasen la lengua griega; la esposa había muerto poco antes de la batalla de Gaugamela. Instaló una guarnición en la ciudad y nombró a varios hombres de confianza en los puestos claves, pero mantuvo en el cargo de sátrapa del territorio a Abulites, que fue quien le rindió Susa.

En todo caso, Alejandro no podía perder demasiado tiempo en Susa porque su objetivo ahora era, sobre todo, Persépolis donde todavía quedaban fuerzas leales al rey Darío y donde sus tesoros superaban, según se creía, incluso a los que había capturado en Susa. Además, eso suponía entrar en Persia, en el corazón del imperio, cuyo dominio sería básico para concluir la guerra. Del mismo modo, las riquezas acumuladas en Persépolis podían contribuir al esfuerzo de guerra persa y, por lo tanto, era vital hacerse con ellas antes de que el sátrapa Ariobarzanes pudiese transportarlas a otros lugares. Estaba finalizando el año 331 y en esas zonas de Irán el invierno es particularmente crudo pero Alejandro consideró que no podía esperar a la primavera para ocupar ese territorio.

La ruta entre Susa y Persépolis atravesaba por el territorio de los uxios, un pueblo montañés que habitaba en los Montes Zagros, en parte bajo la autoridad del Gran Rey pero en parte –en especial las gentes que ocupaban las zonas altas– independiente. Además, solían cobrar peajes a quienes quisieran atravesar sus territorios y los pasos de montaña y no iban a hacer una excepción con Alejandro. Según parece, los uxios que habitaban la llanura aceptaron la autoridad de Alejandro, quizá tras alguna escaramuza y exhibición de fuerza. Sin embargo, los que ocupaban las tierras altas no estaban dispuestos a renunciar al cobro de sus peajes, al que también se hallaba sometido el Gran Rey. Alejandro decidió emplear la fuerza y forzar el paso. Destacó una parte del ejército bajo su propio mando y realizó una maniobra envolvente que le permitió atacar por sorpresa y destruir las aldeas enemigas; mientras Crátero fue enviado a las

partes altas de las montañas, él atacó a los uxios que quedaron así cogidos entre dos fuegos. Si no fueron exterminados es porque, según se decía, la propia Sisigambis intercedió por ellos. Alejandro les sometió a un tributo pagadero en caballos, animales de transporte y reses de ganado.

Esta acción resulta interesante porque muestra en qué pudieron consistir los cambios en el ejército que había ido diseñando durante su estancia en Susa; en ella jugaron un papel relevante, además de su escolta personal, los hipaspistas que, como veíamos más atrás, eran unas tropas muy versátiles, dispuestas a realizar misiones especiales y, por lo tanto, con un equipamiento específico en cada caso. En esta ocasión se hizo hincapié sobre todo en su movilidad y agilidad, puesto que tuvieron que desempeñar varios cometidos sucesivos: ascender la montaña, atacar y destruir las aledas uxias y, por fin, y a la carrera, como dicen nuestras fuentes, atacar al enemigo que custodiaba los pasos. Y todo ello, entre los meses de diciembre y enero. Es posible que la campaña contra los uxios pudiese haber servido también como entrenamiento para afrontar el paso de las "Puertas Persas", que se oponían a su avance hacia Persépolis.

Tras rebasar el territorio de los uxios, Alejandro procedió a dividir sus tropas. Por un lado, Parmenión iba a seguir una ruta más fácil, el camino real, apto para transportar el bagaje del ejército en carros, acompañado por parte del ejército; mientras él iba a seguir la ruta más directa, a través de las montañas, pero que tenía un punto en el que los enemigos podían establecer un importante dispositivo de defensa: las Puertas Persas, *Darvazeh-ye Fars*, cerca de la actual ciudad de Yasuj. Allí Ariobarzanes había reunido entre 25.000 y 40.000 infantes y entre 300 y 700 jinetes y habían construido un muro para impedir el paso de Alejandro. Primero intentó un ataque frontal, que resultó infructuoso, y que le ocasionó numerosas bajas y, sobre todo, la imposibilidad de recuperar los cadáveres de sus soldados. Después, e interrogando a los prisioneros, le informaron de que había senderos que le podían permitir rodear la posición persa y atacarles por la espalda, aunque eran casi impracticables, y menos en esos momentos de enero del 330. No obstante, Alejandro emprendió la marcha consiguiendo ascender hasta la cima de las montañas; tras dividir sus fuerzas, les hizo seguir los distintos caminos hasta llegar a las posiciones ocupadas por los persas, que se vieron sorprendidos por diversos

sitios, apoyados además por el grueso del ejército, que aprovechó para atacar frontalmente, resultando los persas derrotados. Algunos historiadores modernos sugieren que esta maniobra recuerda a la que los persas llevaron a cabo en las Termópilas en el 480 a.C. para rodear a Leónidas y a su ejército y es probable que los autores antiguos hayan favorecido esta idea mediante su relato en una tendencia, que ya hemos observado y que seguiremos viendo en otros casos, de presentar determinados hechos de la campaña de Alejandro de modo tal que a sus lectores les surjan enseguida paralelismos con las Guerras Médicas. Tras la victoria de Alejandro, Ariobarzanes consiguió huir y descender hasta la llanura con la intención de refugiarse en Persépolis, pero se encontró allí las puertas cerradas por orden de Tiridates, el guardián de los tesoros reales, el cual, por otro lado, habría hecho saber a Alejandro por carta que si se apresuraba antes de que los partidarios de Darío se llevasen los tesoros, él mismo le haría entrega de ellos.

En consecuencia, Alejandro apresuró la marcha encabezando a la caballería, mientras que el resto del ejército le seguiría a su paso. Tuvo que construir un puente para cruzar el río Araxes pero consiguió llegar a Persépolis y ocuparla; era mediados de enero del 330 a.C.

Parsa, llamada por los griegos Persépolis, "la ciudad de los persas», iba a ser, a diferencia de Babilonia y Susa, en la propaganda de Alejandro, el principal centro enemigo, lo que justificaría su tratamiento. "La ciudad más hostil de Asia" (Diodoro, XVII, 70, 1), "ninguna otra ciudad había sido más nefasta para los griegos que la antigua capital de los reyes de Persia: de ahí habían partido inmensos ejércitos, de ahí primero Darío y luego Jerjes llevaron a Europa una guerra impía" (Curcio, V, 6, 1). A eso se le añade un dato, que encontramos en algunos autores, aunque no en otros, según el cual, cuando Alejandro se aproximaba a la capital persa le salieron al encuentro numerosos griegos (entre 800 y 4.000), con graves mutilaciones, que habían sufrido esos castigos por parte de reyes anteriores y que, ya mayores, languidecían en tierras persas (Diodoro, XVII, 69, 3-9; Curcio, V, 5, 5-24). Frente a los ofrecimientos de Alejandro de devolverlos a Grecia, decidieron permanecer allí y el rey les recompensó con largueza para hacerles la vida más fácil. Muchos autores modernos rechazan este episodio como inventado y lo justifican tan solo como formando parte

de los pretextos para explicar el comportamiento de Alejandro con respecto a Persépolis. Por supuesto, no disponemos de otros datos directos pero es bien cierto que los reyes persas tenían la costumbre de deportar a territorios muy alejados de los suyos a los enemigos a los que derrotaban y no son pocos los casos que las fuentes recogen de tal comportamiento y de grupos enteros traslados a lugares diversos. La historia de estos griegos serviría, aun más, para justificar las acciones de Alejandro, pero ello no quiere decir que tenga por qué haber sido, por fuerza, una invención.

Sí que es cierto que Alejandro y su círculo fueron acumulando razones para justificar el comportamiento ante Persépolis, que se había entregado sin lucha y que, por lo tanto, no merecía la suerte que recibió, por lo que había que recurrir al pasado, a la tradición de agravios persas hacia Grecia y, en último término, a episodios con cierta truculencia como el que hemos mencionado.

Persépolis había sido una fundación del rey Darío I hacia el año 515 a.C. y allí, al pie de una montaña sagrada dedicada a Mitra, el Gran Rey inició la construcción, en una inmensa plataforma que ocupaba una superficie algo superior a las 12 ha, de sus palacios ceremoniales, barrios residenciales, el tesoro y fortificaciones. En su construcción, como en la de otros palacios como Susa o Pasargada, habían intervenido artesanos especializados griegos, que en buena parte eran entonces súbditos del Gran Rey. Reyes posteriores contribuyeron a aumentar la magnificencia del conjunto. Al sur y al norte de la gran plataforma se hallaban las residencias de los nobles y en la llanura la ciudad propiamente dicha.

Del área palacial destacaba, como lo sigue haciendo hoy día, la apadana o gran sala de audiencias, con una altura de 22 m, a la que se accedía por dos escalinatas cuyas paredes estaban decoradas con relieves que representaban soldados, dignatarios de diverso tipo, así como delegaciones de todo el imperio portando ofrendas para hacerle entrega de las mismas al Gran Rey; ello mostraba el carácter central de Persépolis, vinculado a la idea de legitimidad sobre el universo que reclamaba para sí su constructor, Darío I, como algo otorgado por Ahura-Mazda. Además, los edificios palaciales de Darío y de Jerjes y otras estancias (el harén, el tesoro) completan este monumento que sigue siendo hoy día uno de los lugares arqueológicos más impresionantes de Irán. Además de las numerosas

inscripciones halladas en diversos lugares del palacio, parte de los archivos también han sido encontrados, en total más de 30.000 tablillas escritas en elamita que, aunque no han sido publicadas por completo, aportan numerosas informaciones sobre la administración del imperio entre los reinados de Darío I y Artajerjes I. Se le conoce como "Archivo de la Fortificación de Persépolis".

Plutarco (*Alejandro*, 37, 7) describe el momento en el que Alejandro se sienta en el trono del Gran Rey:

> "Se dice que cuando se sentó por primera vez en el trono real situado bajo la bóveda dorada que era como una imagen del cielo, el corintio Demarato, que era un hombre que le apreciaba y que había sido amigo de su padre, llorando como hacen los ancianos, le dijo: «de qué gran alegría se ven privados los griegos que han muerto antes de ver a Alejandro sentarse en el trono de Darío»".

Esta escena era, sin duda, la culminación simbólica de la guerra; la capital de Darío y de Jerjes, conquistada por el rey de Macedonia y los griegos. Un rey griego sentado sobre el trono de los aqueménidas. Pero todavía faltaba algo para acabar de cerrar el círculo y restaurar el equilibrio, una idea que en muchas ocasiones marca los comportamientos de los griegos y que encontramos ya expresada desde los Poemas Homéricos. Había que acabar de cumplir la venganza para, según la visión griega, dar por finalizado un conflicto que se había iniciado más de 180 años antes, cuando el propio Darío había puesto el pie en Europa.

Todos los autores antiguos son unánimes cuando aseguran que el resultado de la conquista de Persépolis fue su saqueo y su destrucción por el fuego. Algunos, como Arriano, son sumamente escuetos; este autor dice solo que Alejandro prendió fuego a las residencias reales persas a pesar de que Parmenión le aconsejaba no hacerlo, ante lo que el rey le contestó que:

> "[...] él quería tomar venganza sobre los persas que se habían alzado contra Grecia y que habían arrasado Atenas, habían pegado fuego a los santuarios y habían causado tan grandes males a los

> griegos y que quería hacer justicia frente a todo ello". (*Anábasis*, III, 18, 11-12)

Arriano, expresando un juicio particular, desaprueba la iniciativa.

Diodoro asegura que los macedonios se dedicaron a saquear la ciudad, con excepción del palacio real, dando muerte a quienes se encontraban a su paso, esclavizando a las mujeres y peleándose entre ellos mismos por el botín (Diodoro, XVII, 70). Alejandro, por su parte, ocupó el palacio y se hizo con los tesoros reales que fueron calculados en un valor de 120.000 talentos de plata, buena parte de los cuales fueron transportados a Susa porque no quería dejar nada en Persépolis (Diodoro, XVII, 71, 1-3). Sin embargo, de la destrucción de los palacios no culpa este autor directamente a Alejandro sino a una cortesana ateniense, Tais, que en medio de una fiesta cuyos participantes estaban ya borrachos, tomó una antorcha y empezó a incitar a la multitud embriagada para que vengaran con fuego la destrucción de los templos griegos. El propio rey se puso al frente de la comitiva y, como si estuviesen en el cortejo de Dioniso, lanzaron sus antorchas contra los palacios, primero Alejandro, luego Tais y después todos los demás; así, la venganza sobre los persas habría sido aún más humillante al haberla ejecutado una mujer ateniense (Diodoro, XVII, 72). En el relato de Curcio (V, 6, 1), es el propio Alejandro el que decide destruir la ciudad como acto de venganza, aunque también el instrumento es Tais (V, 7, 2-7), así como en el de Plutarco (*Alejandro*, 38), aunque este autor asegura que pronto se arrepintió del incendio y ordenó que fuera apagado. La tal Tais se acabaría casando con Tolomeo, el futuro rey de Egipto.

Este acto de Alejandro es uno de los que más controversia han suscitado, ya en parte entre los tratadistas antiguos y, mucho más aún, entre los modernos. Para los que consideran a Alejandro un personaje perverso y abyecto, la destrucción de Persépolis, como la de Tebas, sería la prueba perfecta que confirmaría su opinión: un acto deliberado de crueldad y violencia sobre una población que, además, se le había entregado de forma pacífica. Por otro lado, para quienes ven en Alejandro a un personaje dominado por la bebida y por el amplio círculo que compartía sus fiestas, el episodio del incendio, movido por una cortesana, sirve bien a esta imagen: un rey envilecido por el alcohol dispuesto a cometer cualquier

acto de locura bajo los efectos del vino. Estos encuentran también un paralelo, aunque de distinta naturaleza, en la muerte de Clito, también durante una fiesta.

Queda otra opción, sin embargo. Considerar que fue un acto premeditado pero con un claro objetivo político, que puede haber sido doble. Por una parte, no deberíamos rechazar la posibilidad de que Alejandro quisiese hacer visible que estaba cumpliendo la venganza que había sido el pretexto de la guerra; los griegos, pero también los macedonios que tiempo atrás habían sido súbditos de los persas no lo habrían visto con malos ojos por más que los moralistas considerasen ese comportamiento inadecuado, como vemos que hacen, siglos después, Arriano o Plutarco, este último apresurándose a señalar el arrepentimiento del rey. Pero también podía ser un símbolo de que el Imperio aqueménida había finalizado; más que cualquier otra capital (Babilonia, Susa, Ecbatana), Persépolis significaba el poder persa, la capital inalcanzable y prácticamente desconocida para los griegos (a diferencia de Susa), la ciudad situada en el corazón de Persia, el país del que procedía la familia reinante y la nobleza que la apoyaba, junto a la que se encontraban las tumbas de la mayor parte de la dinastía aqueménida. Destruirla era acabar con uno de los símbolos más visibles del Imperio persa y privarle a Darío, que todavía seguía activo preparando un nuevo ejército, de su capital y del simbolismo político y, sobre todo religioso, que la misma tenía para los persas, al ser el centro del culto a Ahura-Mazda, la divinidad tutelar del imperio y del Gran Rey y el lugar donde se celebraba el Festival del Año Nuevo que garantizaba su confirmación anual como cabeza del imperio. Destruyendo Persépolis acababa con un símbolo poderoso de la ideología real aqueménida que, además, se hallaba muy vinculada a Jerjes, aunque no había sido él quien había iniciado su construcción, sino su padre Darío I. Se da, además, la circunstancia de que las estancias más afectadas por el fuego, tal y como revela la arqueología (puesto que no todo el palacio estuvo sometido a él con la misma intensidad) son las vinculadas de modo más directo con Jerjes, cuyas inscripciones podían leerse en ellas como cualquiera que supiera antiguo persa o acadio podía desvelarle a Alejandro. Menos probables resultan otras teorías que sugieren que el fuego se ocasionó para evitar que el palacio fuese usado por los enemigos de Alejandro, aún activos,

como sede de un poder rival a él, cuando el rey tenía que encargarse de la persecución de Darío III, algo que podría haberse aplicado a cualquiera de los otros palacios.

Persépolis tenía un profundo significado para los griegos que no hay por qué disimular y, por eso, Alejandro escenificó allí el acto final de su venganza contra el Imperio aqueménida, que había sido la causa teórica de la guerra. Pero, al tiempo, y empezando por Maceo, su política de acercamiento a las élites persas le había llevado a colocar a miembros de las mismas en puestos de relevancia dentro de la estructura de poder que estaba creando; eso mostraría que su lucha no era contra los persas sino contra los símbolos del imperio que había atacado a Grecia. Otra cosa distinta es que los persas apreciaran esa distinción y, por lo que sabemos, no lo hicieron, puesto que en las tradiciones iranias posteriores (de época sasánida y base zoroástrica) Alejandro aparece como un mal espíritu, que mata al rey legítimo y destruye el país.

Las excavaciones arqueológicas realizadas en Persépolis han encontrado huellas del saqueo al que fue sometido el palacio y del incendio que acabó con él que, en algunas zonas debió de ser gran intensidad. Parece que, cuando fue incendiado, el palacio había sido despojado de todos los objetos valiosos aunque, sin embargo, se encontraron todavía restos de oro que habían recubierto objetos dispersos por el suelo de algunas estancias, lo que sugeriría que el saqueo se había realizado con rapidez, sin mucho cuidado y con violencia. Parece incluso que en los patios se había ido acumulando el botín antes de repartirlo y en ellos aparecieron todavía bastantes elementos metálicos, incluyendo oro y plata, que debieron de pasar desapercibidos a los saqueadores. También aparecieron objetos de piedra, cristal, ónice, lapislázuli, amatista, ágata, ámbar, etc., todo ello de gran valor, pero que no fue recogido indicando la prisa que se habían dado los que habían llevado a cabo el saqueo. Esos restos se encontraron debajo de un grueso nivel sellado por los tejados y los adobes caídos, lo que impidió que los objetos dejados atrás fuesen recuperados. Estos datos podrían sugerir que, tras haber puesto a salvo el tesoro, Alejandro habría permitido a sus soldados saquear el palacio durante un día, al término del cual prendería fuego al mismo para hacer patente su venganza. Es más dudoso el relato del saqueo y destrucción de la ciudad porque el ejército

permaneció en la misma durante cuatro meses, lo que sería incompatible con su destrucción en el momento de su conquista.

Tras pasar cuatro meses en Persépolis organizando el envío del tesoro a Susa, reorganizando el territorio, y llevando a cabo alguna breve campaña en Persia y contra los mardos, Alejandro reinició la marcha, en esta ocasión hacia el norte, hacia Ecbatana (actual Hamadan), donde se le había informado de que se hallaba Darío. En efecto, Darío había acabado refugiándose en la antigua capital de Media, conquistada por Ciro el Grande en 550 a.C., a la espera de reunir un nuevo ejército con tropas reclutadas entre los cadusios y los escitas. Aquí estaba la capital de verano de los reyes persas y había también un tesoro, del que sin duda estaba haciendo uso Darío III para proseguir la guerra.

Alejandro inició, pues, su marcha hacia mediados de abril del 330 pero al aproximarse a Ecbatana, Darío que parece que no había conseguido reunir el ejército que pretendía volvió a darse a la fuga llevándose consigo el tesoro y acompañado tan solo de 3.000 jinetes y entre 6.000 y 30.000 infantes, entre ellos 4.000 mercenarios griegos; se dirigirían hacia Bactria, que aún no se había visto afectada por la guerra. Al llegar allí, y antes de reiniciar la persecución de Darío, Alejandro toma dos decisiones de peso: por una parte, da órdenes de trasladar todo el tesoro, que hasta entonces se había custodiado en Susa, hasta Ecbatana, poniéndolo al cuidado de Harpalo y un contingente de 6.000 macedonios. Por otro lado, licencia a la caballería tesalia y al resto de los aliados griegos, aunque les ofrece seguir a su servicio pero como mercenarios. Según parece, muchos aceptaron y los que no lo hicieron fueron llevados hasta la costa para embarcarse con destino a sus ciudades después de haber recibido toda la soldada convenida y un regalo personal del propio Alejandro evaluado en 2.000 talentos. Esta acción confirmaría lo que habíamos apuntado a propósito del incendio del palacio de Persépolis. Con su destrucción, Grecia estaba vengada y los objetivos de la Liga de Corinto cumplidos, por lo que los soldados aportados por la alianza ya no eran necesarios. A partir de ahí, era ya Alejandro, rey de Macedonia y de Asia el que debía encontrar y derrotar a Darío. No obstante, eso no quiere decir que disminuya en Alejandro el afán panhelénico sino que, por el contrario, ese ideal lo va a asumir él en persona exonerando a los griegos del coste económico del

mismo puesto que, merced a los tesoros persas, él va a pagar, a partir de ahora, a los soldados que necesite para cumplir ese objetivo con su propio dinero que no es otro que el que ha conseguido mediante la requisa de los tesoros custodiados en los palacios persas.

Hay, sin embargo, alguna contradicción en nuestras fuentes, puesto que Arriano (*Anábasis*, III, 19, 5-6) sitúa este licenciamiento antes de la muerte de Darío mientras que otros autores lo ubican tras la misma y señalan, además, la inquietud entre los propios macedonios para quienes la muerte de Darío significaba el final de la guerra. Alejandro, por una parte, reunió a los macedonios y les convenció para proseguir la guerra y, por otra, procedió al licenciamiento de los griegos, pagándoles sus soldadas y añadiéndoles importantes cantidades de dinero y acogiendo a quienes quisieron continuar, recompensándolos también adecuadamente; muchos continuaron porque las ganancias que cada uno había conseguido por su cuenta como consecuencia de los saqueos eran enormes (Diodoro, XVII, 74, 3-5). Es difícil de explicar esta contradicción no tanto en los detalles de las cantidades entregadas por Alejandro sino en la ocasión y el lugar (antes o después de la muerte de Darío, en Ecbatana o cerca de Hecatómpilo). El relato de Curcio (VI, 2, 15-21) quizá aclare algo las cosas porque este autor sitúa la intranquilidad entre los macedonios una vez que estos supieron que se había licenciado a los aliados griegos, lo que les convenció de que ellos también iban a regresar a Macedonia. Tuvo que intervenir personalmente el rey para convencerles de que le siguieran.

En todo caso, el episodio de Ecbatana-Hecatómpilo muestra que la mayoría del ejército, griegos y macedonios, consideraban que la guerra, que ya se había prolongado mucho más allá de donde hubiera sido razonable detenerla, acababa con la muerte de Darío. En torno a esos momentos (o algo antes o algo después) Alejandro inició el licenciamiento de los aliados, pensando, como así ocurrió, que muchos se reengancharían atraídos por la paga y por el botín que habían acumulado; en cuanto a los macedonios, como rey suyo que era, esperaría que le siguieran aunque ellos parecen haber estado inquietos viendo que sus compañeros de ejército podían marcharse pero ellos no. Aunque no se puede hablar de un motín todavía, el que el rey tuviera que intervenir en persona y explicar sus motivos indica que no todos tenían tan clara como él la necesidad

de permanecer en Asia. De momento, parece que triunfó la disciplina y el indudable cariño que los macedonios tenían a su rey, que además les había colmado de riquezas. Pero no sería la última vez que el ejército se pronunciaría y, en su momento, Alejandro tendría que ceder.

La marcha de Darío III hacia Bactria, no se desarrolló como el Gran Rey había previsto. Beso, el sátrapa de Bactria y Nabarzanes, uno de sus generales, planearon la deposición del rey para entregárselo a Alejandro. En esos momentos, parece que el principal apoyo con el que contaba Darío III era el de los mercenarios griegos aunque, según relatan nuestras fuentes, el rey prefirió confiar en la lealtad de los persas antes que presentarse protegido por las tropas extranjeras. De camino hacia Bactria los conjurados arrestaron a Darío. Las fuentes insisten, no sin cierto dramatismo, en que cuando Alejandro fue conociendo noticias del complot de boca de desertores que no estaban de acuerdo con el comportamiento de los traidores, apresuró su marcha acompañado tan solo por una parte de la caballería a fin de recorrer más distancia en menos tiempo. Cuando Alejandro alcanzó a los que huían, los conjurados instaron a Darío a abandonar el carromato en el que era transportado para tomar un caballo pero, ante la negativa del rey, le dieron muerte y se dieron a la fuga. El resto del ejército se dispersó sin apenas ofrecer resistencia. Cuando Alejandro llegó hasta Darío este ya habría muerto aunque algunos autores aseguraban que todavía estaba vivo y le habría dicho unas palabras antes de morir en las que le pediría que vengara su muerte. Alejandro habría cubierto el cadáver con su propio manto y habría ordenado su traslado a Persépolis para que fuese enterrado en la necrópolis real. El suceso se produjo cerca de Hecatómpilo a mediados de julio del año 330. La dinastía aqueménida había concluido y ahora Alejandro se iba a convertir en el vengador de Darío.

Capítulo séptimo
Alejandro, rey de Asia y el inicio de la orientalización

Beso, emparentado con el rey y quizá con los mismos o más títulos que él para haber accedido al trono, no tardó demasiado en ser proclamado rey, asumiendo el nombre de Artajerjes V. Parecía, pues, que la dinastía aqueménida aún no había finalizado o, al menos, así lo pensaban sus partidarios, que todavía controlaban la parte más oriental del imperio. Ni que decir tiene que para Alejandro esta proclamación no dejaba de plantear problemas porque la muerte de Darío, por la que el macedonio expresó públicamente su pesar, le había allanado el camino para su consideración como heredero, más o menos legítimo, de su trono. El que otro miembro de la casa real aqueménida se proclamase rey no podía sino prolongar la guerra, a pesar de que Alejandro le considerase un usurpador.

En consecuencia, Alejandro tomó el camino hacia Bactriana, hacia donde se dirigía Beso no sin antes haber dividido sus tropas en tres grupos para ir sometiendo a los pueblos que se hallaban en torno a la ruta. Él tomaría la ruta más directa y más difícil a través de Partia, mientras que Erigio iría por el camino más apto para el bagaje y Crátero se desviaría hacia Hircania para controlar a los tapurios y los territorios que bordeaban el mar Caspio. En su camino, Alejandro iba recibiendo desertores que iban abandonando a Beso, entre ellos Nabarzanes, el otro instigador de la conjura contra Darío. Las tres columnas acabaron confluyendo en Zadracarta, la capital de la satrapía de Hircania, donde Alejandro reasignó cargos, manteniendo en sus puestos a varios de los sátrapas nombrados por Darío. Allí recibió también una delegación de los mercenarios griegos, que eran todavía unos 1.500, para acordar los términos de la rendición a Alejandro. Tras llevar a cabo una campaña contra los mardos que vivían en la parte oriental de Hircania, recibió a los mercenarios griegos que se habían rendido. Arrestó a los embajadores espartanos, liberó a todos los que se habían alistado antes de la creación de la Liga de Corinto y al resto

los enroló en sus tropas con la misma paga que habían recibido hasta entonces.

Con las deserciones de los nobles persas del bando de Beso y la neutralización de los mercenarios, que habían sido leales a Darío III hasta el final y que constituían un contingente bien organizado, poco a poco se iba desmontando el entramado político y militar aqueménida en estos territorios fronterizos del imperio. En Aria recibió la rendición del sátrapa Satibarzanes, a quien mantuvo en su puesto, aunque nada más abandonar Alejandro el territorio para dirigirse a Bactria, dio muerte a las tropas macedonias que se le habían asignado y se sublevó con la intención de pasarse a Beso al enterarse de que este había asumido el título real. Alejandro tuvo que regresar y dirigirse a Artacoana, la capital de Aria, de donde consiguió huir el sátrapa. Alejandro nombró sátrapa a otro persa, Arsaces, como muestra de que, a pesar de que su confianza se viese burlada en algunos casos, seguía creyendo en la validez de ese sistema de colaboración con las élites persas que había empezado a diseñar en Babilonia con el nombramiento de Maceo.

El relato de Arriano, más austero por lo general que el de otros autores, no introduce demasiadas informaciones sobre la estancia de Alejandro en estas regiones de Hircania y Drangiana antes del apresamiento y condena de Filotas. Sin embargo, otros escritores aluden, antes de este último episodio, a algunos datos de interés que, sin embargo, la historiografía moderna valora de distinto modo. Así, por ejemplo, el robo de Bucéfalo por los mardos, seguido de una brutal reacción por parte de Alejandro, talando los bosques y amenazando con aniquilar a toda la población si no se le devolvía; los mardos, aterrorizados, se lo devolvieron junto con abundantes regalos. De todas ellas, la más desconcertante es la relativa a la reina de las Amazonas que habría visitado a Alejandro en Hircania con el objetivo de tener un hijo suyo. Pasaría trece días con él y luego regresaría a su lugar de origen. Es difícil saber si estamos ante un relato por completo legendario u obedece a contactos que pudiera mantener el rey en esos territorios y hubo autores que lo dieron por bueno, mientras que otros no. Plutarco (*Alejandro*, 46) da la lista de los que aceptan esta aventura y de los que no. Entre los primeros, menciona a Clitarco, Policlito, Onesícrito, Antígenes e Istro. Entre los segundos, Aristobulo, Cares, Hecateo

de Eretria, Tolomeo, Anticlides, Filón de Tebas, Filipo de Teángela, Filipo de Calcis y Duris de Samos. Menciona, sin embargo, Plutarco que en una carta dirigida a Antípatro, Alejandro habría reconocido que el rey escita le habría entregado en matrimonio a su hija. Si este suceso pudo haber sido narrado por parte de los autores que lo recogen añadiéndole algo más de colorido y convirtiendo a una princesa escita o sármata en una reina amazona es algo que no podemos asegurar pero, en todo caso, muestra cómo ya entre parte de los autores que escribieron en los primeros años sobre Alejandro su figura se estaba mitificando.

De mayor relevancia, porque acabará afectando a las relaciones de Alejandro con los macedonios es el inicio de lo que podríamos llamar "orientalización". Lo resume muy bien Diodoro cuando dice que:

> "[...] después de todo ello, pensando que ya había logrado su objetivo y que la realeza ya no le era disputada, empezó a imitar el lujo persa y las extravagancias de los reyes de Asia". (Diodoro, XVII, 77, 4)

Curcio (VI, 6, 1), mucho más moralista no duda en asegurar que:

> "[...] dio rienda públicamente a todas sus pasiones, y la continencia y moderación, bienes sobresalientes en la más elevada fortuna de cada cual, se convirtió en soberbia e impudicia".

Ello se tradujo en toda una serie de cambios, tales como rodearse de lacayos asiáticos, colocar en su círculo directo a persas distinguidos –como Oxatres, hermano de Darío– llevar la diadema y parte de la vestimenta persa, hacer vestir a sus compañeros con ropas persas teñidas de púrpura y ensillar los caballos con arneses persas. Para los griegos y, más aun para los macedonios, todo ello debía de resultar sorprendente teniendo en cuenta el desprecio que encontramos habitualmente en los autores griegos por esos signos que ellos consideraban blandos y afeminados. Del mismo modo, se le atribuye también la costumbre persa de tener un harén con tantas mujeres como días tiene el año para que el rey seleccionase quien le acompañaría cada noche en el lecho. Subraya Diodoro (XVII,

77, 7), sin embargo, que hizo poco uso de esta costumbre para no ofender a los macedonios pero Curcio (VI, 6, 9-10) asegura que los veteranos del ejército, que habían combatido junto al rey Filipo, no ocultaban su malestar por el nuevo rumbo que empezaba a tomar Alejandro; ellos habían ido a derrotar a los persas y poco a poco veían cómo su rey confiaba en nobles persas e iba adoptando sus vestimentas y sus costumbres; además, se rodeaba cada vez más de eunucos, que para los griegos representaban la quintaesencia del modo de ser de las monarquías asiáticas, paradigma de afeminamiento, corrupción y, en último término, barbarización. Para sus veteranos, pues, todo ello debió de suponer un golpe duro de asimilar; ellos no podían estar al tanto, por supuesto, de los equilibrios que intentaba preservar Alejandro y, actuase o no el rey de este modo por convicción o por interés, sus pensamientos y sus consideraciones de alta política no eran interpretados de este modo por el común de la soldadesca y, ni tan siquiera, por muchos oficiales y generales. Ello alimentaba la desconfianza y generaba el caldo de cultivo de la desafección a Alejandro y a sus nuevos comportamientos.

Fue en Frada, la capital de la Drangiana, donde se descubrió un complot para atentar contra la vida de Alejandro en el otoño del 330. Los autores antiguos narran, con más o menos detalles, los pormenores del caso lo que, contradicciones aparte, nos permite conocerlo con bastante exactitud. Aún así, sigue habiendo cuestiones sin resolver que han sido analizadas por los historiadores contemporáneos desde muchos puntos de vista sin que se haya llegado a una solución aceptada por todos. El asunto se inicia cuando un tal Dimno le hace saber a su amante Nicómaco de la existencia de un complot inminente para matar al rey del que él forma parte y en el que intenta que su enamorado participe, a lo que este se niega. No obstante, le pide que no lo revele pero no sin que antes Nicómaco se haya informado de quiénes participaban en la conjura. Entre ellos estaban Demetrio, *somatophylax* (guardia personal) del rey y otros individuos en apariencia menos relevantes (Peucolao, Nicanor, Afobeto, Iolao, Dioxeno, Arquépolis y Amintas). Nicómaco, sin cumplir los juramentos que le había hecho a Dimno, se lo contó todo a su hermano Cebalino el cual buscó a alguno de los compañeros del rey, encontrando a Filotas a quien le hizo saber todos los detalles. Sin embargo, Filotas estuvo hablando con el rey de otros temas

y no le mencionó para nada la información que había recibido. Cebalino lo intentó otras dos veces con Filotas que le dio varias excusas y buenas palabras. Al final, Cebalino se lo notificó a Metrón, paje real que al punto se lo contó a Alejandro.

La primera reacción de Alejandro fue preguntarle a Cebalino cuánto hacía que conocía el complot y cuando este le dijo que dos días dio orden de prenderle por haber dejado pasar tanto tiempo, ante lo cual Cebalino empezó a gritar que desde el primer momento había informado a Filotas. Llamado este, aseguró que lo sabía pero que no le había dado crédito porque la fuente no le inspiraba demasiada confianza, aunque el suicidio de Dimno cuando le iban a detener (o su muerte durante la detención), le estaba demostrando que se había equivocado, por lo que pedía perdón al rey.

Por otro lado, parece que Filotas, desde la toma de Damasco, se jactaba ante una tal Antígona –una concubina que le había correspondido en el reparto del botín– de que todas las empresas de Alejandro se debían en realidad a las acciones de su padre Parmenión y de él mismo, unido a toda una serie de fanfarronadas. A través de la mujer esas revelaciones acabaron llegando a oídos de Crátero y, por lo tanto, a Alejandro. Se le indicó a Antígona que siguiera contando todo lo que dijera Filotas y este parece haber seguido criticando en lo que pensaba que era su intimidad al rey y los cambios en su política y en su comportamiento. Si esta noticia es cierta, pues, Filotas ya estaría bajo sospecha hacía tiempo y sería sobre todo Crátero quien se aprovecharía de la situación. Con estos antecedentes, el no informar sobre una conjura contra el rey era ya un hecho sospechoso. Nadie olvidaba, y menos Alejandro, que su padre había muerto como resultado de una conjura, quizá nunca aclarada del todo a pesar de la represión que siguió, cuyo brazo ejecutor era alguien que tenía acceso directo a él. La mayor parte de los autores modernos considera bastante probable que Filotas no participaba en la conspiración; en cualquier caso, lo menos que podríamos decir es que, si Filotas no fue culpable por acción, puede haberlo sido por omisión o, lo que es peor, por arrogancia.

Alejandro decidió que fuera el consejo de los amigos quien decidiera sobre la suerte de Filotas y aquí es donde no tenía posibilidades de salir bien librado. Su padre, Parmenión, había gozado de alta estima por parte

de Filipo, y también de Alejandro, pero había tenido que pactar con Átalo, al que había tenido que entregar a una hija en matrimonio cuando aquel alcanzó gran relevancia en la corte. Junto con él, había sido enviado a Asia por Filipo para preparar la campaña pero, a la muerte del rey, supo adecuarse pronto a la nueva situación, aunque ello implicara darle la espalda a su yerno. No parece que Alejandro le haya guardado rencor ni a él ni a Filotas, a tenor de los puestos importantes que ambos habían ejercido en el ejército y en la administración. Los otros dos hijos varones de Parmenión, Héctor y Nicanor, habían muerto; el primero en el Nilo y el segundo en Aria pocas semanas antes del arresto de Filotas. Sin embargo, los compañeros lo verían de otro modo; en realidad, Filotas no había pertenecido al círculo más íntimo de Alejandro. Cuando sus amigos tuvieron que marcharse al exilio con él, tras el enfrentamiento con su padre, Filotas no se fue con ellos ya que gozaba de la posición de Parmenión y eso debió de hacer que, a pesar de la reconciliación, nunca le consideraran un igual. Además, Filotas daba rienda suelta, y no solo en su dormitorio, a sus críticas hacia Alejandro y se comportaba de modo arrogante y grosero, lo que tampoco le hacía demasiado popular y menos entre los compañeros de Alejandro. El ser acusado y que el propio rey remitiese el caso a los compañeros fue su perdición hasta tal punto que algunos autores han insinuado que más que una conspiración "de" Filotas, algo que no quedó acreditado, se trataría más bien de una conspiración "contra" Filotas, lo que también parece, a nuestro juicio, excesivo.

En el juicio que siguió, los compañeros, y en especial Crátero, persuadieron a Alejandro de no ejercer el perdón porque daban por sentado que el comportamiento de Filotas se debía al respaldo que su padre Parmenión le proporcionaba, por lo que cualquier debilidad en su tratamiento podría dar alas al viejo general, cuyo prestigio en el ejército era enorme a pesar de su edad (ya había cumplido 70 años) y de que en esos momentos estaba destinado en Ecbatana y no en la primera línea de combate. Si Filotas era un conspirador, y Crátero lo tenía claro, también lo era su padre. Se tomó la decisión de detener a Filotas y al resto de los conjurados, lo que se hizo en el sigilo de la noche y sin que el propio Filotas, al parecer, lo sospechara porque esa misma noche había estado cenando con el rey; en ese momento, según asegura Curcio (VI, 8, 22) se da cuenta de

que son las maquinaciones de sus enemigos las que han vencido sobre la bondad del rey.

Una vez realizados los arrestos, se reunió al ejército, que era el encargado de juzgar los casos que implicaban la pena capital cuando se estaba en campaña, mientras que en tiempo de paz, lo era la asamblea. El propio rey presentó la acusación contra Filotas, que compareció encadenado. Hablaron los testigos, ninguno de los cuales acusó directamente a Filotas de participación, se leyeron cartas interceptadas de Parmenión a sus hijos que tampoco mostraban indicios claros de complot y Alejandro enumeró los (presuntos) agravios que Filotas le había infligido a lo largo de los años, empezando por el matrimonio de su hermana con Átalo y acabando por una carta en la que Filotas, no sin ironía, comentaba la confirmación del carácter divino por parte del oráculo de Zeus Amón. En el momento en el que a Filotas se le permite hablar, Alejandro le pregunta si les va a hablar en macedonio o en griego y al elegir esta lengua también Alejandro le afea ese hecho. Las intervenciones de algunos soldados sacan a la luz los motivos de rencor que muchos de ellos sentían hacia Filotas y su comportamiento arrogante y despectivo, incluyendo la necesidad de intérpretes para entender a quienes le hablaban en macedonio.

El siguiente paso, instigado por Hefestión, Crátero y Ceno, fue someterle a tormento; durante el mismo, Filotas habría revelado que, a pesar de que no tenía que ver nada con el presente complot, él y su padre habían estado presentes cuando Hegéloco, quizá el mismo que había mandado la flota y recuperado las ciudades que se pasaron a Darío, y que había muerto en Gaugamela, criticó la pretensión de Alejandro de considerarse hijo de Zeus, porque ello iba en detrimento de la figura de Filipo y les propuso un plan para acabar con Alejandro y ocupar su puesto, lo que padre e hijo acabarían aceptando una vez que Darío hubiese muerto. Fuese auténtico o no ese plan, cuyo conocimiento había sido obtenido mediante la tortura, era suficiente para ajusticiar a Filotas y a los conjurados denunciados por Nicómaco y Cebalino.

Da toda la impresión, sin embargo, de que aprovechando un complot auténtico y en marcha, los enemigos de Filotas, entre ellos sobre todo Hefestión, aprovecharon su negligencia para acusarle. Si es cierto o no que tanto él como su padre tenían en mente atentar en algún momento

contra Alejandro, como el propio Filotas habría confesado bajo tortura, es difícil saberlo. De haber sido cierto, eso justificaría también el silencio de Filotas, puesto que otros iban a ejecutar el golpe que él quizá tenía pensado aun cuando sin duda no había empezado todavía a ponerlo en práctica; para ello habría necesitado estar más cerca de su padre, que gobernaba la Media desde Ecbatana con muchos soldados a sus órdenes y con el tesoro a su disposición.

Muerto Filotas, también tendría que morir Parmenión porque, o había participado y conocía los planes de su hijo o porque, de no haberlo hecho, al enterarse de su ejecución y de los detalles del proceso habría sido un peligro dejarlo con vida. Por consiguiente, Alejandro dio orden de que fuera eliminado por los mismos generales que se hallaban a sus órdenes del mismo modo que él había recibido la orden de eliminar a Átalo años atrás. En su entorno, el puesto de Filotas al frente de los compañeros fue ocupado por Hefestión y por Clito. Del mismo modo, y aprovechando esta coyuntura, el miedo a nuevas detenciones, las posibles represalias contra los amigos de los condenados, etc., Alejandro decidió ejecutar a Alejandro el Lincesta –que llevaba ya preso tres años– y tomar toda una serie de medidas contra los partidarios de Parmenión, entre ellas inspeccionar los correos y trasladar a una unidad especial, en cierto modo de castigo, a los que en sus cartas expresaban malestar por el destino del anciano general.

Alejandro se había librado, pues, de una conjura inminente y de otra que se hallaba todavía en estado embrionario. Los motivos de la primera no han llegado a conocerse; los de la segunda, siempre a tenor de la confesión de Filotas, obtenida a la fuerza, tendrían que ver con el cambio radical que había supuesto la adopción de una personalidad divina por parte de Alejandro. Si eso había provocado descontentos entre una parte de la nobleza macedonia, la adopción de los nuevos elementos de tipo oriental a los que hemos aludido no podía sino ir acentuando la distancia entre el rey y su pueblo. Y eso solo era el principio; lo peor estaba todavía por venir.

Por otro lado, en todo este episodio se observa el peso que una serie de compañeros va asumiendo; Hefestión, Crátero, Tolomeo y Clito el Negro –que había salvado la vida de Alejandro en el Gránico y que poco después moriría a manos del propio rey–. Sin duda, de todos ellos será

Hefestión el que más resalte, y ello a pesar de que hasta ese momento no parece haber desempeñado funciones demasiado brillantes. Poco a poco, el rey irá encerrándose en su grupo de amigos, los cuales apoyarán todas sus extravagancias futuras y le irán alejando del contacto con el ejército, aunque alguno de ellos, quizá excitado por el vino, como le ocurrirá a Clito tenga la tentación de decirle al rey a la cara lo que muchos pensaban. Sobre ello, sin embargo, volveremos en su momento.

Para conmemorar el descubrimiento de la conspiración y la anticipación que evitó males mayores al rey, se renombró a la capital de la Drangiana como Alejandría Prophthasia (anticipación).

Resuelto el problema de Filotas, Alejandro reemprende la marcha hacia Bactriana, aunque para dirigirse hacia ella decide seguir una mejor ruta, menos directa, lo que implicaría bordear el Hindu Kush (Paropamiso) por el sur y el este para encontrar luego el mejor camino hacia el norte, que discurría al norte de Kabul. Se enfrenta con los ariaspos y se entera de que Satibarzanes ha regresado a Aria para sublevarla enviando tropas para combatirle; él sigue luchando contra los drangianos, los gadrosios y los aracosios mientras que los enviados contra Satibarzanes consiguen derrotarle y darle muerte; en ese momento, o quizá en la guerra anterior contra el sátrapa ahora derrotado, fundaría Alejandría en Aria, en el entorno de la actual Herat. En el Hindu-Kush –que los griegos pensaban que seguía siendo una prolongación del Cáucaso–, Alejandro funda otra ciudad, Alejandría en Aracosia, actual Kandahar, a inicios del 329 a.C. Allí aguardó unos meses hasta que se iniciase la primavera para proceder hacia el norte, hacia el valle de Kabul. Emprendería su viaje al comenzar la primavera porque la ruta estaba todavía llena de nieve y hielo, que dificultaron la marcha y el abastecimiento del ejército. A la bajada de la cordillera decidió fundar una ciudad para asentar allí a 7.000 macedonios de edad avanzada y a los griegos que habían dejado de ser aptos para el servicio. Sería Alejandría del Cáucaso, quizá cerca de la actual Begram.

Para intentar rodear a Beso, en lugar de dirigirse directamente a Bactria, eligió el paso más oriental, el de Khawahk, lo que justifica el lugar elegido para su fundación, que tendría que servir de centro de aprovisionamiento de su ejército. El cruce de la cordillera del Hindu Kush también fue bastante penoso pero Beso, en lugar de hacerle frente, se retiró al

otro lado del río Oxo (Amu Darya), hacia Nautaca (actual Shahrisabz), la capital de Sogdiana, pensando que sería una barrera suficiente para impedir la marcha de Alejandro. Aunque en un primer momento disponía de la caballería bactriana, esta desertó en cuanto que tuvieron claro que Beso abandonaba su territorio, por lo que Beso tuvo que reclutar un nuevo ejército entre sogdianos y dahos. De este modo, y sin resistencia, Alejandro pudo llegar a Drapsaco (actual Kunduz), dirigiéndose luego en dirección oeste y tomando Aorno (Khulm) y la capital de la satrapía, Bactra (actual Balkh). Puesto que Beso había partido del territorio, Alejandro no encontró oposición en la Bactriana. La marcha desde Bactra hasta el Oxo fue terrible porque el agua falta en verano en ese territorio y quizá Alejandro no hubiese previsto un suministro adecuado. Seguramente muchos murieron de sed y muchos otros, al llegar al Oxo, por beber agua sin moderación.

Cruzó el Oxo mediante balsas improvisadas pero antes licenció a los macedonios más mayores y a la caballería tesalia, dándoles importantes sumas de dinero; en total fueron unos 900. Es posible que desconfiase de los tesalios, que habían estado muy unidos a Parmenión, y que no quisiese tener problemas si entraban en combate, como esperaba si bien también es posible que, en los nuevos escenarios de guerra, la caballería tesalia fuese de poca utilidad, siendo sustituida por unidades más móviles reclutadas en los territorios iranios, en una tendencia que no haría sino aumentar en los próximos años cuando las unidades de caballería irania aumentaron como también acabarían haciéndolo las de infantería.

En esas regiones, el ejército llegó hasta una aldea habitada por los Bránquidas. Se trataba de los descendientes de la familia que había controlado el santuario de Apolo en Dídima, junto a Mileto, hasta su destrucción en el 494 a.C. tras el fracaso de la revuelta jonia, como asegura Heródoto (VI, 20) aunque los propagandistas de Alejandro, empezando por Calístenes, aseguraban que habían entregado los bienes del santuario a Jerjes y que se habían refugiado en la Bactriana. Esa contradicción, importante y aún no resuelta, sigue planteando problemas. Lo cierto es que, consultados los milesios que iban en el ejército, después de sopesar los argumentos, decidieron que fuera el propio Alejandro quien tomara la decisión oportuna. El rey ordenó que fueran conducidos a su ciudad y se les

dio muerte a todos, hombres, mujeres y niños, arrasando por completo la ciudad y devastando su territorio. Curcio desaprueba la medida llegando a considerarla un acto de barbarie puesto que no se había ejecutado contra los autores de la traición sino contra unos descendientes que ni tan siquiera habían visto Mileto y, por lo tanto, no eran responsables (Curcio, VII, 5, 28-35). Es este un episodio curioso, que no mencionan todos los autores y que sigue planteando problemas sobre todo por la contradicción entre Heródoto, que da una fecha y una ocasión en el reinado de Darío I, y los autores que narran el episodio en época de Alejandro, que hablan de una traición en época de Jerjes. Si en realidad estas gentes eran descendientes de los Bránquidas, ninguna fuente anterior a Alejandro nos ha dado noticia del cómo y del cuándo acabaron en Bactriana; si no lo eran y en las fuentes griegas relacionadas con la campaña de Alejandro aparecen como tales, aludiéndose incluso a que seguían hablando el griego, aunque ya no de forma correcta, habría que preguntarse quiénes eran.

Es cierto que los persas deportaron a griegos y a otras gentes a diversos territorios del imperio, como ya vimos en un capítulo previo, pero no tenemos ninguna constancia de que gente de Mileto fuese deportada a Bactriana. Los milesios capturados tras la revuelta jonia fueron deportados a Ampe, en la desembocadura del Tigris (Heródoto, VI, 20), en época de Darío. La única noticia de griegos deportados a Bactriana la hallamos también en Heródoto (IV, 205), que alude a que Darío hizo deportar a habitantes de Barca, en la Cirenaica, hasta ese territorio. Si es difícil saber con exactitud quiénes eran esos griegos que se encontró Alejandro, más difícil aún es saber el porqué de su exterminio; salvo tras la batalla del Gránico, en el que se negó a aceptar la rendición de los mercenarios griegos al servicio persa, su comportamiento hacia los griegos no había sido malo. Colmó de dinero y honores a los mutilados que se encontró cerca de Persépolis, sin que sepamos ni por qué y desde cuándo estaban en Persia e, incluso, aceptó licenciar o poner a su servicio a los 1.500 mercenarios que habían acompañado a Darío hasta su muerte. La única interpretación aceptable es, por lo tanto, que quizá fuesen descendientes de los Bránquidas y que pudiesen haber favorecido a Jerjes durante su invasión de Grecia, a pesar de que Heródoto no lo mencione en absoluto. Como no parece haber sido un hecho inventado, Alejandro debía

de pensar que, acabando con ellos, contribuía a vengar los males que los persas, y en especial Jerjes, habían cometido contra Grecia.

Mientras tanto, las cosas no le iban bien a Beso. Espitámenes, amigo y colaborador suyo como general de la caballería sogdiana, encabezó una conjura mediante la que, al final, derrocó a Beso y se lo entregó a Alejandro, aunque otras versiones, quizá interesadas, subrayan la intervención de Tolomeo en la captura y dejan a los nobles sogdianos en un segundo plano e, incluso, desairados. Sea como fuere, Beso le fue entregado vivo a Alejandro que le hizo torturar y mutilar para, más adelante, ejecutarlo, quizá en Ecbatana.

En cualquier caso, tanto el ataque contra la ciudad de los Bránquidas, como el desaire a Espitámenes y el resto de los que habían conspirado contra Beso, al subrayarse la intervención de Tolomeo y considerarle, al menos en algunas tradiciones, como el auténtico captor del usurpador, provocó una sensación de incertidumbre entre estas gentes. No estaban viendo al Alejandro conciliador sino al conquistador que no se detenía ante nada. Es probable que esta actitud esté detrás de las dificultades que experimentó el rey para someter estos territorios. En efecto, Alejandro consideraba que el río Jaxartes (el Sir Darya) constituía el límite septentrional del Imperio persa por lo que se dispuso a conquistarlo. En esta ocasión, sin embargo, no iba a tenerlo tan fácil como en los territorios que ya había ocupado, puesto que no iba a encontrarse con tantas puertas abiertas ni con tantos gobernadores que se le rendían. Se encaminó, pues, hacia el norte en dirección hacia Maracanda (Samarcanda), la capital de Sogdiana aunque tuvo que hacer frente a las poblaciones locales que le hostigaban. Al final, en una de las escaramuzas, Alejandro resultó herido en una pierna, aun cuando parece que consiguió establecer una alianza con los atacantes.

Tras pasar por Maracanda y colocar una guarnición, se dirigió hacia el Jaxartes destruyendo y sometiendo las aldeas que encontraba. Allí fundaría Alejandría Escate ("la más alejada"), actual Khojend, en donde recibió embajadas de los escitas que vivían al otro lado del río. Alejandro les envió a algunos de sus hombres para que les acompañaran y, al tiempo, se informaran sobre la configuración del país, sus costumbres y armamento.

Mientras que Alejandro se encontraba en estas regiones del Jaxartes, a sus espaldas estalló una rebelión encabezada por los sogdianos, pero a la que pronto se unieron también los bactrianos, escitas y dahos. Espitámenes había atacado Marancanda y algunas de las fortalezas en las que vivían los indígenas –en concreto siete– se habían sublevado también. Según parece Espitámenes había convencido a los rebeldes de que Alejandro planeaba asesinarlos a todos en una conferencia que había convocado en Bactra. La reacción de Alejandro fue de extrema dureza. Sitió él en persona o sus generales, las ciudades más importantes de los rebeldes, entre ellas Cirópolis y Gaza, que acabaron cayendo en su poder, siendo saqueadas y ejecutando a los varones y vendiendo como esclavos a las mujeres y a los niños. En el ataque a Cirópolis, Alejandro recibió otra herida, una pedrada en la nuca y en la pierna pero su rápida reacción, la caída en pocos días de las ciudades y su cruel comportamiento, acabaron con la revuelta. Mientras parte de las tropas se dirigían hacia Maracanda, él regresó al Jaxartes para poner en marcha las obras de fortificación de la nueva Alejandría que había planeado y cuya fundación corría cierta urgencia porque los escitas parecía que querían unirse a la revuelta que había estallado. En ella asentó Alejandro a mercenarios griegos, a macedonios ya no aptos para el servicio y a cuantos indígenas de la zona quisieron participar en la fundación. No obstante, Alejandro tuvo que realizar alguna acción contra los escitas que, desde la otra orilla, le hostigaban y, según narran las fuentes, tras haberlos derrotado, recibió una embajada para acordar la paz. Durante la campaña, sin embargo, Alejandro cayó enfermo, aquejado de una fuerte diarrea contraída al beber aguas insalubres durante la persecución de los escitas que huían.

Mientras tanto, las tropas que habían sido enviadas a Samarcanda habían conseguido desalojar de ella a Espitámenes pero junto al río Politimeto (Zaravshan) sufrieron una importante derrota, en apariencia debida a la incompetencia de los generales macedonios que permitieron que las tropas marcharan en desorden (quizá por el pánico) y sin la suficiente cobertura y sin haber acordado antes entre ellos el plan a seguir. Aunque algunos autores minimizaban el desastre, otras daban a entender que las pérdidas macedonias sumaron más de 2.000 infantes y 300 jinetes, cifra bastante alta. La llegada de Alejandro hizo que Espitámenes volviera a

abandonar Maracanda, a la que había vuelto para intentar desalojar a la guarnición macedonia que seguía ocupando la acrópolis y llevó a cabo una severa represión en toda la región, porque acusaba a sus habitantes de haber participado en la rebelión; con esa política de tierra quemada intentaría dificultar otra incursión de Espitámenes a la región. Acabó la campaña cuando, ya iniciado el invierno de los años 329-328 a.C., se retiró a Bactra (también llamada Zariaspa), aunque la tensión no disminuyó porque los indígenas siguieron realizando incursiones.

Durante ese invierno, Alejandro recibió diversas embajadas así como nuevos refuerzos que sustituirían a las bajas y a los soldados que había ido estableciendo en las fundaciones que había ido creando. En total recibió 22.000 soldados de infantería y 2.600 de caballería, una cantidad importante. Según algunos autores, como Arriano (*Anábasis*, IV, 7, 3) habría sido en esta ocasión, y no tras su captura, cuando Alejandro habría ordenado cortarle a Beso la nariz y las orejas y enviarlo a Ecbatana para que fuese juzgado por los medos y los persas. Arriano aprovecha para desaprobar esa conducta por considerarla propia de bárbaros y da a entender que durante su estancia en Zariaspa prosiguió en su progresiva orientalización, que también Arriano condena, al considerar propio de la realeza bárbara la vida opulenta que llevaba el rey y que contribuía a diferenciar su forma de vida de la de sus súbditos; también el autor desaprueba la forma de vestir de Alejandro, que se asemejaba más a la de los bárbaros que a la tradicional macedonia.

Es interesante la observación de que los lujos que el rey adoptaba y sus comportamientos, a los que pronto se les añadirían otros nuevos, le separaban de sus súbditos y le hacían parecerse a un rey oriental. Desde hacía siglos los griegos habían sabido, gracias a múltiples informantes, cómo se desarrollaban los rituales cortesanos en presencia del Gran Rey; eso había extendido la idea, muy generalizada entre los griegos, de que en el Imperio persa el único hombre libre era el rey porque todos los demás eran esclavos suyos y, sin ninguna duda, ese elaborado ritual cortesano, la vestimenta especial, la genuflexión, contribuía a que los griegos lo viesen así. El trato entre los griegos era muy distinto y lo mismo parece haber ocurrido en Macedonia, o quizá más aun teniendo en cuenta el menor desarrollo institucional en este territorio. La proximidad de Filipo a sus

soldados era ya proverbial y también la del propio Alejandro en los primeros años de su reinado. Todo eso se estaba modificando y la introducción de nuevas costumbres, tomadas además de los vencidos, contribuía a que los macedonios empezasen a ver a su rey como alguien muy alejado y muy superior a ellos. Y si durante los combates la cercanía del rey era mayor y él era el primero en arrostrar los peligros, cuando no estaba en campaña, la distancia entre Alejandro y el soldado macedonio era enorme y, además, cada vez más visible. Como veremos en su momento, ello será causa de nuevas intrigas y de incidentes que no contribuirán al acercamiento entre el rey y su pueblo.

A este respecto tenemos solo una visión parcial, la que deriva de los autores griegos, contemporáneos y posteriores, para quienes la "barbarización" podía ser un tema fácil con el que criticar a Alejandro. A través de ellos será difícil, o imposible, conocer los verdaderos motivos de Alejandro más allá de los tópicos acerca de la molicie y su progresivo hundimiento en todo tipo de vicios orientales; a pesar de ello, algunos autores, como Arriano (*Anábasis*, VII, 29, 4) o Plutarco (*Alejandro*, 45, 1) interpretan ese cambio de indumentaria como un medio de atraer a sus recientes súbditos bárbaros, que estarían más cómodos viendo a su nuevo rey adoptando elementos de sus propias culturas. En todo caso, Alejandro parece haber combinado, como ya habíamos visto antes, parte de la vestimenta persa con parte de la meda y parte de la grecomacedonia, intentando hacer una síntesis de todas ellas. Aunque no sabemos con certeza qué opinarían los orientales de ello sí sabemos que los griegos y los macedonios lo desaprobaban.

Mientras seguía en Zariaspa, recibió embajadas de los escitas, que le instaban a casarse con una princesa de ese origen y proporcionar esposas también a sus amigos más directos, lo que Alejandro rechazó; los corasmios le ofrecían apoyo al rey si quería conquistar nuevos territorios al norte, lo que también rechazó de momento Alejandro, que aseguraba que su objetivo era llegar primero hasta la India.

Reiniciada la campaña del año 328, de nuevo Alejandro se dirigió hacia el Oxo con el objetivo de finalizar la pacificación de la Sogdiana. Para ir acabando con la resistencia local dividió su ejército en cinco columnas que, a juzgar por la escueta narración de nuestras fuentes, debieron de ir

pasando a sangre y fuego el territorio por el que circulaban. Todas ellas confluyeron en Maracanda. Curcio (VII, 10, 15) nos informa de que en torno a la ciudad de Margiana, cuya ubicación sigue siendo desconocida, se establecieron seis fortines en colinas elevadas, dos vueltos al sur y cuatro al oriente, para controlar esa región. Es muy posible que la arqueología haya revelado uno de esos fortines, en el sitio de Kurgansol, en el actual Uzbekistán y controlando la ruta que conducía de Zariaspa a Maracanda. Allí, excavaciones llevadas a cabo entre 2004 y 2008 han puesto al descubierto, en lo alto de una colina de más de 900 m de altura sobre el nivel del mar, un recinto circular con un diámetro interno de 30 m y seis torres. Los materiales hallados parecen indicar que no había estado ocupado en época aqueménida, por lo que sería un establecimiento nuevo que puede datarse en el último tercio del siglo IV. Parece haber sufrido una destrucción poco después de su construcción, aunque sería reocupado casi inmediatamente, siendo mejoradas sus defensas. Sin embargo, mientras que en la primera fase parece haber habido algunas estancias destinadas a habitación, despensa (con grandes vasijas enterradas en el suelo) y cocina, entre otros usos, con algunas comodidades en la segunda parecen preocupar solo los intereses defensivos. Además de cerámicas comunes de tipo griego, un hallazgo que parece mostrar la adscripción griega de la fortaleza fue una bañera de terracota de un tipo bien conocido en Grecia en esos mismos momentos y desconocido en Asia Central. Se hallaron también pesas de telar, que sugieren la presencia de mujeres en la zona así como proyectiles de piedra para las máquinas de guerra. Puede que el sitio sufriese un asedio, del que quedan huellas de fuego, que causaría daños al recinto, aunque su rápida reconstrucción sugeriría que pudo resistir al mismo. El lugar se abandona a inicios del siglo III a.C. Aunque se trata de un modesto fortín, aporta datos de gran interés para entender cómo la política de represalias de Alejandro junto con la construcción de plazas fuertes pretendían asegurar el control de ese territorio y, sobre todo, las comunicaciones entre Zariaspa y Maracanda y, desde esta, hasta Alejandría Escate.

Sin embargo, mientras Alejandro pacificaba la Sogdiana, Espitámenes había intensificado sus ataques contra Bactriana y había llegado a sitiar la propia Zariaspa con ayuda de los masagetas, una tribu que había sido

responsable, siglos atrás, de la muerte de Ciro el Grande. La llegada de refuerzos le hizo desistir pero se dispusieron guarniciones para evitar cualquier ataque.

A la llegada del otoño del año 328, Alejandro decidió pasar unos días en Maracanda antes de dirigirse a invernar a Nautaca. Durante su estancia en Maracanda iba a tener lugar otro de los sucesos más controvertidos e impactantes de toda la campaña: la muerte de Clito. Este episodio, por su trascendencia y por lo que mostraba del carácter de Alejandro, aparece también mencionado por todas las fuentes, con diversos juicios sobre el comportamiento del rey, por lo general negativos. También ha sido muy abordado por la historiografía contemporánea, que ha discutido buena parte de las implicaciones del caso.

Los hechos, aunque no todos los autores los transmiten de la misma manera, parecen estar bien acreditados (Arriano, *Anábasis*, IV, 8; Curcio, VIII, 1, 20-52; Plutarco, *Alejandro*, 50-51; Justino, XII, 6, 1-4). Ante todo, hay que decir que Clito acababa de ser nombrado sátrapa de la Bactriana, que era un cargo de responsabilidad, aunque también es cierto que el mismo le alejaría de Alejandro, al que había servido como jefe del batallón real (*ile basilike*) desde el inicio de la campaña, lo que justificaba que estuviera a su lado cuando pudo salvarle la vida en el Gránico; desde la muerte de Filotas, compartía con Hefestión el mando de la caballería de los compañeros. Que Clito pudo ver este nuevo nombramiento como una pérdida de poder es algo que se desprende del relato de Curcio, y es posible que eso explique, una vez que el alcohol intervino, la locuacidad y el rencor con el que se expresó.

Intentaremos reconstruir, a partir de lo que transmiten las fuentes, lo que pudo haber pasado. Según parece, en el día de la festividad de Dioniso, Alejandro decidió hacer sacrificios en lugar de a ese dios, a los Dióscuros. Durante la fiesta, que empezó pronto, antes incluso de caer la noche, lo cual no estaba bien visto entre los griegos, se bebió mucho y durante largo tiempo y, sobre todo, vino puro en lugar de mezclado con agua como solía ser frecuente entre los griegos. Entre los temas que los participantes discutieron estaba, como parecía apropiado, el de los Dióscuros, uno de los cuales era inmortal por ser hijo de Zeus, mientras que el otro era mortal. También se suscitó el tema de Heracles, asimismo

hijo de Zeus, pero concebido la misma noche que su hermano de madre Ificles, que era hijo de Anfitrión. La discusión pasó a tratar las hazañas de esos héroes y los aduladores de Alejandro sostenían que ninguna de ellas podía compararse con las del rey y es muy probable que Alejandro aprobara explícitamente esas opiniones y que, incluso, interviniera en el debate resaltando sus propios méritos. Clito, que al parecer era de los que no aprobaban la adopción de costumbres orientales, participó en el debate criticando a los que menospreciaban a los antiguos héroes comparándolos con Alejandro, cuyas hazañas no eran solo mérito suyo sino que también una parte del mismo, y no menor, les correspondía a los macedonios. Esas apreciaciones parecen haberle molestado a Alejandro y sus aduladores empezaron a criticar las acciones del propio Filipo, quizá porque pensaban, y parece que estaban en lo cierto, que a Alejandro esa crítica tampoco le importaría porque aceptaban la idea de que el verdadero padre del rey era Zeus (como, por otro lado, lo era también de los héroes de los que habían estado hablando). Alejandro abundaría en esa idea arrogándose el mérito de la victoria en Queronea, el haberle salvado la vida a Filipo en alguna otra ocasión y el que Filipo se hubiese incluso atribuido alguna victoria suya contra los ilirios. Da la impresión de que también se recitó algún poema que se burlaba de los generales que habían caído en la reciente derrota del río Politimeto, quizá como medio de exonerar a Alejandro de toda responsabilidad.

Estas observaciones no podían dejar de ofender a Clito, que había empezado su servicio ya durante el reinado de Filipo, con quien su familia debía mantener buenas relaciones puesto que su hermana Helanice había sido la nodriza de Alejandro. Hay autores que sugieren, incluso, que entre los muertos en la reciente derrota, podía haber estado algún familiar de Clito, quizá su cuñado. La reacción de este, obnubilado por el vino, fue empezar a ensalzar a Filipo al tiempo que menospreciaba y minimizaba lo que había hecho Alejandro llegando incluso a recordar que había sido su brazo el que había salvado la vida del rey en el Gránico. Durante la discusión parece que los más jóvenes estaban del lado de Alejandro, mientras que los más mayores, que habían conocido a Filipo y combatido a su lado, aunque quizá no aprobaban cómo se estaba comportando Clito, pensaban como él. El tono de la discusión subiría si es cierto, como

algunos autores sostienen, que Clito empezó a defender a Parmenión, a quejarse del nuevo cargo para el que le había nombrado el rey, a culparle de la muerte de Átalo y a burlarse del oráculo que recibió de Zeus.

La serie de insultos que profería Clito contra él y, sobre todo, el recuerdo de que él, el hijo de Zeus, le debía la vida a Clito, puso fuera de sí a Alejandro que se lanzó hacia su amigo con la intención de golpearle, aunque otros de los que había en la reunión le detuvieron, mientras Clito seguía profiriendo insultos. Quizá Alejandro le arrojase una manzana, mientras echaba mano a su cuchillo, que alguien, juiciosamente, le había retirado de su alcance. En lo que ocurrió después hay algunas divergencias, puesto que algunos autores sostienen que, fuera de sí, echó mano a una lanza (otros dicen que a una sarisa) de alguno de los miembros de su guardia personal, que había sido llamada a intervenir, y con ella mató a Clito; otros, sin embargo, aseguran que cuando Alejandro se dirigió a él para golpearle, parte de los asistentes, entre ellos Tolomeo, se llevaron a Clito de la sala. Sin embargo, Clito consiguió volver y, al entrar en ella, Alejandro tomó la lanza y le dio muerte. Según otros, sin embargo, Alejandro esperó, con una lanza, a que los invitados desalojasen la tienda y, cuando iba a salir Clito, le atravesó con ella. La ansiedad de Alejandro aumentaría cuando viese que no tenía a mano su cuchillo, lo que le llevaría a dar órdenes de que acudieran los hipaspistas, lo que parece haber hecho, incluso, en el dialecto macedonio, y estos no se apresuraron a acudir, en parte porque el encargado de las órdenes no las transmitió; algunos autores indican, incluso, que Alejandro empezó a gritar que le había pasado lo mismo que a Darío, que se había visto traicionado por su propio séquito lo que contribuyó a aumentar la tensión y, tal vez, la sensación de peligro de Alejandro, cuya capacidad de juicio se había visto alterada por la copiosa cantidad de bebida que había ingerido.

Esta escena se parece bastante, y quizá los autores antiguos quisieran subrayarlo, al enfrentamiento entre Filipo y Alejandro durante la celebración de las bodas de aquel con Cleopatra, que provocó un grave enfrentamiento entre ambos y en el que el rey hubiera llegado a agredir a su hijo de no haberse caído al suelo debido a la gran ingesta de alcohol. En este caso, sin embargo, el comportamiento de Filipo y Alejandro fue muy distinto. Mientras que Filipo ordenó el exilio de Alejandro (y de su madre)

tras el episodio en cuestión, nada más dar muerte a Clito, el primer impulso del rey podría haber sido el suicidio, que fue rápidamente impedido por sus guardias, así como el arrepentimiento inmediato.

Aunque autores como Arriano juzgan inapropiado el comportamiento de Alejandro, movido por la cólera y la bebida, no sin criticar también, o quizá más, a Clito por su arrogancia, alaban la actitud posterior del rey: el llanto, el desconsuelo, el ayuno durante días, el abandono de su propia persona, la desatención a los dioses, en especial a Dioniso, etc. Poco a poco, y según algunos consolado por el filósofo Anaxarco de Ábdera, fue recuperándose. También Calístenes acudió a consolarlo pero parece que tuvo menos éxito que el que ya se perfilaba como su rival. A Alejandro le resultaba más agradable la compañía de Anaxarco, que expresaba mejor lo que sentía el rey, que la de Calístenes, mucho más austero en sus alabanzas.

De todo el episodio se desprenden algunas conclusiones de interés. Por una parte, que al final el comportamiento de Filipo y de Alejandro, en circunstancias lejanamente parecidas, no había sido tan distinto. Aunque la actitud de Alejandro se achaca a veces a la orientalización cada vez mayor de su comportamiento, quizá sea necesario matizarlo. El rey macedonio podía mostrar una mayor cercanía a sus súbditos, como hacía Filipo y quizá el primer Alejandro, pero sus órdenes no eran objetables y un rey enérgico como Filipo a quien no podemos acusar de estar orientalizado no toleraría que nadie, ni su propio hijo, le cuestionase en público sus decisiones. En este sentido, el comportamiento de Alejandro en el caso de Clito se relaciona con el poder absoluto que ejerce el rey macedonio en el cumplimiento de sus funciones; si a ello se le añade el cansancio por una campaña que ya duraba varios años, el vino, las tensiones, etc., ello podría explicar la violenta reacción de Alejandro y así lo destacan muchos autores antiguos. Por su parte, algún autor contemporáneo, analizando los datos, ha llegado a sugerir que Alejandro era víctima del síndrome del estrés postraumático, algo que quizá tampoco deberíamos descartar. Sea o no cierto que Alejandro sufría en esos momentos esa enfermedad, no parece que contribuyese a su sosiego, como apuntábamos antes, la vestimenta ostentosa, la introducción de un ritual cortesano de tipo oriental, algo que se irá incrementando con el tiempo, los banquetes cada vez más

desmedidos y descontrolados, etc., que pueden interpretarse como debidos a la orientalización de Alejandro aunque quizá se haya abusado algo de la misma en muchos casos.

Más interesante es constatar que, a veces camuflada en esta queja difusa hacia el cambio de costumbres de Alejandro, puede haber motivos de mayor peso y trascendencia. Por ejemplo, la política de nombramientos de Alejandro y sus cada vez más descaradas preferencias. En todo el asunto de Clito se perciben ya dos grupos, que habían empezado a asomar con el asunto de Filotas. Por un lado, sus seguidores más jóvenes, coetáneos más o menos del rey y, por otro lado, los veteranos que ya habían servido bajo su padre. Filotas y Parmenión habían sido eliminados y ahora le había tocado el turno a Clito. En los dos casos el que había salido más beneficiado era Hefestión, que tras la muerte de los primeros había sido nombrado, junto con Clito, jefe de la caballería de los compañeros y que, incluso antes de que este muriera, se había librado de él al haberle designado Alejandro como sátrapa de Bactriana alejándole, por consiguiente, de su entorno inmediato, en el que se tomaban las decisiones que iban a afectar al ejército y al imperio en su totalidad. Los más veteranos podían ver que estaban perdiendo peso e influencia; Filotas, y sobre todo Parmenión, que representaban el vínculo de unión entre la Macedonia de Filipo y el nuevo Imperio de Asia, habían muerto. El primero mediante una acusación poco clara, pero el segundo de manera ignominiosa. Ahora le había tocado el turno a Clito, quizá de forma no premeditada, pero su muerte también enviaba una señal. Y estaba también el asunto de la orientalización que, aunque Alejandro mitigase en parte en algunas ocasiones, o intentase explicar su sentido en otras, a quien más podía molestar era a los más veteranos de su entorno porque, tal vez, los más jóvenes estaban más dispuestos a tolerarlo para ganarse el favor del rey, que iba siendo, cada vez más, la mejor forma de labrarse una buena posición en el nuevo sistema político que se estaba inaugurando.

Aunque, como iremos viendo, seguirá habiendo incidentes por estos motivos, el rey irá ganando poco a poco la partida y acallando las voces de los disidentes de su propio círculo. Al final, empero, no conseguirá acallar la del ejército en pleno y será entonces cuando Alejandro, no sin mostrar su ira, tendrá que retroceder. Pero todavía faltaban varios años para eso.

Tras su retirada de tres días, que también tiene ecos en la que protagonizó Aquiles en Troya, Alejandro va recuperándose y, tras 10 días, reinicia los preparativos para pasar el invierno del 328-327 en la región de Nautaca. Las acciones de los generales de Alejandro, que cada vez se lo ponían más difícil a los rebeldes, acabaron por dar su fruto; tras algún ataque infructuoso, los aliados de Espitámenes, los escitas masagetas, acabaron abandonándolo y haciéndole entrega a Alejandro de su cabeza, aunque otras tradiciones narran que fue su propia mujer la que le dio muerte y le hizo llegar la cabeza a Alejandro. Poco a poco, la rebelión iba perdiendo fuerza, en parte también por la dura represión que estaba practicando Alejandro. Quedaban todavía algunas plazas fuertes en manos de los rebeldes que Alejandro no podía dejar atrás, a pesar de lo abrupto de su posición y de lo difícil que resultaría su captura. Una de ellas era la Roca Sogdiana (o Roca de Ariamazes), que fue atacada nada más iniciarse la primavera del 327 a.C. según Arriano (*Anábasis*, IV, 18) aunque el resto de los autores situaban su captura el año anterior; en este momento parece situarse la toma de la Roca de Sisimetres (también conocida como la Roca de Corienes), que acabaría llegando a términos con Alejandro.

En este año se produce un hecho sorprendente, que fue el matrimonio de Alejandro con Roxana, hija de Oxiartes. Este había formado parte del entorno de Beso y parece haber intervenido en su deposición formando parte de los nobles que se resistieron a Alejandro, aunque debió de rendirse a él en algún momento de esta campaña. Los autores antiguos no se muestran unánimes acerca de cuándo y cómo se produjo esta rendición puesto que algunos le sitúan, junto con su familia, en la Roca Sogdiana y otros dan a entender que su familia se encontraba refugiada en la Roca de Sisimetres y que Oxiartes actuó en las negociaciones que facilitaron la rendición de la misma.

Como era frecuente en Alejandro, confirmó en sus cargos a Oxiartes, el cual le ofreció una opulenta cena en la que, en un momento determinado, hizo entrar a 30 jóvenes, entre ellas a Roxana, su propia hija. Alejandro quedó enamorado al punto de ella y le pidió a su padre matrimonio, a lo que aquel accedió encantado porque Alejandro prefería hacerla su esposa legítima que poseerla por derecho de conquista como cautiva que era. Roxana pasaba por ser la mujer más bella de toda Asia, después de la

(ya difunta) mujer de Darío III y los autores antiguos subrayan que esta unión se hizo por verdadero amor.

Es difícil, por no decir imposible, conocer las verdaderas razones de Alejandro; no habría por qué dudar de la atracción que el rey sentiría hacia la joven o, incluso, del amor por ella pero en este matrimonio había un claro componente político. Frente a la política de relativa suavidad de que había hecho gala Alejandro en sus anteriores conquistas (quizá con excepción del episodio de Persépolis que, no obstante, tenía sentido de cara a los griegos), su irrupción en Bactriana y Sogdiana le había embarcado en una guerra larga y costosa, en recursos y en vidas. Durante los dos años pasados en esos territorios había tenido que hacer frente a varias revueltas que volvían a resurgir cuando parecían haber sido sofocadas; las poblaciones locales, con ayuda de otras gentes, como los escitas, habían puesto en peligro en más de una ocasión a las capitales de los territorios. Alejandro había tenido que empeñarse a fondo, con una guerra fortaleza por fortaleza, con ejecuciones y esclavizamientos en masa que, sin duda, debieron de dejar bastante exhausto al territorio mientras que él podía seguir recibiendo refuerzos. Debió de pensar que, tras la dureza de la guerra, que haría más difícil el éxito de nuevas sublevaciones, era necesario volver a una política de apaciguamiento. Emparentar con Oxiartes mediante una alianza matrimonial podría ser un buen medio para demostrar que estaba dispuesto a modificar esa política de sangre y fuego que había mantenido desde el primer momento. Sobre todo, porque Alejandro tenía interés en dirigirse hacia la India y una guerra incesante en esos territorios le estaba haciendo retrasarse en sus planes.

La conclusión que da Curcio (VIII, 4, 29-30) del episodio, negativa hacia la figura del rey, es la siguiente:

> "De este modo, el rey de Asia y de Europa, se unió en matrimonio a quien había sido introducida en medio de las atracciones del banquete y de la cautiva habría de nacer el que gobernase a los vencedores. Les avergonzaba a los amigos que hubiera elegido a su suegro de entre los cautivos en medio del vino y los banquetes, pero después de la muerte de Clito, desaparecida la libertad, a todo decían que sí, que es lo que más les convertía en esclavos".

Poco después de contraer matrimonio con Roxana nacería su primer hijo, Heracles, pero no de ella, sino de Barsine, concubina "oficial" suya desde el 333. Las fechas no son seguras porque, para algunos autores (Diodoro, XX, 20, 1), ese niño habría nacido en 327/6 mientras que para otros lo habría hecho en 325/4 (Justino, XV, 2, 3). Dependiendo del momento concreto en el primer caso y, sin duda ninguna en el segundo, a pesar de su matrimonio con Roxana, Alejandro siguió frecuentando la compañía de Barsine lo que, tal vez, relativice el enamoramiento de Alejandro. En cualquier caso, solo Roxana era, por entonces, su esposa legítima y en algún momento entre ambas fechas (coincidiendo con la construcción de la flota en el Hidaspes en el 326) parece haber muerto al poco de nacer un primer hijo tenido con Alejandro.

En los meses que siguieron, Alejandro inició sus preparativos para la expedición hacia la India, considerando que, con las medidas adoptadas, esos territorios estaban ya razonablemente pacificados o que los pequeños focos de revuelta que surgían podían ser controlados con facilidad por las tropas que allí quedaban.

Como parte de esos preparativos, en diversos sentidos, tenemos noticia de dos decisiones, que también tendrán relevancia, inmediata y en el futuro. Por una parte, ordena el reclutamiento en todo el imperio de 30.000 jóvenes que, al tiempo que servirían de rehenes, deberían ser instruidos en las técnicas de combate macedonias y seguramente en la lengua griega. Por otra parte, parece que también por esa época Alejandro ordenó a los macedonios que cuando se dirigieran a él se prosternaran en señal de adoración (*proskynesis*), gesto que formaba parte del ritual cortesano en el mundo persa, pero que en Grecia solo se reservaba a los dioses. Según asegura Curcio (VIII, 5, 5) el motivo era no solo que se le tuviera por hijo de Zeus, sino que ante él se comportaran de la forma debida a un ser divino. Da la impresión de que los que habían difundido, o al menos dado voz, a esas ideas en el entorno de Alejandro eran algunos de los poetas cortesanos que acompañaban a la expedición, entre ellos Agis de Argos, Quérilo de Yaso y Cleón de Siracusa, a los que se añadía el ya mencionado filósofo Anaxarco. Todos ellos difundían las teorías de que Alejandro no les iba a la zaga a dioses como Dioniso o Heracles y que,

como no cabía duda de que Alejandro era un dios y recibiría honores tras su muerte, era razonable que también los recibiese en vida. No hay que perder de vista, sin embargo, que en el mundo persa el ritual de la *proskynesis* no implicaba que el Gran Rey se considerase un dios, sino que era la forma acostumbrada de presentarse ante él como señal de respeto y sumisión. Al pasar esa costumbre a Alejandro se mezcla el propio ritual persa, dirigido a un rey que no es un dios, con el gesto habitual de dirigirse a un dios en Grecia. En el caso de Alejandro se combinaba el considerarse a sí mismo el sucesor legítimo del Gran Rey, aunque como rey de Asia, con el hecho de su filiación divina. El error de Alejandro fue imponer a todos sus súbditos, griegos y no griegos, dicho ritual aunque ello tuviese su lógica: si se estaba creando un solo imperio con un solo rey, todos los súbditos debían comportarse del mismo modo ante él.

Pero como cualquier griego contemporáneo de Alejandro había aprendido desde hacía siglos (Heródoto, por ejemplo, lo había dejado muy claro) los súbditos del Gran Rey eran todos esclavos por lo que imitarles en su modo de dirigirse al rey era convertirse ellos también en esclavos y eso era algo que, qué duda cabe, les repugnaba a muchos, máxime cuando ellos habían sido quienes habían derrotado a los persas, ocupado sus ciudades y quemado el palacio de Persépolis, símbolo máximo de la opresión persa en la perspectiva griega.

Todo ello demostraría o desconocimiento por parte de Alejandro del carácter griego, lo que no es probable, o que la confianza en sí mismo, incrementada por los halagos continuos de su grupo de aduladores, le hacía pensar que su voluntad era suficiente para que sus deseos se cumpliesen. A ello habría que añadir, tal vez, que estos mismos elogios que recibía continuamente (aunque con alguna excepción, como veremos más adelante) y el decisivo episodio del oráculo de Zeus Amón en Siwa años atrás le habían acabado por convencer de que era en realidad hijo del dios. Y si, por el contrario, Alejandro percibía alguna ventaja política en estos rituales e, incluso, en su divinización (Curcio, VIII, 8, 15), lo cierto es que no supo hacérselo ver a buena parte de sus compañeros de armas y de sus soldados, que no entendían las sutilezas de su rey que, no en vano, se había educado con uno de los mejores maestros posibles, aunque sus enseñanzas iban en la dirección contraria de lo que estaba haciendo Alejandro.

Es curioso cómo aparecen aquí, con alguna transformación, algunos de los temas que, según algunos autores, se estuvieron discutiendo durante el banquete que acabó con la muerte de Clito. El debate sobre los dioses, sobre sus hazañas y sobre sus méritos era un tema habitual de conversación que, en las más de las ocasiones, tenía tan solo connotaciones retóricas o servía para poner sobre la mesa modelos tomados de la mitología para aconsejar comportamientos humanos adecuados o, por el contrario, para que sirvieran para denunciar excesos o desmesuras que solo los dioses podían permitirse. Pero da la impresión de que entre estos individuos esos debates tenían una clara lectura política. El que entre los teóricos de la adoración a Alejandro estuviera Anaxarco que, como veíamos, había consolado al rey tras la muerte de Clito, daba más valor a lo que pensaba y a lo que tenía que decir. Otros, sin embargo, no compartían esos puntos de vista y, entre ellos, sobresalía Calístenes.

Como ya vimos, Calístenes, sobrino segundo de Aristóteles y colaborador suyo, se había unido a la expedición por consejo del maestro de Alejandro a fin de narrar los acontecimientos históricos de la campaña. Aunque su obra no se ha conservado, a partir de las citas y referencias en autores posteriores parece que su visión tendía a ser elogiosa, y a veces de forma exagerada, con respecto a las gestas del rey. Esto quiere decir que no era, en absoluto, sospechoso de animadversión hacia Alejandro, aunque quizá el rey no estuviera demasiado contento con él, a pesar de la imagen elogiosa que se trasluce de los fragmentos conservados de su obra. La causa quizá radique en la excesiva fanfarronería del escritor, que parece que daba a entender a todo el que quería escucharle que era él el que estaba haciendo famoso a Alejandro gracias a su historia y ello, que tarde o temprano llegaría a oídos del rey, no debía de gustarle demasiado.

En algunas de las charlas que el círculo de intelectuales mantenía con frecuencia, y en las que a veces participaba el propio Alejandro, se planteaban todas esas cuestiones acerca de los honores que merecía el rey. En estos debates Calístenes recalcaba el carácter excelso de Alejandro, muy superior al de cualquier hombre y echaba en cara a Anaxarco que, en lugar de conducirle al rey por esa senda, le metiese en la cabeza todas esas ideas de su carácter divino. Del mismo modo, Calístenes insistía en que Alejandro era un rey griego y que, aunque estuviesen en Asia,

debía seguir comportándose como tal. Por todo ello, la exigencia de la *proskynesis* resultaba de todo punto desproporcionada y ofensiva para los griegos y los macedonios y Calístenes parece haber sido quien, aportando argumentos de todo tipo, encabezó una reacción contra esta imposición que la inmensa mayoría del ejército rechazaba; incluso, se habría negado a arrodillarse ante el rey al finalizar un banquete cuando el resto de los asistentes sí lo hizo. Estas tensiones, de las que Alejandro tenía noticia, y que se personificaban en las palabras y en la actitud de Calístenes, debieron de aconsejarle al rey avanzar poco a poco en esta dirección, y parece haber eximido a los macedonios, y tal vez a los griegos, de la obligación de prosternarse ante él, aunque no es del todo claro si lo hizo antes o después de la conspiración de los pajes. Sin embargo, su círculo más inmediato de amigos, quizá de forma voluntaria y para demostrar su estrecha lealtad al rey, decidió seguir con la práctica de la *proskynesis*. No cabe duda, pues, de que Alejandro se fue sintiendo cada vez más indispuesto hacia Calístenes porque el rey iba asumiendo, cada vez más, un papel despótico.

La ocasión para castigar a Calístenes y lanzar de paso un mensaje a los más reticentes se presentó pronto, con motivo de otra conspiración que se descubrió entre los pajes reales (los *paides basilikoi*). Como ya vimos en su momento, la costumbre de rodearse de jóvenes procedentes de las familias aristocráticas de Macedonia la introdujo Filipo como medio de garantizarse la lealtad de las mismas en los momentos en los que estaba consolidando su reino. Esta costumbre la mantuvo Alejandro porque servía a varios fines. Uno de ellos seguía siendo el de garantizar la lealtad de los familiares de los jóvenes, lo que era tanto más importante cuanto que el rey se hallaba ya a miles de kilómetros de Macedonia. Por otro lado, sin ninguna duda, acabó siendo un timbre de honor estar en el entorno más íntimo del rey y un eventual medio de ascenso social, en especial cuando estos pajes se educaban con el príncipe, lo que en este momento no era el caso pero si lo había sido cuando Alejandro, rodeado de varios de estos jóvenes, había recibido las enseñanzas de Aristóteles en Mieza. Aquellos compañeros de Alejandro eran los que seguían rodeándole y los que apoyaban y justificaban sin reservas todos los pasos que el rey decidiera dar.

Las funciones de los pajes se relacionaban con las actividades del rey, montaban guardia por la noche en torno al rey, introducían a las

concubinas a su presencia, le ayudaban a montar a caballo, le acompañaban en la caza y en la guerra, podían comer sentados en la mesa del rey, etc. Estaban, por lo tanto, en contacto directo con él a lo largo de todo el día. Por otro lado, igual que Alejandro y sus compañeros habían recibido la misma educación, también los pajes recibían instrucción cuando no estaban realizando otros servicios y Calístenes parece haber sido el principal de sus maestros, teniendo en cuenta sus conocimientos y los amplios intereses que el escritor tenía. Por los datos que nos presentan las fuentes a propósito de la conspiración que vamos a analizar, era frecuente que muchos de estos pajes estuviesen emparejados entre sí.

Las informaciones de que disponemos apuntan a motivos personales en el inicio de la conspiración y, por lo tanto, no queda claro si hubo alguien detrás de los eventuales ejecutores. De hecho, el único a quien se consideró responsable de momento fue a Calístenes, aunque puede que con el tiempo Alejandro apuntase a otros responsables, entre ellos los atenienses. Sin embargo, el que no dispongamos de esos datos no quiere decir que la acción de los pajes fuese un hecho aislado. También nuestras fuentes insisten en que lo que motivó a Pausanias a asesinar a Filipo fue una serie de afrentas personales que el rey le había hecho a su futuro asesino pero toda la corte creyó, o quiso creer, empezando por el propio Alejandro, que el asesino no había sido sino el brazo ejecutor de una conspiración que se extendía mucho más allá. Al menos, la represión que practicó Alejandro y que alcanzó a parte de sus familiares y de la nobleza sugeriría que, fuesen todos ellos o no partícipes de la conjura, la misma iba mucho más allá de quien empuñó la espada. La preocupación de Alejandro por conocer si había acabado con todos los implicados se muestra también en una de las consultas que hizo ante el oráculo de Zeus Amón en Siwa.

Veamos, pues, de momento, los datos sobre la conjura combinando, en la medida de lo posible, los relatos de Curcio (VIII, 6-8) y Arriano (*Anábasis*, IV, 13-14) este último más conciso, aquel más amplio y adornado con discursos que, a pesar de su carácter retórico, subrayan las posturas enfrentadas. Uno de los pajes, Hermolao –interesado por la filosofía y discípulo de Calístenes– habría acompañado al rey a una cacería de jabalíes. Uno de esos animales atacó al rey y Hermolao lo abatió; eso

enfadó al rey que quedó también dolido por no haber sabido reaccionar a tiempo, lo que le hizo actuar mal. En consecuencia, mandó azotar al paje en presencia de los demás y le retiró el caballo. Eso irritó profundamente al joven, que logró convencer a su compañero y amante Sóstrato de que debían acabar con la vida de Alejandro. Entre ambos buscaron a otros pajes que secundaran su plan; las fuentes mencionan a Antípatro, Nicóstrato, Asclepiodoro, Epímenes, Anticles, Elaptonio y Filotas. Acordaron que la noche que le tocase guardia a Antípatro junto a Alejandro, sería cuando llevarían a cabo su plan dándole muerte cuando ya estuviera acostado. No obstante, no podían poner en marcha el plan enseguida porque necesitaban coincidir todos de guardia en la misma noche, por lo que pasaron 32 días hasta que, tras cambiar las guardias con sus compañeros, todos pudieron coincidir.

Esa noche el rey celebraba uno de sus habituales banquetes y al finalizar, ya casi al amanecer, y de camino a su alojamiento, una mujer siria, que parece que tenía el don de la profecía, le aconsejó que volviera al banquete, lo que el rey hizo. Los conjurados permanecieron de servicio incluso cuando ya había entrado el relevo, lo que hizo que el rey les agradeciera su esfuerzo recompensándolos con algo de dinero. Ante el fracaso del plan, Epimenes decidió hablar y contar todo el complot, ya directamente a su hermano Euríloco, ya a través de terceras personas. El caso es que Euríloco, al enterarse, acudió al punto a la tienda de Alejandro y le dio todos los detalles a Tolomeo, que estaba de guardia, el cual le introdujo al punto ante Alejandro. Se detuvo a Epimenes, el cual reveló todos los detalles de la conspiración así como los nombres de los conspiradores.

Sobre si el nombre de Calístenes se pronunció en algún momento o no, las fuentes no son unánimes. Tolomeo y Aristobulo aseguraban que sí, pero otros autores no lo afirman; en cualquier caso, la relación de Calístenes con Hermolao pesó en contra del historiador que fue acusado de instigador o de cómplice de la conjura y, en consecuencia, detenido. Tras recompensar a Euríloco y otorgarle el perdón a Epimenes, hizo comparecer a los acusados ante una asamblea, en la que también participaron los padres o los familiares presentes en el campamento, los cuales mostraban una lógica preocupación porque la norma macedonia prescribía que los familiares de los condenados a muerte debían seguir su misma suerte.

Según parece, Hermolao, el inspirador de la conjura acusó a Alejandro de haberse alejado de la forma de gobierno tradicional y de no gobernar ya sobre hombres libres sino sobre esclavos; a ello añadió la lista de los que habían muerto por mano de Alejandro, desde Átalo, Filotas, Parmenio y Alejandro el Lincesta hasta Clito. Junto a ello, la introducción de la *proskynesis* resaltaba el dominio despótico que el rey había empezado a imponer a sus súbditos y en esa misma línea iba la adopción de una personalidad divina y el rechazo a Filipo. Al tiempo, Hermolao habría exculpado a Calístenes de toda responsabilidad, a pesar de lo cual el rey lo mantenía encarcelado. Sin embargo, lo que dijo Hermolao se parecía mucho a lo que pensaba Calístenes, como el propio rey había tenido ocasión de comprobar en alguna ocasión, por lo que, hubiese o no una acusación directa contra él, cualquiera podía ver que el joven estaba expresando ideas que habría escuchado a su maestro.

Es posible que el discurso que Curcio pone en boca de Alejandro como respuesta a las acusaciones de Hermolao no fuese pronunciado, al menos en esos términos, por el rey en ese momento; sin embargo, aparte de justificar su comportamiento, Alejandro introduce el tema del trato a los vencidos, otro de los motivos de queja de los conjurados y, sin duda, de muchos de los macedonios y griegos; en este caso Alejandro no niega que les está haciendo participar en el gobierno del imperio y justifica ese reparto de poder para garantizarse la lealtad de los conquistados y hacerlo permanente y acaba afirmando que ese imperio, que ya en aquel momento era inmenso solo podía gobernarse de un modo:

> "[...] enseñándoles algo a ellos y de ellos aprendiendo algo".
> (Curcio, VIII, 8, 13)

En su momento reflexionaremos sobre si en Alejandro existía realmente un ideal igualitario (o, al menos, ecuménico) en el que se integraran griegos y bárbaros dentro de su imperio; aun cuando es posible que estas ideas fuesen consideradas ya por Alejandro o por algunos de los intelectuales que le acompañaban o en cuyo pensamiento se inspiraba, da la impresión de que, con el grado de elaboración que se expresan en

Curcio, las mismas parecen corresponder ya más al periodo posterior a Alejandro, al menos en el aspecto mucho más elaborado en el que aparecen en el discurso. Veremos, no obstante, cómo en años sucesivos se verían los resultados de algunos de los pasos que Alejandro estaba dando en tal sentido.

Como no podía ser de otra manera, los conspiradores fueron encontrados culpables y o bien fueron lapidados allí mismo por los presentes en la asamblea o bien fueron entregados al resto de los pajes, que los ejecutaron después de torturarlos; en cuanto a Calístenes, algunos autores aseguraban que fue encadenado y tuvo que recorrer así todo el campamento muriendo meses más tarde, a finales del 327, de enfermedad (en concreto de obesidad y atacado de piojos); otros, sin embargo, decían que fue sometido a tortura y ahorcado al mismo tiempo que los pajes culpables. Su caso no parece haberse presentado ante la asamblea porque, al no ser macedonio, quizá su castigo quedase a la discrecionalidad del rey o este pretendía que fuese la asamblea de la Liga de Corinto quien lo juzgara; en cualquier caso, murió sin haber sido juzgado formalmente. Si quienes aseguran que murió meses después de su encarcelamiento están en lo correcto, quizá Alejandro le mantuvo con vida, aunque encarcelado para, como había hecho con Alejandro el Lincesta, esperar un momento más oportuno para acabar con él, tal vez, en este caso, con el pretexto de someterle a juicio en algún momento. Varios autores antiguos insisten en el gran prestigio de que gozaba Calístenes entre los griegos y quizá eso hizo que el rey prefiriera no acabar con él en ese momento cuando, según parece, las pruebas contra él eran, en el mejor de los casos, circunstanciales. Quizá el propio Alejandro, por ello mismo, no terminase de aceptar su participación aunque con el paso de los meses, y quizá instigado por su círculo más inmediato, puede haber acabado convencido de la misma. Enseguida volveremos sobre esto.

Creo que se pueden observar algunos paralelismos con el caso de Filotas. En ambos casos, ni la participación de Filotas ni la de Calístenes en las respectivas conjuras parecen seguras pero ambos personajes, cada uno a su manera, se habían atrevido a cuestionar la autoridad de Alejandro. Eso ya era un riesgo en la Macedonia previa a Alejandro pero en su época, cuando se estaban dando pasos importantes para establecer un

modelo político lo más parecido posible al sistema despótico vigente en el ya extinto Imperio aqueménida, las posibilidades de caer en desgracia se multiplicaban. En ambos casos, los partidarios de Alejandro, quizá inspirados o instigados por el propio rey, aprovecharon la ocasión para involucrar a quienes sobresalían en estas posturas críticas. No resulta sorprendente que uno de los que en esos momentos, en la primavera del 327, ya se hallaba muy próximo al rey, Tolomeo, autor como sabemos de una *Historia de Alejandro*, además de subrayar, frente a otras versiones, su intervención directa en revelar el complot a Alejandro, escribiera en su obra que Calístenes fue uno de los instigadores del mismo, frente a otras opiniones que lo exculpaban. En Plutarco (*Alejandro*, 55, 5), entre otros, esta exculpación es clarísima:

> "[...] de tal modo, nadie de los que estaban en el entorno de Hermolao, ni tras haber sido sometidos a las torturas más extremas, habló en contra de Calístenes".

Parece evidente, por lo tanto, el interés de los más próximos a Alejandro en ir haciendo desaparecer, por distintos métodos, a los que se oponían al nuevo orden que Alejandro estaba imponiendo. Como se había visto en el caso de Filotas, los más mayores se estaban distanciando de esas ideas nuevas y lo mismo se nos dice a propósito de Calístenes. El choque de generaciones que todo ello insinúa era aún mayor por cuanto que la tolerancia a las decisiones más extravagantes de Alejandro era más clara entre los más jóvenes que entre los más veteranos. En este contexto, pues, resulta de interés que esta última conjura hubiese surgido de entre los más jóvenes, los pajes. En este sentido, y aunque Calístenes quizá no incitase a la conspiración, no podía dejar de ser sospechoso por las ideas que les transmitía a sus discípulos; su comportamiento podía ser peligroso, y no solo de forma potencial, como la conspiración de los pajes acababa de demostrar, por lo que la prudencia aconsejaba neutralizarlo y, además, denigrarlo aludiendo a su comportamiento, a su carácter seco y a veces desagradable y a su actitud ante el rey. En esta labor, ya previa a su acusación, también intervino Hefestión, que le había hecho ver a Alejandro que Calístenes no se había arrodillado ante él mientras que los demás lo

habían hecho; el resto de los compañeros de Alejandro también le iban contando al rey todo lo que el filósofo hacía o decía, interpretándolo desde una óptica desfavorable al olintio.

El convencimiento de Alejandro de la culpa de Calístenes, pues, parece haber sido progresivo y eso explicaría que no fuera ejecutado inmediatamente como los conjurados. Plutarco (*Alejandro*, 55, 6-9) menciona dos cartas enviadas por Alejandro y que buena parte de la crítica considera auténticas. En una de ellas, inmediata a los hechos y dirigida a sus generales destinados en diversos puntos de Asia, les dice que los pajes, tras ser sometidos a tortura, admitieron su culpa y que no había nadie más detrás de la conspiración. Sin embargo, en una carta mandada tiempo después a Antípatro, le habría hecho saber que, aunque los pajes habían sido lapidados, él mismo castigaría a Calístenes, a los que le indujeron y a los que los acogen en sus ciudades. Se acepta que aquí se está refiriendo a Aristóteles y a Atenas, a los que consideraría inductores del intento de atentado. No sabemos si Alejandro fue recopilando nuevas informaciones o si eran simplemente impresiones; en todo caso, de ser auténtica, esta carta mostraría, como hacen algunas fuentes, que Calístenes no fue ejecutado en seguida sino que se le mantuvo siete meses encarcelado, en condiciones muy penosas, hasta que murió enfermo.

En pocos meses, pues, dos acontecimientos negativos de gran trascendencia habían recorrido el campamento de Alejandro: la muerte de Clito y la fallida conjura de los pajes. Frente a ellos, el matrimonio de Alejandro con Roxana. Todo ello apuntaba a que los cambios en Alejandro no habían hecho sino empezar. La muerte de Clito y la conspiración indicaban que las tensiones latentes durante los años anteriores estaban empezando a salir a la superficie. Los partidarios del sistema de Filipo, autoritario pero al tiempo paternalista y cercano, se enfrentaban a los que querían elevar al rey por encima de los mortales y, rodeándolo de un ceremonial cortesano inspirado en el aqueménida, situar su figura en un plano diferente. No cabe duda de que el rey se estaba dejando llevar por este camino, apoyado por sus compañeros y con el soporte ideológico que sus intelectuales de cámara le brindaban.

La boda con Roxana apuntaba también en esta dirección. Su padre Filipo se había casado con varias mujeres, todas menos la última de origen

no macedonio y algunas, incluso, bárbaras como su primera esposa, Audata, que era iliria. Por supuesto, y aunque los ilirios fuesen considerados bárbaros por los griegos, los puntos en común que había entre Iliria y Macedonia, a pesar de su permanente rivalidad, eran enormes. Sin embargo, la primera esposa de Alejandro era, nada menos, que una bactriana o sogdiana, pero quizá también con sangre persa, nacida a miles de kilómetros de Macedonia que, sin duda no conocía la lengua griega ni tenía nada en común con los griegos. Dentro de la nueva visión de su función y del mundo que estaba creando, nada mejor para gobernar el Imperio de Asia y Europa, expresión que como vimos utilizaba Curcio, que un heredero que uniese en su sangre ambos mundos.

Las disposiciones que había tomado, de carácter militar y pacificador, parecía que estaban empezando a dar sus frutos y que esos territorios, en los que todavía se encontraban, habían acabado por someterse a su autoridad. Era, pues, el momento, de dar un paso más y dirigirse a la India.

Capítulo octavo
Alejandro, hasta el fin del mundo y el regreso

En la primavera del 327 a.C. Alejandro inició su marcha hacia la India. En su camino, además de tomar algunas disposiciones administrativas, estableció nuevos colonos en Alejandría en Paropamísada, quizá la misma ciudad que otras fuentes llaman Alejandría en Opiane y que pudo estar situada en algún lugar entre la moderna Charikar y la confluencia de los ríos Ghorband y Panjshir. Había sido fundada dos años antes, cuando penetró en Bactria; Alejandro cambió al gobernador de la ciudad y a los colonos añadió también a aquellos soldados que habían quedado inútiles para el combate. Con este refuerzo pretendía ir jalonando las principales rutas de comunicación con ciudades afines que garantizasen las líneas de abastecimiento. Continuó por el valle del río Cofén (actual río Kabul) enviando por delante embajadores al rey Taxiles y a otros reyes indios para garantizarse su lealtad. Mandó un contingente dirigido por Hefestión y Perdicas para que atravesaran la Peucelótide y llegasen hasta el Indo, con el encargo de someter todo ese territorio, bien por la fuerza, bien mediante tratados. Al llegar al Indo debían prepararlo todo para, en su momento, cruzar el río, construyendo las embarcaciones necesarias y un puente. Los peucelotas se sublevaron pero en menos de un mes Hefestión sometió todo el territorio.

Por su parte, Alejandro se dirigió, con el resto del ejército, hacia las regiones de los aspasios, gureos y asacenos, que habitaban en lo que hoy son los territorios de Bajur y Swat. Eran poblaciones que confiaban en su fuerte posición porque vivían en zonas elevadas y con sus fortalezas pensaban que podrían defenderse de los invasores. No obstante, y como vimos, ya Alejandro había desarrollado con su ejército habilidades especiales para la guerra en montaña y, por lo tanto, no pensaba dejar a esos eventuales enemigos detrás de sus líneas. Tras forzar la primera de las ciudades aspasias y arrasarla, y aunque recibió una herida en el hombro, que no fue a más porque le coraza le protegió, la ciudad de Andaca se le entregó y desde allí dirigió ataques a las otras ciudades. En esta campaña

se encontró con resistencia aunque también con que, tras unos combates iniciales, sus poblaciones huían hacia las montañas. A veces esto se dio incluso antes de enfrentarse a Alejandro, como en la ciudad de Arigeo cuyos habitantes la prendieron fuego y huyeron. El abandono de esta ciudad lo aprovechó Alejandro para construir una nueva fortificación y establecer allí a otro contingente de soldados no aptos para el servicio a los que se unieron indígenas del entorno que fueron invitados a asentarse allí. Todas esas poblaciones que habían ido huyendo ante el avance de Alejandro se habían concentrado en las cercanías de Arigeo y habrían acabado siendo derrotados. El número de prisioneros habría rondado los 40.000 y el botín se elevó a más de 230.000 bueyes, de los que Alejandro envió a Macedonia para arar la tierra a los más grandes y bellos.

Tras atravesar el territorio de los gureos, llegó hasta los asacenos que le esperaban con un gran ejército. Tras cruzar, no sin dificultad el río Gureo (el actual Panjkora), los indígenas, que no esperaban que lo consiguiera, se dispersaron cada uno a su ciudad. En Masaga, sus habitantes hicieron una salida pero Alejandro consiguió hacer una maniobra de aparente retirada hasta que, cuando los indígenas se confiaron pensando que, en efecto, se retiraba, contraatacó. En la persecución, fue herido en un muslo por los defensores de la ciudad, aunque parece haber sido una herida sin importancia. Tras un duro asedio de cuatro días, los defensores de la ciudad decidieron rendirse, en especial cuando el gobernador de la ciudad murió de sus heridas. Alejandro les ofreció buenas condiciones y, en especial, quiso integrar en su ejército a los mercenarios indios de que disponía la ciudad aunque, enterado al parecer de que pensaban escaparse, los cercó y les dio muerte, destruyendo también la ciudad. Allí capturó a la madre de Asacenes (o Asacano), Cleofis, y a su hija, que dirigía el territorio tras la muerte del gobernador. Algunos autores aseguran que la belleza de la reina cautivó a Alejandro e, incluso, habría tenido un hijo con ella al que llamó Alejandro. Sin embargo, es posible que esta tradición no sea verídica.

Otras ciudades, como Ora, cayeron en manos de Alejandro, pero Bacira se resistió aunque, al final, sus habitantes la abandonaron y encontraron refugio, junto con otros indígenas, en la principal fortaleza del territorio, la Roca de Aornos (actual Pir-Sar), ya junto al río Indo. El

rápido avance de Alejandro y sus generales, en ocasiones detenido por alguna ciudad importante, pero sin demasiados obstáculos en localidades más pequeñas, que eran destruidas sin contemplaciones, debió de provocar una extraordinaria desolación en el territorio y la huida de todos aquellos que habían podido escapar de su avance se había acabado concentrando en esa fortaleza que se pensaba inexpugnable.

Los autores griegos consideraban que esta roca no había podido ser tomada ni por Heracles cuando estuvo por estos territorios, aunque algunos autores antiguos ya cuestionaban estas leyendas que surgieron, sin ninguna duda, para resaltar la superioridad del rey macedonio sobre su antiguo antepasado. Tolomeo fue enviado a una posición frente a la roca y a fortificarla para intentar coger a los defensores entre dos fuegos aunque este primer plan fracasó. Por ello, Alejandro decidió reforzar la posición de Tolomeo acudiendo él mismo con el resto del ejército. A pesar de que durante buena parte del día recibió varios ataques enemigos, al final del mismo consiguió llegar hasta donde se había fortificado su general y lanzó un nuevo ataque, ahora con más efectivos, contra la Roca, aunque tampoco pudo tomarla. Decidió, por lo tanto, construir un alto montículo desde su posición para poder barrer con sus máquinas la fortificación enemiga y, al final, consiguió unirlo con una de las lomas que rodeaban la Roca. Los defensores, al final, decidieron rendirse pero con la intención de prolongar las negociaciones de modo que pudieran escaparse. Enterado Alejandro les dejó hacer y, en el momento más inesperado, les atacó mientras se retiraban dando muerte a muchos.

Conquistada la Roca, tuvo que acabar con la resistencia de los asacenos puesto que, al parecer, el hermano del rey Asacenes había conseguido retirarse a los montes con tropas y numerosos elefantes, con los que consiguió hacerse. Tras haber pacificado el territorio, se reunió con Hefestión y Perdicas para proceder a cruzar el Indo. También los griegos aceptaban que el dios Dioniso había en su momento cruzado el Indo y penetrado en la India, territorio que habría conquistado.

Alejandro, por consiguiente, cruzó el río Indo a inicios del año 326, apoyado también por tropas del rey Taxiles que había mostrado desde muy pronto su intención de aliarse con el macedonio, sobre todo porque se hallaba enfrentado a otros reyes como Abisares o Poro. A su llegada a

Taxila, cerca de la actual Rawalpindi, la capital del reino, fue recibido por Taxiles, que le abrió la ciudad y allí Alejandro celebró festivales y juegos gimnásticos e hípicos. El Indo era el más occidental de los cinco ríos que dan su nombre a esa región (Punjab); los otros eran el Hidaspes (Jhelum), el Acesines (Chenab), el Hidraotes (Ravi) y el Hífasis (Beas).

De los reyes vecinos, Abisares adujo enfermedad para no acudir ante Alejandro, en parte porque quizá pretendía unir sus fuerzas a Poro y en parte también porque quizá esa enfermedad era cierta, ya que murió poco después. Sin embargo, Poro aguardaba a Alejandro en la orilla izquierda del Hidaspes, no estando dispuesto a dejar pasar a los macedonios.

La batalla del Hidaspes es la última de las grandes batallas de Alejandro; de hecho, desde Gaugamela los combates en los que habían participado Alejandro y su ejército habían sido muchísimos pero ninguno de ellos había implicado tantas tropas. Es también uno de los más complejos en los movimientos de ambos ejércitos y en él juega un papel importante la sorpresa, que le permitió a Alejandro cruzar el río a pesar de lo crecido que iba y de la vigilancia a que Poro lo había sometido.

Poro había desplegado a su ejército en la zona de Haranpur que es donde resulta más fácil cruzar el río Hidaspes, pero había enviado destacamentos a varios otros puntos para vigilar los movimientos de Alejandro y evitar que intentara el cruce por algún otro lugar. Ante ello, Alejandro dividió el ejército en varias secciones y las hizo moverse a lo largo de la orilla que controlaba para crear indecisión en el enemigo y, al tiempo, explorar otras zonas por las que poder intentar el cruce. Durante varios meses estuvo reconociendo el terreno y moviendo a sus soldados, esperando a que el caudal del río disminuyese y bajasen las aguas y poder cruzarlo con mayor facilidad. De cualquier manera, Alejandro tendría que utilizar alguna estratagema o alguna maniobra de distracción porque un cruce del río a la descubierta era por completo impracticable.

De este modo, a Alejandro se le ocurrió amagar con cruzar el río con frecuencia al anochecer, moviendo tropas y creando gran griterío de modo que el ejército de Poro, desde la otra orilla fuese siguiendo sus movimientos y desplazándose en paralelo a como lo hacía el ejército macedonio. Con el tiempo, los indios se acostumbraron a estos simulacros

y dejaron de prestarles la atención con la que los seguían al principio; no obstante, en las varias islas que había en el río entre los dos ejércitos se producían desembarcos de unos y otros y se desarrollaban ocasionales escaramuzas. En sus exploraciones, los macedonios descubrieron, a unos 27 km aguas arriba de su campamento, una loma junto a un recodo y unos islotes en medio del cauce y ese fue el lugar que eligió Alejandro para intentar el cruce. Crátero quedó en el campamento con parte del ejército y el rey se dirigió hacia ese lugar con el resto; se le dio la orden de no iniciar el cruce hasta que el ejército de Poro hiciese algún movimiento. La clave eran los elefantes, que eran los únicos que podían impedir el cruce del río por los griegos y su desembarco, puesto que los caballos se asustaban fácilmente con ellos y haría inviable la maniobra. Si Poro avanzaba contra Alejandro sin los elefantes, Crátero tenía órdenes de no cruzar el río pero si lo hacía con ellos, debía iniciar el cruce inmediatamente. Del mismo modo, estacionó Alejandro varias unidades entre el campamento y el lugar donde él iba a cruzar para que iniciasen el paso una vez hubiese comenzado la batalla.

De este modo, y acompañado de 6.000 infantes y 5.000 jinetes, Alejandro ultimó los preparativos, ayudado también por la fuerte lluvia, que hacía que sus actividades pasaran más desapercibidas. Con balsas y triacónteros, el cruce se desarrolló sin demasiadas complicaciones y los vigías de Poro solo se dieron cuenta de la maniobra cuando ya estaban desembarcando en la otra orilla, lo que le permitió a Alejandro organizar la caballería según iban tocando tierra. No obstante no todo salió bien porque el lugar al que llegó no era tierra firme sino otra isla que había en el cauce y que, además, resultaba difícil de vadear tanto por hombres como por caballos. Al final, sin embargo, alcanzó la orilla y formó a su ejército colocando en el flanco derecho el *agema* de la caballería y la caballería selecta; delante de ella colocó a los arqueros a caballo y junto a ellos los hipaspistas reales, mandados por Seleuco. A continuación, el *agema* real y después el resto de los hipaspistas. A ambos lados de la falange, los arqueros, los agrianes y los lanzadores de jabalina. Alejandro inició su avance con la caballería ordenando que le siguiera la infantería. Como suele ser habitual, las versiones de cómo se desarrolló la batalla varían entre los diversos autores.

El primer problema radica en quién componía el primer contingente indio que se enfrenta a Alejandro. Casi todos los autores antiguos coincidían en que estaba comandado por el hijo de Poro, pero las dudas surgen sobre su composición y efectividad. Para algunos, habría llegado antes de que Alejandro hubiese acabado su desembarco desde la isla y podría haberlo evitado; para otros, sí se produjo un combate, en el transcurso del cual habría muerto Bucéfalo, el caballo favorito de Alejandro. Para Tolomeo, por fin, el hijo de Poro habría acudido con 2.000 jinetes y 120 carros, pero Alejandro se le había anticipado y pudo desembarcar antes de que llegaran; como ya se había organizado pudo rechazar el ataque indio y, a su vez, hacerles huir muriendo en el combate el propio hijo de Poro. En cualquier caso, los carros indios, muy pesados y con una dotación de seis hombres cada uno ese día no resultaron demasiado útiles porque debido a las lluvias que habían caído el terreno estaba embarrado, lo que les impedía maniobrar de modo adecuado.

Poro decidió avanzar contra Alejandro con el grueso del ejército, dejando en su campamento a parte de los elefantes para impedir el desembarco de Crátero. Sus tropas las componían 4.000 jinetes, unos 300 carros y unos 30.000 infantes. Formó a sus elefantes al frente para que los caballos de Alejandro se asustasen; tras ellos dispuso a la infantería ocupando los huecos entre los elefantes y en los extremos a la caballería y los carros.

Alejandro, cuando vio que con la caballería solo no podría enfrentarse a Poro esperó a que se reuniese la infantería; entonces, concentró su caballería en el ala derecha para lanzar un ataque lateral, ordenando a la falange que no avanzara hasta que el enemigo empezara a desordenar su formación como consecuencia del ataque que iba a iniciar. Así pues, Alejandro avanzó con la caballería y con los arqueros a caballo contra el flanco izquierdo indio al que alcanzó antes de que hubieran podido desplegar la caballería. Al tiempo Ceno, a quien había dado órdenes de ocupar el ala izquierda, flanqueó a los indios por su ala derecha y se situó detrás de la caballería de Poro. La caballería se desmoronó y acudió a refugiarse entre los elefantes; la infantería macedonia había iniciado su avance y empezó a hostigar a los elefantes y a sus naires, que cargaban contra ellos. La caballería macedonia atacó por retaguardia y los indios quedaron constreñidos

por esta y por la infantería; los elefantes empezaron a asustarse y causaban más daños entre sus propias tropas que entre los macedonios. En ese momento, Crátero inició el cruce del río alcanzando a los que se retiraban y causándoles muchas bajas. Como es frecuente, las cifras que dan los distintos autores de las bajas de ambos ejércitos son diferentes; para Arriano (*Anábasis*, V, 18, 2-3) entre los indios murieron 20.000 infantes, 3.000 jinetes, perdieron todos los carros con sus conductores, los naires de los elefantes y todos los oficiales y el gobernador del territorio, así como dos hijos de Poro. Entre los macedonios, 80.000 infantes, 10 arqueros a caballo, 20 compañeros y 200 jinetes. Según Diodoro (XVII, 89, 1-3) las bajas indias llegaban a los 12.000 a los que habría que sumar 9.000 prisioneros mientras que las macedonias ascendieron a 280 jinetes y más de 700 infantes.

Todas las fuentes concuerdan, sin embargo, en que una vez capturado Poro, Alejandro decidió perdonarle el que se hubiera enfrentado a él, concederle el mando sobre su antiguo reino e, incluso, añadirle algunos territorios más. Del mismo modo, se subraya el valor del rey indio y su determinación de luchar hasta el final dirigiendo en persona la acción, posiblemente para contrastarlos con el comportamiento de Darío en las dos batallas en las que luchó contra Alejandro y huyó del campo de batalla.

La victoria del Hidaspes fue un acontecimiento importante porque la misma le garantizaba, en la práctica, el control del Punjab a Alejandro. Con Taxiles a su lado desde el inicio y con el sometimiento de Poro, el macedonio podía mantener una línea de abastecimiento con el resto de los territorios conquistados que le permitía seguir avanzando hacia el este, a la búsqueda del Gran Océano que, según los griegos rodeaba toda la tierra habitada. Alejandro y sus informadores, que apenas tenían nociones de esos territorios, estaban convencidos de que estaban a punto de alcanzar el extremo oriental del mundo y ese era, en estos momentos, el gran objetivo de Alejandro. No obstante, algunos autores modernos consideran que el objetivo real de Alejandro no era otro que establecer una frontera sólida del imperio en el Punjab y que todo lo demás pertenece a la leyenda de Alejandro. Es difícil decidir al respecto.

Después de la batalla, Alejandro procedió a la fundación de dos ciudades; una, a la que llamaría Bucéfala, en honor de su caballo muerto durante la batalla, bien por heridas sufridas como aseguraban algunos autores, bien de muerte natural; la fundaría en el lugar en el que había iniciado la campaña que culminaría en la victoria del Hidaspes. La otra, Nicea, en el lugar mismo de la batalla. Sobre la ubicación de esta, algunos autores han sugerido que se estableció en Jhelum aunque otros la ubican en Jalalpur, a unos 50 km al sur. En cuanto a Bucéfala o Alejandría Bucéfala, es difícil establecer con exactitud dónde pudo haber estado más allá de asegurar que estuvo en la orilla oriental del Hidaspes.

Alejandro realizó algunas campañas por esa región sometiéndola y encomendándole a Poro el gobierno de esos territorios que anexionó a su reino; del mismo modo, recibió la sumisión de Abisares y noticias de algunas revueltas en territorios recién conquistados, como el de los asacenos; nada de ello le impidió a Alejandro seguir su marcha hacia el río Acesines, río también muy ancho que cruzó sin excesivos contratiempos dirigiéndose desde allí hasta el Hidraotes, que también cruzó recibiendo la sumisión aparente de las poblaciones de la zona. En torno a Sangala, de ubicación desconocida pero que algunos autores identifican con Lahore, se organizó la resistencia de esas poblaciones contra Alejandro, encabezada ante todo por los cateos, los sudracos (u oxídracos) y los malios. La cantidad de gente que se había ido congregando allí la demuestra el gran número de carromatos que, en dos líneas, los indios habían colocado delante de las fortificaciones de la ciudad. No sin dificultades, Alejandro se deshizo de los defensores de estas improvisadas defensas y pudo aproximarse a los muros de la ciudad. Al intentar los sitiados escapar por la noche Alejandro se lo impidió. Supo también que a la noche siguiente pretendían volver a huir, en esta ocasión utilizando una laguna adyacente a la ciudad pero también se lo impidió. A pesar de que ya había hecho traer las máquinas de guerra y refuerzos aportados por Poro, los zapadores macedonios habían conseguido socavar el muro. Sangala fue tomada al asalto muriendo en el mismo 17.000 nativos y resultando prisioneros más de 70.000. Otras ciudades del territorio resultaron abandonadas por sus habitantes, aunque Alejandro destacó tropas para que los persiguieran. Mientras tanto, él prosiguió su camino hasta el Hífasis que estaba

previsto que fuera un río más en el camino de Alejandro hacia el Ganges y, de allí, a la costa que se pensaba que marcaba el final del mundo. Alejandro había recabado informaciones de los reyes locales sobre el camino que debería seguir, la distancia a la que se hallaba el Ganges y el Océano, así como las dificultades y enemigos con los que se iba a encontrar, prueba evidente de que su intención era proseguir la marcha. Pero los planes estaban a punto de cambiar y, tal vez por primera vez, Alejandro tuvo que plegarse al sentir de su ejército.

Los autores antiguos narran con más o menos detalle, y también con algunas variantes, el desarrollo de los acontecimientos (Arriano, *Anábasis*, V, 25-29; Curcio, IX, 2-3; Diodoro, XVII, 94-95; Plutarco, *Alejandro*, 62; Justino, XII, 8, 10-17). Parece que entre los soldados había ido cundiendo el desánimo ante los nuevos planes de Alejandro, cuya conquista de la India ya superaba con mucho los objetivos iniciales de la campaña y empezaron a hacer reuniones entre sí expresando sus quejas. Estos conciliábulos habrían llegado a oídos de Alejandro que tal vez intentó atajarlos, además de permitiendo al ejército obtener botín en los territorios vecinos, reuniendo a sus generales (o a la asamblea del ejército en otros autores) y, tras enumerar todas las conquistas realizadas hasta el momento, habría establecido como límite de sus conquistas el Ganges y el Océano que se hallaba poco más allá y que, según los conocimientos que se tenían, se consideraba el extremo último del mundo. Habría utilizado, además, el recurso a la seguridad de las conquistas que no se mantendrían si quedaban pueblos no sometidos que podrían incitar a sublevarse a los ya controlados y, por último, se habría puesto él mismo como ejemplo puesto que no evitaba arrostrar los mismos peligros que sus soldados y, por fin, recurría a las enormes riquezas que la conquista les había deparado a cada uno de ellos. Otros autores insisten en señalar que Alejandro minimizaba el tamaño y la calidad de los enemigos que les esperarían al otro lado del Hífasis en comparación con aquellos a los que ya habían vencido porque confiaba en el valor de sus soldados.

A Alejandro le daría la réplica, según algunos autores, Ceno, aunque es posible que este no estuviese presente en el Hífasis en ese momento puesto que para algunos habría permanecido junto al río Acesines controlando las comunicaciones. Sea como fuere la respuesta que esta reunión

de altos mandos le transmite a Alejandro no alude a la propia situación de ellos, colmados de honores y de riqueza, sino a los soldados, muchos de los cuales han ido muriendo o han ido quedando asentados en diversos puntos de Asia, incapaces para continuar sirviendo; tras ocho años de guerra continua ya les resulta difícil seguir aunque lo harían si el rey se lo ordena, pero le piden que reconsidere su idea de continuar. Los que han sobrevivido sienten nostalgia de regresar a sus casas y los que han obtenido ganancias en la guerra desean también volver para poder hacer uso de ellas en sus lugares de origen. Además, al regresar victorioso y con tantas riquezas animaría a los que se habían quedado para emprender nuevas conquistas en esos territorios de la India o en muchos otros, incluyendo el Mediterráneo occidental.

La reacción de Alejandro no fue buena puesto que había visto que no podía convencer a los generales o a la asamblea y suspendió la reunión. Al día siguiente les hizo saber que él seguiría con quienes quisieran acompañarle y los que no, podrían regresar diciendo que habían dejado a su rey en medio de territorios enemigos. Acto seguido, se encerró en su tienda tres días (de nuevo este plazo que ya vimos a propósito de la muerte de Clito) esperando que recapacitasen y aceptasen seguirle. Como eso no se produjo e, incluso, los sacrificios que había hecho para preparar el paso del río no resultaban propicios, anunció su propósito de regresar, lo que provocó un enorme júbilo en el ejército.

Antes de emprender la marcha, decidió erigir doce grandes altares para dar gracias a los dioses por haberle conducido hasta allí invicto y como recuerdo de las penalidades sufridas. Realizó allí sacrificios y competiciones gimnásticas e hípicas e inició el retorno estableciendo a Poro como gobernador de todo el territorio anexionado hasta el Hífasis, hasta llegar al Hidaspes, donde antes de partir reconstruyó las ciudades de Nicea y Bucéfala que habían sufrido daños importantes por las grandes lluvias de la zona.

Todo el episodio del Hífasis está lleno de problemas, agravados por el relato con gran carga retórica que Arriano y Curcio, los dos autores que le dedican más atención, presentan. Si Alejandro se vio forzado por su ejército a detener allí su marcha hacia el este o si, por el contrario, como algunos autores sostienen, fue todo una pantomima para evitar reconocer

lo desmesurado de la empresa, sin que Alejandro quedase en mal lugar y haciendo recaer la responsabilidad en el ejército, es algo que con los datos de que disponemos no podemos saber con certeza. Personalmente, nos inclinamos más a creer en la visión que transmiten nuestras fuentes de que Alejandro, de hecho, se sentía tentado a continuar sus conquistas. Por más que desde nuestra perspectiva moderna pudiera parecer una empresa difícil, no podemos perder de vista que no mucho tiempo después de Alejandro el rey Chandragupta (llamado Sandrocoto en las fuentes griegas) iniciaría la dinastía mauria y controlaría todo el territorio entre el río Indo y Bengala que da la impresión de que era la parte del subcontinente que Alejandro tenía intención de conquistar. Algunos autores señalan que Alejandro llegó incluso a conocer a Chandragupta cuando todavía era joven pero lo cierto es que el rey indio unificó ese inmenso territorio a partir del año 320 a.C., es decir tan solo seis años después de la retirada de Alejandro y que, tras derrotar a Seleuco Nicator en 305 a.C., uno de los generales y sucesores de Alejandro, sus posesiones se extendieron hacia las satrapías orientales que había conquistado Alejandro (Paropamísada, Aracosia y Gedrosia) aumentando aún más el tamaño del Imperio mauria durante el reinado de su nieto Asoka (273-232 a.C.). Queremos decir con esto que, del mismo modo que Alejandro, el joven Chandragupta (parece que contaba solo 20 años) pudo hacerse con un gran imperio y gobernarlo de forma estable durante veintidós años y transmitirlo a sus herederos que, a su vez, lo aumentaron. No habría por qué dudar de la capacidad de Alejandro para haber, al menos, intentado hacerse con el control de la parte más septentrional de la India, en especial de los territorios bañados por el Ganges, que fue también el núcleo del Imperio mauria. La propia conquista del Imperio persa era prueba suficiente de la capacidad de Alejandro que no puede decirse que fuese demasiado mayor, contando tan solo con 30 años.

Por consiguiente, quienes aducen el "cansancio" de Alejandro o que el macedonio consideraba irrealizable el proyecto de conquistar la India minimizan la capacidad del rey y dan por buena, incluso, la propaganda que sin duda los propios indios hacían circular por el campamento de Alejandro acerca de las grandes dificultades que tendría la expedición. Además, a favor de la idea de que Alejandro había iniciado los preparativos estaría

el hecho de que poco antes de dar la orden de regresar había recibido 5.000 o 6.000 jinetes y 7.000 infantes (30.000 según otros autores) de refuerzo así como 25.000 panoplias nuevas para sustituir las deterioradas lo que indica que tenía intención de proseguir el avance.

Si Alejandro, y quizá sus compañeros más directos, eran favorables a la expedición, tal vez el ejército no estuviese tan bien dispuesto, en especial los que llevaban ya años combatiendo; por ende, los dos últimos años habían sido muy duros, puesto que la guerra se había desarrollado en territorios montañosos, con numerosas escaramuzas y quizá con poca sensación de avance. Además, muchos percibirían que la India les quedaba ya muy lejos de sus intereses inmediatos; la lucha contra los persas era entendible. Habían atacado a Grecia, la propia Macedonia se había visto sometida tiempo atrás a ellos y su conquista y sumisión debía de apelar a muchos sentimientos de autoafirmación. Muchos podrían entender las campañas hacia las satrapías superiores: allí se ocultaba el asesino de Darío y mientras siguiese activo el control sobre el imperio peligraría. Sin embargo, entrar en la India y, sobre todo, recorrer el río Ganges, con su inmensidad y los múltiples peligros que mostraban los rumores, muchas veces interesados, que recorrían el campamento, les anunciaba varios años más de campañas. Así pues, y aun cuando es posible que los acontecimientos no se desarrollasen tal y como nuestras fuentes nos indican, y aunque el rey tenía autoridad como para ordenar la marcha, y que el ejército le siguiera, ya había experimentado en los años anteriores algunas reacciones ante las innovaciones que había pretendido introducir en la percepción de su persona entre sus soldados y súbditos y en el trato que se le debía. Si tomó la decisión de retroceder ante la eventualidad de un motín es algo que no sabemos pero poco después, en Opis, tuvo que hacer frente a uno aunque, en apariencia, surgido por motivos diversos. Del mismo modo, sus antiguos soldados, asentados en las nuevas fundaciones de Bactriana y Sogdiana, vieron la ocasión de sublevarse y abandonarlas ante el rumor de la muerte del rey en la India en el 325; todo ello podría indicar que la relación entre el rey y sus soldados se estaba deteriorando. Si Alejandro percibió ya este peligro, solo o aconsejado por su círculo más íntimo, es algo que tampoco sabemos pero que resulta, en todo caso, bastante probable.

El regreso, sin embargo, se iba a efectuar por una ruta diferente de la que había seguido hasta llegar a la India. El plan ahora era descender aguas abajo del Hidaspes para, tras la confluencia con el Indo, llegar hasta la costa. Allí, como veremos, dividió el ejército y una parte se encaminó hacia el fondo del golfo Pérsico por mar mientras que Alejandro, al frente del ejército, regresaría por tierra. Ya volveremos más adelante sobre esta etapa del viaje de retorno.

De regreso al Hidaspes, Alejandro reafirmó a Poro como gobernante de todos los territorios entre este río y el Hífasis, al tiempo que favoreció el establecimiento de una alianza entre Poro y Taxiles para asegurar todo el Punjab. También había recibido la sumisión de Abisares, por lo que parecía que todo ese territorio estaba seguro, lo que le permitiría proceder al descenso del Hidaspes y luego del Indo hasta el Océano.

En el Hidaspes, Alejandro había reunido una flota compuesta por cerca de dos mil naves, entre simples balsas, barcos de transporte, triacóntoros y hemiolias, tripuladas por fenicios, chipriotas, carios y egipcios y bajo las órdenes de Nearco. El piloto de la nave de Alejandro era Onesícrito; ambos escribieron sendos relatos sobre el viaje. El objetivo era descender por el río mientras que el ejército, dividido en dos partes, avanzaría por ambas orillas con el fin de someter todos esos territorios, Crátero por la orilla derecha y Hefestión por la izquierda. A comienzos de noviembre del 326, Alejandro inició el viaje después de hacer las libaciones y sacrificios preceptivos en honor a los dioses. Su intención era también someter a los malios y los sudracos u oxídracos que vivían cerca de la confluencia del Hidraotes y el Acesines. Contra los malios, Alejandro desplegó su habitual dureza, conquistando la primera de sus ciudades y pasando a los supervivientes a cuchillo, lo que repitió también en otras que tomó por asalto. Procedió también a perseguir a los que habían abandonado sus ciudades y, en el asalto a una de ellas, Alejandro quedó aislado en lo alto de la muralla enemiga acompañado solo por tres o cuatro de sus hombres y, tras lanzarse al interior de la ciudad, él y sus acompañantes sostuvieron el ataque enemigo hasta que llegaron los refuerzos. Allí recibió una herida de flecha grave en el pecho que le hizo desmayarse por la pérdida de sangre; de no haber sido por el estupor que la caída del rey produjo entre el ejército y su rápida y desesperada acción, no cabe duda de que el

rey habría muerto allí mismo. Alejandro fue rescatado en muy mal estado y el ejército masacró a los malios. Algunos autores antiguos situaban el percance entre los oxídracos.

La noticia de la grave herida de Alejandro se extendió pronto entre el ejército, que daba por seguro que el rey había muerto y eso les sumió en graves temores; es difícil saber si ya en este momento la principal preocupación era quién asumiría el mando al haber varios generales con el mismo rango y no habiendo tenido Alejandro ningún hijo legítimo. Los autores antiguos así lo señalan pero puede ser que hayan proyectado a ese momento algunas de las intranquilidades que surgirían cuando Alejandro muriera pocos años después. En cualquier caso, parece que el rey tuvo que regresar al campamento sin estar del todo estabilizado de sus heridas para acallar los rumores y evitar que hubiese problemas de disciplina en el ejército. De hecho, y antes de recibir esta grave herida, algunos autores (Curcio, IX, 4, 16-23) sugieren que el ejército había empezado a estar inquieto porque pensaban que volvían a Macedonia pero, sin embargo, seguían guerreando contra ejércitos importantes y contra plazas que se defendían de manera desesperada; en consecuencia, el rey habría tenido que tranquilizarles y asegurarles que esos enemigos eran inferiores a aquellos contra los que ya habían combatido. Estos síntomas de descontento también afectaban, como hemos visto, a algunos de los colonos asentados en Bactriana y Sogdiana que protagonizaron algunos actos de rebelión, deseosos al parecer de volver a sus ciudades respectivas, lo que muchos (al menos 3.000) consiguieron. En el propio ejército, parece que las tensiones entre los macedonios y los griegos aumentaban.

Mientras se recuperaba y, espantados ante la gran represión que Alejandro y su ejército habían practicado (se decía que en la ciudad en la que había resultado herido llegó a haber hasta 50.000 combatientes muertos), le llegaron embajadores de los malios y los oxídracos que le ofrecieron rendirse, pagar tributos y entregar rehenes. Alejandro aceptó la rendición de estos pueblos, lo que le permitía continuar su descenso por el Hidraotes hasta entrar en el Acesines y, a través de él, en el Indo. En la confluencia entre estos dos últimos decidió fundar otra Alejandría a la que le asignó una población de 10.000 hombres, aunque es posible que dicha ciudad nunca se construyera. Aguas abajo llegó al país de Musícano, que

no había enviado embajadores ni presentes y que, según contaban los historiadores de Alejandro, ni tan siquiera se había enterado de su presencia. No obstante, le mantuvo en el cargo después de que se sometió, aunque mandó fortificar la acrópolis de su capital e instalar allí una guarnición. Poco después, sin embargo, se sublevó por lo que tuvo que enviar tropas para que lo redujesen; al final, fue capturado y ejecutado. Parece que en estos territorios los brahmanes, también conocidos como gimnosofistas, eran quienes incitaban a la rebelión contra Alejandro y el rey actuó muy duramente contra ellos y contra la población. Algunos autores antiguos mencionan que Alejandro dio muerte a cerca de 80.000 indios que vivían en estos territorios además de vender como esclavos a muchos más.

Algunos autores como Diodoro (XVII, 64) narran cómo Alejandro había capturado a 10 de estos gimnosofistas y les sometió a sendas preguntas bajo amenaza de muerte al que contestase peor; al final, los liberó a todos. Por su parte, Onesícrito, que estaba también próximo a la escuela filosófica cínica, fue enviado para llevar a su presencia a alguno de estos filósofos y acudieron Dándamis y Cálano, los cuales habrían tenido varias conversaciones con el rey. El tal Cálano, que acompañaría a Alejandro, acabaría algo después quitándose la vida en una pira cerca de Susa para evitarse males futuros.

En su descenso acabó llegando hasta Patala, que daba nombre, la Patalene, a toda la región del delta del Indo. Antes, sin embargo, había enviado a Crátero con parte del ejército, sobre todo infantería pesada y elefantes, así como con los soldados menos aptos para el servicio, desde los territorios del rey Musícano en dirección a Alejandría en Aracosia (Kandahar) para reforzar el control sobre la Drangiana. El resto del ejército fue dividido al llegar a la desembocadura del río de modo que Alejandro continuase a pie como medio de apoyar a la flota que realizaría la travesía por mar.

En Patala, Alejandro mandó fortificar la acrópolis, construir un puerto y astilleros y organizar el territorio de modo que el sitio sirviese como punto de control de ese territorio y, sobre todo, como el lugar desde el que se garantizasen las comunicaciones con el golfo Pérsico a través de la ruta que pretendía que Nearco hiciese con la flota cuando las condiciones favoreciesen su navegación.

Mientras, Alejandro se adelantó y se dirigió a los territorios de los arabios, en torno al río Arabio (actual Hab) y de los oritas con el fin de prospectar el terreno y de excavar pozos para que la flota, en su momento, dispusiese de lugares de aguada a lo largo de la ruta. En el centro principal de los oritas fundó Alejandría Rambacia o Alejandría de los oritas, posiblemente situada en torno a Las Bela; serviría como punto de escala en la ruta marítima y también como salida al mar de la ruta que conducía a Kandahar (Alejandría en Aracosia). Antes de internarse en Gedrosia, dejó allí a parte del ejército al mando de Leonato para que lo protegiese hasta que llegase la flota y él inició la marcha hacia ese territorio que era, en su mayor parte, desértico, pero que producía artículos de tanto interés como mirra y nardo que los comerciantes fenicios que acompañaban a la expedición no dudaron en recoger y cargar. La travesía de Gedrosia revistió una gran dificultad; había que caminar sobre todo por la noche y separados de la costa, a pesar de que el interés principal del recorrido era inspeccionar la misma para encontrar puntos adecuados para que la flota recalase y se avituallase. Alejandro tuvo, incluso, que obtener cereales de los territorios que atravesaban y reexpedirlos a la costa, protegidos por su sello real, para que estuvieran disponibles para la flota. Según parece, los soldados se atrevieron incluso a abrir esos envíos para saciar su hambre.

Los autores antiguos explican por qué Alejandro utilizó esta ruta en el deseo de emular a los grandes reyes del pasado, como Semíramis y Ciro el Grande, que habrían hecho uso de la misma. Algunos autores, como Arriano (*Anábasis*, VI, 24, 2-3), sin descartar estos motivos, aluden al ya mencionado, a saber buscar los medios suficientes para abastecer a la flota que tendría que iniciar su recorrido por esas costas poco después. La falta de agua y de comida se cebaba sobre el ejército que daba muerte incluso a los animales de carga, pretextando que habían muerto de agotamiento y, al parecer, aunque Alejandro sabía lo que estaba pasando optó por fingir que no se daba cuenta; del mismo modo, las incomodidades del terreno y la muerte de los animales hizo que poco a poco los carromatos fuesen inútiles y fuesen abandonados lo que hizo que los que caían enfermos por la debilidad o por la sed no pudieran ser recogidos, quedándose en el camino donde morían. Les afectó también el desbordamiento súbito de un torrente cuando se iniciaron las lluvias (a inicios del 325 a.C.) y

no solo la tienda del rey y los animales restantes fueron arrastrados, sino también la mayor parte de las mujeres y los niños que acompañaban al ejército, logrando salvarse los soldados solo a duras penas. Las fuentes aprovechan estas ocasiones de extrema penuria para resaltar la humanidad de Alejandro, que arrostraba las mismas dificultades que sus soldados y no aceptaba ningún trato especial. Es el caso de la anécdota del agua que algunos soldados habían encontrado y que le ofrecieron a Alejandro y que no aceptó para no ser más que sus soldados. Algunos la sitúan en esta ocasión, otros cuando se hallaba persiguiendo a Darío y otros en Sogdiana. Sea la anécdota auténtica o no, lo que importaba era resaltar esa camaradería de Alejandro y su ejército, que contrastaba con su comportamiento en momentos más sosegados, cuando el ritual cortesano de origen aqueménida se iba imponiendo cada vez más. El propio Alejandro, en algunos de los discursos que los autores antiguos ponen en su boca en momentos de especial tensión, se jacta de ese comportamiento con su ejército, apareciendo como igual que sus soldados. Algunos autores, como Plutarco (*Alejandro*, 66, 4-5), calculan, aunque partiendo de unas cifras desmesuradas, que Alejandro perdió en esta marcha las tres cuartas partes de las tropas con las que había iniciado su invasión de la India.

Tras esa penosa marcha, el ejército salió de Gedrosia y entró en Carmania; allí se le reunió Crátero con el resto del ejército y los elefantes. Pasó un tiempo recibiendo informaciones y procediendo a nuevos nombramientos y destituciones y a resolver las quejas que existían contra los cargos que había nombrado por haberse excedido en el desempeño de sus funciones castigando, según parece, de forma ejemplar a los que halló culpables.

Arriano (*Anábasis*, VI, 28, 1-2) hace notar que, aunque los historiadores más serios sobre Alejandro, Tolomeo y Aristobulo, no lo mencionaban, otros aseguraban que al llegar a Carmania, y puesto que ya habían dejado atrás las penalidades de Gedrosia, Alejandro se hizo llevar en una plataforma levantada sobre dos carros y que, junto con sus compañeros, acompañado de flautistas y seguido por su ejército coronado de guirnaldas y danzando, atravesó el territorio recibiendo durante siete días todo tipo de regalos y alimentos a modo de orgía báquica y que esto lo habría hecho para imitar a Dioniso en su triunfo. En efecto, en los relatos

de otros autores, como Curcio (IX, 10, 24-29), Diodoro (XVII, 106, 1) y Plutarco (*Alejandro*, 67), encontramos ecos, en ocasiones con muchas exageraciones, de este suceso.

Mientras se hallaba Alejandro en Carmania, llegó la flota de Nearco hasta Harmozia (Ormuz) y el almirante, adentrándose hacia el interior para encontrarse con Alejandro, le dio noticia del periplo que había llevado a cabo; el rey le ordenó que continuase su camino hasta llegar a la desembocadura del Tigris. Al tiempo, Hefestión recibió órdenes de dirigirse a Pérside cuando se iniciase el invierno del 325 a.C., mientras que Alejandro se dirigió a Pasargada a donde llegó a inicios del 324 a.C. Allí se encontró la tumba de Ciro el Grande destruida y expoliada. Los datos que da Arriano (*Anábasis*, VI, 29, 4-11) sobre esa tumba y su descripción, se corresponden con gran exactitud a la realidad aunque da informaciones de gran interés sobre los objetos que había en el interior de ella los cuales, obviamente, no han llegado hasta nosotros. No cabe duda de que toma sus informaciones de Aristobulo, que fue encargado por el propio Alejandro de proceder a la restauración de la tumba. Para el rey era importante encontrar a los culpables de la profanación y devolverle su antiguo esplendor porque era un modo de vincularse al fundador de la dinastía y, con ello, reafirmar su legitimidad al trono persa. Aristobulo habría cumplido las órdenes del rey reparando lo destrozado y reemplazando los objetos deteriorados; no se pudo, sin embargo, hallar a los responsables de su destrucción incluso aunque ordenó torturar a los magos que custodiaban el monumento. Otros autores, menos fiables, presentan al eunuco Bagoas sugiriéndole a Alejandro que el saqueo habría sido realizado por el sátrapa Orsines, al que aquel odiaba por haberle hecho varios desplantes. En cualquier caso, el sátrapa fue acusado de saqueo y de haber dado muerte a persas prominentes inocentes. Por su parte, Plutarco (*Alejandro*, 67, 3-4) presenta como culpable del saqueo al noble macedonio Polímaco de Pela, que fue ejecutado.

Como sátrapa de Pérside nombró a Peucestas, que arriesgó su vida por salvar la del rey en el ataque a la ciudad de los malios en la que Alejandro recibió una grave herida. Había sido nombrado poco antes octavo guardia personal del rey (*somatophylax*), haciendo una excepción porque el número habitual era de siete ya que Alejandro quería demostrarle su

gratitud. Es interesante el caso de este Peucestas porque, según parece, pronto se adaptó a las costumbres persas, vistiendo sus ropas y aprendiendo incluso la lengua, lo cual satisfizo a Alejandro, pero desagradó profundamente a los macedonios.

Alejandro había, por fin, regresado de la India hasta lo que, sin duda, era el núcleo de su imperio, Persia y Mesopotamia, tal y como, según se cuenta, se lo había hecho ver Cálano cuando estaba todavía en la India. Según narra Plutarco (*Alejandro*, 65, 6-8), el brahmán habría puesto ante Alejandro una piel reseca y rígida y habría procedido a ir pisando cada uno de sus extremos, con lo que el resto de la piel se habría levantado; al final, se posó en el centro y la pieza permaneció estable. Con ello le dio a entender al rey que debía gobernar desde el centro y no preocuparse por los extremos. Sea cierta o no la anécdota y haya necesitado o no este consejo, parecía que Alejandro iba a dedicar algún tiempo a reestructurar su imperio una vez que había dejado a numerosos compañeros, guarniciones y colonias en los puntos clave del mismo. Eso no quería decir que Alejandro no tuviera planes ulteriores, algunos quizá expresados todavía en vida, otros descubiertos tras su muerte y que, de no haber acontecido esta, sin duda los hubiera puesto en práctica (Cartago, África, Numidia, Magna Grecia, Sicilia, la península ibérica, etc.). Sin embargo, era necesario terminar de dotar de un modelo administrativo y militar mejor al imperio en el cual, según sus ideas, debían colaborar macedonios, griegos y persas. A eso pretendía dedicarse en los próximos años. Seguramente no esperaba la contestación que sus órdenes e intenciones iba a causar entre su ejército, aunque ya había habido amagos de que las relaciones entre este y su rey habían empezado a deteriorarse.

Capítulo noveno
El final

Puesto que, en la mente de Alejandro, se había alcanzado el final de la primera fase de sus conquistas que abarcaban el Imperio aqueménida y sus áreas fronterizas, era necesario, como habíamos dicho, tomar determinadas medidas. Por una parte, evaluar cómo habían respondido los sátrapas colocados por Alejandro a las demandas que se les había hecho durante la marcha desde la India y, en general, cómo administraban sus respectivos territorios. El panorama no era todo lo satisfactorio que Alejandro hubiese deseado por varios motivos que iban desde excesivos intereses personales de los nombrados para los cargos hasta, incluso, pérdida de temor a represalias por parte del rey, al que muchos tal vez daban por muerto como consecuencia de las terribles dificultades experimentadas en su regreso. Parece que el rey, a quienes algunos acusaron de escuchar acusaciones falsas o exageradas con demasiada ligereza, ejecutó a varios de los responsables (al menos ocho sátrapas), extendiéndose también la persecución de los delitos cometidos incluso a soldados. Según parece, además de perseguir los delitos, consideraba el rey que los reos se habían comportado de esa manera porque confiaban en que no regresaría vivo de la India. De haber sido así, lo que tampoco es del todo seguro, quizá Alejandro temiese que un comportamiento blando podría dar alas a una eventual revuelta, algo que a tenor de lo que había ocurrido en los meses anteriores tampoco era descartable. Quizá también en esta dirección apuntaba la orden de licenciar a los mercenarios que formaban parte de los ejércitos satrapales, emitida cuando aún Alejandro se encontraba en Carmania y, por consiguiente, todavía lejos de haber concluido su retorno.

De todos modos, su comportamiento no podía dejar de sorprender cuando hasta entonces había aceptado la sumisión de quienes se le rendían e, incluso, les había mantenido en el cargo. Quizá podamos interpretar este nuevo comportamiento, si es que era tal, en el sentido de que,

una vez pacificada buena parte de su imperio, podía ahora preocuparse de su gobierno mientras que en los años previos, cuando lo que le importaba era acabar con los focos de rebelión, se preocupara menos de cómo eran administrados los territorios siempre y cuando sus responsables cumpliesen con las demandas en dinero, hombres y suministros formuladas por el rey para seguir llevando a cabo sus guerras en territorios cada vez más alejados.

En alguno de estos momentos, y ante la creciente purga de los mandos que Alejandro estaba llevando a cabo, Harpalo, encargado de custodiar el tesoro en Ecbatana, decidió huir. Este había sido uno de sus más antiguos compañeros, exiliado con él cuando se enfrentó a Filipo a cuenta de la boda con Cleopatra pero que ya había protagonizado una extraña huida justo antes de la batalla de Iso. En aquella ocasión fue perdonado por Alejandro y restaurado en su confianza, como mostraría el que desde el 330 había controlado el tesoro real y servido de enlace entre el Occidente del imperio y un Alejandro que cada vez se dirigía más hacia el este. Las causas de la huida de este estrecho colaborador de Alejandro son difíciles de conocer con precisión pero es probable que, como otros de los sátrapas encarcelados o ejecutados, fuese consciente de que en su trayectoria había motivos por los que el rey podía desconfiar de él. De este modo, en febrero del 324 Harpalo partió de Babilonia, a donde había sido trasladado en un momento indeterminado, con los hombres y dinero que pudo reunir y se dirigió hacia la costa. En Cilicia embarcó con destino a Atenas a donde llegó con 6.000 mercenarios y 5.000 talentos que había tomado del tesoro real; allí no fue recibido en un primer momento pero al final Demóstenes (fuese o no sobornado, de lo que muchos de sus conciudadanos le acusaron) hizo que fuese admitido en la ciudad, aunque perseguido por los macedonios consiguió escapar de la cárcel ateniense en la que se le custodiaba. En todo caso, su dinero serviría más adelante para poder hacer la guerra contra los macedonios tras la muerte de Alejandro, en la conocida como Guerra Lamíaca.

Más o menos por la época en la que Harpalo estaba intentando ser aceptado en Atenas, es decir, a mediados del 324, Alejandro envió a Nicanor de Estagira, yerno e hijo adoptivo de Aristóteles, hasta Olimpia para que proclamase en el santuario, durante la celebración de los Juegos

Olímpicos, el que se ha conocido como "Decreto de los Exiliados". Este obligaba a las ciudades a aceptar y restituir en sus derechos a aquellos ciudadanos que hubiesen sufrido exilio y encomendaba a Antípatro que hiciera uso de la fuerza si fuese necesario para forzar el cumplimiento de su orden a las ciudades que lo rechazasen. Hasta 20.000 de esos exiliados se encontraban en ese momento en Olimpia y fueron testigos de esa solemne proclamación que los partidarios de Alejandro interpretaron al punto como prueba de la generosidad del rey (Diodoro, XVIII, 8, 4-5). Sin duda, era una interferencia en los asuntos internos de las *poleis*, algo que estaba frontalmente en contra de los juramentos que Filipo y Alejandro habían intercambiado con las ciudades griegas en el momento de la constitución de la Liga de Corinto. Aun cuando se han dado muchas explicaciones acerca de los motivos de Alejandro para su promulgación, parece que una razón de peso radicaba en la llegada a Grecia de varios miles de antiguos mercenarios que habían servido en los ejércitos persas y en sus propios ejércitos, y que tras ser licenciados y, muchos de ellos, no haber aceptado su asentamiento en las colonias fundadas, estaban causando problemas en Grecia al tiempo que constituían un riesgo porque su situación desesperada en muchos casos les podía obligar a aceptar enrolarse en empresas que pusieran en riesgo el propio control macedonio sobre Grecia. Mediante el decreto, se facilitaba el regreso a sus ciudades de origen a quienes se hubieran marchado de ellas por motivos políticos pero también a todos aquellos que habían sido condenados en ausencia por haber protagonizado acciones perjudiciales para Alejandro (por ejemplo, haber combatido bajo las órdenes de Darío) como consecuencia de decretos emitidos por la Liga por instigación de Alejandro. Mediante esta interferencia, Alejandro intentaba resolver problemas que él mismo había contribuido a crear desde hacía años y que se habían agravado con el licenciamiento forzoso de los mercenarios de los ejércitos satrapales que, concentrados en el cabo Ténaro, sumaban al menos 8.000, una buena parte de ellos traídos desde Asia por Harpalo. A su muerte, constituyeron una fuente de reclutamiento importante para oponerse a Antípatro en la conocida como Guerra Lamíaca.

El Decreto de los Exiliados pretendía cerrar (otra cosa es que lo consiguiera) un contencioso que estaba pendiente desde el momento del

desembarco de Alejandro en Asia y que tenía que ver con la actitud macedonia frente a los griegos que, no combatiendo a su lado, eran considerados enemigos del rey; como ya se vio, muchos de ellos fueron masacrados tras la batalla del Gránico y otros recibieron tratos diversos tras entregarse a Alejandro al morir Darío III según el momento de haberse enrolado en las filas persas por no citar más que los casos mejor conocidos. Esta desconfianza hacia los griegos se había vuelto a ver en estos momentos cuando ordenó el licenciamiento de los mercenarios que servían a los sátrapas por desconfianza hacia estos y, por consiguiente, hacia las tropas bajo el mando de ellos. Todo ello muestra una progresiva desconfianza hacia los griegos a su servicio que, aunque quizá siempre latente, había ido tomando cuerpo en los últimos años. Cabría, por fin, preguntarse si Alejandro era consciente de los problemas que este decreto iba a crear a las ciudades en su estabilidad interna y si, sabiéndolo, actuó así con la intención de entretenerlas en pugnas internas, evitando de este modo que pudieran pensar en intentar sacudirse la autoridad macedonia.

Quizá esa misma embajada de Nicanor a Olimpia llevase otra petición, a saber, que se le reconocieran honores divinos en las ciudades de Grecia. Aunque solo disponemos de información para Atenas, sabemos que el orador Demades propuso que se le reconociese como el decimotercer dios (Eliano, *Historias Varias*, V, 12), algo que, por otro lado, ya había pretendido Filipo al situar, el día en el que fue asesinado, su estatua en el teatro de Egas junto a las de los doce dioses. Sin duda el propio Alejandro no estaría lejos de estas pretensiones si es que las comparaciones que encontramos en las fuentes a personajes divinos como Heracles y Dioniso, a los que Alejandro habría emulado y superado, proceden, como parece, de su propio círculo resaltando, incluso, la preeminencia del rey al haber llegado más lejos y ejecutado más acciones que ambos personajes los cuales, por otro lado, también se contaban entre sus antepasados.

En medio de todos estos acontecimientos, Alejandro tenía necesidad de dar un golpe de efecto para conseguir apaciguar, al menos, a los macedonios de su ejército y hacer, al tiempo, algo espectacular de cara a sus súbditos asiáticos, en especial a la élite irania, de la que seguía dependiendo en buena parte la estabilidad del imperio. Ello lo consiguió mediante la celebración de una ceremonia masiva de casamiento que tendría

lugar en Susa hacia febrero del 324 y que mencionan varias de nuestras fuentes con algunas variantes en los detalles (Arriano, *Anábasis*, VII, 4, 4-6; Diodoro, XVII, 107, 6; Plutarco, *Alejandro*, 70, 3). Alejandro se casó con la hija mayor de Darío, Estatira (llamada Barsine por algunos autores lo que hace que se confunda con su concubina) y, según Aristobulo, también con Parisátide, la hija menor del rey Artajerjes III. Hefestión se casó con Dripetis, hermana de Estatira, porque Alejandro quería que sus hijos fuesen sobrinos suyos. A Crátero le correspondió Amastrines, hija de Oxiartes, hermano de Darío; a Perdicas, una hija de Atropates, sátrapa de Media; a Tolomeo y a Éumenes les correspondieron, respectivamente, Artacama y Artonis, hijas de Artabazo y hermanas, por lo tanto, de su concubina Barsine; a Nearco, la hija de Barsine y Méntor; a Seleuco, la hija del bactrio Espitámenes y así sucesivamente, hasta un total de 80 matrimonios, aunque Ateneo (XII, 538b-539a) elevaba la cifra a 92. La ceremonias se celebraron simultáneamente y se realizaron según el ritual persa. Fue Alejandro el que aportó la dote de todas las novias. Al tiempo, regularizó todas las uniones de hecho que sus soldados habían establecido a lo largo de los años, que resultaron ser diez mil y a todas las nuevas parejas que recibían reconocimiento legal, Alejandro les hizo entrega de dinero como regalo de bodas.

La ceremonia de Alejandro y sus compañeros tuvo lugar en una gigantesca tienda que medía 200 m de lado y constaba de un gran patio enmarcado por las cámaras nupciales en las que los contrayentes pasarían su noche de bodas, precedidas por sendos tronos para las novias. En su frente, una sala con 100 lechos serviría para la celebración de los banquetes, todos ellos decorados con profusión de plata excepto el del propio Alejandro, que tenía las patas de oro. Todas las estancias estaban decoradas con todo tipo de telas exóticas y cortinas y tapices recamados en oro; en el gran patio central actuarían los mejores artistas para diversión de los invitados (rapsodos, músicos, cantantes, actores trágicos y cómicos, etc.). Las fiestas duraron cinco días y a ellas acudieron representantes de todo el imperio llevando presentes que fueron valorados en 15.000 talentos.

En muchas ocasiones se ha interpretado esta ceremonia como un intento por parte de Alejandro de fusionar los dos mundos, las dos culturas, la griega con la oriental y los partidarios de esta idea han llegado a hablar

de unos ideales de tipo igualitario que habrían sido propios del rey, de una unidad y de una hermandad de la humanidad, ejemplificada en este y otros actos, convirtiendo así a Alejandro en un soñador y en un precursor de ideas que tendrían desarrollo tiempo después.

En nuestra opinión, nada hay más lejos de la realidad que estas interpretaciones. Por un lado, la presencia de mujeres y niños en la comitiva del ejército está bien atestiguada en diversas ocasiones; sus orígenes eran, al menos en su inmensa mayoría, asiáticos y obedecían a necesidades biológicas de los soldados que, con el paso del tiempo, estaban cada vez más lejos de sus hogares y de las esposas que, al menos los que se habían casado, habían dejado atrás. Como era de esperar de las uniones entre los soldados y esas mujeres irían naciendo hijos que formarían parte del séquito del ejército o que permanecerían en las guarniciones que iban estableciéndose en puntos estratégicos o, en el mejor de los casos, se asentarían en aquellos lugares en los que Alejandro iba fundando nuevas ciudades. Esas uniones no tenían reconocimiento legal y, por lo tanto, los hijos habidos de ellas eran ilegítimos desde el punto de vista del derecho griego y, tal vez, también del macedonio. Es, por lo demás, bastante probable que muchas de las mujeres procedieran de poblaciones conquistadas por la fuerza y hubiesen formado parte del botín de guerra. No había, pues, en estas uniones ningún deseo consciente de mezclar poblaciones distintas sino tan solo imperativos biológicos favorecidos por la disponibilidad de mujeres capturadas en los diversos actos de guerra. Lo que a este respeto hizo Alejandro con motivo de su boda y la de sus compañeros en Susa fue ofrecer la legalización de esas uniones con una finalidad específica a la que aludiremos más adelante. Se reconocía una realidad existente y se arbitraban medidas para sacar provecho, desde el punto de vista personal pero, sobre todo, desde el de Alejandro, de esa situación.

Cosa distinta fueron los matrimonios de Alejandro y sus compañeros. No parece haber habido aquí tampoco ningún intento de unir culturas y poblaciones sino, sobre todo, un motivo político. Desde muy temprano Alejandro había situado a nobles persas al frente de satrapías y de otros cargos de relevancia dentro del imperio. Con estas bodas lo que el rey pretendía era establecer unos vínculos más intensos con las élites iranias para facilitar el control político e ideológico de la población mediante la

legitimación de la conquista por medio de matrimonios políticos, algo a lo que los propios persas no eran en absoluto ajenos, ya que las alianzas matrimoniales habían sido utilizadas por ellos ya en el pasado. Tomando a las mujeres de los más nobles persas, empezando por las hijas del rey Darío y de su antecesor Artajerjes III, Alejandro asumía el papel de proporcionar un heredero a su trono que procediese a la vez de la línea argeada y de la aqueménida, de modo tal que pudiese reinar sobre el imperio con una doble legitimidad. Y lo mismo deseaba que hicieran sus compañeros, con cuyos matrimonios pretendía crear una nueva élite macedonia-persa que tomase las riendas del gobierno en la siguiente generación.

No es, pues, un ideal abstracto de unión de pueblos y culturas sino un objetivo mucho más concreto: aplicar en el gobierno del imperio los mismos criterios que tanto los macedonios como los persas habían utilizado desde hacía tiempo. El propio Alejandro había sido fruto de una de esas uniones políticas, por más que la tradición resaltase el amor mutuo que habían sentido Filipo y Olimpíade cuando ambos coincidieron en Samotracia; su nacimiento cimentó la alianza entre la casa real argeada y la molosa y pronto se vieron los frutos de ello cuando Filipo destituyó al tío de su mujer, Aribas, y colocó a su joven cuñado Alejandro (con tan solo 20 años) al frente del reino del Epiro. Pero Filipo había contraído más matrimonios a lo largo de su vida que le sirvieron, en cada momento, para afianzar alianzas. Alejandro pudo imponer estos matrimonios a sus compañeros, que no osaron rechazar este ofrecimiento; sin embargo, de todos ellos, el único que se mantuvo en el tiempo y no acabó en divorcio (o algo peor) fue el de Apame, la hija de Espitámenes, con Seleuco. El resto acabó disolviéndose porque, como ya se había puesto de manifiesto con el asunto de la boda de Filipo con Cleopatra, la nobleza macedonia prefería los matrimonios entre macedonios. Puede pensarse, sin embargo, que de haber seguido reinando Alejandro, esos matrimonios se habrían estabilizado, incluyendo el del propio rey, del que se esperaba que, en su momento, surgiera el futuro heredero. Los acontecimientos, como es sabido, se desarrollaron de otro modo.

Los soldados afectados pudieron aceptar la oferta de legalizar sus uniones y debieron de agradecer el regalo que les hizo su rey; sin embargo, es

probable que no viesen con demasiados buenos ojos los matrimonios que sus nobles contraían por imposición de Alejandro porque el objetivo que para este era deseable, crear un grupo dirigente macedonio-iranio, sin duda no lo era para la mayoría de los griegos y los macedonios. Más allá de las ideas que habían defendido algunos filósofos, entre ellos el maestro de Aristóteles, acerca de la inferioridad de los bárbaros con respecto a los griegos, estos últimos, y mucho menos los macedonios, no tenían la intención de olvidar que ellos habían sido los conquistadores del Imperio persa y que, por ello, les correspondía un papel relevante dentro del esquema político que se le asignase al mismo. Todos recordaban, magnificados por el tiempo, los episodios de Filotas y Parmenión, de Clito, de Calístenes y de los pajes detrás de los cuales existía, y también se magnificó, su resistencia a la orientalización de Alejandro. Del mismo modo que la boda de Filipo con Cleopatra había contado con un amplio apoyo por parte de los macedonios, que provocó toda una serie de reacciones negativas contra Olimpíade, a quien se veía como rival importante al ser la madre del único candidato viable por entonces a suceder al rey, el matrimonio de Alejandro con Estatira y con Parisátide no debió de gustar, como tampoco había gustado demasiado la unión con Roxana. Para ese momento, además, acabaría de nacer su primer hijo reconocido, Heracles; aunque posiblemente en un lugar inferior que su futuro hermanastro Alejandro IV, al no ser fruto de un matrimonio legítimo, eso no parece haberle incapacitado para heredar el trono puesto que, al predominar la línea paterna, cualquier hijo reconocido por el rey sería hijo legítimo suyo y, de hecho, tras la muerte de Alejandro, Nearco le presentó como posible candidato al trono, aunque sin éxito. De cualquier modo, no dejaba de ser significativo que todavía el rey no tuviese ningún hijo de un matrimonio legítimo, tras haber perdido Roxana a su primer vástago, y que los que eventualmente pudiera tener de sus por entonces tres esposas, serían medio orientales.

Es difícil saber si Alejandro era consciente de estas resistencias o reticencias pero da la impresión de que algo sí sospechaba porque en estos meses se sucedieron algunos acontecimientos, iniciados años atrás, que indicaban que el rey había previsto variar sustancialmente, ampliándolas, las bases de su poder.

Que Alejandro tenía nuevos planes para sus soldados lo muestra un hecho que ocurre también en estos momentos, quizá tras las bodas. Se trataba de liquidar todas las deudas que tuviesen sus soldados; muchos de estos, desconfiando, las ocultaron y, por lo tanto, la mayor parte de ellas seguía sin aflorar. Alejandro, viéndolo, ordenó que se colocaran mesas de cambistas con el dinero a la vista y que los soldados entregasen sus recibos y recibiesen la suma adeudada sin necesidad de tener que dar sus nombres. La cantidad empleada se calculó entre 10.000 y 20.000 talentos. Del episodio destaca, en primer lugar, la desconfianza de los soldados que parece que ya no terminan de fiarse del todo de su rey y se temen algún tipo de castigo o represalia; mostraría hasta qué punto habían calado en ellos los últimos comportamientos de Alejandro, incluyendo los castigos infligidos a muchos de los sátrapas y gobernadores, en muchos casos macedonios. En segundo lugar, llama la atención esa preocupación de Alejandro por la situación financiera de sus soldados, que se camufla con regalos dados por el rey a los que más se habían distinguido en las acciones de guerra y con una nueva tanda de ascensos y condecoraciones. Da la impresión de que Alejandro está pensando prescindir de una parte importante de sus soldados y un medio de librarse de ellos era liquidar las deudas que tenían con los comerciantes y demás proveedores puesto que de lo contrario, y aunque los hubiese licenciado, difícilmente los acreedores les habrían permitido marcharse debiéndoles todavía dinero. El número de soldados de los que iba a prescindir sumaba 13.000 infantes y 2.000 jinetes, una cifra bastante considerable. Pronto se vería con quién quería sustituir Alejandro a parte de esos soldados a los que pensaba licenciar.

Efectivamente, ante Alejandro se presentaron 30.000 jóvenes persas que, desde hacía tres años (desde el 327), habían sido escogidos e instruidos por orden del rey en las técnicas militares macedonias. Comparecieron armados a la macedonia y Alejandro los consideró sus epígonos o "sucesores"; esto, unido a los recientes acontecimientos (las bodas, la liquidación de las deudas de los soldados y el licenciamiento de tantos miles de ellos) aumentó la desconfianza del ejército que pensaba que Alejandro quería prescindir de ellos. Alejandro era sensible a que la capacidad demográfica de Macedonia no podría seguir proporcionando

reclutas de manera indefinida y tanto el control del imperio como la prosecución de las conquistas, que el rey no pensaba abandonar, requerirían numerosas tropas que, como no podía ser de otra manera, deberían combatir al modo macedonio. Si Alejandro actuó en este sentido porque se le ocurrió a él mismo o, por el contrario, adoptó una práctica ya empleada, quizá, por Darío III (reclutando a tropas de élite con formación específica, los problemáticos cardacos) es algo que no podemos saber con certeza aunque no habría que descartar esta última posibilidad.

Arriano (*Anábasis*, VII, 6, 2-4) describe de forma magistral los sentimientos que este y otros acontecimientos provocaban en el ejército:

> "[...] no pequeño dolor causaba a los macedonios la contemplación de la vestimenta meda de Alejandro y las bodas realizadas según la costumbre persa no habían sido del agrado de muchos de ellos, ni tan siquiera de muchos de los novios, aun cuando se sentían muy agradecidos al rey por haberles tratado como iguales. Les desagradaba profundamente la vestimenta y la lengua persa de Peucestas, el sátrapa de Pérside, y que sus usos bárbaros le agradaran a Alejandro; y también que los jinetes bactrianos, los sogdianos, los aracosios, los zarangios, los arios, partos y los persas llamados evacos hubiesen sido asignados a la caballería de los compañeros, que por sus méritos y por la belleza de sus cuerpos y otras virtudes sobresalía sobre todos los demás; y que de entre ellos se reclutase una quinta hiparquía, no toda compuesta de bárbaros pero completada con bárbaros al haberse aumentado la fuerza total de la caballería; y que hubiesen sido asignados al agema Cofes, el hijo de Artabazo e Hidarnes y Artíboles, hijos de Maceo, y Sisines y Fradasmenes, hijos de Fratafernes el sátrapa de Partia e Hircania, e Itanes, hijo de Oxiartes y hermano de Roxana, la mujer de Alejandro, y Egobares y su hermano Mitrobeo. Y como jefe de todos ellos fue nombrado Histaspes el bactrio y a todos ellos se les hizo entrega de lanzas macedonias en lugar de jabalinas bárbaras".

La impresión que tenían los macedonios, y estos recientes cambios no contribuían a impedirlo, era que Alejandro ya había aceptado por completo las costumbres orientales en detrimento de las macedonias y que favorecía más a aquellos que a sus propios hombres.

De camino a Babilonia, procedente de Susa, Alejandro se estacionó en Opis, junto al Tigris, quizá no muy lejos de la actual Bagdad, donde se le reuniría Hefestión. Allí iba a salir a luz todo el resentimiento que el ejército había ido acumulando durante los años previos contra Alejandro.

En Opis es donde el rey iba a anunciar los licenciamientos de todos aquellos que por edad o por estado físico resultasen ya inútiles para el servicio, recompensando a todos los que se marcharan de forma adecuada a sus padecimientos. Aunque, según parece, la intención de Alejandro era congraciarse con los macedonios, estos, dolidos por los comportamientos anteriores, lo tomaron como un agravio al que se sumaron los indicios que acabamos de mencionar, a saber, la vestimenta persa de Alejandro, la llegada de los epígonos y la inclusión de bárbaros entre la caballería de los compañeros. Arriano (*Anábasis*, VII, 8-11) es quien, sin duda, nos da el relato más completo. El ejército prorrumpió en gritos diversos, entre los que se pudieron escuchar peticiones de licenciamiento masivo y burlas sobre el carácter divino de Alejandro al que incitaban a realizar expediciones con su padre, obviamente el divino, Zeus Amón. Esa explosión de irritación provocó la ira de Alejandro que, descendiendo de la tribuna, señaló con su propio dedo a los cabecillas de la revuelta, siendo al punto detenidos trece, a los que ordenó ejecutar. Tras ello, Alejandro volvió a subir a la tribuna y tomó la palabra. En su discurso empezó recordando todos los beneficios que Filipo había otorgado a los macedonios, convirtiéndoles en civilizados de salvajes, haciéndoles dominar a los pueblos ante los que antes estaban atemorizados y haciéndoles dueños de Tracia, Tesalia, la Grecia central y vencedores de Tebas y Atenas. Continuó hablando de cómo eran dueños del Peloponeso y cómo había conseguido unir a los griegos para atacar a los persas, todo lo cual lo había hecho Filipo no en su propio beneficio sino en el de los macedonios. A continuación Alejandro les hace ver todas las conquistas bajo su mando y cómo los beneficios de las mismas han sido para ellos y no para él mismo, además de haber arrostrado las mismas penalidades a las que ellos habían

tenido que hacer frente, enumerando incluso la lista de sus heridas. De ahí pasa a las amenazas y les invita a todos a regresar a Macedonia y que proclamen allí que han vuelto a dejar abandonado a su rey. Tras ello, bajó de la tribuna y estuvo tres días encerrado, recibiendo solo durante el tercero a los más nobles persas. El relato de Curcio (X, 2, 12-30) presenta la misma información, aunque el rey aparece más desafiante e insultante hacia los amotinados, mientras que Diodoro (XVII, 109, 2-3) y Plutarco (*Alejandro*, 71) dan breves resúmenes.

La actitud del rey, llevando a cabo sus planes de realzar a las unidades persas, otorgándoles incluso nombres privativos de las unidades macedonias y empezando a aparecer escoltado por ellos, acabó por conmover a los soldados que acudieron todos en masa ante las puertas de su residencia, arrojando las armas y pidiendo ver al rey. Este salió y Calines, jefe de la caballería de los compañeros le hizo saber que lo que a los macedonios les dolía es que considerase parientes a muchos persas y los saludase con un beso, cuando a los macedonios de origen no noble no les estaba permitido. Pocas dudas caben de que esta escenificación se había preparado con antelación, porque Alejandro declaró que desde ese momento consideraba parientes suyos a todos los macedonios; Calines el primero se le acercó y le besó, como pudo hacer todo el que quisiera. Eso confortó a los macedonios, que tomaron sus armas y regresaron al campamento. Alejandro celebró sacrificios y ofreció un banquete masivo en el que él mismo estaba rodeado de los macedonios, seguidos de los persas y luego el resto de los pueblos que gozaban del aprecio del rey. Los que estaban en torno a Alejandro bebieron con él vino de la misma crátera, hicieron las mismas libaciones y tanto los adivinos griegos como los magos persas realizaron sus propias ceremonias; al final, se pidió por la concordia (*homonoia*) y el gobierno común de macedonios y persas. Unos nueve mil comensales participaron en el banquete.

Al final, Alejandro había conseguido lo que había pretendido desde el primer momento, como veremos a continuación cuando nos refiramos a los licenciamientos. Pero la diferencia es que ahora los macedonios habían quedado, en apariencia, confortados por la familiaridad que el rey, después de los graves reproches que les había hecho, mostraba hacia ellos. De paso, podríamos decir, se había desembarazado de aquellos soldados

más díscolos y que expresaban con más virulencia su descontento. Es bastante probable que ya Alejandro los hubiese identificado con antelación, por lo que los pudo señalar sin titubeos durante la asamblea. Alejandro no rebajó la consideración que había mostrado hacia los persas y no renunció a utilizar tropas y oficiales persas en su ejército; simplemente, pudo convencer a los macedonios de que ellos eran sus "auténticos" familiares, medida propagandística que parece haber resultado efectiva sin un costo excesivo. Creo que no deberíamos dudar de la habilidad mostrada por el rey que, igual que en el caso de la *proskynesis*, en cuyo cumplimiento por parte de los macedonios dio marcha atrás, ahora había conseguido la plena aceptación de su política por parte de aquellos que hacía poco estaban dispuestos a abandonarlo. Poco a poco, Alejandro se estaba convirtiendo en un gobernante autocrático, rodeado por las muestras de sumisión propias del ritual cortesano persa, y estaba consiguiendo que los macedonios fuesen aceptando, aunque no sin sobresaltos, esa situación. Y ello no era baladí; acostumbrados a la idea de la inferioridad del bárbaro y su naturaleza esclava, algo que compartían desde los filósofos (como Aristóteles) hasta el griego corriente –aunque los primeros lo articularan con argumentos más o menos elaborados y el segundo lo percibiese como una verdad absoluta, irracional y sin necesidad de demostración–, Alejandro había pasado a integrarlos en su círculo más inmediato y en su ejército e, incluso, les daba más muestras de amistad que a los propios macedonios. Y, además, y a pesar de que habían sido vencidos ahora soldados persas armados y equipados a la macedonia estaban a punto de suplantarlos en el ejército. Esos motivos de queja, sin embargo, quedaron en nada con unos pocos gestos del rey que, incluso, en la fiesta de reconciliación brindó, ni más menos, que por el gobierno en común de macedonios y persas. Quien pueda seguir dudando de la habilidad de Alejandro para conseguir salirse con la suya en casi todas las ocasiones deberá esforzarse más para encontrar ocasiones en las que no lo consiguió –con excepción, claro está, de los sucesos en el Hífasis.

En efecto, la afrenta del Hífasis debió de dejar una profunda huella en Alejandro, que había visto cómo, a pesar de todo, no había conseguido llevar a término lo que se había marcado como meta de sus conquistas y aunque el inicio de la formación en las tácticas macedonias de los 30.000

epígonos había sido muy anterior a ese suceso y mostraba ya la intención de Alejandro de incorporar soldados persas a su ejército, los acontecimientos de la India debieron de mostrarle que ese era el camino a seguir. Por supuesto, no tenía intención de prescindir de sus tropas macedonias y griegas pero sí de encuadrarlas en unidades en las que también participasen aquellos persas que, conforme a su rango, habían recibido instrucción militar de tipo macedonio. Las reticencias de estos, que estallaron en Opis, fueron reconducidas con una hábil gestión del conflicto por parte de Alejandro que, al final, se salió con la suya, se desembarazó de los individuos más hostiles a sus posturas dentro del ejército y acabó festejando con los macedonios a los que trató como si fueran sus propios familiares. La última parte de un plan de una sagacidad extraordinaria se iba a revelar en el momento de los licenciamientos.

En efecto, de todos los que habían quedado más o menos incapacitados para el servicio, los que decidieron regresar a sus casas fueron 10.000 infantes y unos 1.500 jinetes, lo que sugiere que muchos otros (quizá hasta 3.000) decidieron permanecer en Asia. Pero aunque ellos se marcharan, recibiendo sus pagas completas así como lo que hubieran devengado desde ese momento hasta su llegada efectiva a sus hogares, les sugirió que dejaran con él a sus hijos a los que educaría como macedonios dándoles incluso instrucción militar. Cuando se hicieran hombres, él mismo se comprometía a hacerlos regresar a Macedonia; el número total de estos jóvenes parece haber rondado los 10.000. Del destino de las hijas y de las esposas bárbaras no se nos informa. El pretexto, que debió de ser bien entendido por muchos, era que su llegada a Macedonia podría provocar conflictos entre esos hijos habidos con mujeres bárbaras y los que hubiesen dejado en Macedonia y sus madres. La observación era pertinente; Alejandro había legalizado esos matrimonios y, por lo tanto, sus hijos, hasta entonces ilegítimos, habían adquirido plenos derechos, entre ellos a la propiedad. Aun cuando el que muchos de los soldados se hubiesen convertido, mediante ese acto, en polígamos de hecho, eso no era especialmente grave porque los propios reyes lo habían sido y lo eran. El problema podría venir cuando las dos familias se reuniesen en Macedonia, una situación que podía provocar dificultades porque, salvo en los reyes, la poligamia no parece haber sido una práctica habitual, o cuando

se planteasen problemas relativos a las herencias. Por otro lado, Alejandro se aseguraba también, además de la lealtad de los padres que regresaban a casa al quedar sus hijos, en cierto modo, como rehenes, un nuevo contingente de jóvenes, hijos de macedonios y mujeres asiáticas, a los que podría educar e instruir con las mismas garantías (o, incluso mejores para quienes aceptaban la superioridad de los macedonios) que a los epígonos. Y, sin ninguna duda, a los que después de más de diez años regresaban a sus casas, el llevarse hasta Macedonia una familia medio bárbara no podía dejar de plantearles inquietud. Alejandro, de nuevo, supo combinar las aprensiones de sus soldados con sus propios intereses. Al frente de los que regresaban situó a Crátero que tenía, además, órdenes de sustituir a Antípatro como gobernador de Macedonia, Tracia y Tesalia y como defensor de la libertad de los griegos; según narran algunos autores antiguos, la propia Olimpíade, cuya enemistad con el regente era evidente y de todos conocida, había terminado por convencer a su hijo de que las decisiones que aquel estaba tomando, en especial tras la promulgación del Decreto de los Exiliados, iban en detrimento de la política de Alejandro y ello es lo que habría persuadido, por fin, a Alejandro, a destituir al anciano general (contaba ya con 75 años), aunque sus órdenes oficiales eran conducir a Asia nuevos refuerzos que sustituyeran a los recién licenciados. Problema distinto es que Antípatro no quisiese ser sustituido, lo que también provocaría algunos problemas en los meses siguientes.

En el otoño del 324, y una vez resueltos los asuntos del ejército, Alejandro se trasladó a Ecbatana. Allí, celebró sacrificios así como fiestas de todo tipo, incluyendo representaciones teatrales, puesto que se afirmaba que había hecho venir desde Grecia a 3.000 artistas. Quizá como consecuencia de los excesos en comida y bebida, Hefestión enfermó y a los siete días murió. Aunque todos los autores antiguos que escribieron sobre Alejandro estaban de acuerdo en el gran dolor que sintió el rey por la muerte de su amigo, el propio Arriano (*Anábasis*, VII, 14, 2-4) nos previene de que lo que los autores cuentan acerca de cómo se comportó después se debía a la actitud de afecto u odio que cada uno sentía hacia él. De hecho, y aunque solo sea a partir de la escasa muestra que nos ha quedado en los autores conservados, vemos a Alejandro comportarse de una forma digna o, por el contrario, dando rienda suelta a todo tipo de excesos, desde no

querer separase del cuerpo de Hefestión, hasta mandar ejecutar al médico que le atendía por no haberle impedido seguir bebiendo vino a pesar de estar ya enfermo o destruir el templo de Asclepio en Ecbatana por no haberle sanado.

Muchos coincidían en que se cortó el pelo sobre el cadáver de Hefestión, en un gesto que emulaba a Aquiles ante Patroclo, del mismo modo que se contaba que cuando Alejandro había desembarcado en Troya, él había honrado la tumba de Aquiles mientras que Hefestión hacía lo propio en la de Patroclo. Aunque pueda haber algo de ficticio en estas informaciones, parece claro que Alejandro, gran amante como era de la *Ilíada*, gustaba de establecer estas comparaciones entre su lejano antepasado y su persona. En cualquier caso, ordenó que se le rindiesen honores heroicos e hizo sacrificios de este tipo y pasó tres días encerrado sin dejarse ver ni preocuparse de su cuidado personal. Ordenó a Perdicas que trasladara los restos hasta Babilonia para desarrollar allí los rituales funerarios y mandó construir una pira cuyo valor fue de 10.000 o 12.000 talentos y cuyo tamaño y prestancia exigió su construcción por un experto ingeniero como Dinócrates de Rodas, que años atrás se había encargado de la planificación de Alejandría. Todo ello debería estar preparado para cuando Alejandro llegase a Babilonia.

Quizá en relación con la muerte de Hefestión, y como medio de conmemorar la misma, puede estar una escultura de piedra de un león, muy desgastada y mutilada, de estilo griego existente en Hamadan (la antigua Ecbatana), y que pudo haber pertenecido a un cenotafio para el amigo de Alejandro. Aunque las tradiciones locales abundan en diversos detalles apócrifos y hay también dudas acerca de su ubicación original, parece que la pieza es de estilo griego, puesto que muestra semejanzas con algunos monumentos griegos más o menos contemporáneos, como los leones de Queronea y Anfípolis. Sobre él hay numerosas referencias en la literatura de la región que es quien lo vincula con Alejandro. En la actualidad se ubica en un parque al sudoeste de la ciudad y ha sido objeto de una limpieza y una ligera restauración en 2009 y ubicado sobre un plinto más alto que en el que hasta entonces estaba situado, para protegerlo de daños derivados del desgaste del mismo provocado por el carácter protector que aún conserva entre la población local.

Mientras, a principios del año 323 y antes de emprender camino hacia Mesopotamia, Alejandro realizó una campaña contra los coseos, que habitaban las regiones montañosas de Media, dando muerte a muchos de ellos; algunos autores decían que Alejandro tomó esta campaña, con un gran número de muertos, como sacrificios en honor a Hefestión. También, de camino, habría recibido embajadas de diversos pueblos: libios, brucios, lucanos, tirrenos, cartagineses, etíopes, escitas europeos, celtas, iberos, que le aclamaban como vencedor de Asia y que incluso le pedían consejo para dirimir sus disputas y le ofrecían tratados de amistad. Algunos autores mencionaban incluso hasta a los romanos como uno de los pueblos que le envió embajadores, aunque autores como Arriano (*Anábasis*, VII, 15, 5-6) consideran esto poco probable. De las otras embajadas, al menos de parte de ellas, quizá también convenga dudar aunque por otro lado es cierto que los persas habían mostrado interés desde hacía largo por los asuntos mediterráneos y que, al sustituir Alejandro al Gran Rey, parte de ese interés podría haberse dirigido a él. Igualmente, planeaba nuevas expediciones o, al menos, exploraciones como la que ordenó que se llevase a cabo en el mar Caspio o Hircanio, del que Alejandro quería saber si se comunicaba con el Ponto Euxino o si era tan solo un gran golfo del Océano, del mismo modo que gracias a él se había llegado a saber de forma certera que el golfo Pérsico, que otros seguían llamando mar Rojo no era sino un golfo del Océano.

Al irse acercando a Babilonia y tras cruzar el Tigris, le salieron al encuentro unos profetas caldeos que le aconsejaron no llegar hasta Babilonia porque nada bueno le ocurriría. Según algunos autores, creyó esas admoniciones y retrasó su llegada a la ciudad permaneciendo en Borsipa; según otros no hizo caso y Arriano (*Anábasis*, VII, 17) llega a sugerir que el motivo que tenían los caldeos para querer impedir el retorno del rey se debía a que Alejandro se había comprometido a reconstruir el templo de Belo (Bel-Marduk) que había destruido Jerjes y que, tras su marcha, las obras se habían paralizado casi por completo, por lo que todos los ingresos del templo eran administrados por los caldeos y si se reemprendían las obras, al emplearse en ellas ese dinero, dejarían de poder disponer de él. Quizá sean ciertas las observaciones de Arriano pero también puede serlo que los astrónomos babilonios, que observaban las estrellas y el

movimiento de los astros, esperasen algún eclipse, lunar o solar, o la coincidencia de ambos, lo que solía ser un presagio de desgracias para los reyes según sus tradiciones. Lo cierto es que Alejandro parece haber aceptado estas predicciones al menos durante algún tiempo, hasta que Anaxarco le hubo convencido de su inutilidad.

Al final, Alejandro hizo su entrada en Babilonia, aunque no por la puerta que le recomendaban los caldeos, la occidental, y una vez allí siguió recibiendo embajadas diversas, en buena parte también procedentes de numerosos estados griegos. Aunque las fuentes no dan demasiados detalles, parece que un motivo de preocupación en ellos era el reciente Decreto de los Exiliados, cuya aplicación estaba causando problemas y pretendían que Alejandro les indicase cómo ponerlo en ejecución o que les dispensara de hacerlo. No obstante, el orden de preferencia con el que recibió a los embajadores griegos daba idea de que este último asunto era el que menos le preocupaba o, por lo menos, el que le podría plantear más problemas. En efecto, asegura Diodoro (XVII, 113, 3-4) que primero recibió a los que tenían que tratar asuntos relativos a los santuarios y lo hizo según la importancia de cada uno; luego atendió a los que habían ido a ofrecerle regalos, después a los que le pedían arbitraje en litigios contra sus vecinos, más adelante a los que venían a resolver asuntos personales y por último a los que planteaban problemas con respecto al regreso de los exiliados. Arriano (*Anábasis*, VII, 19, 2), que no da tantas explicaciones, asegura que Alejandro dio orden de que se devolviesen a todas las ciudades griegas todas las estatuas, imágenes y ofrendas que Jerjes se hubiese llevado de Grecia y que pudiesen estar en Babilonia, Pasargada, Susa o cualquier otro lugar de Asia. Se trataba sin duda de una medida propagandística, que no hacía sino continuar disposiciones semejantes tomadas en el momento de la conquista pero que inducen a pensar que el rey no tenía demasiado interés en resolver los problemas que le planteaban las ciudades. Algunos estudiosos han llegado a pensar que Alejandro obraba así de modo consciente para provocar alguna reacción en Grecia que le permitiera una intervención directa que aprovecharía para aumentar el control que ejercía sobre ella. Esto no parece demasiado probable aunque tampoco podemos descartarlo. En cualquier caso, la llamada Guerra Lamíaca, que surgió como consecuencia de dicho decreto se inició pocos meses después de la muerte de Alejandro.

Tras haber recibido a los embajadores, inició los preparativos para los funerales de Hefestión. Le hizo construir una gigantesca pira cuadrangular de un estadio de lado (unos 185 m) con siete pisos, cada uno de los cuales fue decorado con un tema distinto: proas de quinquerremes con arqueros, antorchas con águilas con las alas desplegadas y, en la base, serpientes, escenas de caza de múltiples animales, una centauromaquia de oro, leones y toros de oro alternándose, armas macedonias y bárbaras y, encima de todo, sirenas huecas en cuyo interior había cantantes que entonaban lamentos fúnebres. Todos habían colaborado en ese derroche arquitectónico, cuyo costo se estimó entre los 10.000 y los 12.000 talentos y dado su tamaño hubo que demoler una parte de la muralla de Babilonia, lo cual también proporcionó ladrillos para su construcción. Había dado también órdenes de que durante los funerales se extinguieran los fuegos sagrados de los persas lo que provocó quejas entre sus súbditos de este origen. Por fin, ordenó que se le hicieran sacrificios a Hefestión como un héroe, atendiendo a la respuesta del oráculo de Zeus Amón a consultas formuladas por él, siendo él el primero en sacrificar 10.000 víctimas de diverso tipo.

Los restos de esta pira fueron excavados en 1904 por Koldewey, que halló una gran plataforma de ladrillos de 7,5 m de altura, los cuales habían sufrido un fuego muy intenso que había marcado en ellos las improntas de los troncos de palmera; se encontraba dentro de las murallas, al este del palacio y al norte del teatro que mandó construir Alejandro. Es posible que el conjunto se convirtiese, tras la cremación, en un *heroon* dedicado a Hefestión aunque la muerte de Alejandro impidió que la construcción se realizase según los planes del rey.

Ya los autores antiguos se preguntaban sobre el tipo de relación que mantuvieron Alejandro y Hefestión. Era su amigo, sin duda con un nivel de afecto e intimidad mayor que el que tenía el resto de sus amigos. Quizá como se pueda resumir mejor sea en la frase que se le atribuye al propio Alejandro sobre el tipo de amistad que mantenía el rey con Crátero y con Hefestión: "Crátero es amigo del rey pero Hefestión es amigo de Alejandro" (Diodoro, XVII, 114, 2). Si mantenían o no relaciones sexuales, tema que ha preocupado más a los investigadores modernos que a los antiguos, es algo que es difícil de saber, del mismo modo que para sus modelos

míticos, Aquiles y Patroclo. Aunque este tipo de comportamiento no parece haber sido infrecuente entre los pajes macedonios, tal y como hemos visto en algún caso que hemos considerado, tampoco tenemos testimonios fehacientes, más allá de algunas insinuaciones y de los inusuales funerales y honores religiosos que Alejandro le dedicó. En cualquier caso, había sido un estrecho y fiel colaborador y sin duda un consejero y confidente que no parece haber cuestionado su autoridad y su criterio en ningún momento. Alejandro no podía dejar de echar de menos su presencia.

Tras concluir los funerales, Alejandro procuraba pasar poco tiempo en Babilonia, bien porque siguiese sintiendo temor por la profecía caldea bien porque prefería estar ocupado en otros temas. De estos meses datarían varios proyectos que Alejandro estaba emprendiendo; entre ellos, el transporte desde Fenicia por tierra hasta el Éufrates de barcos así como la construcción de otros en Babilonia, donde levantó un puerto, y el reclutamiento de tripulaciones para proceder a la colonización de la costa del golfo Pérsico que consideraba una región de gran prosperidad, lo que implicaría combatir contra los árabes. Su tierra producía casia, mirra, incienso, cinamomo y nardos. Hizo que sus naves exploraran todos esos territorios y sus eventuales riquezas y que intentaran la circumnavegación de la península Arábiga hasta alcanzar Egipto aunque ninguna de ellas lo consiguió por completo pero sí pudieron estudiar e identificar los fondeaderos, los puntos de agua, qué productos daba cada lugar, etc. Del mismo modo, se interesó por el drenaje del área de la desembocadura del Éufrates y fundó en la zona una ciudad en la que asentó a mercenarios no aptos ya para el servicio.

Después y como a pesar de los vaticinios no había sucedido nada, regresó de nuevo a Babilonia, a donde llegaron refuerzos de distintas zonas: 20.000 persas, gran número de coseos y tapuros, carios, lidios, etc. Todo ello indicaría que tenía intenciones de reanudar sus campañas, quizá en primer lugar con destino a Arabia. Al tiempo, estaba reorganizando todo su ejército integrando soldados persas y macedonios en las mismas unidades, mezclando falangitas macedonios con arqueros y lanzadores de jabalina persas.

Algunos de los embajadores griegos que llegaron en ese momento llevaban coronas y le ofrecían coronas de oro a Alejandro, pareciendo

embajadores sagrados de los que iban a los santuarios a venerar a los dioses. Ello sugiere que ya muchas ciudades le habían acordado honores divinos a Alejandro y que se apresuraban a demostrárselo al rey.

Como suele ser frecuente entre los autores antiguos, la muerte de Alejandro se vio precedida de toda una serie de presagios y portentos.

Las actividades de los últimos días de Alejandro las conocemos con gran pormenor porque quedaron reflejadas en las *Efemérides Reales*, una especie de diario de la corte que según algunos habría llevado Éumenes de Cardia, secretario del rey, y Diodoto de Eritras, Arriano (*Anábasis*, VII, 25-26) y Plutarco (*Alejandro*, 76) hacen uso de ellas. Alejandro acompaña a Medio a una fiesta donde bebió bastante; se bañó y se acostó. Tras dormir un rato volvió con Medio y siguieron bebiendo hasta bien entrada la madrugada. Se bañó, comió algo y se acostó porque ya tenía fiebre.

Al día siguiente, en litera, realizó los sacrificios habituales pero permaneció el resto del día en sus estancias, aunque seguía impartiendo órdenes para la expedición que preparaba; en los días siguientes continuó con estas actividades, transportado en litera pero recibiendo a sus generales para ultimar los detalles. Su salud se iba deteriorando y, aunque era transportado en litera, ya apenas podía realizar los sacrificios. Al quinto o sexto día había convocado a sus generales, a los que reconoció pero ya no pudo dirigirles la palabra; la fiebre no remitió en ningún momento durante los doce días que estuvo enfermo. Los soldados estaban cada vez más intranquilos viendo cómo la salud de su rey se deterioraba y exigieron verle. Muchos pasaron ante él y aunque el rey reconoció a la mayor parte, tampoco pudo decirles nada. Murió el 10 de junio del 323 a.C. tras haber reinado doce años y siete meses y faltándole poco más de un mes para cumplir 33 años. Sobre sus últimas palabras también circularon diversas versiones, y ello a pesar de que se nos dice que hacía ya algunos días que no podía hablar. No obstante, una de ellas asegura que, preguntado que a quién dejaba su reino, habría contestado *to kratisto*, que puede traducirse como “al mejor” o “al más fuerte”, tras quitarse su anillo y entregárselo a Perdicas.

Las causas de la muerte de Alejandro intrigaron a los autores antiguos al igual que a los modernos. Muchos suscribieron la tesis del envenenamiento y apuntaban hacia Antípatro y su hijo Casandro que,

curiosamente, se encontraba en Babilonia desde hacía poco. Quizá había sido enviado por su padre para que pareciese que cumplía la orden que había recibido de llevar hasta allí tropas de refresco lo que significaba, de hecho, su destitución del cargo de general en Grecia. Otros apuntaban al hermano de Casandro, Yolao, que era el escanciador del rey o a su amante, Medio, que fue quien convenció a Alejandro a seguir en la fiesta en la que empezó a sentirse mal. Muchos aceptaban que Aristóteles habría sido el inspirador e, incluso, el que proporcionó el veneno, irritado por el trato que había recibido Calístenes. El veneno habría sido agua de una laguna del río Estige en Nonacris (Arcadia) que habría sido transportada en el casco de un asno o de una mula. Aunque muchos autores dieron pábulo a esta y otras tradiciones, otros achacaron la enfermedad y muerte de Alejandro a sus excesos con la bebida y al hecho de que solía beber el vino puro, cuando el uso habitual requería que fuese mezclado con agua.

A partir de los datos que aportan nuestras fuentes, se han identificado como síntomas de Alejandro fiebre alta, dolor abdominal, insomnio, debilidad, sed, pérdida de consciencia, posibles convulsiones, parálisis parcial y pérdida de la voz. Su cuerpo permaneció incorrupto durante varios días lo que resulta sorprendente y hay quien ha sugerido que, si fue envenenado, quizá el veneno conservó el cadáver o que se tomó por fallecimiento lo que quizá no fuese más que un coma. Los partidarios actuales de la tesis del envenenamiento sugieren que los síntomas y la conservación del cuerpo pueden ser compatibles con la ingestión de arsénico aunque también es cierto que un envenenamiento con esta sustancia habría requerido repetidas dosis de la misma, lo que habría aumentado las posibilidades de ser descubierto. Incluso hay quien ha sugerido que las aguas del Estige pudieran haber contenido una toxina, calicheamicina, cuya ingestión sería compatible con los síntomas de Alejandro. No parece, en todo caso, que Alejandro temiese en esos momentos que se le pudiese envenenar.

Los partidarios de buscar la muerte del rey en alguna enfermedad identifican los síntomas como provocados por intoxicación por alcohol, infección provocada por viejas heridas mal curadas, pancreatitis, malaria, fiebres tifoideas, fiebre del Nilo, neumonía o pleuresía, o una mezcla de algunas de ellas. Que no fue un factor ambiental, o no fue solo eso, lo

mostraría el que no tenemos datos de que ninguno de sus acompañantes en sus viajes de las semanas previas, que incluyeron las regiones pantanosas del bajo Éufrates, resultase afectado.

Por supuesto, tanto unos como otros tenían motivos para defender sus versiones de la muerte de Alejandro porque en los conflictos que estallaron nada más producirse la misma adoptar una u otra postura significaba situarse como vengador de su muerte o protector de sus (eventuales) asesinos. Que la tesis del envenenamiento fue la que aceptó parte de la familia de Alejandro lo muestra el que la reina Olimpíade, en 317, se deshiciera de muchos rivales políticos, entre ellos de Nicanor, hijo de Antípatro, justificándolo en que estaba vengando la muerte de su hijo y los restos de Yolao, el escanciador del rey, fueran sacados de su tumba y dispersados. Por supuesto, eso no quiere decir que Antípatro hubiese sido el responsable de la muerte pero sí que Olimpíade y sus partidarios así lo creían o querían creerlo para imponerse a los grupos rivales. Diodoro (XVII, 118, 2) asegura que como Antípatro tuvo la máxima autoridad tras la muerte de Alejandro y su hijo Casandro llegó a ser rey, muchos historiadores no se habían atrevido a señalarles como culpables directos del envenenamiento y lo mismo dice Curcio (X, 10, 18), aunque el orador ateniense Hiperides, que parece que dio pábulo muy poco después a esa idea fue ejecutado por orden de Antípatro no sin antes haberle cortado la lengua y prohibiendo que fuera enterrado en Atenas. Eso tampoco indica que fuese auténtica la participación de Antípatro pero sí que esa idea circuló en esos momentos y que el viejo general no estaba dispuesto a permitir que esa acusación quedase impune, máxime si había sido difundida por alguien que, como el orador, había tenido una participación directa en la Guerra Lamíaca, dirigida directamente contra su autoridad. Otros, como Antígono, enemigo, con el tiempo, de Casandro, también parecen haber contribuido a hacer recaer sobre esa familia la muerte de Alejandro pero aquel tenía también motivos para desacreditar la figura de aquellos con quienes competía por hacerse con la herencia de Alejandro, lo que hace su testimonio sospechoso. De cualquier modo, buena parte de las tradiciones incontrolables y, en buena medida, exageradas, que constituyeron con el tiempo la llamada *Novela de Alejandro* daban por cierto el envenenamiento instigado por Antípatro y Casandro y toda una amplia

gama de colaboradores lo cual tampoco tiene valor histórico en sí pero se convirtió, de cara a quienes consumían esa literatura (y fueron muchos a lo largo de los siglos) en una opinión común.

En sentido contrario, pocas dudas parece haber en que los que defendían que la causa de la muerte se hallaba en la conducta desordenada de Alejandro eximían de responsabilidades a su entorno y situaban la culpa de sus propios males en el rey; no es improbable que estas versiones surgiesen en el círculo de Antípatro y, después, en el de Casandro. En cualquier caso, las "Efemérides Reales" es uno de estos textos en los que se resalta la gran afición a beber del rey y es casi una crónica de sus excesos, incluso en los momentos iniciales de su enfermedad y puede haber sido realizado por Éumenes precisamente con la intención de exculpar a Antípatro. No obstante ello, y poco más de un año después de la muerte del rey, las posiciones de Éumenes y Antípatro estaban enfrentadas y lo siguieron estando hasta la muerte del antiguo secretario de Alejandro en 316 pero en los momentos inmediatos al fallecimiento del rey quizá estuvo a favor de quienes querían considerarlo resultado de sus excesos que, por otro lado, él mismo podría haber observado, constatado y reseñado por escrito.

Tras analizar los datos de que disponemos, prácticamente ningún autor contemporáneo se atreve a asegurar qué es lo que causó la muerte de Alejandro, si una enfermedad o un envenenamiento y, en cada uno de los casos, qué tipo de enfermedad o qué tipo de veneno. Lo que sí podemos decir es que, teniendo en cuenta los planes que estaba pergeñando el rey y el trato que estaba dispensando a sus generales, del que ya un indicio habían sido las purgas del año anterior, para muchos lo mejor que podía pasarle al rey era que se muriese, único modo de conservar sus puestos y, sobre todo, sus vidas. Si alguien ayudó al rey a morir, administrándole veneno, o el rey murió solo por alguna enfermedad agravada por su afición al alcohol, aunque quizá no en grado de dependencia, es algo que no sabremos nunca. Pero lo que sucedió a continuación de su muerte muestra, más que cualquier otra cosa, que el reino unido y fuerte que Filipo había creado había sido aumentado hasta límites insospechados por su hijo, pero a costa de volver a introducir en esa Macedonia que ahora llegaba hasta el Indo, el germen de la discordia y de la guerra civil.

Capítulo décimo
Después de alejandro

No es mi objetivo en el presente capítulo abordar el proceso de descomposición del reino de Alejandro, el cual dio origen a nuevos estados que configurarían la historia del Mediterráneo, del Asia anterior y del Asia central durante los siguientes tres siglos. Mi propósito es aquí más modesto y me centraré, aunque insertándolo dentro de la historia general, en el destino de los restos de Alejandro y de sus familiares más directos hasta el momento de la muerte de todos ellos, en la mayor parte de los casos, de forma violenta.

La muerte del rey planteó el primer problema, que no se había planteado ni cuando murió Filipo ni cuando murió Amintas III. Al morir Filipo, y a pesar de los problemas que había habido entre él y su hijo, en principio resueltos en el momento de su asesinato como muestra la presencia de Alejandro en el teatro de Egas, había ya un hijo legítimo apto para gobernar –aunque su madre fuese epirota– Alejandro III. Cuando murió Amintas III, este tenía tres hijos que podían sucederle –y que de hecho lo hicieron–: Alejandro II, Perdicas III (que a su vez tenía un hijo, Amintas IV) y Filipo II, aunque eso no evitó tampoco usurpaciones. Sin embargo, no siempre había sido así y a la muerte de Arquelao en 399 a.C. le siguió un periodo de siete años de guerras civiles hasta que se hizo con el trono Amintas III, que procedía de otra rama distinta de la de Arquelao, de entre los descendientes de Alejandro I.

Fuese la muerte del rey causada por enfermedad o envenenamiento, los intereses de sus más allegados habían ido divergiendo con el tiempo; de momento, nadie se atrevió a proclamarse rey porque seguía habiendo candidatos de la propia sangre de Filipo para sucederle y seguía estando la incógnita de si Roxana, que estaba embarazada de 6 u 8 meses, daría a luz un hijo varón. Da la impresión de que el acuerdo al que llegaron los compañeros y generales fue esperar al nacimiento de ese niño y, si era varón, nombrarle rey y, al tiempo, dirigir los asuntos del Estado de forma

colectiva entre todos ellos. La propuesta de Nearco, de considerar como rey al hijo ya nacido de Alejandro, Heracles, no contó con suficiente apoyo tal vez por ser fruto de una unión no legítima e, incluso, algunos como Tolomeo se oponían también a considerar como rey al hijo no nacido de Roxana, con el pretexto de que sus madres eran esclavas. En todo caso, a la mayoría le pareció esa opción mejor que la que habían empezado a plantear los soldados, que se habían decantado por Arrideo, hijo de Filipo y hermanastro de Alejandro, pero con una enfermedad mental que, en principio, le había incapacitado para reinar a pesar de ser mayor que Alejandro. Aunque su madre, Filina de Larisa, tampoco era macedonia, por lo menos era griega, no obstante lo cual, la propaganda adversa a este personaje la había convertido en una bailarina o en una prostituta, lo que no parece probable y habría que interpretarlo más bien como una acusación frecuente para deslegitimar a toda una línea familiar por parte de sus rivales.

De este modo, el ejército le hizo venir puesto que resultaba que se encontraba en Babilonia, y le empezó a aclamar dándole el nombre de Filipo (III), con el que reinaría; Meleagro se puso de parte de la infantería y apoyó a Arrideo. Ante esa perspectiva, los generales, aunque no era la idea que más les gustaba, decidieron esperar al nacimiento del hijo de Alejandro y Roxana y nombraron a Perdicas y Leonato, ambos procedentes de la familia real de Orestide y, por lo tanto, emparentados con Alejandro. Además, Perdicas había sido quien había recibido, de manos del propio rey, su anillo real. Al tiempo, decidieron que Antípatro permaneciera en Europa como gobernador, junto con Crátero, y que todos juraran lealtad al hijo de Alejandro cuando naciera.

Ante las posturas enfrentadas entre los generales por una parte y el ejército por otra, el enfrentamiento resulta inevitable. En un primer momento se impone Meleagro, que se convierte en guardia personal y protector de Filipo III, pero al final los generales recuperan el control y, tras detener y ejecutar a 300 de sus partidarios, Meleagro encuentra la muerte; sin embargo, y como solución de compromiso, ambos bandos acabaron reconociendo al hermano de Alejandro como rey, pero también a su futuro hijo. De hecho, y una vez que nació este –a quien se le dio el nombre de su padre– y durante algunos años, en los documentos oficiales se

mencionaba a los reyes Filipo (III) y Alejandro (IV). En cualquiera de los casos, la debilidad mental del primero y la extrema juventud del segundo hacía necesaria la labor de un regente y Perdicas parece haber ocupado ese puesto, aunque no todos los autores concuerdan en ello. Sin embargo, como hemos dicho, no vamos a entrar en el detalle de la sucesión de Alejandro, sino en el destino de los miembros de su familia más próximos a él, así como en qué ocurrió con su cadáver.

El cadáver de Alejandro

Parece que, atareados por quién iba a dirigir el imperio, con los consiguientes problemas que eso estaba generando, el cuerpo de Alejandro permaneció intacto cerca de una semana sin que nadie se ocupara de él. Durante ese periodo, como ya dijimos, no parece haber habido indicios de descomposición. Parecía claro que no iba a permanecer en Babilonia porque esa no había sido la intención del rey y que lo normal habría sido conducirlo hasta Macedonia y enterrarlo en la necrópolis de la familia en Egas (la actual Vergina), si bien algunos autores indican que Alejandro había expresado su deseo de ser enterrado en el santuario de Zeus Amón en Siwa. Aun cuando el ritual usual habría sido la cremación, la cual, por otro lado, tenía importantes resonancias homéricas, al haber sido el modo de disponer de los restos de Aquiles y de Patroclo, y él mismo la había empleado hacía poco en las exequias de Hefestión, se decidió embalsamar su cuerpo para prepararlo para el transporte. Por ello, se hizo venir a egipcios y caldeos, aun cuando esto último resulta sorprendente. Parecen haber hecho bien su labor porque, siglos después, visitantes ilustres de Alejandría pudieron acceder a sus restos que se hallaban razonablemente bien conservados.

Los restos de Alejandro iban a permanecer durante dos años en Babilonia porque era necesario construir un vehículo digno de él para transportarlo; sería el propio rey Filipo III quien escoltase los restos de su hermano hasta Macedonia. Algunos autores, como Diodoro (XVIII, 26-27) dan una completa descripción del carruaje que se había construido para el traslado de los restos de Alejandro. El cuerpo se había dispuesto en un ataúd recubierto de láminas de oro y lleno de aromas, que se había

cerrado con una tapa de oro. Sobre ella se dispusieron tejidos de oro y púrpura encima de los cuales se situaron las armas de Alejandro. Todo ello se dispuso dentro de un carro coronado con una bóveda de oro adornada de mosaicos; bajo la bóveda se dispuso un trono de oro y guirnaldas fúnebres. Se dispusieron también campanas que anunciasen desde lejos la llegada de la comitiva. En cada uno de los ángulos de la bóveda se dispusieron victorias de oro portando trofeos. Columnas jónicas sostenían la bóveda y por detrás de ese peristilo, cuatro cuadros representaban, respectivamente, a Alejandro sentado con un cetro en la mano y a su alrededor sus armas y su séquito, compuesto de macedonios y de persas precedidos de escuderos; a los elefantes de guerra guiados por naires indios y con macedonios representados llevando sus armas normales; escuadrones de caballería evolucionando y, por último, naves de guerra dispuestas para un combate naval. En el borde de la bóveda se representaron leones con sus miradas dirigidas a los que se aproximaban al carro. En los espacios entre las columnas había hojas de acanto de oro. En la cara interna de la bóveda había una tela de púrpura en la que se había representado una gran corona de olivo de oro. El carro en sí estaba apoyado sobre dos ejes y cuatro ruedas cuyos radios estaban decorados con oro y las llantas eran de hierro. Los cubos eran de oro y mostraban leones con el hierro de una lanza entre los dientes y todo el carro estaba dotado de un sistema de suspensión para evitar daños en caso de que atravesara caminos poco acondicionados. Para moverlo, el carro disponía de cuatro timones a cada uno de los cuales se acoplaban cuatro yugos, cada uno de ellos con cuatro mulas, lo que hacía un total de 74. Los animales llevaban una corona de oro sobre su cabeza y otros adornos, así como campanillas.

Hacia dónde se dirigía el cortejo es otro de los problemas aún no resueltos; es probable que si Perdicas había permitido su marcha de Babilonia era porque esperaba que su destino fuese Macedonia. Una prueba de ello es su reacción cuando se enteró de que Tolomeo se había hecho con los restos; en efecto, Tolomeo, con el pretexto de acompañar y escoltar al cortejo, había enviado a sus soldados hasta Siria lo que, en la práctica, significaba que se quedaba con el cuerpo; quizá de su entorno proceda la idea de que Alejandro había manifestado su deseo de ser enterrado en Siwa. El disponer de los restos de Alejandro era una

importante baza propagandística y simbólica de cara a sus aspiraciones a un poder mayor que apenas se habían iniciado todavía en ese 321 a.C. y su "secuestro" del cuerpo respondía a esa intención. Poco después, Perdicas, que vio como su rival se había quedado con el cuerpo de Alejandro, lanzó a su ejército contra Egipto aunque acabaría muriendo atravesado por las sarisas de sus soldados, iniciándose así la definitiva partición del imperio. A su llegada a Egipto, Tolomeo le dedicó unos solemnes funerales con honores de tipo heroico o divino y con gran cantidad de juegos y celebraciones.

Sin embargo, depositar a Alejandro en Siwa hubiese sido arriesgado porque la gran distancia existente desde Egipto hasta el oasis dificultaría su vigilancia y su control. Consideró más adecuado aplazar su posible traslado hasta allí por lo que, según algunos autores antiguos, le construyó un monumento en Alejandría, el *sema* (monumento). No obstante, otros autores sugieren que primero fue enviado a Menfis, aunque allí el sumo sacerdote proclamó que debía ser enviado a Racotis, donde Alejandro había fundado su ciudad; otros, por fin, atribuyen a Tolomeo II Filadelfo el traslado desde Menfis hasta Alejandría, hecho que tendría lugar entre los años 290-289 a.C. Antes del traslado es posible que estuviese enterrado en el templo funerario mandado construir en la necrópolis menfita de Saqqara por Nectanebo II. Algunos autores han venido sugiriendo desde el siglo XIX que el cuerpo de Alejandro fue depositado en el gran sarcófago que Nectanebo II se había hecho construir y que se hallaba en Menfis, pero que permanecía vacío porque el último faraón había muerto en el exilio. Cuando los restos de Alejandro fueron trasladados a Alejandría, lo harían en ese mismo sarcófago. Quizá las tradiciones que convertían a Nectanebo en el padre de Alejandro, recogidas sobre todo en la *Novela de Alejandro*, vieron en este hecho la prueba de esa paternidad. Ese sarcófago se encuentra en la actualidad en el Museo Británico, a donde llegó en 1802, procedente de la mezquita de Attarine de Alejandría, de donde los franceses llegados con Napoleón lo habían retirado para trasladarlo a Francia aunque su derrota a manos británicas les impidió llevar a cabo sus planes; por el Tratado de Alejandría los franceses hicieron entrega a los británicos de un importante lote de antigüedades entre las que estaban, además de este sarcófago, la famosa piedra de Rosetta.

Aunque el sarcófago de Nectanebo, que quizá fue también en el que reposó Alejandro, acabase en la mezquita de Attarine, sigue habiendo dudas acerca de dónde estuvo con anterioridad. El monumento de Alejandro, conocido en las fuentes tanto como *sema* (monumento) como *soma* (cuerpo), se encontraba en el Barrio Real de Alejandría (Estrabón, XVII, 1, 8), donde se hallaban los palacios; esa zona sufrió importantes daños en época de Aureliano y quizá en ese momento el monumento quedase destruido, aunque algunos sugieren que el mismo se mantuvo hasta, al menos, el 361 d.C. Quizá un gran terremoto, acompañado de un tsunami, que devastó Alejandría en el 365 d.C. acabase destruyéndolo y es posible que Atanasio, patriarca de Alejandría en ese año, trasladase el sarcófago a una iglesia que acabaría llevando su nombre, antes de que los musulmanes la transformasen en la mezquita de Attarine. En todo caso, Estrabón (XVII, 1, 8) habla de dos sarcófagos, uno de oro, que habría sido aquel en el que Tolomeo (I) habría depositado el cuerpo y otro de cristal que era el que existía en su época. El de oro lo habría robado el usurpador Tolomeo XI (80-58 a.C.) y si fue mandado hacer por aquel rey o, por el contrario, era el mismo en el que había sido trasladado desde Babilonia, es objeto de debate.

Aunque la posibilidad de que el sarcófago vacío de Nectanebo II hubiese servido también para albergar a Alejandro es grande, la ubicación exacta del monumento, antes de su traslado a la iglesia de San Atanasio, es desconocida, más allá de la noticia mencionada que lo sitúa en el Barrio Real. Quizá en la misma zona en la que se hallaba ya la tumba desde la época de Tolomeo I o II, Tolomeo IV, Filopátor construyó un monumento más suntuoso hacia el 215 a.C. destinado a custodiar la tumba de Alejandro y la de sus antecesores, ubicado en el centro de la ciudad. Debió de ser enorme y algunos autores han sugerido que debía de ser semejante, aunque más grandioso, al Mausoleo de Halicarnaso. Fue allí donde recibió la visita de algunos personajes ilustres de la Antigüedad, que enumeraremos a continuación. Posiblemente fueron más los que lo visitaron, aun cuando las tradiciones conservadas solo mencionan los siguientes.

En primer lugar, Cesar, que acudió allí, en el contexto de las guerras civiles, en el año 48 a.C. Muchos años atrás, en el 68 a.C., cuando era cuestor en Hispania Ulterior, visitó el templo de Hércules Gaditano y

allí, ante una estatua de Alejandro Magno empezó a llorar porque, a su edad, el macedonio ya había conquistado el mundo y él no había hecho aún nada relevante. Eso muestra cómo desde muy temprano Cesar había considerado al rey un modelo a imitar. A su llegada a Alejandría, pues, habría ido a ofrecer sus respetos a Alejandro en su tumba.

En segundo lugar, Augusto visitaría la tumba en el 30 a.C. depositaría una corona de oro sobre su cuerpo y esparciría flores, mostrando respeto al rey (Suetonio, *Augusto*, 18), aun cuando según otro autor, Dión Casio (LI, 16, 5), da una imagen algo diferente, con un Augusto arrogante y sin las muestras de respeto con que le presenta Suetonio; incluso, se habría atrevido a tocar su cuerpo con tan poco cuidado que le rompió parte de la nariz. De ser cierto esto, indicaría que el cuerpo de Alejandro estaba momificado y, por consiguiente, su fragilidad explicaría el daño que sufrió, quizá involuntario. Por otro lado, ambos autores narran que cuando se le ofreció a Augusto visitar las tumbas de los otros reyes de la dinastía Lágida, el romano habría contestado que había ido a ver un rey, no cadáveres.

No sabemos si Calígula llegó a visitar la tumba pero Suetonio (*Caligula*, 52) asegura que a veces llevaba la coraza de Alejandro, que había hecho sacar de ella.

En tercer lugar, el emperador Septimio Severo iría a visitar la tumba en el 200 d.C.; parece que dio órdenes de sellarla porque su oponente al trono imperial, Pescenio Niger, se consideró a sí mismo como un nuevo Alejandro.

La última noticia que tenemos procedente de la Antigüedad sobre la tumba de Alejandro corresponde a la visita que realizó a la misma el emperador Caracalla, hijo y sucesor del anterior, en el 215 d.C. (Herodiano, IV, 8, 6-9), depositando en ella su clámide púrpura, sus anillos y su cinturón.

Se han hecho algunos intentos de identificar con el monumento funerario de Alejandro una gran estructura hecha de alabastro (la llamada "Tumba de Alabastro") que parece haber sido la antecámara de una tumba monumental de tipo macedonio, situada en los distritos occidentales de la ciudad antigua. Sin embargo, y aunque sin duda se trata de una posibilidad atrayente, no se han encontrado indicios que puedan corroborar ni su cronología ni su adscripción exacta. Por el momento, pues, la ubicación

exacta de la tumba de Alejandro y su aspecto siguen siendo desconocidos, a pesar de la gran cantidad de autores que han tratado de este tema.

Arrideo (Filipo III)

Después del asunto de Pixodaro, que había enfrentado a Alejandro con su padre hacía años y en el que Filipo había intentado utilizar a su hijo mayor para establecer una alianza matrimonial con este sátrapa de Caria, dejamos de tener noticias de Arrideo. Vuelve a aparecer tras la muerte de Alejandro, enterándonos entonces de que se encontraba en Babilonia. La ausencia de datos nos impide saber cuánto tiempo llevaba allí y si era frecuente que acompañase a su hermano en sus campañas, pero al menos durante los últimos momentos solía aparecer a su lado en sacrificios y ceremonias. Lo cierto es que, como vimos, en el debate sobre la sucesión que sigue a la muerte de Alejandro los soldados de infantería sacan a relucir su nombre como heredero al trono con más derecho que cualquier otro por ser hijo de Filipo y hermano de Alejandro. A ello se sumó Meleagro, que encabezaba los intereses de los soldados de a pie y que ya había mostrado su rechazo a que fuesen los generales los que impusiesen su voluntad. Por otro lado, la perspectiva de dejar el trono vacante de forma indefinida y que fuese el consejo de los generales quien gobernase, fórmula que habría propuesto Tolomeo, tampoco gozaba de respaldo entre los soldados, acostumbrados al liderazgo de un rey. Heracles, que había sido propuesto por Nearco, quedaba descartado por los motivos que ya habíamos dicho y también porque dicha propuesta resultaba sospechosa al haberse casado Nearco con la hija que Barsine había tenido con Méntor, con lo que el hijo de Alejandro se había convertido en medio cuñado suyo. Ante la incógnita del sexo del hijo póstumo de Alejandro con Roxana, por lo tanto, Arrideo era la única opción posible para quienes consideraban, y sin duda eran mayoría en el ejército, que el rey debía ser alguien de la casa Argeada. Su enfermedad o deficiencia mental, no demasiado aclarada en nuestras fuentes, quizá no era apreciada por quienes no estaban en contacto directo con él y ello podría también haber inclinado a los soldados a considerarle como el candidato más viable.

Tras diversas entradas y salidas de Arrideo de la asamblea, al ser llamado y retirado, al final se le vistió con las ropas reales y se le asignaron guardias personales de entre el ejército, encabezados por Meleagro. Los generales y la caballería se alinearon con Perdicas; ellos habían llegado a la conclusión de que debían apoyar al hijo de Roxana cuando naciera. Eso significó de hecho la ruptura entre infantería y caballería y el establecimiento de campamentos separados. La torpeza de Meleagro al intentar prender y, en caso necesario, matar a Perdicas y el prestigio de que gozaba este incluso entre la infantería acabó provocando el desprestigio de Meleagro y al poco favoreció la reconciliación entre infantes y jinetes ante las palabras conciliadoras de aquel y no sin que la caballería hubiese empezado a interceptar las líneas de comunicación de Babilonia y la llegada de alimentos, lo que llevó a los infantes a recapacitar sobre el conflicto que se estaba iniciando. Estos últimos se iban identificando más con Filipo III que con Meleagro. Por ende, el rey ya no confiaba en él después de saberse que había intentado dar muerte a Perdicas. Por fin, en las negociaciones que tuvieron lugar, Perdicas exigía al rey que entregara a los autores de la discordia como requisito para cesar las hostilidades, lo que significaba, sin duda, un reconocimiento implícito de su autoridad real. Esto no pasó desapercibido para la mayoría de los infantes que veían como el grupo rival parecía aceptar la elección que ellos habían hecho. Sin embargo, no estaban dispuestos a entregar a los responsables y en ello parecía que tenían el respaldo del rey.

En ese momento, Filipo III se dirige a las tropas, les insta a no tomar medidas irreversibles y les anima a enviar otra embajada a los generales, ofreciendo que el mando lo comparta un tercero, a saber, Meleagro, que se uniría a Perdicas y Leonato. Por su parte, él mismo se ofrece a abandonar el trono si su presencia va a ser causa de guerra civil y pone la diadema en manos de quien quiera tomarla por ser más digno que él. Por último, propone celebrar en común las honras fúnebres de Alejandro como medio de unir de nuevo al ejército. La propuesta es aceptada porque cada uno de los más directamente afectados, Perdicas y Meleagro, buscarían el modo de desembarazarse de su rival sin necesidad de un enfrentamiento entre sus respectivas fuerzas.

Aceptan, pues, todos a Filipo III como rey y, en el caso de que el hijo de Roxana fuera varón, reinaría conjuntamente con él.

Da la impresión de que Perdicas acepta compartir el mando con Meleagro e, incluso, para engañarle hace que hombres suyos hablen mal de este para, mostrándose sorprendido al enterarse, castigarlos. Eso hace que Meleagro vaya ganando confianza y acuerdan llevar a cabo un ritual ancestral de purificación bien por la muerte de Alejandro, bien por la discordia que había surgido entre el ejército; la misma consistía en matar a una perra, arrojar sus vísceras a ambos lados de una llanura y situar en medio al ejército armado –la caballería en un lado y en el otro la falange– y realizar un simulacro de combate. El rey presidiría el ritual.

En un momento dado, la caballería empezó a evolucionar, lo que provocó el pánico de la falange, que no sabía las intenciones reales de esa fuerza pero tampoco se atrevían a retirarse por si ese acto se tomaba como un desplante. El golpe de efecto, preparado por Perdicas, vino cuando el propio rey, encabezando un escuadrón de caballería, se dirigió a la falange y les ordenó que entregaran a los responsables de la revuelta, a pesar de que él mismo les había garantizado seguridad. Era el propio rey que ellos habían nombrado el que les exigía la entrega de parte de los suyos, desautorizando por completo a Meleagro y mostrando que la alianza del rey con Perdicas era un hecho. Pero el ejército ya estaba acostumbrado a unas represalias limitadas, porque ya habían visto actuar de ese modo a Alejandro en Opis. Ante la inactividad de la falange, Perdicas en persona sacó de las filas a los 300 (30 según otros) que consideraba culpables y que eran los que habían apoyado a Meleagro desde el principio. Allí mismo hizo que los pisotearan los elefantes sin que el rey mostrara ni su aprobación ni su rechazo. Aunque Meleagro no fue molestado en ese momento, acabó buscando refugio en un santuario, para ser poco después asesinado en el mismo.

Acabada la revuelta, y de regreso a Babilonia, procedieron a repartir los cargos y los territorios, aceptando todos la autoridad del rey. Perdicas iba a permanecer con el rey al frente de las tropas y como regente mientras el resto empezaron a dirigirse a las regiones que les habían correspondido. Astutamente, Perdicas dio a conocer los planes de Alejandro, ya fuesen auténticos o falsos, que implicaban nuevas empresas y algunos

gastos extravagantes. Como era de esperar, la asamblea los rechazó de pleno pero, haciéndoles partícipes de la decisión, Perdicas ganaba autoridad y prestigio entre el ejército, lo que era importante después del reciente conato de guerra civil.

El discurso pronunciado por el rey, o al menos las ideas expresadas en él, que no tienen por qué considerarse ficticias, sugieren que, a pesar de su enfermedad, Filipo III tenía capacidad de entender la situación y, posiblemente, un criterio propio. Que, incluso, hubiera podido servir para cimentar alianzas con dinastas extranjeros, como pretendía su padre al intentar casarle con la hija del sátrapa Pixodaro, indica también que su grado de discapacidad podía ser relativo; lo que ocurre es que la escasa diferencia de edad entre Arrideo y Alejandro debió de hacer preferible como heredero al segundo antes que al primero. El asunto de Pixodaro, como vimos, causó intranquilidad en Alejandro y su fracaso provocó un enorme enfado en Filipo, que no solo exilió a su hijo sino a todos sus amigos que seguramente habían influido en el reto que Alejandro le había planteado a su padre. Ello sugeriría que, a pesar de sus limitaciones, podría haber sido, llegado el caso, un heredero viable como lo terminó siendo tras la muerte de su hermano, aunque todo el mundo reconocía que necesitaría a alguien que le supervisase. Sin poder precisar más, se cree que Arrideo pudo padecer un retraso mental, cuya levedad o gravedad no es posible averiguar en parte también porque dependiendo de la visión que interesase dar, los autores antiguos podían minimizarlo o exagerarlo.

Poco después de acceder al trono, se casó con Adea, renombrada Eurídice, sobrina suya, puesto que su madre era su hermanastra Cinane, hija de Filipo II y de su esposa iliria Audata. Además, por el lado paterno, Adea era hija de Amintas IV, el hijo de Perdicas III, a quien le correspondía el trono que le arrebató Filipo II y al que poco después de subir al trono Alejandro ordenó matar. Perdicas no quería dicha boda y se encargó de que Cinane muriera pero eso irritó al ejército lo que al final hizo que Perdicas autorizase el matrimonio. Esta mujer resultó ser bastante enérgica e intentó intervenir, tras la muerte de Perdicas, en la dirección del ejército ante la pasividad de su marido el rey y con el enojo de los que habían sido nombrados por Tolomeo tutores (*epimeletai*) de los reyes, Pitón y Arrideo, a los que se oponía la reina con el apoyo del

ejército. En la conferencia de Triparadiso del 321, se procedió a nombrar nuevo regente y tutor de los reyes a Antípatro. Este encarceló a Eurídice pero, ante la conmoción en el ejército, la liberó, aunque a condición de que dejase de inmiscuirse en los asuntos del gobierno. De regreso a Macedonia, Antípatro se lleva con ellos a los reyes Filipo III y Alejandro IV, que para entonces ya había nacido, a Eurídice y a Roxana. A la muerte de Antípatro en el 319, quedan bajo el cuidado del nuevo regente Poliperconte, pero los distintos frentes que tiene abierto el general y la personalidad de Eurídice consiguen deponer a Poliperconte como regente en el 317 y nombrar en su lugar a Casandro, con lo que, con su apoyo y en nombre del rey, Eurídice controlará una parte del ejército. Quizá se estableciera entre ambos una alianza más estrecha, tal vez de tipo matrimonial; esa posibilidad vendría avalada por el hallazgo en Veria de una estela funeraria que puede datarse a finales del siglo IV y que corresponde a una tal Adea, hija de Cinane y de Casandro. La unión, en un mismo documento, de esos tres nombres tan significativos ha hecho pensar que pudiera pertenecer a una hija de una hermana menor de la reina, en todo caso desconocida por la tradición literaria.

Cuando, después la muerte de Antípatro, Olimpíade decide regresar de su exilio en el Epiro en el 317, acompañada de su sobrino Eácides, Eurídice decide oponerse a su entrada puesto que Casandro se encuentra en esos momentos fuera de Grecia. En Evia, en la frontera entre los dos reinos, se encuentran ambos ejércitos; sin embargo, entre los macedonios seguía pesando, y mucho, el prestigio de la reina madre y los soldados de Filipo III y Eurídice abandonan a sus reyes y se pasan a las filas de Olimpíade, que defendía los intereses de su nieto, Alejandro IV, que en ese momento les debió de parecer un mejor candidato habida cuenta de las limitaciones mentales de Filipo III, que ya serían bien conocidas por todos y, sobre todo, su ausencia de descendencia. El rey es capturado y su mujer lo será poco después cuando se dirigía a Anfípolis. Olimpíade infligió a la pareja real un trato bastante duro, encarcelándolos en un espacio muy reducido. Sin embargo, el ejército no aprobaba ese comportamiento por lo que dio orden de matar al rey. Filipo III había reinado seis años y cuatro meses. A Eurídice le hizo llegar una espada, un lazo y veneno para que eligiese cómo darse

muerte. La reina se colgó con su propio cinturón. Estamos en otoño del 317 a.C.

Pocos meses después, en el verano del 316 a.C., al regresar Casandro, y tras recuperar el control de Macedonia,

> "[...] actuando ya como un rey hizo enterrar a los reyes Filipo y Eurídice, así como a Cina, a la que había matado Alcetas, en Egas, puesto que esa era la costumbre para los reyes. Honró a estos difuntos con juegos funerarios". (Diodoro, XIX, 52, 5)

A pesar de las resistencias que todavía subsisten para aceptar por completo el hecho, se han ido avanzando cada vez más argumentos, en especial de tipo cronológico a partir de los objetos hallados, aunque no solo, para identificar la tumba II del Gran Túmulo de Vergina no como la de Filipo II, como se hizo en un primer momento por el excavador, Manolis Andronikos, sino como la de su hijo, el rey Filipo III y la de su esposa Eurídice. La tumba, pues, sería obra de Casandro, que quiso con este acto vincularse a la legitimidad que representaba ese rey, asesinado por Olimpíade. Esta legitimidad también la buscó casándose con Tesalónica, otra de las hermanastras de Alejandro, de la que tuvo tres hijos, Filipo (IV), Antípatro y Alejandro. Con el tiempo, en el 296, su hijo Antípatro acabó matándola porque era más favorable a su otro hijo Alejandro.

No es mi propósito entrar en todos los problemas que esta excepcional tumba plantea pero, como ya habíamos apuntado al inicio de este libro, las posibilidades de que corresponda a Filipo III son mayores de que pertenezca a su padre. Presidida, sobre el friso de la fachada, por una soberbia escena de caza, situada en el más allá, en la que aparecerían representados Filipo II y Alejandro III (aunque otros prefieren ver a Filipo III y Alejandro IV), tanto la idea de la caza como tema funerario como la propia arquitectura de la tumba, no pueden ser anteriores a la conquista de Asia por Alejandro. Entre los objetos de la tumba, algunos que quedaron en poder del rey legítimo, y que habían pertenecido a Alejandro, su casco, su coraza, su collar, su escudo fueron depositados en la tumba de su sucesor por su valedor Casandro cuando decidió realizar los suntuosos funerales que describen nuestras fuentes.

Roxana y Alejandro IV

Después del matrimonio de Alejandro con Roxana poco es lo que sabemos de su relación; un epígrafe procedente de Atenas (*IG*, II^{2}, 1492) la muestra dedicando a Atenea Polias un enócoe de oro, un ritón de oro con piedras preciosas y dos collares de oro también con piedras preciosas, seguramente todavía en vida de su marido. El nacimiento de su hijo Heracles, tenido con Barsine, sugiere que el rey siguió frecuentando a su concubina. Además, en las bodas de Susa, los matrimonios de Alejandro con Estatira y con Parisátide la relegaban a ella a una posición inferior, puesto que los vínculos de las nuevas esposas con la casa real aqueménida eran más fuertes que los que pudiera tener Roxana. No obstante, debió de quedar embarazada a finales del año 324 a.C. y algunos autores sugieren que, tras la muerte de Hefestión en octubre de ese mismo año, Alejandro pudo hallar consuelo en ella algo que, naturalmente, no podemos confirmar.

Durante la breve enfermedad de su marido, Roxana parece haberle acompañado y algunos autores la presentan, incluso, evitando el suicidio de Alejandro ante los dolores que sentía, lo que tampoco está confirmado. Sea como fuere, y como ya vimos, apoyar al hijo que llevaba en su vientre si era varón, fue la decisión que tomó la élite del ejército, aunque esta fuera contestada por la infantería.

De cualquier modo, Roxana y Perdicas debieron de temer que las otras esposas de Alejandro, aunque no habían tenido hijos, pudieran plantear algún problema, por lo que decidieron deshacerse de ellas. Al parecer, hizo llamar a Estatira, que acudió acompañada de su hermana, y les dio muerte y las enterró en un pozo que luego mandó cegar. De la otra esposa que Alejandro había tomado en Susa, Parisátide, no sabemos nada.

Tras el nacimiento de Alejandro IV hacia septiembre del 323 a.C. y su aclamación como rey por el ejército, se inició el reinado conjunto del tío y del sobrino bajo el control de Perdicas. Además de las fuentes literarias, algunos documentos epigráficos certifican ese hecho como, por ejemplo, una inscripción correspondiente a un edificio erigido en el santuario de los grandes dioses en Samotracia en el que los dos soberanos dedican el mismo a las divinidades tutelares. Este lugar de culto

había estado muy vinculado a la dinastía argeada y allí se habían conocido, al parecer, Filipo II y Olimpíade.

La madre del joven rey, Roxana, parece haberle acompañado en todo momento, hasta la muerte de ambos. Tras la desaparición de Perdicas, en la conferencia de Triparadiso, se asignó su protección a Antígono Monoftalmo pero más adelante, fue llevado por Antípatro, junto con Filipo III, a Macedonia. A la muerte de Antípatro, como también vimos, Poliperconte se hace cargo de la tutela de ambos reyes aunque pronto Eurídice consigue traspasar la de su marido a Casandro. Poliperconte, por su parte, prefiere el apoyo de Olimpíade, a la que confía la educación de su nieto, y la hace venir del Epiro, donde se había exiliado a causa del odio profundo que profesaba a Antípatro. Para reforzar los vínculos con su propia familia epirota, Olimpíade casó a su nieto con Deidamia, hija de su sobrino (y a la vez primo) Eácides, rey del Epiro y padre del futuro rey Pirro.

Tras el regreso a Macedonia y la muerte, por orden de Olimpíade, de Filipo III y de Eurídice, Alejandro IV era ya el único rey legítimo que quedaba, aunque Casandro se tomó muy mal la muerte del otro rey, así como la de su hermano Nicanor y la desecración de la tumba de su otro hermano Yolao. Como ya vimos, el pretexto era la participación que los mismos habrían tenido, según argumentaba Olimpíade y sus partidarios, en el envenenamiento de Alejandro. Por consiguiente, y aunque se hallaba en el Peloponeso combatiendo contra los tegeatas, firmó una tregua con ellos y regresó a Macedonia. Aunque los etolios habían ocupado las Termópilas para impedir su paso, Casandro consiguió barcos de Eubea y de la Lócride y transportó a su ejército hasta Tesalia. Ante el avance del general, Olimpíade se refugia en Pidna con Alejandro IV y con Roxana así como con otros miembros de la familia, como Tesalónica y Deidamia. Hasta allí esperaba que acudieran refuerzos griegos y macedonios. Casandro pone sitio a la plaza y, ante la llegada del epirota Eácides, envía a Atarrias contra él. Sin embargo, el descontento estalla en el campamento epirota, lo que obliga al rey a licenciar a parte del ejército que, de regreso al Epiro conspiran contra el rey, le condenan al exilio y pactan con Casandro. Por su parte, Poliperconte es de poca utilidad porque Calas, enviado por Casandro, consigue sobornar a la mayor parte de su ejército.

Asediados, pues, en Pidna y cada vez con menos partidarios, Olimpíade decide rendirse a Casandro a cambio de su vida. Este envía a Alejandro IV y a Roxana a Anfípolis, al tiempo que se casa con Tesalónica, hermanastra de Alejandro. En Anfípolis retira a Alejandro los privilegios reales, entre ellos los jóvenes con los que se educaba y le hace tratar como a un particular. En el 310, y tras un acuerdo entre los generales, Casandro es reconocido como general en Europa y tutor de Alejandro hasta que alcanzase la edad para reinar. Sin embargo, según el rey iba creciendo, Casandro sentía cada vez más amenazado su poder, por lo que ordena a Glaucias, el comandante de la guardia, que mate al rey y a su madre y que oculte los cuerpos y haga desaparecer todo rastro del asesinato; algunos autores afirmaban que el rey fue envenenado aunque quizá ello no sea sino parte de la propaganda que consideraba a Casandro partícipe directo en el (presunto) envenenamiento de Alejandro. Según da a entender Diodoro (XIX, 105, 3), no solo Casandro sino el resto de sus rivales y competidores (Lisímaco, Tolomeo, Antígono) se sintieron libres del peso de que en algún momento el hijo reclamara el reino de su padre. Más o menos por la misma época o algo después, consiguió que su hasta entonces rival Poliperconte ordenase dar muerte al otro hijo de Alejandro que quedaba, Heracles, y a su madre. En el epítome de Justino (XV, 2, 3-5) se narran los sucesivos crímenes de Casandro contra los herederos de Alejandro:

> "Después, y para que Hércules, el hijo de Alejandro, que ya había cumplido 14 años, no fuese llamado al reino de Macedonia en virtud del nombre paterno, ordena que sea asesinado ocultamente con su madre Barsine y que sus cuerpos fueran ocultados con tierra para que el crimen no fuese descubierto por la existencia de una sepultura, y como si pocos crímenes hubiese cometido aún, primero contra el mismo rey, y luego contra su madre Olimpíade y contra su hijo, también mató al otro hijo junto con su madre Roxana con similar traición y parecía como si el reino de Macedonia, al que aspiraba, no pudiese conseguirlo si no era mediante el crimen".

Aunque en el resumen de Justino no se entra con detalle en las circunstancias de cada uno de esos asesinatos, esta versión es compatible con lo que, gracias a otros autores, podemos reconstruir del destino de los últimos representantes de la familia directa de Alejandro.

La mayor parte de los autores modernos está de acuerdo en considerar que la tumba III del Gran Túmulo de Vergina corresponde a Alejandro IV. Aunque, como hemos visto, el asesinato debía mantenerse en secreto e, incluso, había que ocultar los cuerpos es indudable que, tarde o temprano, terminaría conociéndose la muerte del rey. En ese momento se habría procedido a la cremación de sus restos y a su traslado, ya fuese por Casandro o por cualquier otro, a la necrópolis real de Egas. Contiene algunos objetos sobresalientes, como la hidria cineraria de plata y la corona de hojas de roble de oro, así como otros objetos en oro, plata y bronce. Sin embargo, su riqueza es menor que la de su tío, con el que había reinado conjuntamente y que había muerto seis años antes. Los dos últimos reyes legítimos de la dinastía de los Argeadas, que encontraron la muerte a mano de rivales que los utilizaron para afianzarse en el poder, acabaron reposando a pocos metros uno del otro hasta que en el año 1977 uno y en 1978 el otro, sus tumbas salieron a la luz.

Barsine y Heracles

Como acabamos de mencionar, estos dos personajes fueron mandados asesinar en 310 o en 309 a.C. No es mucho lo que sabemos de ellos. Heracles parece haber nacido en 327/6 o 325/4, en todo caso antes que Alejandro IV, lo que indica que Alejandro debió de seguir teniendo contactos con ella después incluso de casarse con Roxana, aunque parece que nunca llegó a formalizar legalmente su unión con ella. En el momento de la muerte de Alejandro, madre e hijo se encontraban en Pérgamo, que formaba parte del territorio de la antigua satrapía que había controlado la familia de su padre Artabazo. Fue Nearco quien, tras la muerte de Alejandro, propuso nombrar rey a Heracles, lo que fue rechazado clamorosamente. Durante el periodo de luchas que siguieron parece que ambos permanecieron en Pérgamo y no tenemos noticias de que estuvieran involucrados en las luchas entre los generales. No obstante, en

310, Poliperconte, enemigo de Casandro, se los llevó a Europa con la intención de convertir al joven en rey de Macedonia; en principio contaba con el apoyo de muchos en Grecia, en especial en Etolia y con su ayuda consiguió reclutar un ejército de más de 20.000 infantes y 1.000 jinetes. Casandro percibió en su ejército que el acceso al trono de Heracles no les resultaba desagradable, y temiendo que se pasasen a las filas de su rival, convocó a Poliperconte para convencerle de que obedecer a un rey iría en contra de sus intereses y le ofreció una serie de cargos asegurándose, incluso, que compartiría el poder con él. Parece que Poliperconte se dejó convencer y, como consecuencia, hizo matar a su hasta entonces protegido. Otros autores antiguos, como Justino, hacen responsable directo de la muerte de ambos a Casandro. Su asesinato demuestra que, a pesar de que Alejandro no se casó nunca con su madre, el hecho de ser hijo suyo le podía convertir en un candidato al trono. El texto de Justino (XV, 2, 3) que hemos traducido párrafos atrás asegura que tanto el asesinato de ambos como su enterramiento fueron realizados de forma oculta para que no fuese descubierto el crimen. El hallazgo en 2008 y en 2009 de sendos conjuntos funerarios, en apariencia no tumbas en sentido estricto, en el ágora de Egas (Vergina), cuyos objetos son del mismo tipo que los de las tumbas reales del gran túmulo, ha hecho a sus excavadores sugerir que podrían tratarse de las tumbas de Heracles y de Barsine y tanto su deposición en un ámbito no funerario, como el ágora, así como el peculiar carácter del conjunto, además de su cronología, podrían interpretarse en ese sentido a la luz del mencionado texto de Justino. No obstante, otras interpretaciones pueden ser también posibles, por lo que habrá que esperar a la publicación detallada de esos hallazgos antes de poder pronunciarse con ciertas garantías; por ende, nuevos hallazgos en 2011, en el mismo entorno, de otros conjuntos de riqueza comparable pueden obligar a reconsiderar estas deposiciones de posibles miembros de la realeza en el ágora de Egas.

Olimpíade y su hija Cleopatra

Pasamos, por fin, al último de los miembros de la familia de Alejandro que es, a la vez, el más complejo e influyente de todos, Olimpíade. Nos

referiremos también al destino de su hija Cleopatra. Su fuerte personalidad la observamos ya en los últimos años de vida de Filipo, cuando parece haber ejercido una influencia cada vez mayor sobre su hijo y, sobre todo, en el momento de la muerte del rey y la subida al trono de Alejandro, algo de lo que muchos sospecharon que ella no era ajena. Una de sus primeras medidas parece que fue obligar a dar muerte a Cleopatra, la joven esposa de Filipo, una vez asesinada la hija de ambos, Europa, algo que, al parecer, habría irritado al nuevo rey aunque muchos otros supusieron que Alejandro lo sabía e, incluso, lo habría aprobado.

La marcha de Alejandro a Asia, sin haberse casado y, por lo tanto, sin haber tenido hijos legítimos, le habría dado a su madre una gran preeminencia en Macedonia puesto que era la única representante de la familia del rey presente en el territorio, junto con su propia hermana de padre y madre, Cleopatra, que tras la marcha de su marido Alejandro el Moloso a Italia (334) y su posterior muerte (331-330), ejercía la regencia en Epiro en nombre del hijo de ambos, Neoptólemo. Sin ninguna duda, Olimpíade y Alejandro mantuvieron el contacto a lo largo de todos los años que transcurrieron desde su marcha de Macedonia hasta su muerte y en nuestras fuentes hay varios ejemplos de cartas intercambiadas entre ambos, aun cuando quizá una parte de ellas sea apócrifa. Además, Alejandro envió en ocasiones parte del botín a su madre y ella realizó ofrendas en santuarios panhelénicos como Delfos, quizá con parte de ese botín que había recibido (por ejemplo, en el año 331). No cabe duda de que en ese momento estaba actuando en nombre de su hijo rey, lo que ha llevado a algunos autores a sugerir que la reina madre desempeñaba algún tipo de cargo oficial.

No obstante, el representante oficial de Alejandro era Antípatro, general en Europa y jefe del ejército. Olimpíade, frente a lo que opinan algunos autores, no parece haber ejercido ninguna responsabilidad delegada por su hijo, pero eso no implicaba que ella no tuviera sus propios intereses o, quizá mejor dicho, que ella no hiciera todo lo posible para favorecer los intereses de su hijo frente a quien ella pudiera considerar que los ponía en peligro. El problema es que pronto Olimpíade consideró que era Antípatro quien ponía en riesgo los intereses de Alejandro.

Quizá por la creciente rivalidad entre ambos, Olimpíade decidió, en un momento no precisado pero seguramente en torno al 331/330 a.C., abandonar Macedonia y establecerse en el Epiro; también los autores antiguos difieren en su apreciación puesto que algunos consideran su marcha voluntaria y otros consecuencia de sus conflictos con Antípatro. Sin duda, estaba en el Epiro en el invierno del 331/330 a.C. cuando fueron repatriados los restos de su hermano el rey Alejandro I el Moloso, muerto en Pandosia, en el sur de Italia, aunque no todos los autores aceptan que residiese ya allí de forma permanente. La muerte del rey epirota convirtió a Cleopatra en regente de su hijo Neoptólemo, papel que ya ejercía desde la ausencia de su marido. La retirada de Olimpíade a su lugar de origen, junto con los éxitos de Antípatro en su lucha contra Agis III, derrotado y muerto en Megalópolis en el verano del 331, le convertían en esos momentos en imprescindible para Alejandro y quizá al rey no le interesasen más conflictos ante la tensa situación por la que estaba atravesando Grecia provocada por los que cuestionaban su autoridad. En las cartas encontramos, sobre todo, respuestas de Alejandro a acciones o sugerencias de su madre que muestran que la reina le mantenía informado de lo que ocurría en su entorno y que Alejandro la dejaba actuar o le daba instrucciones para que no lo hiciera. Parece que esta actividad, bastante autónoma pero supeditada también a las prohibiciones que le hacía Alejandro, caracterizó todo el periodo en el que ambos estuvieron separados.

Al final de su reinado, Alejandro ya había decidido relevar de sus responsabilidades a Antípatro y, de hecho, había enviado a Crátero a sustituirlo y había ordenado a aquel que acudiera a Babilonia con tropas de refuerzo. Todos lo tomarían, empezando por la propia Olimpíade, como un triunfo y como prueba de que las insinuaciones y acusaciones que había ido lanzando contra el general al final encontraban eco en el rey. En cualquier caso, no tenemos demasiados datos para saber con detalle todos los movimientos y cambios de residencia de Olimpíade durante estos años. Si, ante la posible remoción de Antípatro, este y su hijo Casandro decidieron conspirar contra Alejandro no lo sabemos aunque, tras la muerte del rey, Olimpíade y sus seguidores lo dieron como algo seguro y actuaron en consecuencia. Quizá en estos últimos momentos, y tal vez para evitar que la alegría de Olimpíade delatase sus planes con respecto

a Antípatro, Alejandro decidiese que su madre permaneciese en el Epiro mientras que hizo que su hermana Cleopatra se trasladase a Macedonia; es lo que se desprende de una noticia de Plutarco (*Alejandro*, 68, 4) aunque el autor interpreta, parece que de forma errónea, ese hecho como resultado del enfrentamiento entre madre e hija, lo cual resulta bastante improbable e inverosímil.

Tras la muerte de su hijo, Olimpíade dedicó el resto de su vida a intentar vengar su muerte y ahora estaba libre de la obediencia a Alejandro que la había coartado durante los años pasados. Además, y una vez que nació su nieto Alejandro IV, su preocupación fue también su protección frente a los múltiples enemigos que fueron surgiendo y buscar una situación satisfactoria para ella y para su hija Cleopatra. Es posible que Olimpíade haya estado detrás del intento de matrimonio de Cleopatra con Leonato, pero su muerte en Lamía lo impidió; del mismo modo, Perdicas, que se había casado con Nicea, hija de Antípatro, parece que mantuvo contactos también con Cleopatra, lo que provocó la ruptura entre ambos. Ambas mujeres parecen haber llegado a Sardis al mismo tiempo y la muerte de Perdicas en su campaña contra Egipto dejó a la hermana del rey en una posición comprometida en la capital lidia, trastocando así los planes de Olimpíade, asesorada en todo este asunto por Éumenes de Cardia, que parece haber compartido con la reina la hostilidad hacia este personaje. Aunque Antípatro no la mató, Cleopatra no abandonó ya Sardis y tampoco siguió de momento la suerte de su madre. Sin embargo, en el 308, cuando Tolomeo pretendía casarse con ella, con la oposición de Antígono, fue asesinada por un grupo de mujeres bajo sus órdenes. Sin embargo, Antígono acusó a esas mujeres para que no pareciera que era él el responsable y la enterró con honores reales.

Hasta el año 317, Olimpíade no se aventuró fuera del Epiro, aunque desde allí parece haber seguido en contacto con todos los que pudieran apoyar su causa; el fracaso de las alianzas matrimoniales que quiso establecer a través de su hija le había impedido disponer de una fuerza militar capaz de oponerse a sus rivales. Del mismo modo, la situación en Molosia era problemática porque la muerte de Alejandro I y luego la marcha de Cleopatra habían dejado a Neoptólemo a su cargo; otra rama colateral de la familia, encabezada por su sobrino Eácides se hizo con el trono, quizá

compartiéndolo con Neoptólemo. Este Eácides era hijo de Aribas, tío de Olimpíade, y de su propia hermana Troas, por lo que era a la vez primo y sobrino suyo. Si Olimpíade tuvo algo que ver en el acceso al trono de su sobrino no se sabe pero lo cierto es que este fue desde ese momento un firme defensor de los intereses de su tía, hasta el punto de que en su momento la apoyó en su regreso a Macedonia.

Como ya vimos, a la muerte de Antípatro la regencia le fue encomendada a Poliperconte en detrimento de su propio hijo, Casandro, al que colocó bajo su autoridad. En su nueva función, Poliperconte se decantó por Olimpíade a la que invitó a regresar a Macedonia para atender a la educación de su nieto, donde recibiría prerrogativas reales. Quizá tras algunas dudas, y no de forma inmediata, Olimpíade acepta la oferta y en otoño del 317 marcha hacia Macedonia con el apoyo de Poliperconte y con el del ejército moloso dirigido por su sobrino; Éumenes de Cardia, con quien la reina mantenía una larga amistad y una relación epistolar fluida, parece haberle aconsejado también que aceptase la propuesta del nuevo regente. No obstante, como ya vimos, Eurídice, la esposa de Filipo III, había roto con Poliperconte y se había aproximado a Casandro, por lo que fue ella, ante la ausencia de este, la que se enfrentó a Olimpíade en Evia. Los autores antiguos subrayaron la circunstancia de que era la primera vez que dos ejércitos que se iban a enfrentar se hallaban dirigidos por mujeres; tal vez faltando a la verdad o exagerando, se llegó a decir que Eurídice acudió vestida de guerrera mientras que Olimpíade lo hizo de bacante, adoradora de Dioniso.

Como ya habíamos visto, cuando los dos ejércitos estaban frente a frente, los soldados abandonaron a Filipo III y a su esposa y se pasaron al bando de Olimpíade, a causa de la reputación (*axioma*) que todavía mantenía la madre del gran Alejandro. Del destino de la pareja real ya hemos hablado.

De regreso a Macedonia, Olimpíade llevó a cabo una política centrada en la persecución de los partidarios de su rival Casandro; hizo matar a su hermano Nicanor y profanó la tumba de Yolao, que había sido escanciador de Alejandro. Además, seleccionó a 100 macedonios de los más ilustres, que habían sido amigos de Casandro y les hizo matar. Con ello dejaba claro que quería vengar la muerte de su hijo de la que acusaba a

Antípatro, a su familia y a sus amigos. La ignominiosa prisión y muerte de Filipo III y su esposa con su comportamiento que no respetaba ni tan siquiera a los muertos, le acabó granjeando enemistades entre quienes antes la habían apoyado y quizá el propio Poliperconte acabase temiendo su poder, a tenor del cambio de bando que no mucho después protagonizaría.

Ya vimos en su momento la rápida reacción de Casandro apenas contrarrestada por Olimpíade y Poliperconte; su retirada a Pidna en espera de refuerzos que nunca llegaron quizá fue una mala decisión pero más allá de su reputación, que le había servido el año antes, lo cierto es que no tenía ni tropas suficientes ni generales adecuados que apoyaran su causa. Por consiguiente, se rindió a Casandro a condición de que le respetara la vida.

Como era fácil de prever, Casandro no estaba dispuesto a cumplir esa parte del acuerdo y preparó una escenificación para que fuera la asamblea de los macedonios la que la condenara. Parece ser que utilizó a los familiares de aquellos que habían sido asesinados por Olimpíade para que reclamaran su castigo ante la asamblea, lo que la misma aceptó aunque la reina no estuvo presente. Del mismo modo, parece que Casandro envió a algunos agentes suyos hasta la reina para convencerla de que huyera en una nave presuntamente fletada por Atenas. Era una trampa pero Casandro, sin duda, seguía temiendo la reputación de esta mujer y prefería que ella misma se condenara huyendo o muriera en la travesía. Olimpíade rechazó también esta posibilidad y aseguró que prefería comparecer en un juicio público ante los macedonios, algo que a Casandro no le interesaba. Envía, por consiguiente, a 200 soldados escogidos para que den muerte a la reina, aunque impresionados por su actitud, puesto que apareció vestida con las ropas reales, regresan sin poder hacerlo. Sin embargo, le dieron muerte en la primavera del 315 a.C. los familiares de aquellos a los que había asesinado. La reina habría muerto sin proferir un solo grito, tal y como el año antes lo había hecho Eurídice. Su cadáver habría permanecido insepulto por decisión de Casandro, aunque pasado el tiempo algunos miembros de la familia de los Eácidas, a la que pertenecía la reina, acabaron enterrándola y construyendo un monumento sobre su tumba, tal y como muestra una inscripción del siglo II a.C. que alude, explícitamente a que la tumba de Olimpíade podía verse desde donde se encontraba dicho epígrafe. No

puede saberse cuándo se construyó dicha tumba pero un momento posible pudo ser el periodo en el que su pariente Pirro gobernó Macedonia (288-285 a.C.).

En pocos años después de su muerte no solo sus antiguos amigos y generales iniciaron un periodo de guerras fratricidas para hacerse con el poder sino que, incluso, sus familiares más directos, sus hijos y su propia madre, fueron asesinados por aquellos que habían ascendido a sus altas posiciones por el propio deseo de Alejandro. Muerto el rey sin un heredero adecuado, lo que importaba era ocupar su lugar; aunque nadie se atrevió a utilizar el título real mientras siguieron viviendo los herederos legítimos de Alejandro, el poder que sus antiguos generales desempeñaban era, salvo en el título, semejante al de los reyes. Solo a partir del 306 a.C. se rompió el tabú y, al asumir los contendientes el título real, empezando por Antígono, dieron por cancelada la dinastía Argeada, aunque no la herencia de Alejandro que, cada uno desde el territorio que ocupaba, pretendió continuar.

Capítulo decimoprimero
La pervivencia de Alejandro

El tema de la pervivencia (o supervivencia) de Alejandro es casi tan amplio, o más, que el referido a su propia vida y acciones y los estudios sobre este asunto probablemente superen a los centrados en el estudio de Alejandro y su época. En el presente capítulo voy a presentar una serie de ejemplos, sin ningún ánimo de ser exhaustivo, que muestran cómo, a lo largo de la Antigüedad, y en diferentes campos y manifestaciones, la figura de Alejandro fue recibida y, por lo general, valorada y apreciada. Analizaré, en este orden, la llamada *Novela de Alejandro*, la iconografía de Alejandro, la cuestión de la *imitatio Alexandri* y la figura de Alejandro en la filosofía. Con ello no se agota, ni mucho menos, el tema, pero espero que con los datos que aquí aportemos el lector pueda hacerse una idea de la repercusión que Alejandro tuvo durante los siete u ocho siglos siguientes a su muerte. Sin ninguna duda, tanto en la Edad Media oriental y occidental, Alejandro siguió siendo un personaje con frecuencia evocado en los medios ya mencionados y ni que decir tiene que el resurgimiento del mundo clásico en la Europa occidental en el fenómeno conocido como "Renacimiento" significó una nueva serie de obras literarias y de arte que volvieron sobre el rey macedonio. La vitalidad del fenómeno Alejandro ha seguido hasta nuestros días, con alguna superproducción de Hollywood, como el *Alexander* de Oliver Stone (2004), que no es ni muchos menos la primera película que trata del tema.

El interés del tema para el público especializado, pero también para el gran público, se muestra también por el auge de publicaciones sobre Alejandro y aspectos relacionados con él en los últimos años, siguiendo un poco la pauta marcada por el éxito internacional de la mencionada película, que referiré en el apartado bibliográfico. Del mismo modo, y aunque siempre ha habido exposiciones sobre Alejandro y Macedonia, en los últimos tres años se han celebrado (y quizá haya pasado por alto alguna) las siguientes: *Alexander der Grosse und die Öffnung der Welt. Asiens*

Kulturen im Wandel (Mannheim, octubre 2009-febrero 2010 y Leoben, marzo-diciembre 2010); *The Inmortal Alexander the Great* (Amsterdam, septiembre 2010-marzo 2011); *Alejandro Magno. Encuentro con Oriente* (básicamente, la exposición de Mannheim, con algunas variaciones, Madrid, diciembre 2010-mayo 2011); *Heracles to Alexander the Great* (Oxford, abril 2011-agosto 2011); *Au royame d'Alexandre le Grand. La Macédoine Antique* (París, octubre 2011-enero 2012). Entre noviembre de 2012 y abril de 2013, se celebra en Sydney otra gran exposición titulada *Alexander the Great.* 2000 *years of treasures*, que parece estar basada, aunque con más piezas, en la de Amsterdam; por fin, desde marzo a noviembre de 2013, tiene lugar en Rosenheim (Alemania) la última de la que tengo noticia, con el título *Alexander der Grosse-Herrscher der Welt*.

En otro ámbito, y en los territorios que en la Antigüedad constituyeron la antigua Macedonia, y que hoy se encuentran divididos entre dos estados, la República Helénica y la FYROM (*Former Yugoslavian Republic of Macedonia*), ambos reivindicando la "auténtica" Macedonia, la figura de Alejandro se ha convertido en un símbolo de sus respectivas pretensiones a esa herencia. En este ya viejo debate hay que señalar, como uno de los últimos acontecimientos, la inauguración en junio de 2011 en una de las plazas principales de Skopje (la capital de la FYROM) de una gigantesca estatua (11 m de altura sobre un pedestal de 10 m) que, aunque oficialmente ha sido llamada por las autoridades "Guerrero a caballo"; no cabe duda, por su iconografía, de que está representando a Alejandro, algo que por otro lado reconoció la población local el día de su inauguración, aclamando al rey macedonio.

Así pues, y aunque el asunto de la supervivencia de Alejandro llega hasta nuestros días y se trata, sin ninguna duda, de un asunto de gran interés, y que ha sido también objeto de numerosos estudios, me limitaré en mi análisis al periodo antiguo. Al final, entraré en el siempre espinoso tema del juicio sobre Alejandro.

Si ya en vida sus hazañas fueron difundidas y amplificadas por escritores que, como Calístenes, Aristobulo, Onesícrito, Nearco, etc., estuvieron a su lado y le acompañaron durante toda o parte de su trayectoria, su muerte le convirtió, muy pronto, en un personaje de leyenda. Sus logros, inauditos para un mortal, solo podían equipararse a los de los dioses o los

héroes, Dioniso o Heracles. El propio carácter divino del que se jactaba Alejandro, y que muchos acabaron creyendo, sobre todo después de su muerte, contribuyó no poco a extender esta impresión. Como veremos en el apéndice, ninguno de los autores que conocieron directamente a Alejandro ha llegado en forma satisfactoria hasta nosotros y tenemos que basar nuestra información en autores que escribieron ya varios siglos después de su muerte, y que a su vez se basaron, además de en esos autores contemporáneos a Alejandro, en otros que fueron escribiendo sus obras en los siglos intermedios. En cualquier caso, no deja de ser una prueba más del interés que seguía despertando Alejandro que estos autores que nos han aportado la mayor cantidad de datos que conocemos sobre Alejandro (desde Diodoro hasta Arriano, pasando por Quinto Curcio y Plutarco, por no mencionar más que a los autores de las obras más amplias) se sitúen entre el siglo I a.C. y el II d.C.

Si ya en los autores contemporáneos a su época la imagen de Alejandro aparece desfigurada por el indudable eco que su actividad generó, por sorprendente y novedosa, en los que siguieron escribiendo después la amplificación, la exageración, la justificación de sus actos o la culpabilización por los mismos fueron creciendo exponencialmente. En este proceso se fueron añadiendo nuevos datos, nuevos episodios, nuevas motivaciones que contribuían a ir creando un Alejandro adaptado a las necesidades de cada momento y de cada audiencia. La importancia de Alejandro para legitimar los diferentes reinos que, tras el traumático proceso que se inició a su muerte, fueron formándose durante el siguiente medio siglo posterior, requería de relatos que subrayasen su relación con los creadores de cada una de las dinastías pero también con los diferentes territorios que constituían su herencia. Del mismo modo, los romanos encontraron en Alejandro un buen precedente para justificar sus ansias de dominio universal y muchos estadistas romanos, ya desde época republicana, vieron en Alejandro un modelo a imitar y emular y, por ello mismo, los autores que estaban a su servicio retomaron la historia de Alejandro y la adaptaron, algunos de forma más sutil que otros, para satisfacer las necesidades de estos nuevos dueños del Mediterráneo y cuyas pretensiones al control de, al menos, el Próximo Oriente, les equiparaba a Alejandro. Un Alejandro que se situaba por encima de los que fueron

sus sucesores, como mostraba la ya mencionada reflexión de César, en el otro extremo del mundo, en Gadir, cuando se comparaba con el rey macedonio y se lamentaba de no haber llegado aún a nada cuando aquel ya había conquistado toda Asia y que adquiere un mayor contenido cuando su hijo adoptivo, Octaviano, quiere ver la tumba de Alejandro pero no las de sus sucesores, estableciendo así un vínculo directo entre el rey de Macedonia y el futuro *princeps*, pasando por alto una historia, en este caso la del Egipto Lágida, de casi 300 años. Más adelante volveremos sobre algunos aspectos de la imitación de Alejandro (*imitatio Alexandri*).

Además de los autores más vinculados a los círculos políticos del primer periodo imperial romano, que son los que nos han proporcionado los principales datos sobre Alejandro, al recogerlos de los autores anteriores (Diodoro Sículo, Trogo Pompeyo, Quinto Curcio, Plutarco, Arriano) que, a pesar de su carácter desigual, intentan escribir historia (o, en el caso de Plutarco, biografía) muchos otros, menos escrupulosos, incluyeron en sus narraciones todo tipo de hechos, aun cuando fuesen no ya exagerados sino, incluso, inverosímiles. Las obras de estos autores conocieron una gran difusión, muestra del interés que siglos después seguía despertando Alejandro Magno. Algunas de nuestras fuentes, sobre todo las más tardías, Plutarco y Arriano, dan a veces entrada en sus obras a datos que proceden ya de esta tradición aun cuando en ocasiones las critican. Otras veces las pasan en silencio pero alguna vez, para contrarrestar esas informaciones incontroladas, y para que sus lectores vean que las conocen y que si no las citan es porque las consideran falsas, mencionan algunas; a este respecto, por ejemplo, destaca Arriano cuando está narrando las distintas hipótesis sobre la muerte de Alejandro y se hace eco de algunas de las opiniones que circulaban, unas más verosímiles que otras a su juicio y, al final de su enumeración, escribe:

> "Y he contado estas cosas más para que nadie pensase que las desconocía que porque considere que sean auténticas y dignas de ser narradas". (Arriano, *Anábasis*, VII, 27, 3)

En estos escritores, pues, sigue habiendo un intento de separar lo que puede haber sido histórico de lo que era fruto de la imaginación de

autores con pocos escrúpulos y que escribían para un público sediento de conocer más detalles de Alejandro a pesar de que no fuesen reales, aunque a veces ellos mismos eran ya incapaces de distinguir lo real de lo inventado. Pero según va pasando el tiempo, y aunque estos autores van a seguir siendo valorados, surgirá una obra, creada a partir de muchas otras de las que habían ido circulando en los siglos previos, que pretendía narrar los hechos de Alejandro. A esta obra la conocemos como la *Novela de Alejandro* y su autoría se le atribuye a Calístenes en alguno de los manuscritos en los que se conserva, aun cuando sabemos que dicho autor no sobrevivió a la campaña asiática, puesto que murió encarcelado por Alejandro; en consecuencia, la historiografía actual suele referirse a este autor como el "Pseudo-Calístenes".

La *Novela de Alejandro* (*Vida y Hazañas de Alejandro de Macedonia*) es un centón de multitud de relatos (a veces contradictorios entre sí) que une datos históricos con otros ficticios e, incluso, sobrenaturales, y que pretende dar cuenta de los hechos, los viajes, las batallas, las conquistas, las relaciones con gentes e individuos de todo tipo durante los mismos, resaltando por lo general los valores superiores que Alejandro representa. Puesto que las situaciones que muestra son, en muchas ocasiones, más coloristas, divertidas o entretenidas que las que presentan los historiadores que pretenden buscar la verdad, su éxito sobre estos últimos fue mucho mayor y, por consiguiente, en distintas tradiciones y, con el tiempo, traducida a distintas lenguas, sobrevivió a la Edad Media y siguió teniendo éxito hasta bien entrado el Renacimiento.

Aunque, como ya apuntábamos, algunas de las historias que acabaron incorporándose a la *Novela* ya eran conocidas por los autores que conservamos, hoy día se tiende a pensar que su autor la compuso en torno al 300 d.C. y que el mismo podría haber sido un egipcio helenizado residente en Alejandría. No sabemos hasta qué punto este individuo introdujo novedades en la tradición o se limitó a compilar relatos, cartas apócrifas, biografías y otros materiales, incluso históricos, que circulaban ya desde el siglo II a.C. para crear un relato novelado de Alejandro; sea como fuere, el que en el tránsito entre los siglos III y IV d.C. mereciese la pena hacer una obra de este tipo nos indica cómo la popularidad del rey macedonio era todavía grande en el mundo grecorromano. Lo

sorprendente es que, a partir de esta obra, la figura de Alejandro conoció un auge sin duda mucho mayor que el que había tenido hasta entonces. En efecto, de esta obra, cuyo original desconocemos, derivan las distintas versiones que se propagaron por todo el Mediterráneo y áreas próximas y lejanas, añadiéndose en cada uno de esos nuevos ambientes, elementos propios de esas culturas que daban cuenta de lo que Alejandro acabó significando para cada una de ellas. Así, de la tradición que podríamos considerar original, la grecorromana, derivarían las versiones medievales, tanto europeas de raíz cristiana como orientales de raíz islámica así como otras, más o menos vinculadas con ellas, escritas en lenguas como el armenio, el pahlavi, el siriaco, el copto, el etíope, el hebreo o el ruso, habiendo incluso tradiciones malayas y siamesas. En cada una de ellas se van introduciendo elementos propios de las tradiciones y del folklore de esas regiones, enriqueciendo la leyenda con infinidad de toques propios que muestran la gran popularidad de ese tipo de relatos en territorios muy diferentes entre sí.

Aunque la visión que la *Novela* presenta de Alejandro no es en exceso negativa, en algunas zonas, como en la Persia zoroástrica, coexistió con relatos que, teniendo en cuenta el negativo impacto que tuvo la conquista macedonia sobre el mundo iranio, presentan al macedonio como la encarnación del mal, de Ahriman, y enemigo por lo tanto de Ahura-Mazda y su figura actualiza la lucha perpetua entre ambas concepciones que caracteriza a la religión persa.

En la *Novela de Alejandro* desempeña un papel importante su concepción, no ya por Zeus Amón, sino por Nectanebo II, que es caracterizado como un hechicero; aparecen bien representados personajes que en los relatos históricos no tienen tanto peso, como es el caso de Bucéfalo, el caballo de Alejandro, o algunas figuras femeninas como la ficticia Candace, reina de Etiopía, o la real Roxana. Alejandro se disfraza en ocasiones para lograr sus fines, casi del mismo modo que Odiseo, realiza viajes increibles, etc.; no perdamos de vista que se trata de una historia novelada que retoma las técnicas y los artificios propios de esta literatura pero aplicados a un personaje real, Alejandro, que en cualquier caso, y a lo largo de la novela asume los roles arquetípicos del héroe aventurero y, por lo tanto, se convierte no en un personaje real sino en uno literario.

Por supuesto, esta huella de Alejandro entra ya de lleno en la historia de los periodos posteriores a la Antigüedad y no nos compete abordarla en este libro; baste decir, antes de pasar a otro punto, que a partir de la *Novela*, y también en parte de los textos de los historiadores, el Medievo conoció toda una serie de aventuras épicas en verso de Alejandro, de la que destaca, en nuestra lengua, el *Libro de Alexandre*, que, en versos de catorce sílabas o alejandrinos, retoma toda una serie de temas ya conocidos por la *Novela*; esta obra tiene sus prototipos en la Francia del siglo XII (la *Alexandreis* de Gautier de Châtillon), como muchas otras composiciones poéticas del mismo tema conocidas en otras lenguas europeas. Desarrollando un carácter mágico del rey e incluyendo ya rasgos "protocristianos", este Libro y otros semejantes surgidos en ámbitos lingüísticos distintos, fueron otro medio para darle una más amplia difusión a las hazañas de este rey, que dejó una huella imborrable en su época y en las venideras.

Otros de los campos en los que podemos observar la supervivencia de Alejandro es el de la iconografía. El tema tiene interés, entre otras cosas, porque parece que Alejandro cuidó de forma directa cómo se transmitía su imagen. Según parece solo se dejó representar por Lisipo, porque consideraba que este fue quien mejor sabía sacar partido de la inclinación natural de su cuello, que le hacía tener la mirada elevada hacia el cielo. Sin embargo, Apeles, que le pintó llevando un rayo, no supo plasmar bien el colorido de su piel, puesto que le representó oscuro, cuando por lo general su tez era blanca y sonrosada (Plutarco, *Alejandro*, 4, 1-4). A Alejandro parece que le gustaban especialmente las esculturas que le hacía Lisipo porque supo captar los detalles que a Alejandro más le interesaban, no solo en la forma, sino en también en el espíritu. Otro de los escultores, que incluso le acompañó a Asia, era Estesícrates que no se fijaba tanto en la realidad pero que hacía obras de gran monumentalidad. Por fin, Pirgoteles sería el único que le podría representar en grabados.

Podemos suponer que buena parte de las esculturas que hoy conocemos de Alejandro deriva de prototipos de Lisipo, ya que no conservamos ningún original suyo representando a Alejandro, puesto que solía emplear como material el bronce. De Lisipo procederían en especial aquellas que, como decía Plutarco, muestran esa peculiar posición algo

torcida y con la barbilla hacia arriba de la cabeza que algunos expertos en medicina atribuyen a una enfermedad que habría padecido el rey, ya fuese cifosis, tortícolis ortopédica o, con más probabilidad, tortícolis ocular (síndrome de Brown del ojo izquierdo). No obstante, otros lo niegan y lo consideran un convencionalismo artístico, lo que parece poco probable porque no había ningún motivo, salvo el deseo de representar la realidad de Lisipo, para presentarle de ese modo. Lo que da a entender Plutarco es que ese ligero defecto físico, que se caracteriza por la dificultad de mover el ojo hacia arriba lo que obliga a girar la cabeza en dirección contraria al ojo afectado y elevarla para poder enfocar la vista, fue aprovechado por el escultor para dotarle de ese aspecto en el que parecía que estaba mirando y buscando por encima de los demás y que quizá representaba, mejor que cualquier otro gesto, el *pothos*, el deseo intenso de Alejandro, que es uno de los rasgos de carácter que le atribuyen los autores antiguos.

Una de las más antiguas imágenes conservadas que muestran este detalle sería la cabecita de marfil, que generalmente se considera que le representa, que formaba parte de la decoración del lecho crisoelefantino de la cámara funeraria de la Tumba II del Gran Túmulo de Vergina. Parece haber pocas dudas de que la misma se inspiraría en alguna escultura de Lisipo, al que el propio Alejandro habría elegido como su preferido una vez que se hubo convertido en rey aunque fue llamado a Macedonia por Filipo y ya representó al príncipe desde niño; antes de ese momento, aunque quizá fuese representado en otras ocasiones, solo tenemos noticia del conjunto escultórico que se colocaría en el Filipeo de Olimpia, construido con motivo de la batalla de Queronea, y realizado en este caso por Leocares, por orden de su padre.

La escena de la caza que se encuentra en el friso de la misma tumba II de Vergina, en la que posiblemente aparezca Alejandro, muestra el suficiente detalle como para poder apreciar su estilo y la autoría de esa obra se ha atribuido a diversos pintores que sabemos que estuvieron activos en Macedonia en los años finales del siglo IV (por ejemplo, Nicias de Atenas o Filoxeno de Eretria, que trabajó también para el rey Casandro), pero sin que podamos pronunciarnos de manera definitiva. Esa escena de caza situada en ultratumba, pero con la escenografía de uno de esos jardines

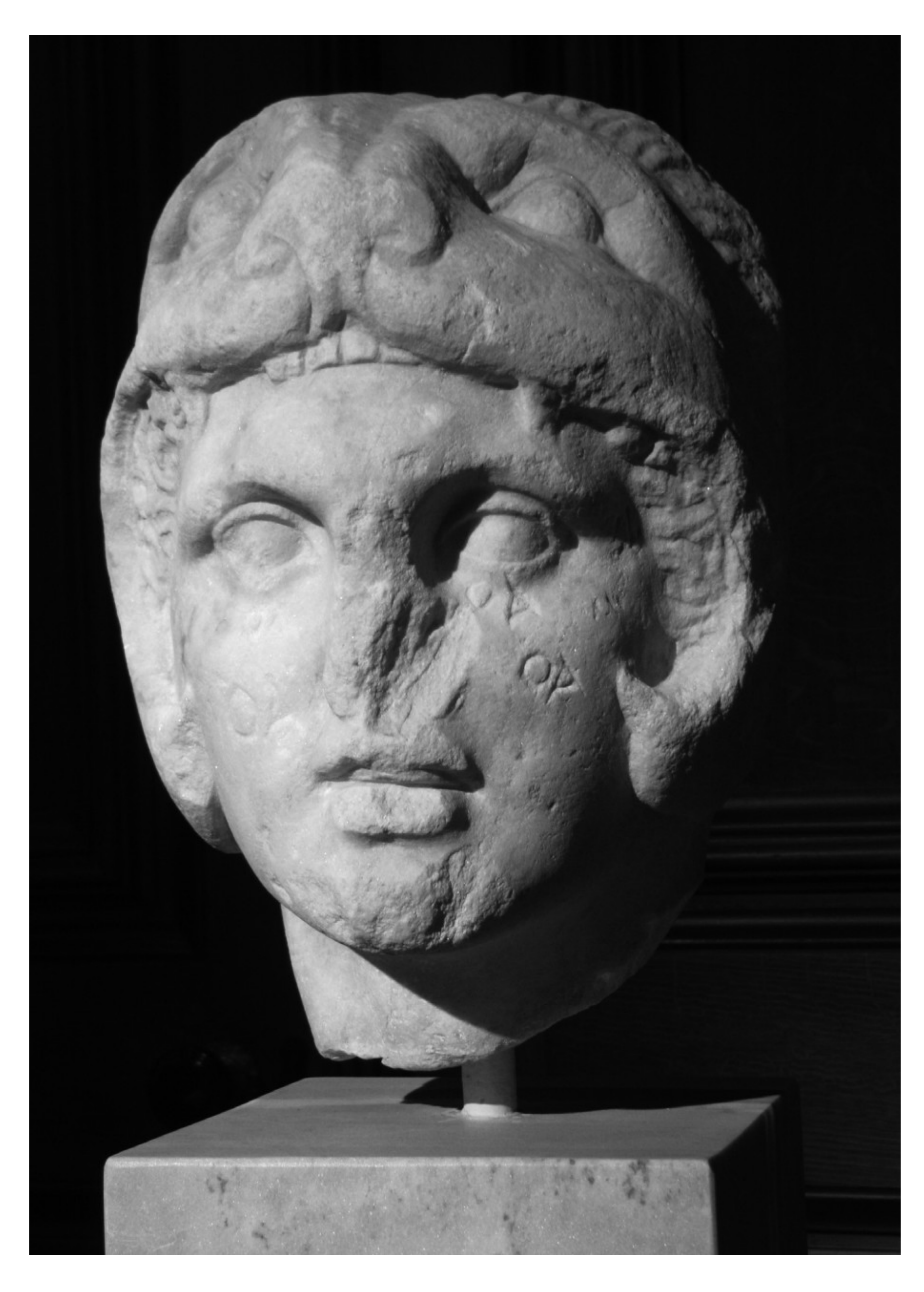


Figura 15. Estatua de Alejandro Magno llevando la leontea de Heracles (hacia el 300 a.C.). Procede del Cerámico de Atenas

cerrados (*paradeisos*) propios de la realeza persa en los que se practicaba la caza y estaban llenos de amenidades, habría sido considerada apta para el rey Filipo III, quizá enterrado en esa tumba junto con su reina guerrera, Eurídice.

El uso de la imagen de Alejandro, también en un contexto funerario, aparece en el ya mencionado "sarcófago de Alejandro" que se halló en la necrópolis real de Sidón. Haya pertenecido a Abdalónimo o a Maceo, ambos tenían motivos de agradecimiento a Alejandro, el primero por haber sido promovido al trono, el segundo por habérsele confirmado las prerrogativas que ya había tenido con Darío III y haber recibido la satrapía de Babilonia, a pesar de haber sido un importante rival de Alejandro en Gaugamela. El uso de la imagen de Alejandro, pues, a los pocos años de su muerte, en entornos funerarios de personas que, en vida, estuvieron vinculados a él es una prueba del valor que la imagen del rey acabó adquiriendo.

Más sorprendente resulta, sin embargo, la posible presencia de la imagen del rey en algunos mosaicos de guijarros hallados en la capital del reino, Pela. Por ejemplo, el mosaico de la "caza del león", hallado en la "Casa de Dioniso", de Pela, se data a finales del siglo IV pero se ha sugerido que está trasladando a mosaico un grupo escultórico en bronce, quizá hecho por Lisipo. Se muestra, con gran probabilidad, a Alejandro joven y a Hefestión a izquierda y derecha, respectivamente, de un león. Alejandro tiene la espada aún en la vaina, pero acomete a la fiera con su lanza, mientras que Hefestión, que ha desenvainado la suya, la utiliza para acometer al león. Otro de los mosaicos, la "caza del ciervo", procedente de la "Casa del Rapto de Helena", construida más o menos en la misma época que la anterior, presenta a los dos mismos personajes cazando un ciervo. En este caso, se suele admitir que el original del que depende el mosaico es una pintura; en esta ocasión, Hefestión aparece a la izquierda, armado con una doble hacha (alusión a su nombre, puesto que es el arma del dios Hefesto) y Alejandro a la derecha, en esta ocasión con la espada desenvainada. Tal y como hoy se conserva, figura el nombre de un tal Gnosis como autor, quizá del mosaico, aunque puede que se trate de una restitución durante una restauración antigua, no documentada. La pintura original se le atribuye a Melantio o a Apeles.

Más que centrarnos en el origen de las obras que inspiraron estos mosaicos, lo cual ha suscitado numerosas discusiones, lo que nos interesa aquí resaltar es cómo en algunas de las grandes casas de peristilo de la ciudad del primer helenismo, construidas, o nada más morir Alejandro o poco después, ya se estaban empleando motivos decorativos tomados de la vida, o de las aventuras, atribuidas al rey. Por supuesto, no sabemos quiénes fueron los dueños de estas casas, la de "Dioniso" y la del "Rapto de Europa", pero su gran tamaño (3160 y 2350 m^2, respectivamente) sugiere que se trata de personajes importantes de la ciudad; resulta atractivo pensar que pudo tratarse de algunos de los compañeros de Alejandro que, enriquecidos por la campaña asiática, pudieron haber empleado parte de esas riquezas en construirse enormes casas y pagar mosaicos de gran calidad técnica que recordaban (junto con otros temas míticos) alguna de las hazañas del rey que hacía poco que había muerto en Babilonia. Así pues, no solo en el ámbito funerario, como hemos visto, sino también en el de los vivos y contemporáneos suyos, la imagen de Alejandro empieza a emplearse como referencia a un pasado que se tiene por glorioso. Sin duda los dueños de estas casas, mientras que las mismas estuvieron en pie, se deleitaban contemplando en los pisos de las zonas más importantes las acciones que había protagonizado el gran Alejandro.

Este tipo de temas también era apto para santuarios, por cuanto que Plutarco (*Alejandro*, 40, 5) narra cómo Crátero mandó erigir un monumento en bronce en el que se representaba a Alejandro cazando un león, ayudado por sus perros y él mismo acudiendo en ayuda del rey, obra de Lisipo y de Leocares. El tema es, sin duda, el mismo que el del mosaico de la "Casa de Dioniso" y muy parecido al de la "Casa del Rapto de Perséfone", aunque el personaje que acompaña al rey en ambos mosaicos parece ser Hefestión. Naturalmente, Crátero no iba a renunciar a representarse junto al rey y más en un lugar de tanta visibilidad panhelénica como Delfos. Los ricos dueños de las casas de Pela que hemos considerado, prefirieron recordar a su rey junto con su inseparable compañero Hefestión, en memoria de los viejos buenos tiempos en los que Alejandro estaba conquistando Asia.

Signo también de cómo la imagen de Alejandro empieza a inundar otro tipo de representaciones es una estatua de mármol, conservada en

el Museo de Pela, en la que se representa al dios Pan con los rasgos de Alejandro. Esta identificación con la divinidad, propia en último término de los rasgos divinos que el propio Alejandro quiso imponer a su figura, se observa también, como veremos, en la moneda, quizá no tanto en la emitida por él como en la que acuñaron sus sucesores.

Un sentido distinto, pero en cierto modo comparable, tiene el hecho de que un noble pompeyano de finales del siglo II a.C. y quizá todavía de origen samnita, decidiese decorar su rica casa con un mosaico que copiaba, quizá con bastante fidelidad, lo que debía de ser una famosa pintura mostrando la lucha entre Alejandro y Darío. Sin duda, el dueño de la casa, y los que siguieron viviendo en la misma hasta la destrucción de la ciudad en el 79 d.C. siguieron apreciando esta obra si, como ha planteado algún autor, las partes que faltan del mosaico, y que fueron ya reparadas en la Antigüedad lo que mostrarían sería el desgaste del pavimento debido a la circulación sobre él, siempre en el mismo sentido, para ver las partes más destacadas del mosaico que eran, por supuesto, las dos figuras principales. Más que el aprecio por la obra de arte en sí pesaba la contemplación de la historia que se narraba, la cual, apoyada en la abundante tradición literaria (mucho más amplia, por completa, en el momento de uso del mosaico, que en la actualidad) resaltaba el valor de Alejandro y la cobardía de Darío que, aterrorizado, está a punto de emprender la huida. No cabe duda que, durante cerca de 200 años, los dueños y los visitantes de esa casa pompeyana disfrutaban con la contemplación del momento que marca el inicio de la victoria de Alejandro, no solo en esa batalla, sino también en el dominio de Asia. La lectura en el momento de la destrucción de la ciudad sería ya muy distinta de la que propició la colocación del mosaico a finales del siglo II a.C. Además de la lectura concreta del hecho representado, daría pie para reflexionar sobre todo el simbolismo que se le pudiera atribuir al rey macedonio, en especial su fortuna (*tyche*) y su virtud (*arete*); no en vano, una obra de Plutarco, dedicada al rey, además de su biografía, llevaba el título “Sobre la fortuna o la virtud de Alejandro”.

Del mismo modo, también en Pompeya se conocen otras pinturas de tema alejandrino, como la composición que muestra la boda de Alejandro y Estatira, quizá inspirada en la pintura de Etión “Alejandro y

Roxana", exhibida en Olimpia entre 327 y 324 a.C., y hallada en la casa del Bracciale d'Oro; o la imagen de Alejandro como Zeus, sentado y con los rayos en la mano izquierda y una lanza en la derecha, hallada en la casa de los Vetios y tal vez inspirada en el cuadro de Apeles. En ambos casos se trata de pinturas del cuarto estilo, lo que sugiere que se habían pintado poco antes de la destrucción de la ciudad y mostrarían, pues, cómo esos temas vinculados a Alejandro formaban parte del repertorio al uso de los pintores que trabajaban en la ciudad campana así como en Roma y otros puntos del imperio.

Otras pinturas quizá llevasen también temas alejandrinos, como las de la villa de P. Fanio Sinistor en Boscoreale, en uno de cuyos paneles algunos autores han querido identificar a Roxana y Alejandro IV, aunque otros se inclinan por otros personajes reales posteriores a Alejandro (Demetrio, Pirro, Seleuco, Tolomeo…) Los frescos se datan entre el 50 y el 40 a.C. y se adscriben al segundo estilo pompeyano.

Mucho más tarde, pero por ello más relevante, podríamos aducir el mosaico con el que un rico propietario, Patricio, hijo de Olimpio, que tenía su *villa* en Soueidié cerca de Baalbek (Líbano) decoró, a finales del siglo IV d.C., una de las estancias de la misma; allí ya no se representan hechos "históricos" de la vida de Alejandro sino que, a modo de epifanía religiosa, aparece en un panel el nacimiento del rey casi como si se tratase del de un dios, precedido quizá por la llegada de Nectanebo que, sin embargo, es insegura porque esa parte del mosaico se encuentra muy destruida. Se representa también a Filipo y a la serpiente y, en el ángulo inferior derecho del panel, al neonato en una pileta de agua bañado por una Ninfa, subrayando su carácter divino, mientras que, detrás, Olimpíade es acompañada por una sirvienta. En otro de los paneles se representa también a Aristóteles, como muestra el rótulo con su nombre, lo que indica que el programa iconográfico era más amplio que lo que permite ver el deterioro de buena parte del mosaico. Ello no es extraño porque el propietario de la *villa*, el tal Patricio, se define como émulo en sabiduría de Eudoxio, el discípulo de Platón, en una cartela en mosaico hallada en la misma. La inspiración del mosaico parece hallarse no solo ya en los escritos históricos sobre Alejandro sino en la *Novela* del Pseudo-Calístenes, una prueba más de la fama postrera del

rey por más que ya convertido en un personaje dotado de significados que van más allá de su carácter humano.

Por lo que se refiere a las esculturas, sería prácticamente imposible enumerar todas las que, desde la época helenística en adelante, representan al rey macedonio o las que muestran a diversos personajes con sus rasgos o sus características dentro de la *imitatio* (imitación). Si en el mundo helenístico esto tiene sentido porque los distintos reinos que surgieron remontaban su legitimidad al propio Alejandro, en Roma hay que verlo ya, igual que ocurre con las pinturas o mosaicos, como signo de admiración por su figura y por su obra. Me centraré tan solo en tres ejemplos; en primer lugar, la estatuilla en bronce con algunas incrustaciones en plata, que se halló en Herculano el año 1761 en la zona del teatro y que representa al rey, girado tres cuartos, sobre Bucéfalo, con el brazo levantado y la espada empuñada. Se admite que es una copia, en pequeño, del monumento que hizo erigir en Dío en honor de sus compañeros muertos en la batalla del Gránico y hecho por Lisipo; otro caballo, que se halló junto a esta pieza, mostraría que esta adaptación de época romana (siglos I a.C.-I d.C.) representaba también a alguna otra de las figuras que componían el monumento. Piezas decorativas por su tamaño, muestran cómo su propietario pudo situarlas sobre algún mueble para recrear en alguna estancia las batallas de Alejandro; ese mismo tamaño, que indica que no ejerció en su contexto herculanense una función monumental, mostraría un gusto por el pequeño detalle en el que dicha obra destaca junto con un deseo de evocar las gestas del rey contra los persas.

A otra gran villa parece corresponder la llamada Herma Azara, hoy en el Museo del Louvre, que es, al parecer, una de las representaciones más próximas al original de Lisipo. Hallada en 1779 en la llamada villa de los Pisones en Tivoli junto con otras quince cabezas de filósofos y poetas griegos, se trata de una copia romana del siglo I d.C., limitada a la cabeza, del retrato de Lisipo del 335 a.C., que le representaba de pie y apoyado en su lanza. Su excavador y dueño, José Nicolás de Azara, se la regaló a Napoleón Bonaparte en 1801. Aunque el tipo de excavación llevado a cabo en el siglo XVIII, no permite conocer con certeza el contexto, habría que pensar que el dueño de esa villa, muy próxima a lo que, con el tiempo, se

convertiría en *Villa Hadriana*, había formado una colección de esculturas entre las que un puesto destacado le correspondía al retrato de Alejandro.

Por fin quiero mencionar una última escultura, en este caso procedente de nuestro país. Me refiero al Alejandro de Itálica, hallado en torno al 1840 en las excavaciones de Ivo de la Cortina en la zona próxima al foro de la ciudad. Se ha conservado solo la cabeza pero no cabe duda de que debía de pertenecer a una estatua de cuerpo entero de tamaño algo mayor que el original que interpreta, de forma bastante idealizada, al personaje. Aunque de cronología debatida dentro del siglo II d.C., muchos especialistas tienden a considerarla obra de la época de Adriano y sugieren que podría haber sido una escultura de tipo oficial mandada realizar por las autoridades de la colonia para ubicarla en un espacio público privilegiado dentro de la misma y quizá en relación con los emperadores Trajano y Adriano que formarían parte también de un programa iconográfico en el que encajaría esta imagen de Alejandro. También se han manifestado dudas acerca del origen del mármol, para unos hispánico, para otros de Paros. Por supuesto, no es la única escultura de Alejandro que conocemos en ambientes públicos del mundo romano pero he querido ejemplificar en esta escultura hispana cómo una ciudad romana, que además era la fundación más antigua de los romanos en Hispania, seguía utilizando, en sus programas decorativos oficiales, en un momento además de gran intensidad constructiva en la ciudad, como es el adrianeo, la imagen del rey macedonio que, desde un punto de vista simbólico e ideológico, seguía teniendo plena vigencia, acompañado del emperador reinante (Adriano) y de su antecesor y padre adoptivo (Trajano), ambos oriundos de la ciudad bética. Es otro indicio de la supervivencia del personaje y de su figura.

Otro de los campos que, en la iconografía, garantizó la supervivencia de la figura de Alejandro es el de la moneda. Además de su valor económico, la moneda antigua, por el hecho de llevar imágenes seleccionadas y mandadas diseñar por la autoridad emisora, presenta un interés especial, no siempre fácil de desentrañar. En cualquier caso, su circulación habla también de la difusión de unas imágenes y unos mensajes cuya intencionalidad hay que considerar evidente.

Parece fuera de dudas que Alejandro no acuñó en vida monedas representando su efigie, quizá con excepción de la moneda (o “medallón»)

del elefante y, del mismo modo, en las monedas acuñadas por él aparecería tan solo su nombre, Alejandro, sin el título de rey, igual que habían hecho todos sus predecesores. En cuanto a la moneda en cuestión en la que aparece Alejandro, se trata de una rara decadracma que presenta en una cara a un jinete atacando a un elefante que huye y que lleva a dos individuos encima, uno de los cuales le amenaza con una lanza. En la otra aparece una figura con coraza, casco de tipo frigio, una lanza en la mano izquierda y un rayo en la derecha, coronada por una victoria. La interpretación habitual es que se representa a Alejandro atacando a Poro en la batalla del Hidaspes y a Alejandro caracterizado como Zeus. A pesar de que la moneda no lleva leyenda, se ha supuesto por algunos que pudo ser acuñada en Babilonia o en Susa hacia el 324 a.C., por lo que sería una manera de presentar una de las recientes victorias de Alejandro y una más que sugerencia de su carácter divino todavía en vida. Otros autores, sin embargo, han planteado que estas monedas no fueron acuñadas en una ceca bien establecida sino quizá en una de campaña y tanto su tamaño como su temática podrían indicar que se trató de emisiones conmemorativas (es decir, en términos numismáticos, de “medallas») realizadas tal vez para recompensar a quienes se habían comportado de forma satisfactoria en los combates; su acuñación se habría producido entre 326 y 325, antes de la partida de la India. Aun cuando el tamaño de las acuñaciones no permite discernir rasgos concretos de la fisonomía de las figuras representadas, en las mejor preservadas (se conocen varios ejemplares de esta emisión con diferentes grados de conservación) se observa que la figura del reverso representa a un individuo que no lleva barba, lo que encaja bien con el aspecto de Alejandro, así como la indumentaria, que es de tipo macedonio; además, lleva un rayo y, como ya vimos, Apeles pintó a Alejandro llevando un rayo, aunque quizá en su pintura le representase sentado y en la moneda aparece de pie. No parece haber, pues, demasiadas dudas de que la figura representada, en el anverso y en el reverso, sea Alejandro. Es bastante probable, pues, que ya en vida de Alejandro, este, consciente de la importancia que podía tener, como factor de unificación de la parte asiática de su imperio, la promoción de su carácter divino, que también se dejará sentir en la parte griega del mismo aunque de otro modo, haya favorecido algún tipo de

representación “oficial” de su figura en la que se resaltaban sus victorias militares y su carácter divino. Si en ámbitos que él podía controlar menos esto podría llevar más tiempo, en la moneda, cuya acuñación controlaba él gracias a las ingentes cantidades de metal que había obtenido como botín y a las que hemos aludido en su momento, era él quien tenía la última palabra.

Las monedas con una efigie de Alejandro reconocible empiezan, pues, tras su muerte y acuñadas por los distintos generales que le sucedieron. Parece que uno de los primeros en haber emitido moneda a nombre del rey fue Tolomeo desde Egipto, posiblemente ya en 321, tras derrotar la intentona fallida de Perdicas de invadir ese país. Por su parte, Perdicas parece haber sido el primero en introducir el título real en las monedas acuñadas a nombre de Alejandro, algo que el rey no parece haber hecho nunca en vida. A partir de ese momento, rompería con las tradiciones iconográficas de la moneda macedonia e introduciría, en el anverso, la imagen deificada de Alejandro, llevando como tocado una cabeza de elefante y los cuernos de carnero de Zeus Amón. En los años siguientes se introdujeron algunas modificaciones al diseño que los numísmatas han podido ir seriando y datando pero cuyos detalles no nos detendrán aquí. Una vez que se produce la proclamación de Tolomeo como rey, el protagonismo de Alejandro disminuirá en la moneda tolemaica al tiempo que aumentará el del nuevo rey y el de la dinastía que creará.

También las cecas seléucidas harán uso de Alejandro, pero durante un breve periodo (entre 300 y 298 a.C.) y Lisímaco hará lo propio pero solo a partir del 297 a.C.; en este caso, el retrato del rey lleva solo una diadema y unos prominentes cuernos de carnero y será este el prototipo que tendrá más difusión en el futuro. El papel que tiene la relación con Zeus Amón, mucho más relevante que en las primeras monedas de Tolomeo, apelaría a la idea del dominio universal que, según vimos, le habría confirmado la divinidad a Alejandro. Monedas con la imagen de Alejandro aparecerán también durante el reinado de Agatocles de Bactria (185-170 a.C.) y en la Macedonia romana de la primera mitad del siglo I a.C., así como en las del *koinon* de Macedonia del siglo III d.C., bajo la dinastía severiana, cuando abundarán las monedas que representan a Alejandro, introduciendo nuevos tipos antes desconocidos y con reversos que muestran

escenas de guerra o de caza. Del mismo modo, en las ciudades griegas de Asia bajo control romano desde el siglo I al III d.C. serán abundantes las emisiones cívicas con la efigie de Alejandro.

Su presencia sirve para legitimar a gobernantes que se han hecho con parte de su herencia, conmemorar su lugar de origen (en el caso de las emisiones de Macedonia), recordarle como fundador (real o ficticio) de ciudades, que lo incluirán entre sus acuñaciones. Lo realmente interesante es que durante tanto tiempo, a partir casi del mismo momento de su muerte, tantos estados o estructuras políticas considerasen que la figura de Alejandro seguía estando vigente para personificar determinados valores (no siempre, obviamente, los mismos) mediante su representación en sus respectivas monedas. En este caso, y frente a lo que ocurre, por ejemplo, en la literatura, que no siempre presenta una visión favorable del rey macedonio, su utilización en la moneda representa siempre una valoración positiva de su persona, especialmente cuando, en la mayor parte de los casos, se alude de forma explícita a su carácter divino. En este sentido, podríamos pensar que desempeña un papel parecido al que otros héroes mitológicos (por ejemplo, Heracles) representan; la diferencia es que, frente a aquellos, Alejandro fue un personaje real que, aunque se acepte su divinización, vivió y realizó una serie de empresas que, quienes lo utilizan como emblema de sus monedas, consideraron dignas de mérito y de conmemoración.

Otro campo, aunque de menor difusión que la numismática, que pudo difundir la imagen de Alejandro fue el de la representación de su figura sobre piedras preciosas, bien en sellos, bien en camafeos. Como ya vimos antes, Alejandro tuvo su propia predilección por quién podría representarle en ese medio y su imagen y hay ejemplos de estas representaciones que llegan hasta época romana; del mismo modo, en algunos grandes camafeos conocidos (en San Petersburgo o en Viena), cuyas cronologías siguen siendo objeto de disputa, se ha sugerido que se encuentran representados Alejandro y Olimpíade, aunque muchos autores piensan en otros personajes más vinculados a la corte tolemaica (por ejemplo Tolomeo I Soter y Berenice o Tolomeo II Filadelfo y Arsinoe). Si esta técnica del camafeo surgió en época de Alejandro o corresponde ya al periodo de sus sucesores es también objeto de disputa.

Otro de los campos en los que la supervivencia de la figura de Alejandro adopta unos rasgos específicos es el que podríamos llamar el de la *imitatio Alexandri*, la imitación de Alejandro, mediante la cual toda una serie de personajes políticos, a lo largo de la Antigüedad gustaron de presentarse con rasgos que evocasen a sus contemporáneos su aproximación a Alejandro. Aun cuando este fenómeno también se dio en el mundo helenístico, puesto que en ocasiones sus reyes buscaban una relación directa con la figura de la que procedían, en último término, esos reinos, nos centraremos sobre todo en el mundo romano porque en él esa idea de la imitación es mucho más evidente. Aunque Roma permaneció al margen de lo que representó, en su época, Alejandro y es incluso dudoso o cuestionable para algunos que su tío Alejandro I el Moloso, que estuvo en Italia, llegase a entrar en relaciones directas con la ciudad del Lacio, las conquistas que Roma llevó a cabo por los antiguos territorios helenísticos favorecieron que algunos personajes, sobre todo generales exitosos, buscasen crear una relación simbólica con el gran conquistador.

Aunque es objeto de debate, parece que ya algunos importantes generales romanos de fines del siglo III como Publio Cornelio Escipión, que llegaría a ser conocido como el Africano, se acercó, en alguno de sus comportamientos, al ideal que representaba Alejandro, lo cual no sería extraño si tenemos en cuenta que su gran rival, Aníbal Barca de Cartago, también estaba próximo a algunos de los ideales que representaba el rey macedonio, en especial, sus ansias de conquista. De la propia concepción de Escipión se contaba, y quizá él no fuese ajeno a ello, que se había producido cuando una serpiente había aparecido en el lecho de su madre, pareciéndose así a lo que se contaba del nacimiento de Alejandro, por lo menos por los autores más sensacionalistas; del mismo modo, Escipión no tomaba ninguna decisión si no había permanecido antes un tiempo sentado en el templo de Júpiter Capitolino, como si esperase la inspiración divina; incluso en su modo de actuar en público parecía que lo hacía movido por la divinidad. Además de ello, quienes narraron sus acciones, griegos y romanos, todos ellos excelentes conocedores de la literatura griega, como el propio Escipión, gustaban de comparar su comportamiento o los golpes favorables de la fortuna con los de Alejandro. Así, por ejemplo, se podía comparar el sitio de Tiro por Alejandro con el de Cartago

Nova, la retirada del mar en el monte Clímax con la retirada del mar en Cartago Nova, la relación con Zeus Amón tenía paralelos con la relación de Escipión con Júpiter Capitolino, la continencia de Alejandro con las mujeres de la familia de Darío se comparaba con la de Escipión con la familia de Indíbil, etc. Incluso, episodios inventados de la tradición sobre Alejandro acababan también siendo adaptados a la leyenda de Escipión, como el combate apócrifo entre Alejandro y Darío, que muchos equipararon a un combate inexistente en Zama entre Escipión y Aníbal. En esta visión paralela, Escipión habría logrado en Occidente al derrotar a Cartago lo mismo que Alejandro había hecho en Oriente al derrotar al Imperio persa. Había, eso sí, una diferencia que parece que Escipión fue cuidadoso en no sobrepasar; Alejandro era un rey y Escipión era solo un magistrado de la República romana y cuando los iberos empezaron a saludarle como rey Escipión se encargó de agradecer y, en cierto modo, aceptar esa consideración regia, pero descartó el título e hizo que se le llamara solo "general", *imperator*, aun cuando es posible que le diese a este título unas connotaciones nuevas.

Quizá también alguna aspiración a asemejarse a Alejandro, al menos en algunos aspectos, pudo haber tenido Quinto Cecilio Metelo, que fue recompensado por el Senado con el título de *Macedonicus* (como lo había sido tras su victoria de Pidna del 168 a.C. Lucio Emilio Paulo) tras haber derrotado a Macedonia en el 148 a.C. Con el fruto del botín de su campaña hizo levantar al año siguiente un pórtico en Roma (la *porticus Metelli*) en torno a los templos de Júpiter Stator y Juno Regina que mandó también construir en mármol del Pentélico, siendo los primeros que se construían en Roma de este material. Además, colocó frente a los templos el grupo escultórico de Lisipo que Alejandro había erigido en Dío para conmemorar a los caídos en la batalla del Gránico. Este pórtico fue englobado en la *porticus Octaviae*, construido por Augusto pero llamado así en honor de su hermana Octavia algo después del 27 a.C. en torno a los mismos templos y manteniendo el famoso grupo de Gránico entre sus principales ornamentos (Veleyo Patérculo, I, 11, 3-4). Algunos autores han argumentado que un espléndido caballo de bronce, que hoy se conserva en los Museos Capitolinos de Roma, y que fue hallado en 1849 en el *Vicolo delle Palme*, en el Trastevere romano, podría corresponder a este

monumento aunque otros autores proponen otras posibilidades. En cualquier caso, el traslado del monumento desde Dío a Roma por Metelo, así como la introducción de la arquitectura de mármol en Roma a mediados del siglo II a.C. aunque quizá no sea un ejemplo preciso de *imitatio,* algo tiene que ver con la huella que el rey macedonio había dejado y de la que Roma se estaba apropiando, literalmente, al trasladar hasta allí algunos de los monumentos más conspicuos de los mandados realizar por él. Parece que el monumento del Gránico fue objeto de imitación tras su llegada a Roma, con fines propagandísticos, por parte de quienes hicieron uso de ese prototipo.

Como hemos dicho, la República no era el mejor medio para que los generales, incluso los sobresalientes, llevasen hasta sus últimas consecuencias esta *imitatio* puesto que los regímenes unipersonales despertaban profundos recelos en Roma. No obstante, una vez entrados en el siglo I a.C., cuando se inicia el largo periodo de decadencia de la República, en el que algunos personajes alcanzarán altas cotas de poder personal en un proceso que culminará con la instauración del principado tras la victoria de Octavio sobre su último rival, Marco Antonio, las posibilidades que Alejandro presentaba para caracterizar a estos importantes generales eran cada vez mayores.

Así, no es extraño que ya uno de los primeros en iniciar este camino haya sido Pompeyo. Uno de los elementos en donde podamos ver mejor esta emulación de Alejandro es en el uso del epíteto "Grande", *Magnus*. Hay que decir que no hay demasiadas informaciones que sugieran que en el mundo griego al nombre de Alejandro III de Macedonia se le añadiese el "Grande", al menos mientras el rey estuvo vivo aun cuando hay quien piensa que algunos pudieron empezar a llamarle Gran Rey Alejandro, sobre todo tras derrotar a Darío III, que terminaría por abreviarse como el Gran Alejandro, denominación a la que se acabarían añadiendo connotaciones moralizantes. No obstante, en las fuentes griegas, como decíamos, no aparece hasta bastante tarde este uso y, de hecho, el primer testimonio del mismo no lo encontramos en un texto griego, sino en una comedia romana, *Mostellaria*, de Plauto, compuesta hacia el 200 a.C., aunque es bastante probable que su uso sea anterior. A partir de ese momento la costumbre de llamarle a Alejandro "el Grande" (*Magnus Alexander*) parece

haberse generalizado en Roma y poco a poco lo hará en el mundo griego (*Alexandros o Megas*), de donde viene nuestro modo de llamarle, Alejandro Magno.

Por lo que se refiere a Pompeyo, según asegura Salustio (*Historias*, III, 88):

> "[...] desde su primera juventud y a causa de las palabras de sus aduladores se llegó a creer que era igual al rey Alejandro y por lo tanto se hizo émulo de él en sus hechos y en sus planes".

Y quizá el sobrenombre de Magno le fuese dado por la adulación de sus próximos aunque Sila lo haría, en cierto modo, oficial dirigiéndose a él con el mismo en el año 81 a.C. tras su campaña africana. Pompeyo acabó incluyendo ese título como *cognomen* a su nombre y se haría acreedor a él gracias a sus campañas militares en Oriente, donde había más oportunidades de emular a Alejandro porque en parte de esos territorios habían transcurrido las conquistas del macedonio. En el gran triunfo que celebró en Roma en el año 61 a.C., tras concluir la guerra contra Mitrídates, y que duró dos días seguidos, el propio Pompeyo apareció vestido con una clámide que, según se decía, había pertenecido a Alejandro Magno y que se encontraba entre las propiedades del derrotado rey del Ponto. El simbolismo de este hecho era evidente puesto que el general romano, al vestir esa prenda en un momento fundamental de su éxito militar y político sobre el Oriente, se vinculaba con el macedonio. Se acuñaron con ese motivo en algunas ciudades monedas con el epíteto "invencible" (en griego *aniketos*), que era también uno de los sobrenombres de Alejandro.

Por lo que se refiere a su gran rival, aunque en un primer momento colaborador suyo, César, quizá más que una *imitatio* podamos ver una emulación o *aemulatio*. En primer lugar, ya hemos comentado la anécdota en la que el joven César, ante la contemplación de una estatua de Alejandro en el santuario del Hércules Gaditano se lamenta de cómo el macedonio a su edad ya había conquistado Asia y él no había hecho aún nada digno de mérito, siendo tan solo cuestor de la provincia de Hispania Ulterior. Por otro lado, podríamos mencionar que Plutarco, en su serie de *Vidas Paralelas*, decidió emparejar a Alejandro con César, lo que muestra

que ya para esos momentos del siglo II d.C., época en la que escribe dicho autor, la relación entre ambos estaba bien fijada. Por supuesto, su estancia en Alejandría, su visita a la tumba de Alejandro e, incluso, su unión con la reina Cleopatra VII, de la que nacería Cesarión (Tolomeo XV). Además de sus acciones militares, sus planes grandiosos y su (presunto) deseo de convertir su poder en una monarquía de tipo helenístico habría que verlos dentro de esta emulación de Alejandro que, adaptado a las necesidades de la política romana, que César creía conocer bien, podría ser empleado para diseñar un nuevo modelo político. Como plasmación visual de esta comparación de César con Alejandro podría mencionarse la erección de una estatua ecuestre del rey en el foro de César aunque con los rasgos del romano. Su asesinato los idus de marzo del 44 a.C. mostró, empero, que quizá Roma no estaba aún preparada para trasponer a ella esos modelos inspirados, más o menos lejanamente, en Alejandro.

Marco Antonio, uno de sus principales colaboradores, pero no el elegido como sucesor suyo, puesto que recaería en el joven Octavio, su sobrino nieto e hijo adoptivo por testamento, parece haber vivido muy cerca de esa nueva ideología que César estaba intentando introducir en Roma. Tras la muerte de César y para lograr la derrota de sus asesinos, formaría el conocido como segundo triunvirato (43 a.C.) con Octavio y con Lépido, lo que les permitió repartirse el mundo romano una vez derrotados aquellos. Al recalar Antonio en Oriente, mientras Octavio permanecía en Roma, pronto se dejó llevar por las influencias culturales de ese mundo ya muy permeable a las ideas de divinización. En Éfeso aceptaría sus vínculos con Dioniso y tras su llegada a Egipto, donde se uniría con Cleopatra, reafirmaría esas vinculaciones divinas que también la reina de Egipto favorecería, haciéndose ella llamar Selene Nea-Isis. Quizá más que una imitación de Alejandro, Antonio haya estado más en la línea de la emulación que su antiguo protector César había propugnado y su guerra contra los partos podría ser una buena ocasión para mostrarse también en este campo como émulo de Alejandro. Es interesante, no obstante, que a los dos primeros hijos, mellizos, tenidos con Cleopatra, los llamase con los nombres de Alejandro Helios y Cleopatra Selene, mientras que el tercero recibió el nombre más convencional entre los Lágidas de Tolomeo (XVI), Filadelfo. Quizá, pues, ese deseo de emular a Alejandro se pueda haber

ido transformando, al menos en parte, en una auténtica imitación. Su derrota en Accio en el 31 a.C. a manos de Octavio marcó el final de estas tendencias de raíz marcadamente oriental para dar lugar, con el vencedor, a otro tipo de *imitatio*.

En efecto, Octavio, oficialmente Cayo Julio César Octaviano, conocido como Augusto a partir del 27 a.C., desarrolló, dentro de Roma e Italia, una política que pretendía asentarse en las raíces latinas e itálicas ancestrales si bien, de cara sobre todo al mundo oriental, vio las ventajas de vincularse al legado de Alejandro. Guerras contra los partos, política de fundación de ciudades, desarrollo constructivo e iconografía, contribuyen a recordar algunos aspectos del legado de Alejandro personificados en el *princeps* que, además, se presenta como "cosmocrator", gobernador del mundo, en una imagen que, por ejemplo, geógrafos como Estrabón se encargan de difundir. La construcción de su enorme mausoleo en el Campo de Marte habría que verla también como un deseo póstumo de emular e, incluso, superar la tumba de Alejandro que Augusto habría visitado, como vimos, durante su estancia en Alejandría.

En los emperadores que le sucedieron y en otros miembros de su familia se pueden observar ocasionales rasgos de imitación de Alejandro; Tiberio, Germánico, Calígula, Claudio muestran, a veces en sus actitudes, a veces en su iconografía o en sus apariciones públicas, rasgos mediante los que pretenden vincularse a Alejandro. No obstante, de estos primeros emperadores quizá sea Nerón el que más se aproxima a la *imitatio Alexandri*, en buena parte debido a su declarado filohelenismo, esto es, su aprecio por la cultura griega. A su regreso a Roma tras su gira por Grecia se habría puesto otra presunta clámide de Alejandro, si es que no era la misma que ya había llevado Pompeyo para celebrar su triunfo sobre Mitrídates; también en la iconografía de algunas monedas se observa un deseo de aproximarse a Alejandro.

En los emperadores flavios, sin embargo, no se percibe demasiado esta imitación consciente de Alejandro aunque de ellos en el que mejor se puede apreciar, siquiera en el terreno numismático, es en Domiciano.

Habrá que esperar de nuevo a la época de Trajano para ver una renovación de esta *imitatio*. Parece que este emperador, como militar que era, fue un gran admirador del macedonio y no es casual que sea en su época

en la que surge una serie de escritores que vuelven a retomar el tema de Alejandro, tales como Plutarco, Arriano o Dión de Prusa. El emperador llegó en sus campañas hasta el golfo Pérsico y allí, al ver un barco con destino a la India, aseguró que se habría dirigido también allí de haber sido más joven, al tiempo que reflexionaba sobre lo afortunado que había sido Alejandro si bien pensaba que había avanzado mucho más que él. Del mismo modo, se detuvo en Babilonia, que ya había perdido su antiguo esplendor, sobre todo a causa de Alejandro, y allí visitó la estancia en la que había muerto el rey y celebró sacrificios en su honor. El resto de los Antoninos no parece haber tenido en especial consideración a Alejandro.

Durante la guerra civil que sigue a la muerte de Cómodo, uno de los candidatos al trono, Pescenio Niger, se presentó como un nuevo Alejandro a pesar de que la tradición no le considere un individuo demasiado relevante, lo que provocó que, cuando se afianzó en el poder Septimio Severo, y aprovechando su estancia en Alejandría en el 200 d.C., diese orden de sellar su tumba para impedir que alguien pudiera volver a utilizar a Alejandro para sus fines. No obstante, él no parece haber hecho demasiado uso de la *imitatio* alejandrina, todo lo contrario de lo que haría su hijo y sucesor Caracalla.

En efecto, y antes de gobernar en solitario a partir del 211, Caracalla parece haber desarrollado una intensa relación con Alejandro, en un primer momento sobre todo a partir de la iconografía monetal. Del mismo modo, y en su visita a Alejandría, además de ver la tumba de Alejandro, a pesar de que su padre la había mandado sellar, depositó en ella objetos propios y parece que utilizaba otros que habían pertenecido al rey. También había visitado en Troya la tumba de Aquiles y admiraba a otros generales como Sila y Aníbal. Como asegura Herodiano (IV, 8, 1), para que la memoria de Alejandro estuviera viva hizo erigir estatuas y realizar pinturas en todas las ciudades además de estatuas en el Capitolio, en los templos y en toda Roma para hacer visible su vinculación con Alejandro. El emperador se vestía al modo macedonio, con la *kausia* y las botas altas, reclutó una falange macedonia compuesta de jóvenes selectos a la que llamó "falange de Alejandro" y sus oficiales llevaban los nombres de los compañeros de Alejandro; hizo llamar al rey macedonio el "Augusto de Oriente" e hizo saber al Senado que Alejandro se había reencarnado en

él para que pudiera vivir una vida más larga a través de él. Hizo perseguir a los filósofos aristotélicos y quemar sus libros por considerar que Aristóteles había estado implicado en la muerte de Alejandro. Aparte de que posiblemente Caracalla se sintiese atraído por la figura del macedonio al realizar los preparativos para una nueva guerra contra los partos que iniciaría en 216 d.C., era evidente que considerarse respaldado por la figura del conquistador de Persia era también una interesante baza política; del mismo modo, utilizó epítetos como *invictus* e, incluso, *Magnus*, como el propio Alejandro. Además, instauró unos juegos en honor a Alejandro (*Alexandreia*) en, al menos, Filipópolis de Tracia. Caracalla parece haber sido, de todos los emperadores romanos, el que realizó una *imitatio Alexandri* más amplia aunque, también hay que decirlo, más extravagante.

En cuanto a Severo Alejandro es el único emperador romano que ha llevado el nombre del rey macedonio aunque hay que destacar que él mismo lo tomó cuando le adoptó Heliogábalo en el 221 d.C., cambiándose el suyo propio, Alexiano o Basiano. Se contaban también algunos relatos sobre la concepción y el nacimiento del emperador que recordaban a los narrados a propósito de Alejandro y, sin duda, al iniciar su campaña contra los persas, en este caso contra el recién surgido Imperio sasánida, en el 231 d.C. Severo Alejandro hizo uso de su nombre como recordatorio de las exitosas campañas de Alejandro Magno contra los Aqueménidas. Aunque sin duda su éxito no fue tan grande como el del rey macedonio, Severo Alejandro consiguió detener el avance de Ardashir I hacia los territorios romanos, lo que le valió la celebración de un triunfo en Roma en el 233 d.C. En sus monedas y en algunos epígrafes muestra también una clara imitación de Alejandro y el emperador dedicó honores divinos al rey macedonio. Quizá a su reinado corresponda la emisión, en Veria, Macedonia, de una serie de medallas de oro que representan al rey y su madre Olimpíade, acaso en relación con los festivales que se celebraban allí en honor a Alejandro (*Alexandreia*), tal vez por este emperador; la mayoría de ejemplares proceden de los tesoros de Tarso y, sobre todo, de Abukir.

Con el asesinato de Alejandro Severo en el 235, se inició el periodo de la Anarquía Militar que afectaría al imperio durante los próximos 50 años. En algunos de los numerosos emperadores que se sucedieron en este conflictivo periodo se pueden observar rasgos de imitación en algunas

acuñaciones o en algunas acciones aunque lo efímero de muchos de estos reinados impide observar demasiada profundización en este asunto. Algunos de ellos, que pudieron mantenerse algo más de tiempo, pudieron desarrollar rasgos más claros de imitación, como Aureliano (270-275), que asumió el título de *restitutor Orbis* (restaurador del mundo) debido a que consiguió restablecer la unidad del imperio fragmentado; del mismo modo, en sus campañas contra los persas utilizó el precedente que significaba Alejandro como elemento propagandístico, algo que ya habían hecho algunos de sus predecesores.

En definitiva, y a lo largo de este breve recorrido sobre la *imitatio Alexandri* en el mundo romano hemos podido observar cómo no hay una pauta única sino que, según los intereses de cada momento, se seleccionan aquellos rasgos –reales o presuntos– de Alejandro que más interesan para reforzar y destacar la figura de quien hace uso de esa imitación. A ello hay que añadir elementos que a veces confluyen también con la imitación de Alejandro, como las equiparaciones con Heracles, o con Dioniso, con los que el rey macedonio también estableció estrechas relaciones y que a veces contribuyen también a esta imitación. Se suele seleccionar de Alejandro su carácter de rey victorioso, de gran conquistador ya que ese es el aspecto que el mundo romano quiere resaltar de lo que había supuesto el rey. A veces la imitación llega a otros niveles, como la contención hacia el enemigo derrotado y, en ocasiones, se buscan equiparaciones con elementos de tipo religioso, como su concepción y nacimiento de carácter sobrenatural. Todo ello va en ocasiones en paralelo con la revitalización de la figura de Alejandro a través de los escritores, tanto los que tratan de llegar al conocimiento del Alejandro real como los que darán lugar a todas una serie de relatos y tradiciones que acabarán confluyendo en la *Novela de Alejandro*. Para muchos de estos emperadores que intentarán aproximar sus personas a la figura de Alejandro podían ser tan válidos los hechos históricos como los relatos que, sin una base histórica cierta, realzaban aún mucho más las gestas del conquistador macedonio. Al tiempo, la iconografía en estatuas, monedas o en glíptica, intentaba presentar a quienes propiciaban esta *imitatio* con el aspecto de Alejandro; a veces de forma sutil y dejando que el espectador sobreentendiera y percibiera esa aproximación y otras, como vimos a propósito de Caracalla, de manera

mucho más explícita y directa. No hay, pues, una pauta común, pero lo que sí se observa a lo largo de, más o menos, cinco siglos, es cómo la figura de Alejandro no solo era objeto de interés por los particulares o las ciudades, que podían utilizar la imagen del rey en sus programas iconográficos sino, sobre todo, por los emperadores que veían en Alejandro a un predecesor que había marcado un camino determinado que ellos, a su modo, y combinándolo con los requisitos propios de la cultura romana, trataban también de seguir. Otra prueba más de la larga supervivencia de Alejandro.

El último de los aspectos que quiero abordar aquí se centra en la filosofía. La relación de Alejandro con los filósofos viene marcada, sobre todo, por haber tenido a Aristóteles como su principal mentor, aun cuando diversos autores dudan del alcance de las enseñanzas del maestro en el entonces joven príncipe; no obstante, algún escritor como Plutarco (*Alejandro*, 8, 5) asegura que, a pesar del distanciamiento que con el tiempo, surgió entre ambos, Alejandro mantuvo e incrementó su interés por la filosofía y da como pruebas los honores que confirió a Anaxarco, los 50 talentos que envió a Jenócrates y el interés que demostró hacia los gimnosofistas indios Dándamis y Cálano. Plutarco no menciona que Jenócrates rehusó el regalo de Alejandro por considerar su aceptación más propia de reyes que de filósofos, pero ello no empaña las buenas intenciones del rey. También Plutarco (*Obras Morales*, 327 E-F) considera que cuando el rey inició su campaña contra los persas, Aristóteles le había proporcionado un bagaje mucho mejor que el que le aportó su padre Filipo, resaltando así la supremacía de la filosofía sobre la violencia. No sabemos si esta opinión la compartía también Alejandro o era tan solo propia de un intelectual como Plutarco para quien no había duda de la superioridad del conocimiento sobre la fuerza. El mismo escritor asegura que, según autores que él había leído, el propio Alejandro habría manifestado que una parte importante de su equipo de campaña la constituían la *Ilíada* y la *Odisea* y ya mencionamos antes cómo siempre le acompañó durante toda su expedición un ejemplar de aquella con anotaciones y comentarios de Aristóteles que, además, guardaba en un cofre especial que había encontrado entre el tesoro de Darío tras la batalla de Iso.

Entre sus relaciones con los filósofos destaca una anécdota repetida por muchos autores antiguos, relativa al encuentro que Alejandro habría mantenido en Corinto –a donde había acudido para renovar la alianza con los griegos– con el filósofo Diógenes de Sínope, conspicuo representante de la escuela cínica y, en buena medida, su auténtico creador. Según narra Plutarco (*Alejandro*, 14, 1-5) una vez acordada la alianza y nombrado Alejandro general en jefe, muchos políticos y filósofos acudieron ante él para felicitarle por ello y, entre ellos, el rey esperaba encontrar a Diógenes. Este, por su parte, no se preocupaba en absoluto de lo ocurrido, por lo que Alejandro acudió a donde se hallaba, descansando al sol. Al interrogarle el rey sobre si quería solicitarle algo, el filósofo le respondió tan solo que se apartara un poco porque le quitaba el sol; a pesar del desplante Alejandro les hizo saber a sus acompañantes que, de no ser él Alejandro le hubiera gustado ser Diógenes. Plutarco, en otra obra (*Obras Morales*, 331 F) afirma que con ello Alejandro habría querido dar a entender que, de no haberse dedicado a filosofar a través de sus actos, le hubiera gustado dedicarse a la filosofía teórica que practicaba Diógenes. Es posiblemente una interpretación exagerada de la frase del cínico pero, como hemos dicho, Plutarco considera que Alejandro es y actúa como un filósofo, aunque su modo de poner en práctica la filosofía era mediante la acción. Es bastante probable, no obstante, que el encuentro entre el rey y el filósofo, si es que se produjo, se hubiese desarrollado de un modo diferente, habiendo añadido los autores posteriores datos más o menos inventados que resaltaran las diferentes posturas de ambos, aunque seguidas por el presunto deseo de Alejandro de vivir como lo hacía el filósofo.

Frente a esta interpretación favorable de Plutarco, puede decirse que los cínicos no tuvieron nunca una buena opinión de Alejandro como, por lo general, de ningún tipo de poder. Mucho tiempo después, en el siglo II d.C., Luciano de Samosata, próximo al cinismo, pero también al epicureísmo y al pitagorismo, va a introducir a Alejandro en algunos de sus diálogos de tendencia cínica para mostrar la vacuidad de muchas de las acciones que se le atribuían. Destacan en este aspecto, sobre todo, los *Diálogos de los muertos* en varios de los cuales aparece Alejandro, en el Hades, dialogando con diversos personajes. Por lo general, en estos diálogos, Luciano cuestiona la idea del carácter divino de Alejandro, puesto de

manifiesto por encontrarse en el Hades, que es donde tienen lugar estos diálogos. Así, tanto su padre Filipo como Diógenes le preguntan si sigue considerándose hijo de Amón, puesto que se encuentra junto con ellos en el Hades. Alejandro reconoce que ni lo que le decía su propia madre sobre su origen divino ni lo que le comunicó el oráculo de Amón era verdadero. No obstante lo cual, en el diálogo con Filipo Alejandro sigue envaneciéndose de sus hazañas, lo que lleva a su padre a recordarle, y con eso se cierra el diálogo, su presunción, puesto que ya está muerto.

Además de algún ataque furibundo contra Aristóteles y la presencia o referencia a individuos muertos por Alejandro como Clito o Calístenes, que llegan para perseguirle en venganza, el tono general de los diálogos, con una importante carga de ironía, sirve para mostrar bien cómo los cínicos desarrollaron una visión muy crítica de Alejandro en los aspectos mencionados. Sin embargo, no todo es negativo; en efecto, en otro de los diálogos, Aníbal presenta sus méritos frente a los de Alejandro y asegura que todo ello lo hizo sin hacerse pasar por un dios, sin atender a sueños maternos y sin llamarse hijo de Amón. Del mismo modo, Aníbal le afea el haberse alejado de las costumbres tradicionales al introducir la *proskynesis* y otros elementos orientales. No obstante, Minos, que es quien juzga, acaba considerando mejor general a Alejandro, luego a Escipión y en último término a Aníbal. Así pues, y aunque sus éxitos militares no se cuestionen, si bien en el diálogo con Filipo hay alguna crítica, los elementos más visibles de su comportamiento sí fueron objeto de ataque y, al menos en Luciano, de burla.

Es también probable que esta percepción negativa entre los cínicos fuese desarrollándose con el tiempo, puesto que entre los colaboradores directos de Alejandro puede haber habido algún cínico, como Onesícrito de Astipalea que en el descenso por el Indo actuaba como piloto de la nave real y, por lo tanto, el segundo en el mando de la flota tras Nearco. Alejandro lo habría utilizado, como comentaremos más adelante, para tratar con los gimnosofistas indios. Aun cuando es posible que este individuo se considerase a sí mismo cínico, su modo de vida distaba mucho del que llevaba a cabo Diógenes y, frente al deseo de este de huir de la notoriedad, Onesícrito parece haber actuado de modo contrario, puesto que era conocida ya en la Antigüedad su rivalidad con el jefe de la flota

Nearco y la pretensión de Onesícrito de que había sido él quien había mandado esa flota, un tipo de comportamiento que va en contra del ideal de vida cínico, al menos tal y como lo habría postulado Diógenes y como habría dado prueba del mismo en presencia del propio Alejandro. En todo caso, y aunque Onesícrito puede haber sido el responsable de presentar a Alejandro como próximo al cinismo (a partir de la historia de su encuentro con Diógenes y la frase que habría pronunciado Alejandro), no tuvo éxito en su intento, como acabamos de ver en los pasajes de Luciano.

Del mismo modo, los estoicos tampoco tuvieron una buena opinión de Alejandro al que consideran lleno de vicios y vinculado a la idea de la tiranía, aunque esta actitud es más visible entre los romanos que entre los griegos Así, para Séneca es un tirano cruel e insaciable y Lucano no le va a la zaga en su consideración (tirano asesino y rey loco); no obstante, puede que estos dos autores se hayan visto influidos negativamente por las aproximaciones de Nerón a la figura de Alejandro y así, criticando al rey macedonio, lo hacen también a su contemporáneo el emperador. Además, en la visión que los estoicos desarrollan sobre el encuentro de Alejandro con los gimnosofistas, el rey aparece representado con los rasgos del tirano, que amenaza a estos hombres con la muerte.

Además de Anaxarco, que consiguió consolar a Alejandro tras la muerte de Clito, también Calístenes, que no supo darle al rey el consuelo que este necesitaba, es considerado por muchos autores como filósofo; del mismo modo, y acompañando a su maestro Anaxarco también fue a la expedición Pirrón de Élide, que en su momento crearía la escuela escéptica y cuyo pensamiento se vio muy influido por el de los gimnosofistas y los magos. Ni que decir tiene que la muerte de Calístenes le granjeó a Alejandro la enemistad de los peripatéticos y también de buena parte de las escuelas o tendencias filosóficas, pues no era agradable para ninguno ver a uno de los suyos muerto a consecuencia del maltrato recibido por el rey por decirle lo que él no quería escuchar.

Dentro de estas relaciones de Alejandro con los filósofos ocupó un lugar muy importante su contacto con los gimnosofistas, nombre que les darían los griegos a los brahmanes por el hecho de ir desnudos, aun cuando parece haber alguna confusión entre los autores que tratan del tema sobre estos ascetas indios, cuyos distintos grados o niveles quizá

los griegos no hayan terminado de percibir además del hecho de que los mismos estaban aún en un estadio fluido que solo con el tiempo acabaría por precisarse dando lugar a distintas líneas (budistas, hinduistas, jainistas). En todo caso, los autores que tratan de Alejandro suelen confundir a estos "filósofos" brahmanes con un pueblo, al que también denominan así, situado en el bajo Indo y que otros autores parecen equiparar con los oxídracos. Algunos de los que acompañaron a Alejandro, sin embargo, sí parecen haberse hecho una idea bastante aproximada como, por ejemplo, Nearco.

Una parte importante de las tradiciones sobre estos gimnosofistas procede del testimonio de Onesícrito para quien estos individuos mostraban bastantes afinidades, en su opinión, con los cínicos, a los que él estaba próximo. Según lo que narra Onesícrito, recogido por Estrabón (XV, 1, 63-64), habría sido él quien habría sido enviado por Alejandro para entrevistarse con estos individuos en Taxila. Mandanis (o Dándamis, como le llaman otros autores) le habría hecho saber al piloto real y filósofo que consideraba a Alejandro como un verdadero rey filósofo y como un filósofo en armas y que, aunque le hubiese gustado poder departir con el rey e intercambiar enseñanzas, la necesidad de tres intérpretes para comunicarse lo haría imposible.

Otros autores, como Megástenes, que fue embajador de Seleuco Nicator ante Chandragupta entre 302 y 291 a.C. también mencionan la relación entre Alejandro y Dándamis, un relato que luego será manipulado para elaborar una entrevista entre ambos donde el indio le habría manifestado al rey que no precisaba nada de él puesto que la tierra india le daba todo lo que necesitaba y cuando muriera ya no tendría necesidad de nada porque se habría liberado de su cuerpo (Arriano, *Anábasis*, VII, 2, 2-4). A partir de ahí, y del relato de Onesícrito, la *Novela de Alejandro* desarrollará el tema de los diálogos entre el rey y los gimnosofistas, ampliando el relato del piloto e introduciendo muchas otras informaciones, en buena medida (o en su totalidad) apócrifas, puesto que obedecen a cuestiones que es difícil que Alejandro se hubiese planteado; no obstante, es posible que esta tradición recoja algunos datos de carácter histórico, aunque muy entremezclados con relatos ficticios.

De estos gimnosofistas, como vimos en su momento, solo Cálano habría aceptado la invitación del rey para acompañarle, lo que habría hecho hasta que decidió quitarse la vida en Susa quemándose vivo, lo que parece haber sido una práctica común entre algunos ascetas indios, aunque no entre los hinduistas, que lo desaprobaban. Según parece, Alejandro habría tenido algunas conversaciones con este personaje y, como vimos, le habría aconsejado al rey permanecer en el centro de su imperio para poder controlarlo mejor. Para los autores griegos que utilizan estos temas, algunos de ellos próximos a tendencias como la cínica o la estoica, este tipo de relaciones entre el rey y el filósofo, en la que ambos debaten, es un filón inagotable de reflexiones en las que se opone el poder mundano, basado en la fuerza en último término, y el poder espiritual, o de la propia naturaleza, que muchos de estos filósofos, en especial los gimnosofistas indios, representan. En este esquema literario, que gozó de gran predicamento en el mundo antiguo, la figura de Alejandro representaba un caso extraordinario puesto que, como hemos visto, el propio rey había mostrado su interés por la filosofía, aun cuando no hasta los niveles en los que esos relatos lo sitúan. Es frecuente que en estas tradiciones, en su mayor parte fruto de la creación literaria, Alejandro acepte los presupuestos de sus interlocutores como ejemplifica, entre otros muchos casos, la respuesta de Alejandro a Diógenes, en la que aquel hubiera preferido ser este.

Es muy probable que, a la sombra de los relatos que empezaron pronto a circular acerca de la relación de Alejandro con filósofos, griegos y no griegos, en otros ámbitos que se vieron afectados por su acción surgieran también tradiciones que ponían en contacto al rey con representantes de esos otros ámbitos culturales. De ellas, sin embargo, apenas nos quedan informaciones, con excepción de las que se desarrollaron en el mundo judío. En efecto, el historiador judío del siglo I d.C. Flavio Josefo (*Antigüedades Judaicas*, XI, 302-347) recoge un relato, que sin duda se basa en fuentes mucho más antiguas, según el cual Alejandro habría visitado Jerusalén y se habría entrevistado allí con el Sumo Sacerdote Jado después del sitio de Tiro y de la toma de Gaza. Frente a todo pronóstico, puesto que el Sumo Sacerdote se habría negado a pasarse a Alejandro durante el sitio de Tiro, el rey no castigó a Jerusalén

sino que, al llegar ante el sacerdote, se prosternó ante él. Al preguntarle Parmenión el porqué, Alejandro habría respondido que no le adoraba a él, sino al dios al que servía, asegurando que le había visto cuando se hallaba en Dío y le había pronosticado el dominio de Asia y la victoria sobre los persas. Tras ello, Alejandro habría realizado un sacrificio en el Templo bajo la dirección del sacerdote y habría accedido a todas las peticiones formuladas por los judíos, sobre todo la exención de impuestos cada siete años y el poder vivir de acuerdo con sus propias leyes y tradiciones.

Ni que decir tiene que todo el relato, surgido en ambientes judíos, quizá pretendía mostrar la benevolencia de Alejandro frente al comportamiento posterior de los reyes seléucidas, en especial de Antíoco IV Epifanes que, en 169 a.C., conquistó Jerusalén, saqueó el Templo y tomó otras medidas lesivas para los judíos. El mejor medio de resaltar el mal comportamiento de Antíoco era convertir a Alejandro en admirador (e, incluso, devoto) del dios de los judíos. Sin duda un relato de este tipo, apócrifo por completo, puesto que en ninguno de los historiadores de Alejandro se acredita su desvío hasta Jerusalén sino, al contrario, su marcha a Egipto nada más tomar Gaza, juega con el interés de Alejandro por otras filosofías y religiones, tal y como muestran los contactos con los gimnosofistas. De este modo, un acreditado interés de Alejandro por otras creencias distintas de las griegas, es utilizado por propagandistas judíos para aproximar la figura del rey a su cultura como medio de defender sus intereses en momentos en los que la relación con los gobernantes griegos no eran nada buenas; además, mediante este improbable desvío de su ruta, los judíos encontraban su espacio dentro del mundo helenístico al haber sido visitados por Alejandro y haber recibido de él garantías sobre el mantenimiento de sus formas de vida, algo que otros reyes y gobernantes posteriores tratarán de impedir, incluyendo los romanos, en cuya época escribe Josefo.

De cualquier modo, el relato de la visita de Alejandro a Jerusalén gozará de gran éxito en la *Novela de Alejandro* donde, como es habitual, se verá aumentado y exagerado y, aunque en algunas versiones el rey se convertirá a la religión de los judíos, en otras no aparecerá con una imagen tan favorable como la que le asigna Josefo.

Como vemos, pues, la supervivencia de Alejandro entre los filósofos es problemática; educado por uno de los más insignes filósofos y amigo en vida de muchos de ellos, pocos fueron sin embargo los que le alabaron en los siglos venideros, lo cual tampoco es extraño porque Alejandro difícilmente encajaba en muchos de los principios morales que las escuelas helenísticas desarrollaron. Su trato hacia algunos de ellos, como Calístenes, o la tradición de distanciamiento de su maestro no jugaron a su favor; por otro lado, el afán de independencia intelectual de muchos filósofos, ajenos a prebendas y honores, les permitía cuestionar con más libertad lo que de inadecuado podía haber en el comportamiento de Alejandro. Un rey conquistador, con pretensiones divinas y en el que los excesos y la falta de contención se traducían a veces en baños de sangre, y que no respetaba ni a los amigos más próximos, no podía recibir un juicio favorable por los filósofos. Ello no impide que algunos pensadores, como Plutarco, hayan intentado combinar las dos vertientes de la actividad del rey, la acción y la mente, convirtiéndole en rey filósofo, siguiendo así la imagen ya pergeñada por Onesícrito; en la construcción de Plutarco es, precisamente, cuando su comportamiento diverge de las enseñanzas de Aristóteles cuando el rey realiza sus acciones más loables como asegura el escritor de Queronea en el siguiente pasaje (*Obras Morales*, 329 B-C.):

> "Y por cierto que no trató a los griegos como los únicos capaces de mandar y a los bárbaros como solo útiles para ser mandados, tal y como le había enseñado Aristóteles, ni consideró a unos como amigos y parientes y se comportó con los otros como con animales y plantas puesto que ello habría provocado muchas guerras y exilios y habría llenado de sediciones su imperio".

Continúa Plutarco alabando las medidas de Alejandro de aproximar a ambos pueblos (griegos y bárbaros) por el uso de la virtud, prestándole a Alejandro unas ideas universalistas, ejemplificadas en los matrimonios entre unos y otros, que sin duda corresponden a momentos posteriores al suyo. Esas ideas ya le son atribuidas a Alejandro por algunos pensadores como Eratóstenes, uno de los mayores científicos del periodo helenístico, que también criticaba a quienes le animaban a diferenciar entre griegos

y bárbaros (entre ellos Aristóteles) y que alaba a Alejandro porque, según nos cuenta Estrabón (I, 4, 9):

> "[...] oponiéndose a quienes le aconsejaban de este otro modo, acogió favorablemente y benefició a cualquier individuo de buena reputación que pudo".

Así pues, frente a las críticas adversas, muchas de ellas durísimas, que los filósofos vertieron contra Alejandro, para otros, aunque le acabaron atribuyendo una visión universal que quizá estaba lejos de las propias ideas de Alejandro, su figura se acabó convirtiendo en un paradigma de la integración entre griegos y bárbaros.

Al entrar ahora en el último punto que quiero abordar en este libro, el del juicio a Alejandro, estas dos cuestiones, junto con otras, jugarán su papel.

Como Hammond, uno de los autores que más trabajó sobre Alejandro dejó escrito:

> "[...] algunos escritores han hecho su propia y arbitraria selección y han escrito una vida de Alejandro que se organiza en torno a su propio concepto de cómo fue Alejandro y qué habría hecho según sus opiniones".

Lamentablemente, tampoco él escapa a esta crítica que él formuló de sus predecesores. Uno de los principales problemas que tenemos para abordar la figura de Alejandro deriva del carácter de las fuentes que tratan sobre él, aspecto al que dedicaremos un apéndice al final de esta obra. Adelantaremos aquí, no obstante, que no conocemos de forma directa ninguna obra compuesta por autores contemporáneos, sino tan solo las escritas por historiadores muy posteriores en el tiempo que utilizan de forma más o menos distorsionada estas obras contemporáneas. Pero, por otro lado, incluso los autores coetáneos a Alejandro se ven influidos por el deseo de enaltecer o de minimizar la obra del rey macedonio dependiendo de los diversos intereses que les movían, tanto en vida de Alejandro como en el convulso periodo que siguió a su muerte y que llevó a la

rápida fragmentación de su reino y al surgimiento de nuevos poderes en lo que había sido el solar del mismo.

Por otro lado, las visiones que podemos obtener de Alejandro dependen de esos escritores contemporáneos a él y uno de los objetivos de los historiadores durante los últimos 100 años ha sido determinar hasta qué punto las fuentes conservadas se basan en aquellos o en añadidos que reflejan intereses posteriores a su época. Por otro lado, y aunque en los últimos tiempos, fruto de la visión multilateral de la historia, opuesta a la unidireccionalidad que la ha caracterizado durante muchos periodos, se intenta dar una visión de las conquistas de Alejandro (o de otros episodios históricos más o menos relacionados) "desde la perspectiva persa", los resultados no dejan de ser intentos meritorios de buscar esa otra perspectiva, pero sin unos resultados apreciables incluso en aquellos que lo hacen desde una aproximación rigurosa. El problema que tienen quienes quieren abordar la conquista de Alejandro desde el punto de vista persa es que las fuentes de que disponen son las mismas que aquellos que lo quieren hacer desde la perspectiva "tradicional". En efecto, los persas no desarrollaron un relato contemporáneo de lo que supuso la conquista alejandrina, en parte porque el Imperio aqueménida fue derrotado por Alejandro y en parte también porque entre sus manifestaciones culturales y literarias no estaba la historia, entendida, como lo era para los griegos, como el relato de lo que había ocurrido atendiendo al cómo se habían producido los hechos y al porqué, una vez indagadas las causas últimas de los mismos y sin dejarse engañar por los pretextos, como había enseñado Tucídides. Las tradiciones orientales posteriores, con gran frecuencia opuestas a la figura del conquistador tienen, por lo general, poco valor histórico porque parten de construcciones ideológicas identitarias que siguen utilizando como fuentes de información el mismo relato transmitido por los griegos, aunque sujeto a una interpretación alternativa.

Como hemos ido viendo, los propios contemporáneos de Alejandro no fueron indiferentes a sus actos y tampoco pudo serlo la posteridad porque, como también hemos visto, la Historia del Mediterráneo y del Asia anterior y Asia central vivirá de la herencia de Alejandro al menos mientras sigan existiendo los reinos que surgieron de la descomposición de su imperio, ya sea hasta el 31 a.C. cuando caiga bajo Roma el Egipto

lágida ya en los primeros decenios de nuestra era cuando desaparezca el último rey indo-greco que gobernaba lo que quedaba de su imperio desde Alejandría del Cáucaso (Begram). Cada momento histórico, desde el que le correspondió vivir a Alejandro, hasta los siglos posteriores en los que se fue conformando la tradición histórica sobre su figura que ha llegado hasta nosotros, fue añadiendo nuevas capas de información a la historia del rey, aunque no siempre del mismo valor y de la misma fiabilidad. Aunque la historiografía contemporánea trata de determinar la mayor o menor verosimilitud de cada una de esas tradiciones, su recepción a lo largo de los siglos ha creado, a su vez, nuevos relatos, nuevas leyendas y nuevas tradiciones, que han servido en distintos momentos y en distintos lugares a distintas culturas para formarse su propia imagen de Alejandro, sea esta positiva porque se ajusta a sus propias agendas, sea negativa porque sirve para argumentar en contra de lo que, real o presuntamente, significó Alejandro en una dinámica que, con frecuencia, acaba en el no por manido irrelevante tema del conflicto entre "Oriente y Occidente", algo a lo que tampoco era ajena la tradición contemporánea al propio Alejandro.

De este modo, si en Occidente la visión de Alejandro era positiva porque había "civilizado" Oriente, en las tradiciones orientales, en especial a partir de los movimientos descolonizadores de la segunda mitad del siglo XX, la figura de Alejandro es vista como el precedente de todos los males que para ese mundo proceden de Occidente, estableciendo una línea que, casi sin discontinuidades, enlazaría a Alejandro con las Cruzadas, con el colonialismo europeo de los siglos XIX y XX y, cómo no, con las guerras de los inicios del siglo XXI. Hay que decir también que, aunque desde una perspectiva favorable, en algunos ambientes occidentales también se establece esta relación metahistórica. En esta línea de añadir agravios a la otra parte para justificar actuaciones propias, pues, Alejandro ha servido, y sigue haciéndolo, a unos y a otros. Uno de los ejemplos, que ya los propios antiguos tuvieron dificultades para interpretar y que los historiadores modernos, de diversos orígenes, siguen utilizando para defender su visión de Alejandro, sigue siendo Persépolis, en concreto, por qué el rey macedonio destruyó la imponente capital aqueménida. No volveré aquí sobre los motivos de Alejandro, tema sobre el que ya hemos discutido en el capítulo correspondiente, incluyendo además los datos

que aporta al debate la investigación arqueológica. Para quienes buscan elementos para descalificar a Alejandro su destrucción, ya haya sido deliberada, ya haya sido resultado de una noche de borrachera en la que una mujer habría incitado a su destrucción, mostrarían la cara más negra del dominio griego y de su venganza; para muchas personas en la actualidad, Persépolis es la prueba evidente del odio de Occidente hacia Oriente. Y, sin embargo, ni tan siquiera los sasánidas, que sustituyen a los partos en el dominio del Irán a partir del siglo III d.C. y que proceden de Pérside como los antiguos aqueménidas, parecen haber tenido una especial consideración por Persépolis, cuyo nombre antiguo parecen haber ignorado y que en su época no era más que un conjunto de ruinas impresionantes. Esta ignorancia siguió en los siglos posteriores aun cuando, en la tradición literaria, el recuerdo de Alejandro no hubiese sido olvidado y la imagen literaria de Alejandro se disociaba de los lugares reales en los que habían transcurrido sus actos. Habrá que esperar a fines del siglo XVIII y, sobre todo a los siglos XIX y XX, para que las ruinas de Persépolis, identificadas por los europeos desde el siglo XIV, empiecen a jugar su papel en la creación de la identidad del Irán contemporáneo, junto con otros monumentos del pasado aqueménida, y surja en ese ámbito la descalificación global a Alejandro y a su obra.

No es, por lo tanto, algo que haya permanecido latente durante siglos para resurgir después sino que se trata de una construcción ideológica al servicio de unas ciertas ideas identitarias. Como prueba de ello, puede observarse cómo en el año 1971 y con motivo de la celebración del 2.500 aniversario de la creación del Imperio aqueménida, Persépolis sirvió de escenario a un gran banquete para los jefes de Estado y de Gobierno extranjeros invitados a la celebración y de sede a una gran parada militar con miles de soldados ataviados a la moda de las diferentes épocas de la historia irania, empezando por la aqueménida. El 30 de noviembre de 1979, poco después de aprobarse la nueva Constitución de Irán y tres días antes de la toma de posesión del ayatolá Jomeini como líder supremo de la Revolución, Persépolis recibió su nombramiento como lugar Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO. Desde entonces y hasta 1991 el interés del nuevo Estado por la arqueología preislámica no parece haber sido alto aunque, desde ese momento, sitios como Persépolis se

han convertido de nuevo en un gran atractivo turístico para el país y, por consiguiente, se han reanudado sus excavaciones y su puesta en valor no sin un cierto toque nacionalista, perceptible en algunas partes de la exposición que con el título *Forgotten Empire. The World of Ancient Persia* (*El Imperio olvidado. El mundo de la antigua Persia*) pudo verse entre 2005 y 2006 en Londres y en Barcelona.

Hay, sin embargo, demasiados puntos comunes entre la visión de Alejandro "el Grande" de la tradición occidental y la del Alejandro "no tan Grande" de los escritores orientales por cuanto que en ambos casos sus defensores se basan en lecturas sesgadas, a favor y en contra, respectivamente, de las mismas fuentes que, por ende, son todas occidentales como veíamos páginas atrás.

Ha sido, sobre todo, en la historiografía occidental donde han surgido con más fuerza las teorías críticas con la figura de Alejandro, de modo que en la misma se ha pasado de considerarle como el gran unificador de Oriente y Occidente y creador de una idea de concordia universal que tendía a unir a los distintos pueblos que componían la humanidad (aunque para ello tuviese que hacer uso en ocasiones de la violencia) a verle como un personaje genocida, psicópata y embrutecido por el alcohol. Pocas figuras históricas han recorrido un camino tan largo en poco más de dos generaciones de estudiosos.

Quizá el problema radique en la necesidad del historiador de "juzgar" o de emitir un "juicio" sobre Alejandro, que es también lo que nosotros estamos haciendo en este apartado. Parecería como si ese juicio, que debería ser histórico, tuviera que convertirse en un juicio penal y como si el historiador debiera asumir el papel de juez y, por consiguiente, emitir un veredicto de inocencia o culpabilidad. Aunque esa perspectiva a mí me parece errada, da la impresión de que no lo ha sido para muchos de los que han tratado de la figura y de las actividades del rey macedonio y eso, qué duda cabe, ha provocado muchas distorsiones.

No tenemos demasiados argumentos para pensar que Alejandro fuese más o menos violento que otras figuras de la Antigüedad que emprendieron la conquista de otros pueblos; la conquista requiere de la guerra y esta es violenta, sufriendo sobre todo los derrotados los castigos que quiera imponerle el vencedor. Violencia y diplomacia, aunque esta sea

con frecuencia desigual porque parte de una posición de preeminencia dictada por la amenaza inminente de un ejército, han sido mecanismos empleados por Alejandro y por todos los estados imperiales anteriores y posteriores al suyo, desde los asirios y sus antecesores hasta los romanos y sus sucesores. La diferencia radica en la perspectiva del observador, que puede tender a justificar las pérdidas enemigas si comparte los objetivos de quien las causa y que no está dispuesto a tolerarlas si tales objetivos le parecen inasumibles.

Lo mismo podríamos decir de los asesinatos de Alejandro, ya sean los que llevó a cabo encolerizado –como el de Clito– como aquellos que ordenó porque consideraba su posición amenazada –entre los que podrían destacarse los de Átalo, Filotas o Parmenión– por no mencionar los de todos aquellos que, en el momento de ascender al trono, fueron considerados culpables de haber promovido el atentado que le costó la vida a su padre. En un sistema de tipo monárquico y cortesano como el macedonio, y sobre todo después de los acontecimientos que habían llevado al trono a Filipo II, cualquier familiar, directo o indirecto, podía ser considerado sospechoso (a veces con razón) de aspirar al trono. La eliminación física de los posibles aspirantes es bien conocida en todos los sistemas contemporáneos en los que el régimen político es la monarquía, pudiéndose incluir también en él, en muchos casos, a las tiranías griegas. Aunque no exentos de violencia política, este tipo de asesinatos indiscriminados no suelen ser frecuentes en sistemas en los que, como ocurre en la Atenas del momento, hay toda una serie de instituciones que comparten el poder y que, por lo tanto, hacen difícil que un solo individuo logre un control exclusivo del Estado y de sus recursos. Macedonia, obviamente, no respondía a ese modelo y Alejandro se comporta de modo parecido a como habían hecho sus antecesores y a como harían sus sucesores; como vimos páginas atrás, no demasiados años después de la muerte del rey ya habían desaparecido, de manera violenta, todos sus familiares más directos, su madre, su hermanastro, alguna de sus hermanastras, sus esposas y concubinas y sus hijos. En este terreno, Alejandro aplicó unos métodos que parecen haber sido frecuentes dentro de la casa real Teménida.

Por último, buena parte de la crítica moderna tiende a considerar infundados los intentos de conjura contra Alejandro puesto que se prefiere

la imagen de un rey cada vez más endiosado y alejado de la realidad que sospecha de todo el mundo y que reacciona de manera violenta ante cualquier contratiempo; por supuesto, todo ello contribuye a alimentar la "leyenda negra" de Alejandro. Sin embargo, las conspiraciones habían sido frecuentes en la corte macedonia en otros momentos, como muestra la atormentada sucesión de Arquelao o los graves problemas que tuvieron los hijos de Amintas III, hasta el propio Filipo, para consolidarse en el trono. No habría que minimizar el peso de la poderosa aristocracia macedonia que, aunque en apariencia silenciosa bajo la gran autoridad de un rey como Filipo II, seguía teniendo una gran capacidad de actuación. Quizá la alianza matrimonial de Filipo con Átalo fue un medio de atraerse a una poderosa familia que le garantizaría apoyos ulteriores frente a otros miembros más díscolos. Además, el propio asesinato de Filipo, cuyos instigadores quizá nunca conozcamos, mostraría que la posibilidad de un regicidio no era una eventualidad remota. Por fin, y aunque quizá de modo interesado, una parte de los seguidores de Alejandro estaba convencida de que Antípatro y Casandro estaban detrás de la muerte del rey. La violencia en la corte macedonia como, insisto, en sistemas de gobierno de tipo personal y personalista era algo generalizado y en ello el comportamiento de Alejandro no fue distinto del de otros monarcas antiguos.

En cuanto a la idea de Alejandro de fusionar a los griegos y a los persas, que durante mucho tiempo se consideró como uno de los anhelos más elevados de los ideados por Alejandro, da la impresión de que obedece más a una interpretación moderna que a unos objetivos reales que hubiera podido tener en mente el rey. Es cierto que él se unió a mujeres no griegas y que muchos de sus colaboradores lo hicieron también, aunque estimulados (o coaccionados) por la actitud de su rey; es también cierto que desde la batalla de Gaugamela, Alejandro asignó cargos de responsabilidad a destacados miembros de la nobleza aqueménida, empezando por Maceo. En ambos casos el objetivo era favorecer la administración del imperio, algo en lo que Alejandro no pudo dejar de tener presente el ejemplo que su padre Filipo II le había dado. Él mismo era hijo de una mujer no macedonia, aunque griega del Epiro, si bien eso no le había librado de críticas dentro de parte de la corte macedonia y algunos de sus hermanastros habían nacido de mujeres bárbaras; su padre había también

confiado en dinastas locales cuando los mismos le ofrecían suficientes garantías de que podía fiarse de ellos. Alejandro lo que hace es aplicar a una escala mucho mayor algunas de estas prácticas políticas. Ello no implica, a nuestro juicio, una idea de la unión de las razas sino, como mucho, el favorecer la colaboración y estrechar lazos entre la élite grecomacedonia y la élite persa, algo que tampoco era novedoso en el mundo de las relaciones entre los griegos y los persas. Por ejemplo, la futura concubina de Alejandro, Barsine, madre de su hijo Heracles, era hija del noble Artabazo y de una mujer rodia, hermana esta última de sus dos maridos previos, Mentor y Memnón que tan bien habían servido a sus señores persas. La política de Alejandro no pretendería sino seguir esta dinámica ya iniciada con anterioridad.

En cuanto a las uniones entre sus soldados y mujeres no griegas, a las que también habíamos aludido, el principal objetivo de Alejandro parece haber sido dar legitimidad a esos matrimonios de cara, sobre todo, a la situación de sus hijos que, como vimos, iban a permanecer en Asia una vez que sus padres hubiesen sido licenciados y reenviados a Macedonia. Esos hijos, junto con reclutas asiáticos educados a la griega, iban a ser el germen del nuevo ejército del reino, que tendría que depender menos de tropas europeas. Pero de nuevo eso no implica ningún tipo de política de mezcla de poblaciones sino que Alejandro parece haber pretendido, en línea con algunos planteamientos de pensadores como Isócrates (mucho más abierto en este terreno que Aristóteles) "helenizar" a determinados grupos de población para utilizarlos al servicio de sus políticas, esto es, atraer a la cultura griega a quienes no la poseían, como medio para poder hacer un uso eficaz de ellos. No de otro modo hay que entender la formación de los epígonos en las técnicas de combate macedonias y en la lengua griega; era Isócrates quien, aun reconociendo la necesidad de un mando único en la guerra contra el bárbaro, había dicho que:

> "[...] todo esto ha conseguido nuestra ciudad al dirigir con la mente y con el discurso a los restantes hombres, de modo tal que sus discípulos han llegado a ser maestros de los demás, y que el nombre de helenos se ha convertido ya no en marca de nacimiento sino más bien en señal de capacidad intelectual y además se

> llama helenos a los que comparten nuestra educación más que a los que son de nuestra misma naturaleza". (*Panegírico*, 50)

Aunque es seguro que Isócrates no estaba pensando, cuando escribió este discurso en el año 380 a.C., en lo que Alejandro iba a hacer más de 50 años después, lo cierto es que sus palabras estaban ahí y podían ser interpretadas, como lo hizo Alejandro, en un sentido distinto del que su autor les había dado. Frente al bárbaro esclavo por naturaleza de Aristóteles, Isócrates dejaba abierta la puerta a un proceso de atracción del no griego a través de la cultura griega; Alejandro lo puso en práctica o, al menos, lo intentó.

Esta atracción hacia los modelos helénicos, sin embargo, no está abierta a todos, sino tan solo a aquellos a quienes el rey decide educar a la griega, ya sean los hijos de sus soldados con mujeres bárbaras, como los jóvenes persas escogidos que reciben también esa educación (los epígonos). No hay, pues, una política de fusión sino una política de "helenización" en el sentido más etimológico del término, es decir, convertir en "griegos" (en hablantes de la lengua griega y partícipes de su cultura) a determinados elementos del país conquistado como medio, al menos en parte, de integrar a una porción de la población local en un ejército de estilo greco-macedonio. Este hecho, más que una improbable "fusión" de razas es lo que contrarió a los soldados de Alejandro que se amotinaron en Opis, puesto que los mismos no estaban dispuestos a compartir sus privilegios como conquistadores con una parte de los conquistados, algo que, sin embargo, para el rey, resultaba imprescindible para garantizar el dominio sobre un imperio tan grande y para emprender nuevas conquistas en otros territorios.

Pasando a otro punto, algunos autores, antiguos y modernos, tienden a culpar a la bebida por el comportamiento de Alejandro y en esto no habría hecho otra cosa que imitar a su padre; ya analizamos en su momento cómo con motivo de la boda de Filipo II con la joven Cleopatra, fue el exceso de bebida el que, en buena parte, hizo salir a la luz las tensiones que se habían ido generando entre Filipo, Alejandro y Átalo y parte de la nobleza macedonia. Pero sería absurdo pensar que el problema radicaba en el vino siendo este, todo lo más, el que al soltar las lenguas hizo que

cada uno dijese lo que en condiciones normales hubiese callado. Para muchos griegos, además, que solían beber el vino mezclado con agua, la costumbre macedonia de beberlo puro, además de asemejarlos, en su idea, a los bárbaros que, según se aceptaba, lo consumían del mismo modo, no podía dejar de resultar peligrosa. Había sido Dioniso quien había instruido a los mortales sobre cómo beber de forma adecuada ese líquido que el propio dios había enseñado a elaborar y desde siempre los griegos habían observado con respeto esas normas. Para muchos, pues, los comportamientos de Alejandro y sus excesos, a veces trágicos, como la muerte de Clito, eran consecuencia de la locura (*manía*) que el vino provocaba en el rey. Este, sin embargo, no ocultaba sus vínculos con Dioniso, cuyas empresas había emulado alcanzando incluso regiones más alejadas que las que el propio dios había visitado antes de su regreso a Grecia; no parece probable que Alejandro temiese al vino. Por ende, no todos los autores admitieron esta relación entre los comportamientos de Alejandro y el vino sino que, entre otros, Plutarco y Arriano dieron una interpretación razonable, más allá de que estemos dispuestos a aceptarla o no. Para Plutarco (*Alejandro*, 23, 1-2):

> "[...] en lo que se refiere al vino era menos inclinado a él de lo que se cree, aunque daba esa impresión a causa del tiempo que tenía cada copa en su mano mientras sostenía largas conversaciones, aun cuando pasaba la mayor parte del rato hablando y no bebiendo".

Por su parte, Arriano (*Anábasis*, VII, 29, 4) aseguraba que:

> "[...] los banquetes, como dice Aristobulo, no duraban mucho a causa del vino, puesto que Alejandro no bebía mucho vino, sino a causa de su buena disposición hacia los compañeros".

Podemos creer o no a estos autores, y ciertamente muchos historiadores, antiguos y modernos, no lo han hecho y han encontrado, como hemos visto, en este comportamiento un filón explicativo sumamente

explotado. Yo no insistiré más en este punto de lo que lo hicieron Plutarco y Arriano, que no dejan de criticar por otros motivos a Alejandro.

Más allá de estos y otros elementos que podríamos seguir añadiendo, la tarea de elaborar un juicio sobre Alejandro se antoja improductiva, si no estéril. Alejandro vive en un momento en el que el mundo griego, incapaz de resolver de forma estable el problema de la hegemonía entre sus diferentes estados, que rivalizaban por conseguirla, acaba cayendo bajo la órbita de Filipo que sabe aprovecharse tanto de la debilidad acumulada de parte de Grecia como de una habilidad diplomática innegable, respaldada por un ejército que ha sabido configurar como herramienta de poder. Como la hegemonía es algo finalista, Filipo sabe ver cómo el ideal panhelénico se había ido orientando hacia la lucha contra el bárbaro, que en la Grecia balcánica no es otro que el Imperio aqueménida y orienta esa hegemonía hacia ese objetivo. Alejandro, no sin algún tropiezo inicial, hereda los métodos y los fines. Lo que Filipo y Alejandro pensasen como una campaña limitada, tendente a recuperar el control sobre las áreas costeras de Anatolia, pobladas por ciudades griegas, se va a ir convirtiendo, ya bajo Alejandro, en una campaña cada vez más ambiciosa, lo que se vio favorecido por la sorprendentemente lenta y vacilante capacidad defensiva del Imperio aqueménida. No poco debió de sorprender a la expedición grecomacedonia el rápido desmoronamiento del ejército de los sátrapas en el Gránico que hizo que toda Anatolia cayese en manos de Alejandro con solo algunos incidentes bélicos pronto superados. Y habían sido esos sátrapas los que hasta hacía bien poco habían estado interviniendo en la política griega y ante los que acudían innumerables griegos en busca de apoyo a veces como paso previo a la subida hasta Susa para ser recibidos por el Gran Rey. Si fue antes o después de haber recorrido a su antojo toda Anatolia, cuando Alejandro decidió que no se iba a conformar con controlar solo ese territorio, es algo que no sabemos pero su rotunda victoria en Iso debió de convencerle de que Darío, a quien había tenido casi a su alcance, como muestra de modo sobresaliente el mosaico de Alejandro de Pompeya, no era rival para él. El resto de la guerra, Gaugamela, la persecución de Darío y la venganza de su muerte, no son más que la culminación de un plan que debió de trazarse en la mente de Alejandro y sin duda de sus compañeros más directos, tras Iso y, sobre todo, cuando

Darío empezó a enviar mensajes haciéndole concesiones a Alejandro a cambio de la paz entre ambos.

Alejandro se había educado en unos principios éticos y morales habituales en la Grecia del siglo IV, y más en un miembro de una familia real. Esos principios se resumían en la alta estima que los griegos tenían por lo que eran, por lo que creían que representaban y por la cultura que habían heredado. Esa cultura se centraba en el desarrollo de las cualidades personales del individuo, en la *arete*, algo que para un príncipe era todavía más exigible; si todo griego del siglo IV, en especial noble, veía en los poemas homéricos, sobre todo en la *Ilíada*, un ideal a seguir, que reclamaba moderación, espíritu de sacrificio y tolerancia al sufrimiento, pero que no repudiaba expresiones de ira e, incluso de rabia homicida, cómo Alejandro, que era descendiente del héroe de la *Ilíada*, Aquiles, podía ser ajeno a ese mundo ideológico que le mostraba el camino a seguir. Cómo un descendiente de Heracles como él no podía querer emular el espíritu de su antepasado, el héroe que llega a ser dios tras llevar la civilización y el orden (entendidos a la griega, naturalmente) a todos los rincones del mundo.

Frente a los profetas y adivinos que pronosticaron a múltiples personajes de la Antigüedad gestas incomparables, el historiador tiene que ceñirse a las informaciones que proceden de sus fuentes y analizarlas e interpretarlas para llegar a aproximarse a los hechos históricos y a su explicación. Entre el 336 y el 323 a.C., confluyen, en un amplio espacio que podemos situar entre el Egeo y el Indo, una serie de fuerzas que los historiadores podemos analizar, que permitieron que el mundo griego, unido quizá a su pesar por Filipo y Alejandro, reuniera una fuerza militar, no excesiva pero bien organizada y dirigida, que pudo derrotar a tres ejércitos sucesivos, mucho más numerosos pero peor organizados y mandados que fueron la única defensa viable que pudo reunir el gran Imperio aqueménida. Si lo que ocurre en el mundo griego lo podemos explicar, al menos a un nivel general, como aquí lo hemos hecho, menos fácil es comprender en todos sus detalles lo que ocurre en el Imperio persa. Podríamos aludir a su gran extensión, a la fragmentación de facto del imperio, controlado por auténticas dinastías de sátrapas que generan ineficacia, a los propios problemas políticos dentro de la familia reinante, que genera golpes de

Estado seguidos de grandes represiones hasta a sistemas de combate que resultan ineficaces frente al nuevo modelo introducido por Macedonia, en el que la combinación de la falange macedonia, la falange hoplítica y la caballería resulta, por el momento, imbatible.

Lo cierto es que, en un tiempo inusitadamente breve ese gran imperio que había durado más de 200 años desde que Ciro II el Grande lo crease, se desmorona y la responsabilidad sobre los millones de personas que habitan desde Grecia y Macedonia hasta la India recae sobre Alejandro. ¿Se creyó Alejandro que era hijo de Zeus? No sería improbable que un descendiente de Aquiles y de Heracles (y esto sí que se lo creía) tuviese demasiadas dificultades en aceptar una paternidad divina, compatible incluso con ser el hijo del rey legítimo de Macedonia. Pero, en cualquier caso, Alejandro sí que percibió el carácter instrumental de que sus súbditos le considerasen como tal y supo hacer uso de las herramientas a su disposición, tanto los rituales como la iconografía. Su insistencia en imponer la *proskynesis* hay que verla también desde esta perspectiva integradora en la que todos están por debajo del rey y deben, por lo tanto, presentarse ante él de la manera adecuada, que pasará a ser la que era habitual en la corte aqueménida. Aunque puede que haya relajado parcialmente esa exigencia de cara a sus más próximos, griegos y macedonios, sus súbditos orientales habrán seguido dirigiéndose a él de la forma en la que lo venían haciendo desde hacía generaciones a sus soberanos.

Todo ello no implica que Alejandro haya enloquecido o haya perdido la perspectiva; educado en una corte en la que, a pesar de que el rey estuviese próximo a sus compañeros, pasase largo tiempo con ellos y cazase y bebiese con ellos, su voluntad era la ley, Alejandro vio reforzada esa visión de su propio papel cuando, tras conquistar el Imperio persa y asumir el título de Rey de Asia, sus súbditos orientales, encabezados por una parte no desdeñable de la élite persa, se apresuró a reconocerle (quizá con mayor o menor entusiasmo según los casos) como el sucesor de Darío III, cuya voluntad no podía dejar de ejecutarse en el vasto territorio del imperio que ahora estaba a sus órdenes. Autoconsciencia de su papel y visión de cómo administrar mejor su imperio se combinan en nuestras fuentes y llevan al final a muchos historiadores contemporáneos a dudar entre si



Figura 16. El gran túmulo de la necrópolis real de Egas (actual Vergina).
Aunque se suele considerar que la tumba principal corresponde a Filipo II,
es probable que sea la de su hijo Filipo III Arrideo (muerto en 317 a.C.).
La otra tumba intacta sería la de Alejandro IV (muerto en 310/9 a.C.)

Alejandro fue un visionario o un asesino sádico. Posiblemente ninguno de los dos extremos sea (del todo) cierto.

Si hay algo, sin embargo, que a partir de los datos que nos han llegado podemos asegurar es que Alejandro tuvo siempre un carácter fuerte; desde la anécdota de la doma de Bucéfalo, que puede haber sido legendaria, hasta su desempeño en la batalla de Queronea, muestran la determinación del entonces príncipe. Pero, quizá, lo que mejor demuestra su fuerza es el enfrentamiento directo con su padre con motivo de las bodas con Cleopatra; en ese momento su posición estaba en riesgo y, no obstante, optó por el enfrentamiento con el rey y con la poderosa facción de Átalo y ni tan siquiera contó con el apoyo de su tío Alejandro el Moloso, pronto seducido por Filipo con el matrimonio con su sobrina Cleopatra. Exiliado y acompañado solo por sus compañeros, y respaldado por su madre, Alejandro se ganó el trono en ese momento, pero pudo incluso haberle costado la vida.

La reconciliación con su padre y con su tío se iba a escenificar aquel día de octubre del año 336, cuando el rey Filipo cayó bajo el puñal de Pausanias en el teatro de Egas. Cuando menos de trece años después Alejandro moría en Babilonia el mundo había cambiado más de lo que lo había hecho en los siglos anteriores y, en los siglos futuros, los territorios que Alejandro había llegado a gobernar, seguirían su desarrollo histórico sin olvidar nunca del todo a ese joven rey que, más allá de los círculos eruditos, acabaría convirtiéndose poco a poco en un personaje de leyenda para el pueblo. En la propia Grecia, Alejandro Magno pasó a formar parte de una curiosa leyenda, conocida sobre todo entre las gentes del mar, que no me resisto a reproducir, para concluir, en las palabras de Ilias Venezis en su novela *Tierra de Eolia*:

> "Vivió una vez en la tierra de Grecia un joven rey, Alejandro Magno. Tenía una hermana, a la que llamaban Gorgona. Alejandro Magno viajó a países lejanos, atravesó montañas y mares y cuando regresó llevaba consigo el agua de la inmortalidad. Si la bebía cuando le llegase la hora, no moriría jamás. Conquistaría todos los castillos del mundo y reinaría mientras existiera la tierra. Pero no lo consiguió. Su hermana vio el agua de la inmortalidad y, sin saber qué era, se la bebió. Entonces Alejandro Magno sufrió mucho, la cogió de los cabellos y la arrojó al mar. Desde entonces la Gorgona vive en el mar. Sus ojos son redondos, tiene serpientes en su pelo, sus manos son de cobre y en su espalda tiene alas de oro. Desde la cintura para abajo es un pez y todos los demás peces del mar la tienen como reina suya. Por todas partes busca al gran rey, a su hermano, que murió joven. Por todas partes pregunta a los barqueros que se encuentra en su camino:
>
> «¿Vive Alejandro Magno?»
>
> «Vive y reina», le responden.
>
> Entonces la Gorgona, al saberlo, se alegra mucho y ordena a las olas que permitan al barco continuar. Pero, sin embargo, si algún marinero resulta que no lo sabe y le dice que el rey murió, entonces no hay salvación: la Gorgona levanta la tromba y se lleva consigo al barco y al marinero. Después sube a lo alto de la ola a

buscar a otro marinero para que le diga, para que le asegure, que su hermano vive, que Alejandro Magno no murió".

Apéndice I
Las fuentes sobre Alejandro Magno

En varias ocasiones, a lo largo del presente libro, hemos aludido a las fuentes de información sobre Alejandro. Es conveniente, pues, dedicar un apartado, siquiera en forma de apéndice para no sobrecargar la narración y el análisis de los acontecimientos, a este problema del que depende, en buena medida, el valor que podemos dar a las informaciones que han llegado hasta nosotros sobre la historia del rey macedonio.

Además de múltiples referencias dispersas en infinidad de autores referidas a Alejandro o, mejor dicho, a algún aspecto puntual relativo a él, los principales textos conservados que tratan de forma amplia de la vida y hechos del rey de Macedonia son realmente pocos. Podemos mencionar, por orden de antigüedad, los siguientes: el libro XVII de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro Sículo, compuesto durante la segunda mitad del siglo I a.C.; los libros XI y XII de las *Historias Filípicas* de Pompeyo Trogo, autor de época de Augusto, aunque de ellas solo se conserva el resumen o epítome que realizó Justino en época imperial romana (siglos II-III d.C.); diversas informaciones en los libros XV a XVII de la *Geografía* de Estrabón, autor que escribe en las épocas de Augusto y Tiberio; la *Historia de Alejandro Magno*, de Quinto Curcio Rufo, quizá escrita durante el reinado del emperador Claudio (aunque hay quien lo sitúa siglos después), la *Vida de Alejandro* y el tratado *Sobre la Virtud o la Fortuna de Alejandro*, escritos por Plutarco entre el 110 y el 115 d.C. y la *Anábasis de Alejandro Magno*, de Flavio Arriano, escrita entre 115 y 125 d.C. Todo ello sin contar con la *Novela de Alejandro*. Como ya hemos visto, el primer relato conservado que aborda de forma completa la historia de Alejandro, el de Diodoro, es posterior en tres siglos a los hechos que narra y los demás son, por consiguiente, más tardíos aún. Incluso, el primer autor conservado que dice algo sobre Alejandro, Polibio, escribió más de 150 años después de la muerte del rey.

Todas estas obras dependen de autores anteriores que escribieron sus libros desde el periodo de la actividad de Alejandro en adelante y los autores conservados beben de unas u otras; aunque pudiera parecer que cuanto más tiempo ha transcurrido entre la época de Alejandro y la composición de una obra, la información habría de ser de menor calidad, esto no es siempre cierto porque ello dependerá, además de los objetivos y de la propia capacidad del autor, de las fuentes que emplee. Así, por ejemplo, una de las mejores fuentes que conservamos sobre Alejandro –Arriano– es, como hemos visto, la más tardía de todas ellas; su calidad deriva, sin embargo, de las fuentes que emplea. Aunque en el relato de Arriano también podemos encontrar errores, malas apreciaciones o falsedades, no deja de ser interesante la postura que dicho autor toma ante sus fuentes:

> "Tolomeo hijo de Lago y Aristobulo hijo de Aristobulo, ambos escribieron sobre Alejandro el hijo de Filipo y yo considero sus escritos cuando coinciden como que muestran toda la verdad, mientras que en aquello que no lo hacen, he seleccionado aquellos que me parecen más dignos de fe y a la vez más dignos de ser narrados. Muchos otros escribieron sobre Alejandro, puesto que sobre ningún otro han escrito tantos y con opiniones tan diversas, pero para mí Tolomeo y Aristobulo me parecieron los más fiables en la narración; Aristobulo porque participó en la expedición junto con el rey Alejandro, y Tolomeo porque además de haber participado llegó a ser rey por lo que habría sido mucho más vergonzoso para él contar mentiras. Los dos, además, como escribieron sus obras después de la muerte de Alejandro, no estaban forzados ni por la necesidad ni por la recompensa a agradar con lo que escribían. Hay también toda una serie de escritos de otros, que me parecen dignos de tenerse en cuenta y no totalmente falsos que he recogido solo como tradiciones sobre Alejandro".
> (Arriano, *Anábasis*, I, Pref., 1-3)

Podemos aceptar o no todos los argumentos que utiliza Arriano pero no podemos dudar de que, al menos, se ha planteado una reflexión sobre

la inmensa cantidad de fuentes que, en su época, existían sobre Alejandro y que ha seleccionado las principales teniendo en cuenta argumentos de cierto peso.

Así pues, Aristobulo y Tolomeo fueron contemporáneos de Alejandro, participaron en su expedición y desempeñaron, sobre todo el segundo, importantes funciones a su servicio, aun cuando escribieron sus obras, como asegurara el propio Arriano, tras la muerte del rey, el primero quizá a partir del 298 y el segundo a partir del 306 a.C., aunque la cuestión del orden de publicación de sus respectivas obras es algo a lo que tampoco se ha llegado a un consenso. En cuanto a Nearco y Onesícrito, quizá empezasen a escribir a partir del 310 a.C., más o menos la misma época que Clitarco y, tal vez algo antes, Medio, el que había organizado el banquete en el que Alejandro empezó a sentirse mal. El único que parece haber empezado a escribir en vida del rey, aunque su muerte en 327 a.C. le impidió continuar, fue Calístenes. De otros autores de esta primera etapa, como Anaxímenes de Lámpsaco, Cares de Mitilene, Marsias de Pela o Efipo de Olinto no tenemos datos suficientes como para saber cuándo iniciaron sus respectivas obras. Por lo que se refiere a Clitarco, aunque su obra es de las más antiguas, como hemos visto, no hay datos incontrovertibles que le sitúen entre los participantes en las campañas de Alejandro aunque dado lo poco que conocemos de su obra tampoco podemos negar esta posibilidad.

Ya entre estos primeros autores las diferencias en el tratamiento de Alejandro, a pesar de que todos ellos lo habían conocido y lo habían tratado son abismales, puesto que cada uno de ellos tenía su propia visión del rey, que dependía de sus respectivas educaciones y orientaciones intelectuales, pero también de los delicados equilibrios que muchos tuvieron que hacer en el peligroso periodo que se inició con la muerte de Alejandro y la pugna por su herencia. Eso explica también las diferentes tradiciones sobre si la muerte de Alejandro se produjo como consecuencia de una conjura o de muerte natural, versiones defendidas por unos u otros autores no tanto a partir de testimonios fidedignos como de las posturas que adoptarán en la lucha política entre los generales que seguirá a la muerte del rey.

De todos esos historiadores, el que parece haber tenido un éxito mayor en los siglos siguientes a la muerte de Alejandro parece haber sido

Clitarco, aunque hay alguna referencia problemática a su persona y, por extensión, a su obra puesto que, al parecer, sitúa a Tolomeo en la toma de la ciudad de los malios y le hace salvador de la vida de Alejandro cuando ya aquel había escrito que se encontraba en ese mismo momento en otro lugar y en otra misión (Curcio, IX, 5, 21). Este hecho arroja dudas sobre la exactitud de las informaciones que manejaba dicho autor aunque uno de sus objetivos puede haber sido adular al rey Tolomeo inventándole acciones que él nunca había realizado, lo que no extrañaría en un escritor que desarrolló su actividad en la primera Alejandría y bajo el gobierno de Tolomeo I o Tolomeo II. A pesar de ello, y quizá por el colorido que daba a su obra, así como por la vistosidad de los detalles (inventados) que aparecen en la misma, así como por las elevadas cifras de enemigos que maneja, se convirtió en uno de los autores más utilizados. Clitarco además pone en la mente de Alejandro grandes planes de dominio universal que, aunque fuesen exagerados, llamaron mucho la atención a las generaciones sucesivas, lo que contribuyó también a aumentar la popularidad de su obra y a que fuese usada por buena parte de los autores posteriores que han llegado hasta nosotros. De hecho, la historiografía moderna, a veces de forma simplista, da el nombre de *Vulgata* a la tradición que deriva de él y que es la que siguen, con variaciones, Diodoro, Curcio, Justino y, en parte, Plutarco.

Una parte importante de los estudiosos sobre Alejandro ha dedicado, desde hace decenios, sus esfuerzos a tratar de aprehender qué aportó cada uno de estos autores a la imagen de Alejandro mediante el procedimiento de rastrear lo que puede haber quedado de su obra en los autores que sí conservamos. Como no puede ser de otra manera, dado el carácter fragmentario de esta tradición, no siempre es fácil llegar a conclusiones incontrovertibles y aún buena parte del debate entre especialistas sigue centrado en el estudio de las fuentes como medio para, una vez que las mismas han sido determinadas, tratar de acceder a su postura sobre Alejandro y a la mayor o menor veracidad de las noticias que sobre él da. Es, sin embargo, muy difícil apreciar en su justo término los detalles de cada una de las obras perdidas.

Calístenes, antes de caer en desgracia, parece haber escrito una historia encomiástica de Alejandro, resaltando todos los precedentes mitológicos

que eran tan queridos para el propio rey y haciendo un gran uso de recursos retóricos que conseguían su efecto aunque fuese en detrimento de la verdad; es posible que muchas noticias que encontramos en otros autores, al menos anteriores al 327, procedan de él y se piensa que Clitarco utilizó de modo abundante su obra. De Onesícrito y sus tendencias filosóficas y de cómo las mismas influyen en su tratamiento de Alejandro ya hemos hablado. Como historiador, Onesícrito sirve de fuente para relatos maravillosos, que el marino incluyó en su obra como medio de mostrar la gran cantidad de tierras lejanas que había conquistado Alejandro en una postura laudatoria hacia el rey como admirador suyo que era. Parece haber escrito incluso un tratado sobre la educación de Alejandro seguramente en la línea (o al menos así pudo pretenderlo) de la *Ciropedia* de Jenofonte. Gozó, como se sabe, del aprecio de Alejandro, que le recompensó, a él y a Nearco, con sendas coronas en Susa por el éxito de su navegación desde las bocas del Indo hasta el golfo Pérsico, a pesar de que los dos marinos no se llevaban bien y de que Onesícrito se arroga un cargo en la flota que no tuvo. El verdadero almirante de esa expedición, Nearco, también escribió sobre Alejandro aunque su eco y relevancia no debieron de ser demasiado amplios hasta que Arriano hace gran uso de su relato para escribir su libro sobre la India, que describía el ya mencionado viaje desde el Indo al Éufrates. Tomando como modelo a Heródoto, Nearco hizo una detallada descripción de la ruta utilizando, además, el viejo dialecto jonio que era en el que se habían escrito las primeras obras geográficas griegas consciente como era de que la descripción que iba a aportar de esa ruta iba a ser la primera que se hiciese en lengua griega. Igual que su inspirador, da abundantes detalles sobre las costumbres y hábitos de las poblaciones de esos territorios.

Entre los más valorados por la tradición posterior, a partir también de las observaciones que, como vimos, hacía Arriano al inicio de su obra, están Aristobulo y Tolomeo, sobre todo por la credibilidad de sus informaciones. El primero, aunque recibe alguna crítica, quizá infundada, por alguno de los otros escritores posteriores, parece haber realizado una narración sobria, sin excesivos aditamentos retóricos y, en general, aceptable aunque pueda haber incurrido en errores de apreciación o, a veces, haber utilizado a algunos otros autores menos fiables que suplieran su falta de

información para asuntos a los que él, al ser griego y no macedonio, tenía menores posibilidades de acceso. Sus habilidades, que quizá no se centraban tanto en el aspecto militar, le hacen preocuparse por la geografía, las distancias, el aprovechamiento de recursos, etc. Como ya vimos en su momento, Alejandro le encomendó la restauración de la tumba de Ciro el Grande en Pasargada, porque era el individuo con los conocimientos más adecuados para esa misión.

Por lo que se refiere a Tolomeo, sin embargo, y antes del elogio que realiza de él Arriano, no parece haber sido un autor demasiado utilizado en la conformación de la tradición sobre Alejandro; fuesen cuales fuesen los motivos para escribir su historia, quizá menos elevados y altruistas de lo que suponía Arriano, lo cierto es que, además de buscar la gloria para sí mismo, tuvo la gran ventaja sobre otros de los escritores de la primera generación –quizá con excepción de Nearco, aunque la obra de este no tuvo una amplitud y unos objetivos comparables– de tener un trato muy directo con el rey y recibió importantes encargos militares, sobre todo en las campañas más recientes, y fue, él mismo, un exitoso general tanto en vida del rey como tras su muerte, tanto en batallas importantes como en acciones menos decisivas. Ello le hacía una fuente valiosa para todos los detalles de tipo militar de las campañas de Alejandro, en especial el desarrollo de las batallas, la disposición de las tropas, propias y enemigas, los movimientos de tropas en los distintos frentes del combate, etc. aunque sin escapar a una propensión, muy propia de los narradores militares, de incrementar el tamaño de las fuerzas enemigas y minimizar las propias, lo cual también puede observarse cuando se alude a las bajas de ambos bandos. Ello no obsta para que, cuando podemos estar bastante seguros de que los datos que poseemos proceden de Tolomeo, veamos a un espléndido narrador de acciones bélicas, bastante sobrio y preciso, al tiempo que aporta al lector informaciones sustanciales para comprender el conjunto de la acción. Quizá haya sido este mayor énfasis en aspectos militares el que hizo que Tolomeo no fuese un autor muy utilizado hasta la época de Arriano, prefiriéndose a escritores de carácter más retórico y proclives a embellecer estos relatos que a la narración tal vez más austera de alguien que había combatido al lado de Alejandro y que prefería, como militar que era, describir los hechos y no crear escenarios improbables pero que,

paradójicamente, atraían más a los lectores. Eso también explicaría por qué Arriano decidió emplear a Tolomeo como una de las fuentes principales de su obra, puesto que, al ser él también militar, habría comprendido el valor de la información que tenía delante y de la que la mayor parte de sus predecesores no se había beneficiado porque preferían narrar una historia más ideologizada y menos centrada en detalles técnicos que, sin embargo, Tolomeo sí proporcionaba. Pero lo que le había interesado al público de Alejandro eran todos aquellos aspectos que el antiguo compañero, amigo y general de Alejandro y futuro rey de Egipto, no abordaba en su obra pero sí lo hacían otros autores que, con menos conocimiento directo del rey macedonio avanzaban opiniones no ya solo acerca del comportamiento del rey sino, incluso, de los motivos últimos de Alejandro para el mismo; esas opiniones, aunque menos valiosas desde un punto de vista histórico, eran mucho más atractivas para los lectores.

Además de estos autores, cuyas obras o cuyo eco fue importante, hay toda una pléyade de autores “menores», que mencionamos a continuación. Cares fue el introductor de visitas y jefe de protocolo de Alejandro y su obra, además de otros datos, parece haberse detenido sobre todo en anécdotas relativas al modo de comportarse del rey y sobre la vida de la corte, tanto la persa como la de Alejandro así como al lujo imperante en ellas; de Efipo de Olinto solo se conocen citas referidas a las comidas de Alejandro, a sus bebidas y a su comportamiento extravagante. Su actitud hacia él parece bastante hostil. En cuanto a Medio de Larisa, no se sabe muy bien de qué trataba su obra, aunque parece factible pensar que debió de escribirla para mostrar su admiración por el rey y para disipar las dudas que hubiese sobre su persona al haberle insistido a Alejandro para que acudiese al banquete en el que empezó a sentirse enfermo. Igual que Medio, su paisano Policlito parece haber escrito una obra de adulación hacia el rey pero también parece haber proporcionado descripciones de ciudades y territorios conquistados por Alejandro. Otro nombre que aparece mencionado entre los autores que escriben sobre Alejandro es Nicobule, una mujer, de quien otros escritores toman referencias relativas a lo mucho que bebía; asimismo, también contenían referencias a Alejandro las obras de Jerónimo de Cardia, Hegesias de Magnesia y Anticlides de Atenas.

Además, algunos autores han creído en la existencia de otras obras, no adscritas a autores concretos, a las que han bautizado con nombres descriptivos, como la "fuente de los mercenarios" que procedería de algunos griegos que habrían servido como mercenarios a las órdenes persas y que habrían contado en algunas obras sus vivencias y sus experiencias del enfrentamiento con Alejandro; sin embargo, sus datos pueden proceder de algunos de los autores conocidos, aunque quienes los utilizan no se molestan en mencionar de quién los han tomado. Por último, algunos autores mencionan, sobre todo a propósito de los últimos días de Alejandro, unas *Efemérides Reales* que habrían sido un diario oficial de las actividades que tenían lugar en el cuartel general del rey, en especial las que llevaba a cabo él mismo. El juicio sobre las mismas está también polarizado entre quienes aceptan su realidad y los que lo consideran una falsificación posterior surgida para justificar determinados comportamientos (sobre todo, para demostrar que Alejandro no había sido envenenado) y hay buenos argumentos para pensar que dicho documento pudo haber surgido en ambientes alejandrinos, aun cuando su autoría no queda clara. Algunos documentos que sí parecen haber sido auténticos y que a veces aparecen en los relatos de algunos autores derivan de los *bematistai*, o expertos que se encargaban de medir las distancias recorridas por la expedición de Alejandro, y donde había datos de carácter topográfico; estos documentos eran de vital importancia según el ejército avanzaba hacia el este porque era necesario conocer las distancias y las características de los territorios para planificar la ubicación de los centros de abastecimiento, el emplazamiento de guarniciones para proteger los puntos más delicados de la ruta, etc. Algunos autores pueden haberlos usado para introducir informaciones de tipo objetivo en sus relatos.

El principal problema que lo que venimos viendo plantea es que, como ya hemos apuntado, todo este enorme corpus de informaciones, elaborado por autores de tan diversas procedencias e intereses se ha perdido por completo y solo nos quedan los datos, que en la mayor parte sin atribución a autores concretos, recogieron y, al tiempo, amplificaron, exageraron, reinterpretaron, los cinco autores principales a los que nos hemos referido (Diodoro, Trogo-Justino, Quinto Curcio, Plutarco y Arriano), así como decenas de otros cuyas obras, también en su mayoría,

tampoco conocemos y que, a su vez, fueron utilizados en ocasiones por los autores conservados. Por si fuera poco, cada uno de ellos añadió todas aquellas informaciones o interpretaciones de su propia cosecha que consideraron oportunas para conseguir una determinada caracterización de la figura de Alejandro, unos en mayor medida que otros. En cualquier caso, y aunque también se han multiplicado los estudios que han intentado ver qué aporta cada uno de estos autores mejor conservados con respecto a las fuentes perdidas de las que beben, y a pesar de que a veces los resultados son de gran interés, la impresión general que todo ello provoca es, a veces, desalentadora en el sentido de que, a falta de buenas tradiciones primarias, resulta con frecuencia arriesgado asegurar que una u otra noticia esté recogiendo informaciones verídicas o, por el contrario, estemos ante datos distorsionados ya sea en origen, ya en cualquier momento de su transmisión. Aunque la *Novela de Alejandro* es el paradigma de cómo informaciones en principio verídicas se entremezclan con otras más o menos obviamente falsas, esta sensación también está presente, como ya hemos apuntado, en aquellos otros autores que, en principio, están más interesados en presentar un relato pretendidamente auténtico.

El otro tipo de fuentes que, por lo general, está a disposición del historiador a veces puede corregir o matizar algunas de las afirmaciones que los autores antiguos presentan pero, por su propio carácter, solo pueden llenar, en el mejor de los casos, algunas lagunas o subsanar algunos errores. A lo largo del libro hemos aludido en ocasiones a aportaciones puntuales de la arqueología, de la numismática, de la iconografía o de la epigrafía que, cuando disponemos de ellas, proporcionan informaciones de gran interés y relevancia pero que, por sí solas, son insuficientes para reconstruir en todas sus complejidades la historia del mundo en el breve periodo comprendido entre los años 356 y 323 a.C. Estos años fueron testigos de la estancia entre los vivos de Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia y rey de Asia.

Cronología

383/382		Nacimiento de Filipo II.
360/359		Muerte de Pérdicas III. Acceso al trono de Filipo II.
357		Boda de Filipo y Olimpíade.
356	20 de Julio	Nacimiento de Alejandro.
346		Paz de Filócrates.
342		Inicio de los estudios de Alejandro con Aristóteles en Mieza.
340/39		Alejandro nombrado regente mientras Filipo asedia Bizancio.
338	Agosto	Manda el ala derecha en Queronea.
337		Matrimonio de Filipo con Cleopatra, sobrina de Átalo. Alejandro y Olimpiade abandonan Pela.
336		Asunto de Pixodaro y exilio de Alejandro y sus amigos.
		Parmenión y Átalo, enviados a Asia Menor.
	Verano	Asesinato de Filipo. Alejandro asume el trono.
		Confirmado como *hegemon* de la Liga de Corinto.
		Acceso al trono persa de Darío III.
336/335		Muertes de Amintas (IV) y Átalo.

335	Primavera-verano	Campaña en Tracia y en el Danubio.
	Octubre	Captura y destrucción de Tebas.
334	Primavera	Cruce a Asia. Visita a Troya.
	Mayo	Batalla del Gránico.
	1 octubre	Batalla de Gaugamela.
	Finales de otoño	Derrota de Agis III en Megalópolis.
	Octubre/ noviembre	Entrada en Babilonia.
	Diciembre	Llegada a Susa.
	Finales de diciembre	Atraviesa las Puertas Persas y llega a Persépolis.
330	Enero/abril	Estancia en Persépolis.
	Mayo	Incendio de Persépolis.
		Llegada a Ecbatana. Licenciamiento de los aliados griegos.
	Julio	Muerte de Darío III.
	Finales de verano	Hircania.
	Otoño	Juicio y muerte de Filotas. Muerte de Parmenión.
	Noviembre	Llega al Paropamiso (Hindu Kush).
330/329	Invierno	Fundación de Alejandría en Aracosia (Kandahar).
329	Inicio de la primavera	Cruza el Hindu Kush. Hacia Drapsaco y Bactria.
	Primavera	Cruce del Oxo.

	Verano	Captura y ejecución de Beso.
	Verano	Llegada al Jaxartes. Fundación de Alejandría Escate. Campañas contra Espitámenes.
329/328	Invierno	Invierno en Bactra.
328	Verano	Conflictos en Sogdiana con Masagetas y Espitámenes.
	Otoño	Muerte de Espitámenes. Regreso a Maracanda. Muerte de Clito el Negro.
326/327	Invierno	Invierno en Nautaca.
327	Inicio de la primavera	Captura de la roca de Sogdiana.
	Primavera	Captura de la roca de Corienes. Matrimonio con Roxana.
		Conspiración de los Pajes. Arresto de Calístenes.
	Finales de primavera	Salida de Bactria. Captura de Masaga y de la roca de Aornos.
	Otoño	Partida hacia la India.
	Fines de año	Muerte de Calístenes.
327/326	Invierno	Invierno en Asacene.
326	Inicios de la primavera	Cruce del Indo; Taxila.
		Batalla del Hidaspes. Muerte de Bucéfalo.
	Mayo/ junio	En el reino de Poro.
	Fines de junio	Avance hasta el Acesines y el Hífasis.
		Revuelta del ejército. Regreso.

	Noviembre	Inicio del viaje río abajo.
325	Mediados de julio	Llegada a Patala.
	Septiembre	Alejandro entre los oritas.
	Septiembre/ Octubre	Nearco inicia el viaje naval. Alejandro marcha a través de Gedrosia y llega a Pura.
	Diciembre	Nearco llega a Ormuz y se reúne con Alejandro.
324	Enero-Marzo	Nearco sale de Ormuz para reunirse con Alejandro en Susa. Purga de sátrapas y generales desleales.
	¿Marzo-Abril?	Bodas en Susa.
	¿Junio?	Motín en Opis y banquete de reconciliación.
	Agosto-Septiembre	Decreto de los Exiliados proclamado en los Juegos Olímpicos.
	Octubre	Muerte de Hefestión en Ecbatana.
324/323	Invierno	Expedición contra los coseos. Preparación para la expedición contra Arabia en Babilonia.
323		Embajadas griegas a Babilonia para protestar por el Decreto de los Exiliados.
	Inicios de junio	Alejandro enfermo.
	10-11 de junio	Muerte de Alejandro en Babilonia.
		Nombramiento como rey de Filipo III Arrideo.
	Otoño	Nacimiento de Alejandro IV, hijo de Alejandro y Roxana.
317		Muerte de Filipo III.

310/309	Muerte de Alejandro IV.
309/308	Muerte de Heracles.

Bibliografía

Adams, L.; Borza, E. (eds.) *Philip II, Alexander the Great and the Macedonian Heritage*, Washington D.C., 1982.

Adams, W.L., *Alexander the Great: legacy of a conqueror,* Nueva York, Londres, 2006.

Adcock, F.E. *The Greek and Macedonian Art of War*, Berkeley, 1957.

Adriani, A. *La tomba di Alessandro: realtà, ipotesi e fantasie*, Roma, 2000.

Albadalejo Vivero, M., *La India en la literatura griega. Un estudio etnográfico*, Alcalá de Henares, 2005.

Alvar Ezquerra, J.; Blázquez Martínez, J.M. (eds.), *Alejandro Magno. Hombre y Mito*, Madrid, 2000.

Andreae, B., *Das Alexandermosaic aus Pompeji*, Recklinghausen, 1977.

Andronicos, M., *Vergina. The Royal Tombs*, Atenas, 1984.

Anson, E.M., *Eumenes of Cardia. A Greek among Macedonians,* Leiden, 2004.

Antela Bernárdez, B., *Alexandre Magno e Atenas,* Santiago de Compostela, 2005.

Atkinson, J.E., *A Commentary on Q. Curtius Rufus' Historiae Alexandri Magni*, Amsterdam, 1980, 1994.

Auberger, J., *Historiens d'Alexandre. Textes traduits et annotés*. París, 2005.

Badian, E., *Collected Papers on Alexander the Great*, Londres, 2012.

Bamm, P., *Alejandro Magno y su tiempo*, Barcelona, 1968.

Barceló, P., *Alejandro Magno*, Madrid, 2011.

Barr-Sharrar, B.; Borza, E.N. (eds.), *Macedonia and Greece in Late Classical and Early Hellenistic Times*, Washington, 1982.

Battistini, O.; Charvet, P. (dir.), *Alexandre le Grand. Histoire et Dictionnaire*, París, 2004.

Baynham, E.J., *Alexander the Great: The Unique History of Quintus Curtius,* Ann Arbor, 1998.

Bengtson, H., *Philipp und Alexander der Große. Die Begründer der hellenistischen Welt,* Munich, 1985.

Benoist-Méchin, J., *Alexander the Great. The Meeting of East and West*, Nueva York, 1966.

Bergmann, B.; de Caro, S.; Mertens, J.R.; Meyer, R., *The Frescoes from the Roman Villa of P. Fannius Synistor at Boscoreale: A New View,* New Haven, 2010.

Bernoulli, J.J., *Die erhaltenen Darstellungen Alexanders des Grossen*, Munich, 1905.

Berve, H., *Das Alexanderreich auf prosopographische Grundlage. I.- Darstellung. II.- Prosopographie*, Munich, 1926.

Bieber, M., *Alexander the Great in Greek and Roman Art*, Chicago, 1964.

—, M., *The portraits of Alexander the Great*, Philadelphia, 1949.

Biello, S., *Alessandro tra polis e mondo in Arriano*, Chieti, 1998.

Billows, R.A., *Kings and Colonists. Aspects of Macedonian Imperialism*, Leiden, 1995.

Bohm, C., *Imitatio Alexandri im Hellenismus: Untersuchungen zum politischen Nachwirken Alexanders des Grossen in hoch- und späthellenistischen Monarchien*, Munich, 1989.

Borza, E.N. (ed.) *Philip II, Alexander the Great and the Macedonian Heritage*, Washington, 1982.

—, *Before Alexander. Constructing Early Macedonia,* Claremont, 1999.

—, *In the Shadow of Olympus. The Emergence of Macedon*, Princeton, 1990.

Bose, P., *Alexander the Great's Art of Strategy*, Harmondsworth, 2003.

Bosworth, A.B., *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander, I. Commentary on Books I-III*, Oxford, 1980.

—, *A Historical Commentary on Arrian's History of Alexander, II. Commentary on Books IV-V*, Oxford, 1995.

—, *Alejandro Magno*, Cambridge, 1996.

Bosworth, A.B., *Conquest and Empire: the Reign of Alexander the Great*, Cambridge, 1993.

—, F*rom Arrian to Alexander. Studies in historical interpretation,* Oxford, 1988.

—, *The Legacy of Alexander: Politics, Warfare and Propaganda under the Successors,* Oxford, 2002.
—, y Baynham, E.J. (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction*, Oxford, 2000.
Braccesi, L., *L'Alessandro Occidentale. Il macedone e Roma*, Roma, 2006.
—, *L'ultimo Alessandro. (Dagli antichi ai moderni),* Padua, 1986.
Breebart, A.B., *Einige historiografische aspecten van Arrianus' Anabasis Alexandri*, Brill, 1960.
Briant, P., *Alejandro Magno, de Grecia al Oriente*, Madrid, 1989.
—, *From Cyrus to Alexander. A History of the Persian Empire*, Winona Lake, 2002.
Bryce, T., *The Routledge Handbook of the Peoples and Places of Ancient Western Asia, The Near East from the Early Bronze Age to the Fall of the Persian Empire*, Oxford, 2009.
Buckler, J., *Aegean Greece in the fourth century BC*, Leiden, 2003.
—, *Philip II and the Sacred War*, Leiden, 1989.
—, y Beck, H., *Central Greece and the Politics of Power in the Fourth Century BC*, Cambridge, 2008.
Bugh, G.R. (ed.), *The Cambridge Companion to the Hellenistic World*, Cambridge, 2006.
Burich, N.J., *Alexander the Great. A Bibliography*, Kent, 1970.
Burn, A.R., *Alexander the Great and the Hellenistic Empire*, Londres, 1947.
Carlsen, J., Due, B.; Due, O.S.; Poulsen, B. (eds.), *Alexander the Great: reality and myth*, Roma, 1993.
Carney, E.D., *Olympias. Mother of Alexander the Great*, Londres, 2006.
—, *Women and monarchy in Macedonia,* Norman, 2000.
—, y Ogden, D. (eds.), *Philip II and Alexander the Great. Father and Son, Lives and Afterlives*, Oxford, 2010.
Carrata, F. *Cultura greca e unità macedone nella politica di Filipo II*, Turín, 1949.
Cartledge, P., *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*, Barcelona, 2007.
—, y Greenland, F.R. (eds.), *Responses to Oliver Stone's Alexander. Film, History and Cultural Studies*, Madison, 2010.
Cawkwell, G.L., *Philip of Macedon*, Londres, 1978.

—, *The Greek Wars. The Failure of Persia,* Oxford, 2005.
Cloche, P., *Histoire de la Macédonie jusqu'à l'avénement d'Alexandre le Grand*, Paris, 1960.
—,*Un fondateur d'Empire, Philippe II, roy de Macédonie*, París, 1955.
Cohen, A., *Art in the Era of Alexander the Great: Paradigms of Manhood and their Cultural Traditions,* Cambridge, 2010.
—, *The Alexander Mosaic. Stories of Victory and Defeat*, Cambridge, 1997.
Cowan, J.K. (ed.), *Macedonia. The Politics of Identity and Difference*, Londres, 2000.
Croisille, J.M. (ed.), *Neronia IV: Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos. Actes du IVe Colloque International de la Société Internationale d'estudes néroniennes,* Bruselas, 1990.
Curtis, J.; Simpson, S.J. (eds.), *The World of Achaemenid Persia. History, Art and Society in Iran and the Ancient Near East*, Londres, 2010.
Dandamaev, M.A.; Lukonin, V.G., *The culture and social institutions of ancient Iran*, Cambridge, 1989.
Dell, P.; Skelton, D., *Empire of Alexander the Great*, Nueva York, 2005.
Droysen, J.G., *Alejandro Magno*, México, 1946.
Ehrenberg, V., *Alexander and the Greeks*, Oxford, 1938.
Ellis, J.R., *Philip II and Macedonian Imperialism*, Londres, 1976.
Empereur, J.Y., *Alexandrie rédecouverte*, París, 1998.
Engels, D.W., *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*, Berkeley, 1978.
Engels, J., *Philipp II. und Alexander der Grosse*, Darmstadt, 2006.
English, S., *The Army of Alexander the Great*, Barnsley, 2009.
Errington, R.M., *A History of Macedonia*, Nueva York, 1993.
Faraguna, M., *Atene nell'età di Alessandro: Problemi politici, economici, finanziari*, Roma, 1992.
Farrokh, K., *Shadows in the Desert. Ancient Persia at War*, Oxford, 2007.
Faure, P., *Alejandro Magno. Vida y Leyenda del hijo de los dioses,* Madrid, 1990.
Faure, P., *La vie quotidienne des armées d'Alexandre*, París, 1982.
Fildes, A.; Fletcher, J., *Alexander the Great: son of the gods. An intimate portrait of the world's greatest conqueror*, Londres, 2001.

Fischer-Fabian, S., *Alexander der Grosse. Der Traum vom Frieden der Völker*, Bergisch Gladbach, 1994.
Fortina, M., *Cassandro, re di Macedonia*, Turín, 1965.
Fraser, P.M., *Cities of Alexander the Great,* Oxford, 1996.
Freeman, P., *Alexander the Great*, Nueva York, 2011.
Fuller, J.F.C., *The Generalship of Alexander the Great*, Londres, 1958.
García Sánchez, M., *El Gran Rey de Persia: Formas de representación de la alteridad persa en el imaginario griego*, Barcelona, 2009.
Ginouves, R. (ed.), *Macedonia: From Philip II to the Roman Conquest*, Princeton, 1994.
Gómez Espelosín, F.J., *La Leyenda de Alejandro. Mito, historiografía y propaganda*, Alcalá de Henares, 2007.
Goukowsky, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre (336-270 a.C.). I.- Les origines politiques. II.- Alexandre et Dionysos*, Nancy, 1978; 1981.
Grainger, J.D., *Alexander the Great Failure. The Collapse of the Macedonian Empire*, Londres, 2007.
Granier, F., *Die makedonische Heeresversammlung*, Munich, 1931.
Green, P., *Alexander of Macedon. 356-323 a.C*, Harmondsworth, 1974.
Green, P., *Alexander the Great and the Hellenistic Age. A Short History*, Londres, 2007.
Griffith, G.T. (ed.), *Alexander the Great. The Main problems*, Cambridge, 1966.
Gutzwiller, K. A, *Guide to Hellenistic Literature*, Oxford, 2007.
Guzmán Guerra, A.; Gómez Espelosín, F.J, *Alejandro Magno. De la Historia al Mito,* Madrid, 1997.
Hamilton, J.R., *Plutarch, Alexander; a Commentary*, Oxford, 1969.
Hammond, N.G.L., *A History of Macedonia. I.- Historical Geography and Prehistory,* Oxford, 1972.
—, *Alejandro Magno. Rey, general y estadista*, Madrid, 1992.
—, *Collected Studies II. Studies concerning Epirus and Macedonia before Alexander*, Amsterdam, 1993.
—, *Philip of Macedon*, Londres, 1994.
—, *Sources for Alexander the Great: an analysis of Plutarch's Life and Arrian's Anabasis Alexandrou*, Cambridge, 1993.
—, *The Genius of Alexander the Great*, Londres, 1997.

—, *The Macedonian State. Origins, Institutions, and History*, Oxford, 1989.
—, *Three historians of Alexander the Great, the so-called vulgate authors. Diodorus, Justin, Curtius*, Cambridge, 1983.
—, y Griffith, G.J., *A History of Macedonia, II. 550-336 B.C*, Oxford, 1979.
—, y Walbank, F.W., *A History of Macedonia, III: 336-167 B.C*, Oxford, 1988.
Hampl, F., *Alejandro Magno*, Bilbao, 1969.
Hatzopoulos, M.B., *Macedonian Instituions under the Kings. I.- A Historical and Epigraphic Study. II.- Epigraphic Appendix. Meletemata, 22*, Atenas, 1996.
—, y Loukopoulou, L.M. (eds.), *Philip of Macedon*, Atenas, 1980.
Heckel, W., *The Conquests of Alexander the Great,* Cambridge, 2008.
—, *The Marshals of Alexander's Empire,* Londres, 1992.
—, *The Wars of Alexander the Great*, Oxford, 2002.
—, *Who is who in the Age of Alexander the Great. Prosopography of Alexander's Empire*, Oxford, 2006.
—, y Tritle, L.A. (eds.), *Alexander the Great. A New History*, Oxford, 2009.
—, y Tritle, L.A.; Wheatley, P. (eds.), *Alexander's Empire: Formulation to Decay*, Claremont, 2007.
—, y Yardley, J.C., *Alexander the Great. Historical Texts in Translation*, Oxford, 2004.
Heisserer, A.J., *Alexander the Great and the Greeks. The Epigraphic Evidence*, Norman, 1980.
Holt, F.L., *Alexander the Great and Bactria. The formation of a Greek Frontier in Central Asia*, Leiden, 1988.
—, *Alexander the Great and the Mystery of the Elephant Medaillons.* Berkeley, 2003.
—, *Into the Land of Bones: Alexander the Great in Afghanistan*, Berkeley, 2005.
Homo, L., *Alexandre le Grand*, Paris, 1951.
Howe, T.; Reames, J. (eds.), *Macedonian Legacies: Studies in Ancient Macedonian History and Culture in Honor of Eugene Borza*, Claremont, 2008.

Jaschinski, S., *Alexander und Griechenland unter dem Eindruck der Flucht des Harpalos*, Bonn, 1981.
Jehne, M., *Koine Eirene. Untersuchungen zu den Befriedungs- und Stabilisierungsbemühungen in der griechischen Poliswelt des 4. Jahrhunderts v.Chr, Stuttgart*, 1994.
Jouanno, C., *Naissance et métamorphose du roman d'Alexandre. Domaine grec*, París, 2002.
Jouguet, P., *L'imperialisme macédonien et l'hellénisation de l'Orient*, Paris, 1926.
Kalleris, J.N., *Les anciens macédoniens. Etude linguistique et historique*, Atenas, 1954; 1976, 2 vols.
Kazis, I.J. (ed.), *The Book of the Gests of Alexander of Macedon. A Mediaeval Hebrew Version of the Alexander Romance by Immanuel Ben Jacob Bonfils,* Cambridge (Mass.), 1962.
Kolbe, W., *Die Weltreichsidee Alexanders d. Gr*, Friburgo, 1936.
Kornemann, E., *Die Alexandergeschichte des Königs Ptolemaios I von Aegypten*, Berlín, 1935.
Kraft, K., *Der 'rationale' Alexander. (Ed. por H. Gesche)*, Kallmünz, 1971.
Kühnen, A., *Die Imitatio Alexandri in der römischen Politik (1 Jh. v.Chr. - 3. Jh. n. Chr.)*, Münster, 2008.
Kuhrt, A., *The Persian Empire. A Corpus of Sources from the Achaemenid Period*, Londres, 2007.
Kurke, L.B., *The Wisdom of Alexander the Great. Enduring Leadership Lessons from the Man Who Created an Empire,* Nueva York, 2004.
Landucci Gattinoni, *F., L'arte del potere: Vita e opera di Cassandro di Macedonia*, Stuttgart, 2003.
Lane Fox, R.L., *Alexander the Great*, Londres, 1973.
—, *The search for Alexander*, Londres, 1980.
Lauffer, S., *Alexander der Grosse*, Munich, 1978.
Le Rider, G., *Alexander the Great: Coinage, Finances and Policy*, Philadelphia, 2007.
Levi, M.A., *Introduzione ad Alessandro Magno*, Milán, 1977.
Macurdy, G.H., *Hellenistic Queens. A Study of Woman-Power in Macedonia, Seleucid Syria, and Ptolemaic Egypt*, Baltimore, 1932.

Mari, M., *Al di là dell'Olimpo. Macedoni e grandi santuari della Grecia dall'età arcaica al primo ellenismo*, Atenas, 2002.
Mederer, E., *Die Alexanderlegenden bei den ältesten Alexanderhistorikern*, Stuttgart, 1936.
Michel, D., *Alexander als Vorbild für Pompeius, Caesar und Marcus Antonius. Archäologische Untersuchungen*, Bruselas, 1967.
Milns, R.D., *Alexander the Great,* Londres, 1968.
Montero Díaz, S., *Alejandro Magno*, Madrid, 1944.
Mossé, C., *Alexandre: la destinée d'un mythe*, París, 2001.
Müller, S., *Massnahmen der Herrschaftssicherung gegenüber der makedonischen Opposition bei Alexander dem Grossem*, Frankfurt, 2003.
Nawotka, K., *Alexander the Great*, Cambridge, 2010.
Nikolitsis, N.T., *The battle of the Granicus*, Estocolmo, 1974.
O'Brien, J.M., *Alexander the Great: the Invisible Enemy. A Biography*, Londres, 1994.
Ogden, D., *Alexander the Great: Myth, Genesis and Sexuality,* Exeter, 2011.
Pandermalis, D. (ed.), *Alexander the Great: treasures from an epic era of Hellenism*, Nueva York, 2004.
Paribeni, R., *La Macedonia sino Alessandro Magno*, Milán, 1947.
Pearson, L., *The Lost Histories of Alexander the Great*, Ithaca, 1960.
Pedech, P., *Historiens, compagnons d'Alexandre: Callisthène, Onésicrite, Néarque, Ptolémée, Aristobule*, Paris, 1984.
Perlman, S. (ed.), *Philip and Athens*, Cambridge, 1973.
Petsas, P.M., *Pella, Alexander the Great's Capital*, Tesalónica, 1978.
Pfrommer, M., *Untersuchungen zur Chronologie und Komposition des Alexandermosaiks auf antiquarischer Grundlage*, Maguncia, 1998.
Pollet, G. (ed.), *India and the ancient world. History, trade and culture before A.D. 650*, Lovaina, 1987.
Radet, G., *Alexandre le Grand,* 6ª ed, París, 1938.
Reverdin, O. (ed.), *Alexandre le Grand. Image et réalité,* Ginebra, 1976.
Robinson, C.A., *Alexander the Great. Conqueror and creator of a new World*, Nueva York, 1963.
—, *Alexander the Great. Meeting of East and West in World Government and Brotherhood,* Nueva York, 1947.
—, *The History of Alexander the Great. 2 vols. Providence. 1953; 1963.*

Rodríguez Cerezo, T.M., *Aspectos sociales de la época de Alejandro Magno: Sociedad y dependencia personal en la Anábasis de Alejandro Magno de Arriano de Nicomedia*, Madrid, 1997.
Rogers, *G.M., Alexander: The Ambiguity of Greatness*, Nueva York, 2004.
Roisman, J. (ed.), *Alexander the Great: Ancient and Modern Perspectives*, Lexington, 1995.
—, *Brill's Companion to Alexander the Great,* Leiden, 2003.
—, *Alexander's Veterans and the Early Wars of the Successors*, Austin, 2012.
—, y Worthington, I. (eds.), *A Companion to Ancient Macedonia*, Oxford, 2010.
Romm, J.S. (ed.), *The Landmark Arrian: The Campaigns of Alexander,* Nueva York, 2010.
—, *Ghost on the throne: the death of Alexander the Great and the war for crown and empire*, Nueva York, 2011.
Savill, A., *Alexander the Great and his time*, 3ª ed, Londres, 1959.
Schachermeyr, F., *Alexander der Grosse. Das Problem seiner persönlichkeit und seines Wirkens*, Viena, 1973.
Schoch, P., *Prosopographie der militärischen und politischen Funktionäre im hellenistischen Makedonien (323-168 v. Chr.)*, Basilea, 1922.
Schreiber, T., *Studien über das Bildniss Alexanders des Grossen. Ein Beitrag zur alexandrinischen Kunstgeschichte mit einem Anhang über die Anfange der Alexanderkultes*, Leipzig, 1903.
Schwarz, H., *Das Heer Alexanders des Grossen in seinen Teilen und deren Wandlungen*, Munich, 1982.
Schwenk, C.J., *Athens in the Age of Alexander. The dated laws and decrees of the ,Lykourgan Era' 338-322 B.C,* Chicago, 1985.
Sealey, R., *Demosthenes and His Time: A Study in Defeat*, Oxford, 1993.
Seibert, J., *Alexander der Grosse*, Darmstadt, 1972.
—, *Die Eroberung des Perserreiches durch Alexander d. Gr. auf Kartographischer Grundlage. I.- Text. II.- Karten*, Wiesbaden, 1985.
Sekunda, N.; Mcbride, A., *The Army of Alexander the Great*, Londres, 1984.
—, y Warry, J., *Alexander the Great. His Armies and Campaigns. 334-323 BC,* Londres, 1998.

Sheppard, R. (ed.), *Alexander the Great at War. His army; his battles; his enemies*, Oxford, 2008.

Simon, E., *Die Fürstenbilder von Boscoreale. Ein Beitrag zur hellenistischen Wandmalerei*, Baden-Baden, 1958.

Snyder, J.W., *Alexander the Great,* Cambridge, 1948, 2 vols.

Sordi, M. (ed.), *Alessandro Magno. Tra Storia e Mito*, Milán, 1984.

Spencer, D., *The Roman Alexander. Reading a Cultural Myth*, Exeter, 2002.

Squillace, G., *Basileis e tyrannoi: Filippo II e Alessandro Magno tra opposizione e consenso*, Soveria Mannelli, 2004.

—, *Filippo il Macedone,* Roma, Bari, 2009.

Stadter, P.A. *Arrian of Nicomedia*, Chapel Hill, 1980.

Stewart, A.F., *Faces of Power: Alexander's Image and Hellenistic Politics*, Berkeley, 1993.

Stoneman, R., *Alexander the Great: a life in legend*, New Haven, 2008.

—, The Greek Alexander Romance, Harmondsworth, 1991.

—; Erickson, K.; Netton, I. (eds.), *The Alexander Romance in Persia and the East*, Groningen, 2012.

Tarn, W.W., *Alexander the Great. I. Narrative. II. Sources and Studies,* Cambridge, 1948.

Tataki, A.B., *Macedonians Abroad. A contribution to the prosopography of ancient Macedonia*, París, 1998.

Thomas, C.B., *Alexander the Great in his World,* Oxford, 2007.

Tuplin, C. (ed.), *Persian Responses. Political and Cultural Interaction with(in) the Achaemenid Empire*, Swansea, 2007.

Vermeule, C., *Alexander the Great Conquers Rome. The Survival ofthe Alexander Myth in the Art of the Roman Empire*, Cambridge (MA), 1986.

von Graeve, V., *Der Alexandersarkofag und seine Werkstatt,* Berlín, 1970.

Walbank, F.W., *Philip V of Macedon,* Cambridge, 1940.

Waterfield, R., *Dividing the Spoils: The War for Alexander the Great's Empire,* Oxford, 2011.

Weigall, A., *Alexander the Great*, Nueva York, 1933.

Whitehorne, J., *Cleopatras,* Londres, 1994.

Wiemer, H.U., *Alexander der Grosse*, Munich, 2005.

Wilcken, U., *Alexander the Great,* Nueva York, 1967.

Will, W. (ed.), *Alexander der Grosse: eine Welteroberung und ihr Hintergrund,* Bonn, 1998.
—, *Alexander der Grosse. Geschichte Makedoniens, 2,* Stuttgart, 1986.
—, *Alexander der Grosse: Geschichte und Legende*, Darmstadt, 2009.
—, *Athen und Alexander. Untersuchungen zur Geschichte der Stadt von 338 bis 322 v.Chr*, Munich, 1983.
—, y Heinrichs, J. *Zu Alexander d. Gr. Festschrift G. Wirth zum 60*, Geburtstag, Amsterdam, 1987.
Winter, F., *Der Alexandersarkofag aus Sidon*, Estrasburgo, 1912.
Wirth, G., *Alexander der Grosse, Reinbek bei Hamburg*, 2000.
—, *Philip II. Geschichte Makedoniens. I,* Stuttgart, 1985.
—, *Studien zur Alexandersgeschichte,* Darmstadt, 1985.
Wolski, J., *Alexandre le Grand: légende et réalité. De l'avenement des*
Wood, M. In the Footsteps of Alexander the Great: A Journey from Greece to Asia, Berkeley, 1997.
Worthington, I. (ed.), *Alexander the Great. A Reader,* Londres, 2005 (2ª ed., 2012).
—, *Demosthenes. Statesman and Orator,* Londres, 2000.
—, *Philipp II of Macedonia,* New Haven, 2008.
Wright, F.A., *Alexander the Great*, Londres, 1934.
Wüst, F.R., *Philip II. von Makedonien und Griechenland in den Jahren 346 bis 338*, Munich, 1938.
Yardley, J.C.; Atkinson, J.E., *Curtius Rufus. Histories of Alexander the Great Book 10*, Oxford, 2009.
—, y Heckel, W. *Justin: Epitome of the Phillipic History of Pompeius Trogus Books 11-12: Alexander the Great,* Oxford, 1997.
Yenne, B., *Alexander the Great. Lessons from History's Undefeated General,* Nueva York, 2010.
Zuwiyya, Z.D., *A Companion to Alexander Literature in the Middle Ages*, Leiden, 2011.